

Adriano
Gómez Molina



José Antonio,
testimonio

DONCEL

Adriano Gómez Molina

José Antonio

Testimonio

Digitalizado por Triplecruz

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO	7
<u>TESTIMONIO DE ESPAÑA</u>	
ESPAÑA.....	14
Idea de la Patria	
España como Patria	
Unidad y variedad de España	
Los separatismos	
Tierra de España	
Entraña y estilo	
España es irrevocable	
Peculiaridad de España	
España. Permanente quehacer	
Justificación de España	
Gloria de España	
Repudio del Nacionalismo	
Ambición histórica	
España limpia, alegre y faldicorta	
España: No invocar su nombre en vano	
España: De todos y para todos	
DOLOR DE ESPAÑA	29
España en ruinas	
La tierra sedienta	
El hambre del pueblo	
Las lápidas de los caciques	
España drogada	
Amargura de España	
Insolidaridad hispánica	
PATRIOTISMO CRÍTICO.....	33
POLÍTICA ESPAÑOLA.....	36
La España anterior a la Dictadura	
La Dictadura	
El 14 de abril	
Falange y el 14 de abril	
Derechas o izquierdas. Valores estériles	
Derechas	
La Falange y las derechas	
Izquierdas	
El socialismo español	
El comunismo y España	
ENCUENTRO CON EL PUEBLO.....	45

TAREA DE ESPAÑA.....	48
Justicia social y destino colectivo	
La reforma agraria	

CRISIS DEL ORDEN LIBERAL

JUICIO SOBRE EL LIBERALISMO.....	56
Crítica del liberalismo político	
Crítica del liberalismo económico	
Conquistas del liberalismo	
El liberalismo y España	

JUICIO SOBRE EL SOCIALISMO	68
Razón de ser del socialismo	
El socialismo ruso	

LAS PRETENDIDAS SOLUCIONES.....	71
La socialdemocracia, el totalitarismo y el corporativismo	
El fascismo y la Falange	

EUROPA EN CRISIS	74
------------------------	----

HACIA UN NUEVO ORDEN POLITICO

TAREA DE ESPAÑA EN EL MUNDO	76
La tarea de un orden nuevo	
Misión de las juventudes	

BASES Y FINES DEL NUEVO ORDEN.....	81
Lo espiritual	
El hombre, punto de partida	
Libertad, dignidad e integridad	
Una nueva concepción del trabajo	
Familia	
Sindicalismo nacional	
Capital, trabajo, propiedad	
Crisis de un concepto de la propiedad	
Función de la riqueza	

TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN.....	87
La revolución, tarea de una minoría	
La revolución al servicio de lo nacional y lo social	
Revolución y tradición	
La revolución y la arquitectura política nueva	
El espíritu revolucionario del pueblo	
El conservadurismo contrarrevolucionario	
La revolución y el César	
La revolución y la democracia	
La revolución y los móviles espirituales	

IDEA DEL ESTADO	94
-----------------------	----

El Estado como instrumento eficaz al servicio de la patria
Las dos metas del Estado
Estado de todos
Rechazo del panteísmo estatal
Interinidad del Estado totalitario

LAS FORMAS DE GOBIERNO 98
La monarquía y el problema de las formas de gobierno

LA DESARTICULACIÓN DEL CAPITALISMO 100
La desarticulación del capitalismo

BREVIARIO DE ESTILO

VALE QUIEN SIRVE 103
Aguijón contra la somnolencia
El señorito y el bolchevique
Dureza y sacrificio
Milicia y violencia
El divorcio como cobardía
Estilo y vida
Generación
Juventud y política
Política de la Universidad
Ira contra la injusticia
Alas y navíos
La obra bien hecha
El sacramento heroico de la muerte
Respeto a los muertos por una idea
Espíritu abierto y comprensivo

PERFIL IRÓNICO 114

SOBRE LA INTELIGENCIA 123
Inteligencia y humildad
Inteligencia y pueblo
Inteligencia y estilo

SU SERENA INTIMIDAD 129

Adriano Gómez Molina
Edita y distribuye: DONCEL

No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor;
yo soy bueno, y como bueno,
moriré de cara al sol.

José MARTI

Llevaba una bandera y era joven
cuando murió. Tenía fe. Cantaba
por los campos. El loco le llamaban.
No importa. Quede claro que no importa.

Marcelo ARROITA JAUREGUI

No temáis que se extinga su sangre sin objeto,
porque ésta es de los muertos que crecen y se agrandan
aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.

Miguel HERNÁNDEZ

Adriano Gómez Molina

José Antonio, testimonio

DONCEL

Para la elaboración de este libro se han utilizado principalmente los textos publicados bajo la cuidadosa dedicación de Agustín del Río y, también, la obra Frente a Frente de José María Mancisidor. La ficha bibliográfica es la siguiente:

Obras completas de José Antonio Primo de Rivera. Edición Cronológica. Edición de la Delegación Nacional de la Sección Femenina de F. E. T. y de las J.O.N.S. Madrid 1954. Se cita así: O. C.

Textos inéditos y epistolario de José Antonio Primo de Rivera. Ediciones del Movimiento. Madrid 1956. Se cita así: T. I.

Últimos hallazgos de escritos y cartas de José Antonio. Ediciones del Movimiento. Madrid, 1962. Se cita así: U. H.

Frente a Frente. José María Mancisidor. Editorial Señen Martín. Avila, 1963. Se cita así: F. F.

PRÓLOGO

NO creo temerario afirmar que con el paso del tiempo y por razones varias el pensamiento de José Antonio ha sido víctima de una reducción ideológica manifiesta, ha caído en manos de un retoricismo empobrecedor y ha sido apresado por una topificación trivializante. Desde la posguerra a nuestros días la obra de José Antonio se ha propagado y se ha prodigado. Pero, curiosamente, esta propagación se ha limitado a unas cuantas parcelas de su ideario. Ha sido una difusión acaso formalmente excesiva, pero de contenido insuficiente. Juan Velarde ha recordado cómo por los años cincuenta una falta de desarrollo intelectual de la política económica del movimiento político fundado por José Antonio, llevó a sepultar bajo un túmulo de pesadas losas de granito retórico sus alusiones a la reforma fiscal, a la estatificación de la banca y a la reforma agraria". De uno de los discursos pronunciados por José Antonio en mayo del 35, uno de los de mayor contenido revolucionario, lo que más resonancia y recuerdo ha tenido ha sido la lírica imagen final del mismo en la que se nos habla de un paraíso difícil que tenga "junto a las jambas de las puertas, ángeles con espadas".

Ocurre que en la sociedad española, o mejor dicho para muchos españoles de 30 años para arriba, se cuenta con una imagen de José Antonio montada sobre una retahíla de frases hechas: sobre "un túmulo de pesadas losas de granito retórico". Este conocimiento simplista de su pensamiento, verificado a lo largo del tiempo por los esgrimidores de algunos de sus párrafos —las más de las veces como pretextos oportunistas según el momento y las intenciones—, ha creado una curiosa antología tópica, no impresa, pero con existencia real en el consenso social español. Parece así que José Antonio es, solamente, el joven y heroico fundador de la Falange que acuñó una ristra de bellas frases: "El hombre es un ser portador de valores eternos", "España es una unidad de destino en lo universal", "El ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo", "El mejor destino de las urnas es el ser rotas", "No hay más dialéctica que la de los puños y las pistolas", etc., etc.

ESTAMOS ante un hecho peligroso y perjudicial para la vigencia y validez de un ideario político. Porque hay un cáncer pavoroso para las formulaciones políticas: la degradación tópica de las palabras con que se formularon unas ideas, la conversión en tópicos, en lugares comunes, en frases mostrencas, de aquellos párrafos o dichos en los que cuajaron un ideario político. En el caso de José Antonio este fenómeno se ha producido de manera agobiante. Ciertos apartados de lo que dijo o escribió han sido utilizados machaconamente, repetidamente, una y mil veces, hasta degradarlos en sonidos huecos, vacíos de contenido, condenados a la condición de eslogans propagandísticos sin garbo ni sustancia.

La topificación simplista ha sido tan extensa que, curiosamente, se ha salido de madre y a esta ristra de frases que hemos enumerado habría que añadir otras más, apócrifas: aquellas que se le adjudican y que en estricto rigor no se encuentran en ninguna página de sus obras, tales como "Por el imperio hacia Dios", "Hay que ser mitad monje y 'mitad soldado", "Por Dios, España y su Revolución Nacional Sindicalista", etc., etc. Estas expresiones nos valen como ejemplo típico de las extrapolaciones espúreas de su ideario que han nacido del ambiente tenso en el que se ha proyectado José Antonio sobre la España de la posguerra.

UNA de las características más singulares de José Antonio radica en aparecer en la política de su tiempo con una retórica nueva, con una manera nueva de formular la política, con un lenguaje original y, por ello, atractivo. En definitiva, con el don inapreciable de lo que Jesús Fuego ha llamado un léxico virgen.

En él este don era algo consciente y querido, pues creía —y así lo proclamó— que si una generación se debe entregar a la política no lo puede hacer con el repertorio de media docena de frases con las que hayan caminado otras generaciones pasadas o presentes.

Esta dimensión imprime Carácter a su obra, la significa de manera rotunda y es uno de sus valores más claros. Precisamente por ello, una fidelidad elemental obliga a no empobrecerla con el uso y el abuso de su palabra, con el manoseo de sus frases, con la conversión en tópicos de sus ideas. Porque lo que parece evidente es que si el léxico virgen es una cualidad

fundamental para la acción política la pérdida de esta condición, por desgaste, monotonía y pereza, sólo produce ausencia de atractivo, falta de incitación y, en definitiva, aburrimiento en los oídos.

NO estaría de más elaborar, intencionadamente, otro repertorio de frases de José Antonio que compusiera la réplica, la antología antitópica de las anteriores. Frases que han permanecido, extrañamente, sin la resonancia de las otras y que, esto es lo grave, son imprescindibles para conocer medularmente su ideario. Por ejemplo: "En el orden sindical, nosotros aspiramos a que la plusvalía, como dijo Marx, sea para los productores, para los directores y para los trabajadores". "Las derechas españolas se nos han mostrado siempre interesadas en demostrarnos que el Apóstol Santiago estuvo dando mandobles en la batalla de Clavijo. Con esa preocupación obsesionante se desentendieron por completo de las angustias del pueblo español, de sus necesidades apremiantes, de su situación dolorosa". "Mucho cuidado con invocar el nombre de España para defender unos cuantos negocios, como los intereses de los Bancos o los dividendos de las grandes empresas". "En la revolución rusa, en la invasión de los bárbaros a que estamos asistiendo, van ya ocultos y hasta ahora negados, los gérmenes de un orden futuro y mejor. Tenemos que salvar esos gérmenes, y queremos salvarlos". "...Inglaterra... es acaso el país de patriotismo más clásico". "Inglaterra ha conseguido montar una de las más prodigiosas arquitecturas políticas que conoce el mundo. Esta arquitectura política —el Imperio inglés— se sostiene, como todas las grandes arquitecturas, por una maravilla de equilibrio", "...la patriotería derechista que se complace a fuerza de vulgaridad en hacer repelente lo que ensalza", etc., etc.

ENTIENDO que la figura de José Antonio se ha oscurecido para muchos y en tal manera que cuando nos enfrentamos con ella con una cierta vocación de claridad, buscando sus perfiles verdaderos, es decir, reales, para encontrar una imagen limpia del mismo, hemos de recurrir a afirmaciones de principio que por elementales son verdades de perogrullo. Por ejemplo, partir del hecho incuestionable y elemental de que José Antonio vive y actúa en un tiempo y en un espacio concretos y determinados.

Hay que situarlo en la España de la Dictadura, del final de la Monarquía y de la Segunda República. Y, a su vez, a esa España hay que situarla en el contexto político mundial que le corresponde. Con frecuencia, aunque pueda parecer raro, esta situación se olvida al hablar de José Antonio y se trata de él como un ente que flota en el tiempo y en el espacio, escamoteando la realidad. La realidad de su concreción histórica sin la cual me parece falsa de principio cualquier elucubración sobre su obra. Uno de los errores que debemos eludir es, cabalmente, el de trasladar en el aire los textos y las formulaciones literales de José Antonio desde su suelo histórico al suelo histórico de nuestra actualidad, dando un salto desde su tiempo al nuestro, desde su circunstancia a la de hoy. Y no hay que olvidar que esta operación se verifica justamente en una sociedad que vive un proceso de aceleración en el cual el paso de un cortó período de tiempo, el paso de un lustro, implica una densidad de transformaciones en la total circunstancia del hombre actual que eran inimaginables en otras épocas históricas.

JOSÉ Antonio va a terminar sus estudios universitarios, su preparación académica, y va a ejercer la abogacía, en la Europa de entreguerras. Antes de cumplir sus treinta años se va a producir la gran depresión del octubre yanki de 1929, con sus coletazos enormes en la sociedad occidental, con sus clarísimas repercusiones en los fenómenos sociales y políticos que se producen por aquellos tiempos (y el final de la Dictadura y la liquidación de la Monarquía no quedan fuera de sus efectos); va a vivir en los años en los que el viejo continente europeo zozobra entre la democracia y la dictadura; con el espectáculo de millones de obreros en paro; con la aparición del experimento fascista que se extiende potente y sugestivo por toda Europa; cuando gran parte del pensamiento político está buscando una tercera vía ideológica; cuando el estado leninista ha pasado a las manos de Stalin y es motivo de atracciones y de repulsas radicales; cuando la Sociedad de Naciones intenta reglar la convivencia internacional... En e»e tiempo aparece y actúa José Antonio.

TRUNCADA su vida en 1936, a los 33 años de edad, naturalmente que no le fue dado conocer y contemplar un cúmulo de hechos acaecidos posteriormente y que implican una novedad radical en la dinámica social, cultural, total, de la circunstancia histórica que está en el dintel mismo de nuestro tiempo. Hechos que han subvertido, renovado o rectificado múltiples

categorías tenidas por inmutables hace solamente unos lustros. Hechos que José Antonio no ha vivido y para los cuáles, lógicamente, no hay respuesta concreta en su obra truncada por la muerte. Hechos que van, por ejemplo, en un plano general, desde la guerra mundial del 39 al 45 y el nuevo perfil del capitalismo, del socialismo o del marxismo, hasta la *Pacem in Terris* y el Vaticano II; pasando por la desintegración del átomo, por la revolución de las calculadoras, por la nueva biología, por la descolonización y el surgimiento del Tercer Mundo, por la planetización de la Historia, por la guerra fría, por la amenaza permanente de una hecatombe nuclear...

Este punto de partida para situar debidamente a José Antonio tiene la validez de lo real, de lo inmediatamente evidente por elemental y obvio. Pero justamente, por ello, no puede ser olvidado como muchas veces suele acaecer. Y quienes menos pueden olvidar esta base de partida son aquellos para los cuales José Antonio es un hombre entrañable y con resonancias cordiales en su intimidad. Pues precisamente José Antonio dejó dicho que la política es, ante todo, temporal. Que la política es una partida con el tiempo. Y con él, habrá que concluir que el paso de ese tiempo, el transcurso de los años que van desde 1936 a nuestros días, densos como nunca en novedades y en cambios, es un factor ineludible, una dimensión obligada que conscientemente debe entrar en la cabeza del lector que se acerque a los textos del fundador de la Falange. Esto es preciso para curarnos de anacronismos. Esto es preciso subrayarlo para que José Antonio no tenga beatos ni desdeñosos de su figura.

LA circunstancia histórica y cultural de su tiempo se trasluce en todo su pensamiento. Piénsese, por ejemplo, en la crítica de José Antonio al sistema liberal capitalista. En esa crítica hay una herencia y una influencia de la corriente tradicionalista. Pero hay, prevalentemente, una herencia y una influencia de la crítica marxista del siglo XIX, aparte de una conexión manifiesta con la crítica de amplios sectores del pensamiento europeo de los años veinte y treinta. Naturalmente que con independencia de la cuestión de las influencias doctrinales, la validez de los argumentos que esgrime José Antonio hay que situarlos en el marco del capitalismo y del liberalismo que él está contemplando en aquellos momentos.

Un cotejo de la doctrina comunista con los textos que sobre este tema nos presenta José Antonio pone de relieve el ascendiente socialista-marxista de su crítica. Un ejemplo de ello sería la creencia de José Antonio en la catástrofe final a que fatalmente está abocado el sistema económico liberal por su propia e íntima dialéctica. De la mano de Carlos Marx construye José Antonio, en buena parte, la panorámica del mundo capitalista en quiebra que expone en el discurso del 9 de abril de 1935, o en el del 19 de mayo de 1935, o en el del 17 de noviembre del mismo año: Aglomeración de capital, proletarización, desocupación, crisis periódicas, revolución social y dictadura comunista. En uno de esos discursos dirá José Antonio: "Las previsiones de Marx se vienen cumpliendo más o menos de prisa, pero implacablemente". "Desde el punto de vista social va a resultar que, sin querer, voy a estar de acuerdo en más de un punto con la crítica que hizo Carlos Afane". Que la evolución del capitalismo no haya corroborado estas predicciones, es otra cuestión. El paso del tiempo le ha dado al sistema doctores y curanderos que la han evitado. (Precisamente el año de la muerte de José Antonio coincide con la aparición de la "Teoría general del empleo, del interés y del dinero" de Keynes.)

CASI toda la literatura que a lo largo de seis lustros se ha ido acumulando sobre José Antonio —en torno, principalmente a las dos fechas otoñales del 29 de octubre y del 20 de noviembre— ha venido siendo, por lo regular, una literatura panegirística, muchas veces liricoide y, casi siempre, tópica.

La ausencia de un estudio riguroso con pretensión de totalidad, de un análisis de José Antonio en extensión y en profundidad que se aleje de la mera paráfrasis a del artículo ocasional es una realidad palmaria sobre la que no hay que insistir (1).

Sin embargo, la deficiencia mayor que muestra ese material acumulado en torno a la figura y al pensamiento político de José Antonio, puede que estribe en la actitud talmúdica que el escritor de turno ha solido adoptar. Las obras completas se han manejado como libros sagrados, como textos revelados de los que se extraen ortodoxias y conjuros.

EN torno a 1930 se lanza José Antonio, aunque con relativa intensidad, a la arena política española. Asume la Vicesecretario de la Unión Monárquica. Tiene 27 años.

En el otoño de 1933 funda Falange Española y entra resueltamente en nuestra Historia. De octubre de 1933 a noviembre de 1936, en sólo tres años, al filo de un activismo, de un ajeteo, de una ruptura con el sosiego intelectual y el estudio reposado que le eran tan queridos, José Antonio dice, escribe, expresa el ideario que, llega hasta nosotros. La cortedad de ese lapso de tiempo, la etapa del desarrollo de su personalidad en que se desenvuelve y las horas difíciles que le tocan vivir hace inviable, en mi opinión, el que podamos entender que deja a su muerte un corpus doctrinal rotundo y maduro, sistemáticamente elaborado. La obra de José Antonio* su pensamiento político, es más una intención que una expresión.

La obra de José Antonio no es una doctrina omnicomprensiva y cerrada. Y una de las características más señaladas que presenta al lector que se acerque a ella es la de su evolución y cambio verificados sobre un sustrato personalísimo. En el campo concreto de la formulación política esta evolución es evidente, del discurso de la Comedia en octubre del 33 al discurso del Cine Europa en febrero del 36, hay una evolución doctrinal que, sencillamente, hay que calificar de radical. Aunque siga siendo el mismo, José Antonio no dice lo mismo.

ES curioso que el discurso de la Comedia, tan conocido por la reiteración con que se ha venido dando, parezca una pieza clave del ideario de José Antonio y se siga partiendo de él para exponer su doctrina o glosar su pensamiento. Sin embargo, desde un enfoque general de su trayectoria política, este es un texto de escasa relevancia. Es una pieza oratoria de gran belleza y de magnífica factura, pero "tenía el calor y, todavía, si queréis, la irresponsabilidad de la infancia". Es el mismo José Antonio quien así lo califica un año y medio más tarde, el 19 de mayo de 1935, en el discurso pronunciado en el Cine Madrid. A ese calor y a esa irresponsabilidad habrá que apuntar el calificativo de "hombre nefasto" que adjudica a Rousseau. (Es curioso comparar esta adjetivación maximalista con las que el mismo José Antonio va a utilizar al referirse a Carlos Marx, que nunca recibe de él un trato tan negativo y rotundo.)

Por otra parte, no hay que olvidar que este famoso discurso de la Comedia fue muy aplaudido por un sector muy significativo de la derecha intelectual desde las páginas de "Acción Española". Y el distanciamiento que de la derecha —intelectual o no— se va a ir produciendo en José Antonio, conforme pasen los días, de manera expresa se evidencia en su obra. En esta antología el lector encontrará muestras inequívocas de este hecho.

Que yo sepa, sólo don Eugenio d'Ors, por aquellas fechas, desde su Nuevo Glosario, le objetó a José Antonio la dificultad de admitir como "voluntarista" el ideario de Rousseau, pues para el glosador, a Rousseau, como "clásico del sufragio universal", visto de un modo científico y objetivo, yendo directamente a él, lo que le correspondería es la calificación de "intelectualista".

HABRÁ que decir que José Antonio no debe entenderse, en puridad, como un teorizador de filosofía política, como un clásico del siglo XX. Acaso pudiera haberlo sido; pero por razón del destino sólo nos ha dejado un ideario en embrión, "in fieri" nacido de la cultura viva de su tiempo y fruto de sus aprendizajes, experiencias y estudios. Pero lleno de intuiciones y de atisbos sorprendentes. Desde nuestra perspectiva actual este es un mérito innegable y una virtud indiscutible.

En la zona de su formación cultural, en el área de sus coordenadas no solamente políticas, sino también pre-políticas, se descubren las fuentes en las cuáles se fragua la mentalidad de José Antonio. Bien sea la obra jurídica de Duguit —que tanto influiría en su crítica al liberalismo rousseauiano— a los textos de Spengler o de Henri De Man, tan de moda en la España de su tiempo. Bien sea la atracción capital de Ortega y Gasset —cuyo magisterio expreso tan claramente se nos confiesa— o bien sea la impregnación soterrada, pero importantísima, de Eugenio d'Ors. Y toda la obra de la generación del 98, especialmente en los nombres de Unamuno, Azorín, Machado y Maeztu.

Estas influencias del ambiente espiritual de su tiempo aclaran muchos aspectos de su personalidad. Hasta la moda intelectual del momento está, lógicamente, presente en muchos de sus giros y términos utilizados. Piénsese, es un ejemplo, cómo la corriente de la filosofía de

los valores, de tanta relevancia en aquellos años, se traspasa al léxico de José Antonio cuando acuña la frase de que el hombre es un ser portador de valores eternos. Expresión en la que, naturalmente, la posible originalidad estriba en los términos utilizados, pues nos encontramos aquí ante un caso de una idea prepolítica expuesta a lo largo de los siglos en la tradición cristiana de Occidente y que él incorpora a su decir propio con expresión feliz.

EN esta referencia sumaria a las bases doctrinales de José Antonio no pueden omitirse los nombres de Kelsen y de Stamler. Ni los de Sombart y Marx. El gusto por la obra del creador de la teoría pura del Derecho, el atractivo que el formalismo jurídico kelseniano suscitó en José Antonio, unido, por otra parte, a su radical voluntad de un Estado y una Política de contenido, sustantivos, no formalistas, es una curiosa muestra de complementariedad ideológica que nos indica que aquí en este campo, como en muchos otros, José Antonio enriquece su formación de manera no unilateral, sino Acumulativa. Junto al Estado de Derecho y al logicismo neutro y geométrico de un liberal como Kelsen, José Antonio quiere el Estado de Justicia Social.

Una referencia especial, como influencia directa y personal, por convivencia y trato, hay que hacer a dos nombres de significación distinta y complementaria sin los cuales no creo que se pueda entender a José Antonio: Rafael Sánchez Mazas y Ramiro Ledesma Ramos. Del primero recibiría la vena de genialidad clásica, renacentista y erudita. Del segundo, recibiría José Antonio la chispa definitiva que radicalizaría su evolución política: la sindicalización, nacionalización y totalización de la economía, la moral nacional autónoma, la revolución antiburguesa y antimarxista, el perfil social y antiderechista, la potenciación del estado, el mito de la revolución sindicalista.

OTRO foco de ascendencia doctrinal en José Antonio —tal vez poco subrayado— es la corriente del socialismo inglés de aquellos años. De manera concreta el pensamiento de Harold J. Lasky, fuente doctrinal que por su vinculación con el sindicalismo de la "Trade Unions" tiene un relieve singular en la predilección sindicalista de José Antonio. La conexión con la corriente laborista podría llevarnos a glosar uno de los perfiles más curiosos de la figura de José Antonio: Los matices britanizantes de la personalidad del fundador de la Falange. Es este un tema que me gustaría conocer al detalle y que sólo se apunta aquí al hilo de diversos datos concurrentes. En sus modos y maneras, en su educación, hay atisbos de ello. En una intervención parlamentaria en el otoño del año 35, José Antonio dijo públicamente: "Todos nos hemos asomado, unos más, otros menos, entre estos últimos yo, a la cultura europea; todos hemos sentido la influencia de las letras francesas, de la educación inglesa, de la filosofía alemana y de la tradición política de Italia..."

Es sabido el dominio y manejo que de la lengua inglesa tenía. Y quienes le conocieron personalmente han referido su gusto por la equitación vistiendo a la inglesa, por la admiración que le produjo la proyección de "Tres lanceros bengalíes" o por la devoción sentida hacia los versos del "If" de Kipling que a modo de emblema o consigna ornaban las paredes de su despacho. En la obra del cantor del Imperio Británico —visto como una posibilidad que se ofrecía a los hombres para desarrollar la abnegación y la entrega— y en la dimensión humanísima del José Antonio que en la última parte de esta antología se recoge, hay analogías sorprendentes. En Kipling —muerto precisamente también en 1936— hay textos que parecen del propio José Antonio. (En "En tinieblas" se lee: "Únicamente el que es libre tiene normas de conducta; únicamente el que tiene normas de conducta es libre").

Este perfil "anglosajón" de José Antonio, lo captó también en 1934 la pluma siempre despierta y aguda de don Eugenio d'Ors. En una glosa publicada por aquellas fechas, y refiriéndose al "Ensayo sobre el nacionalismo" que José Antonio publicara en la revista "JONS", don Eugenio dice en un paréntesis que en José Antonio Primo de Rivera "es cada día más visible el bien orientado estudio de ciertas fuentes doctrinales inglesas".

CON perspectiva histórica el mérito sobresaliente de José Antonio y la significación mayor de su persona, a nuestro modo de ver, reside en ser la primera voz de su tiempo que desde raíces cristianas y españolas asimila críticamente la revolución socialista y disocia los valores espirituales del reaccionarismo derechista. No se trata sólo de que quiera arrebatarse al marxismo la bandera de la justicia, sino de que quiere arrebatarse al derechismo la bandera de la libertad de la persona y del sentido de la Patria.

Que no se apuntara decididamente a las soluciones fascistas tiene el mérito de que su visión iba más allá del momento y de que la raíz de su planteamiento era más profunda.

José Antonio, que empalma con el criticismo del 98, que está abierto a las corrientes de su tiempo y que tiene conciencia de que empieza un tiempo nuevo en la Historia, lleva dentro de sí un optimismo hispánico rebosante. Partiendo del hecho de que España había cumplido empresas históricas de alto bordo —de ahí el que el ser español fuese algo serio e importante— quería convocar a su generación a la empresa de acertar con las palabras claves, con la fórmula feliz, del tiempo nuevo que se entreveía en la crisis de los años treinta.

TODA antología es una antología intencionada. Lleva la intención de su autor que, consciente e inconscientemente aflora en la elección de los textos y en la sistemática de los mismos. Lo que en esta obra se ha pretendido es facilitar el conocimiento de José Antonio ordenándolo en cuatro grandes apartados.

En el primero, se recoge aquello que hace referencia a su visión de España. En el segundo, la impresión que en él produce la crisis del orden liberal. En el tercero, las propuestas y puntos de referencia para un nuevo orden político. Y en el cuarto el sentir humano, la intimidad personal de José Antonio.

Adriano GÓMEZ MOLINA

(1) No obstante, existen autores y texto con intención y originalidad. Algunos de ellos de gran calidad. En una enumeración meramente indicativa, pueden señalarse los siguientes: Rodrigo Fernández Carvajal —Los diálogos perdidos—; Francisco-Javier Conde —Representación política y régimen español, especialmente en la segunda parte y en las notas—; Gaspar Gómez de la Serna —José Antonio ante el criticismo del 98—; Pedro Laín —José Antonio, recogido en Vestigios y, sobre todo el opúsculo España como problema, en su parte final—; José María García Escudero —el Tiempo titulado Una política cultural: José Antonio Primo de Rivera—; Jaime Suárez —la serie Introducción a José Antonio—; Dionisio Ridruejo —José Antonio vivo—; Jesús Fueyo —José Antonio en la Historia contemporánea de España—; Luis Legaz —La teoría pura del Derecho y el pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera—; Manuel Cantarero —La Falange ante el tiempo nuevo—; Juan Velarde —Meditación sobre una política económica para España—; Ceferino L. Maestú —Sindicalismo falangista—; Francisco Eguigaray —Actualidad de José Antonio—.

Testimonio de España

España

Terra entre mars, Iberia, mate aimada,
tots els teus fills te fem la gran cangó.
En cada platja fa son cat l'onada
mes terra endins se sent un sol ressó,
que de l'un cap a l'altre a amor convida

i es va tornant un cant germanor;
Iberia! Iberia! et ve dels mars la vida
Iberia! Iberia! dona als mars l'amor.

Joan MARAGALL

IDEA DE LA PATRIA

Aquella fe romántica en la bondad nativa de los hombres fue hermana mayor de otra fe en la bondad nativa de los pueblos. «El hombre ha nacido libre, y, sin embargo, por todas partes se encuentra encadenado», dijo Rousseau. Era, por consecuencia, ideal rousseauiano devolver al hombre su libertad e ingenuidad nativas; desmontar hasta el límite posible toda la máquina social que para Rousseau había operado de corruptora. Sobre la misma línea llegaba a formularse, años después, la tesis romántica de las nacionalidades. Igual que la sociedad era cadena de los libres y buenos individuos, las arquitecturas históricas eran opresión de los pueblos espontáneos y libres. Tanta prisa como libertar a los individuos corría libertar a los pueblos.

Mirada de cerca, la tesis romántica iba encaminada a la descalificación; esto es, a la supresión de todo lo añadido por el esfuerzo (Derecho e Historia) a las entidades primarias, individuo y pueblo. El Derecho había transformado al individuo en persona; la Historia había transformado al pueblo en polis, en régimen de Estado. El individuo es, respecto de la persona, lo que el pueblo respecto de la. sociedad política. Para la tesis romántica urgía regresar a lo primario, a lo espontáneo, tanto en un caso como en el otro.

El Derecho necesita, como presupuesto de existencia, la pluralidad orgánica de los individuos. El único habitante de una isla no es titular de ningún derecho ni sujeto de ninguna jurídica obligación. Su actividad sólo estará limitada por el alcance de sus propias fuerzas. Cuando más, si acaso, por el sentido moral de que disponga. Pero en cuanto al derecho, no es ni siquiera imaginable en situación así. El Derecho envuelve siempre la facultad de exigir algo; sólo hay derecho frente a un deber correlativo; toda cuestión de derecho no es sino una cuestión de límites entre las actividades de dos o varios sujetos. Por eso el Derecho presupone la convivencia; esto es, un sistema de normas condicionantes de la actividad vital de los individuos.

De ahí que el individuo, pura y simplemente, no sea el sujeto de las relaciones jurídicas; el individuo no es sino el substratum físico, biológico, con que el Derecho se encuentra para montar un sistema de relaciones reguladas. La verdadera unidad jurídica es la persona; esto es, el individuo, considerado, no en su calidad vital, sino como portador activo o pasivo de las relaciones sociales que el Derecho regula; como capaz de exigir, de ser compelido, de atacar y de transgredir.

De análoga manera, el pueblo, en su forma espontánea, no es sino el substratum de la sociedad política. Desde aquí, para entenderse, conviene usar ya la palabra nación, significando con ella precisamente eso la sociedad política capaz de hallar en el Estado su máquina operante. Y con ello queda precisado el tema del presente trabajo: esclarecer qué es la nación: si la realidad espontánea de un pueblo, como piensan los nacionalistas románticos, o si algo que no se determina por los caracteres nativos.

El romanticismo era afecto a la naturalidad. La vuelta a la Naturaleza fue su consigna. Con esto, la nación vino a identificarse con lo nativo. Lo que determinaba una nación eran los caracteres étnicos, lingüísticos, topográficos, climatológicos. En último extremo, la comunidad de usos, costumbres y tradición; pero tomada la tradición poco más que como el recuerdo de los mismos usos reiterados, no como referencia a un proceso histórico que fuera como una situación de partida hacia un punto de llegada tal vez inasequible.

Los nacionalismos más peligrosos, por lo disgregadores, son los que han entendido la nación de esta manera. Como se acepte que la nación está determinada por lo espontáneo, los nacionalismos particularistas ganan una posición inexpugnable. No cabe duda de que lo espontáneo les da la razón. Así es tan fácil de sentir el patriotismo local. Así se encienden tan pronto los pueblos en el frenesí jubiloso de sus cantos, de sus fiestas, de su tierra. Hay en todo eso como una llamada sensual, que se percibe hasta en el aroma del suelo: una corriente física, primitiva y encandilante, algo parecido a la embriaguez y a la plenitud de las plantas en la época de la fecundación.

A esa condición rústica y primaria deben los nacionalismos de tipo romántico su extrema vidriosidad.

Nada irrita más a los hombres y a los pueblos que el ver estorbos en el camino de sus movimientos elementales: el hambre y el celo -apetitos de análoga jerarquía a la llamada oscura de la tierra son capaces, contrariados, de desencadenar las tragedias más graves. Por eso es torpe sobremanera oponer a los nacionalismos románticos actitudes románticas, suscitar sentimientos contra sentimientos. En el terreno afectivo, nada es tan fuerte como el nacionalismo local, precisamente por ser el más primario y asequible a todas las sensibilidades. Y, en cambio, cualquier tendencia a combatirlo por el camino del sentimiento envuelve el peligro de herir las fibras más profundas -por más elementales- del espíritu popular, y encrespar reacciones violentas contra aquello mismo que pretendió hacerse querer.

De esto tenemos ejemplo en España. Los nacionalismos locales, hábilmente, han puesto en juego resortes primarios de los pueblos donde se han producido: la tierra, la música, la lengua, los viejos usos campesinos, el recuerdo familiar de los mayores... Una actitud perfectamente inhábil ha querido cortar el exclusivismo nacionalista, hiriendo esos mismos resortes; algunos han acudido, por ejemplo, a la burla contra aquellas manifestaciones elementales; así los que han ridiculizado por brusca la lengua catalana.

No es posible imaginar política más tosca: cuando se ofende uno de esos sentimientos primarios instalados en lo profundo de la espontaneidad de un pueblo, la reacción elemental en contra es inevitable, aun por parte de los menos ganados por el espíritu nacionalista. Casi se trata de un fenómeno biológico.

Pero no es mucho más aguda la actitud de los que se han esforzado en despertar directamente, frente al sentimiento patriótico localista, el mero sentimiento patriótico unitario. Sentimiento por sentimiento, el más simple puede en todo caso más. Descender con el patriotismo unitario al terreno de lo afectivo es prestarse a llevar las de perder, porque el tirón de la tierra, perceptible por una sensibilidad casi vegetal, es más intenso cuanto más próximo.

¿Cómo, pues, revivificar el patriotismo de las grandes unidades heterogéneas? Nada menos que revisando el concepto de «nación», para construirlo sobre otras bases. Y aquí puede servirnos de pauta lo que se dijo respecto de la diferencia entre «individuo» y «persona». Así como la persona es el individuo considerado en función de sociedad, la nación es el pueblo considerado en función de universalidad.

La persona no lo es en cuanto rubia o morena, alta o baja, dotada de esta lengua o de la otra, sino en cuanto portadora de tales o cuales relaciones sociales reguladas. No se es persona sino en cuanto se es otro; es decir, uno frente a los otros, posible acreedor o deudor respecto de otros, titular de posiciones que no son las de los otros. La personalidad, pues, no se determina desde dentro, por ser agregados de células, sino desde fuera, por ser portador de relaciones. Del mismo modo, un pueblo no es nación por ninguna suerte de justificaciones físicas, colores o sabores locales, sino por ser otro en lo universal; es decir, por tener un destino que no es de las otras naciones. Así, no todo pueblo ni todo agregado de pueblos es una nación, sino sólo aquellos que cumplen un destino histórico diferenciado en lo universal.

De aquí que sea superfluo poner en claro si en una nación se dan los requisitos de unidad de geografía, de raza o de lengua; lo importante es esclarecer si existe, en lo universal, la unidad de destino histórico.

Los tiempos clásicos vieron esto con su claridad acostumbrada. Por eso no usaron nunca las palabras «patria» y «nación» en el sentido romántico, ni clavaron las anclas del patriotismo en el oscuro amor a la tierra. Antes bien, prefirieron las expresiones como «Imperio» o «servicio del rey»; es decir, las expresiones alusivas al «instrumento histórico». La palabra «España», que es por sí mismo enunciado de una empresa, siempre tendrá mucho más sentido que la frase «nación española». Y en Inglaterra, que es acaso el país de patriotismo más clásico, no sólo no existe el vocablo «patria», sino que muy pocos son capaces de separar la palabra King (rey), símbolo de la unidad operante en la Historia, de la palabra country, referente al soporte territorial de la unidad misma.

Llegamos al final del camino. Sólo el nacionalismo de la nación entendida así puede superar el efecto disgregador de los nacionalismos locales. Hay que reconocer todo lo que éstos tienen de auténticos; pero hay que suscitar frente a ellos un movimiento enérgico, de aspiración al nacionalismo misional, el que concibe a la Patria como unidad histórica del destino.

Claro está que esta suerte de patriotismo es más difícil de sentir; pero en su dificultad está su grandeza. Toda existencia humana -de individuo o de pueblo- es una pugna trágica entre lo espontáneo y lo difícil. Por lo mismo que el patriotismo de la tierra nativa se siente sin esfuerzo, y hasta con una sensualidad venenosa, es bella empresa humana desenlazarse de él y superarlo en el patriotismo de la misión inteligente y dura. Tal será la tarea de un nuevo nacionalismo reemplazar el débil intento de combatir movimientos románticos con armas románticas, por la firmeza de levantar contra desbordamientos románticos firmes reductos clásicos, inexpugnables. Emplazar los soportes del patriotismo, no en lo afectivo, sino en lo intelectual. Hacer del patriotismo no un vago sentimiento, que cualquiera veleidad marchita, sino una verdad tan inmovible como las verdades matemáticas.

No por ello se quedará el patriotismo en árido producto intelectual. Las posiciones espirituales ganadas así, en la lucha heroica contra lo espontáneo, son las que luego se instalan más hondamente en nuestra autenticidad. Por ejemplo, el amor a los padres, cuando ya hemos pasado de la edad en que los necesitamos, es, probablemente, de origen artificial, conquista de una rudimentaria cultura sobre la barbarie originaria. En estado de pura animalidad, la relación paterno-filial no existe desde que los hijos pueden valerse. Las costumbres de muchos pueblos primitivos autorizaban a que los hijos matasen a los padres cuando éstos ya eran, por viejos, pura carga económica. Sin embargo, ahora, la veneración a los padres está tan clavada en nosotros que nos parece como si fuera el más espontáneo de los afectos. Tal es, entre otras, la dulce recompensa que se gana con el esfuerzo por mejorar; si se pierden goces elementales, se encuentran, al final del camino, otros tan caros y tan intensos que hasta invaden el ámbito de los viejos afectos, extirpados al comenzar la empresa superadora. El corazón tiene sus razones, que la razón no entiende. Pero también la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón. (O. C., págs. 211-216, 16 abr. 34.)

La Patria es una unidad total, en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria

es una síntesis trascendente, una síntesis invisible, con fines propios que cumplir... (O. C., pág. 66, 29 oct. 33.)

Dos cosas forman una patria; como asiento físico, una comunidad humana de existencia; como vínculo espiritual, un destino común. España carece de las dos cosas. (O. C., pág. 433, 21 mar. 35.)

Nadie es uno sino cuando pueden existir otros. No es nuestra interna armadura Física lo que nos hace ser personas, sino la existencia de otros de los que el ser personas nos diferencia. Esto pasa a los pueblos, a las naciones. La nación no es una realidad geográfica, ni étnica, ni lingüística; es sencillamente una unidad histórica. Un agregado de hombres sobre un trozo de tierra sólo es nación si lo es en función de universalidad, si cumple un destino propio en la Historia; un destino que no es el de los demás. Siempre los demás son quienes nos dicen que somos uno.

En la convivencia de los hombres, soy el que no es ninguno de los otros. En la convivencia universal, es cada nación lo que no son las otras. Por eso las naciones se determinan desde fuera; se las conoce desde los contornos en que cumplen su propio, diferente, universal destino. (O. C., págs. 99-100, 7 dic. 33.)

La Patria es el único destino colectivo posible. Si lo reducimos a algo más pequeño, a la casa, al terruño, entonces nos quedamos con una relación casi física; si lo extendemos al universo, nos perdemos en una vaguedad inasequible. La Patria es, justamente, lo que configura sobre una base física una diferenciación en lo universal; la Patria es, cabalmente, lo que une y diferencia en lo universal el destino de todo un pueblo; es, como decimos nosotros siempre, una unidad de destino en lo universal. (O. C., pág. 507, 9 abr. 35.)

Nosotros colocamos una norma de todos nuestros hechos por encima de los intereses de los partidos y de las clases. Nosotros colocamos esa norma, y ahí está lo más profundo de nuestro movimiento, en la idea de una total integridad de destino que se llama la Patria. Con ese concepto de la Patria, servida por el instrumento de un Estado fuerte, no dócil a una clase ni a un partido, el interés que triunfa es el de la integración de todos en aquella unidad, no el momentáneo interés de los vencedores. (O. C., pág. 195, 4 mar. 34.)

Queremos que la Patria se entienda como realidad armoniosa e indivisible, superior a las pugnas de los individuos, las clases, los partidos y las diferencias naturales. (O. C., pág. 842, 16 ene. 36.)

ESPAÑA COMO PATRIA

Para nosotros, nuestra España es nuestra Patria, no porque nos sostenga y haya hecho nacer, sino porque ha cumplido en la Historia los tres o cuatro destinos trascendentales que caracterizan la historia del mundo. (O. C., pág. 416, 10 feb. 35.)

La Patria es para nosotros, ya lo habéis oído aquí, una unidad de destino; la Patria no es el soporte físico de nuestra cuna; por haber sostenido a nuestra cuna no sería la Patria lo bastante para que nosotros la enalteciéramos, porque por mucha que sea nuestra vanidad, hay que reconocer que ha habido patrias que han conocido cunas mejores que la vuestra y la mía. No es esto: la Patria no es nuestro centro espiritual por ser la nuestra, por ser físicamente la nuestra, sino porque hemos tenido la suerte incomparable de nacer en una Patria que se llama precisamente España, que ha cumplido un gran destino en lo universal y puede seguir cumpliéndolo. (O. C., pág. 720, 17 nov. 35.)

... España, que no es Castilla frente a Vasconia, sino que es Vasconia con Castilla y con todos los demás pueblos que integraron España, sí que cumplió un destino en lo universal, y se justificó en un destino con lo universal, y halló una providencia tan diligente para abastecerla de destino universal, que aquel mismo año de 1492 en que logró España acabar la empresa universal de desislamizarse, encontró la empresa universal de descubrir y conquistar un mundo. (O. C., página 181, 28 feb. 34.)

Falange Española cree resueltamente en España. España NO ES un territorio.

Ni un agregado de hombres y mujeres.

España es, ante todo, UNA UNIDAD DE DESTINO.

Una realidad histórica.

Una entidad, verdadera en sí misma, que supo cumplir -y aún tendrá que cumplir- misiones universales.

Por tanto, España existe:

1.º Como algo DISTINTO a cada uno de los individuos y de las clases y de los grupos que la integran.

2.º Como algo SUPERIOR a cada uno de esos individuos, clases y grupos y aún al conjunto de todos ellos.

Luego España, que existe como realidad distinta y superior, ha de tener sus fines propios.

Son esos fines:

1.º La permanencia en su unidad.

2.º El resurgimiento de su vitalidad interna.

3.º La participación, con voz preeminente, en las empresas espirituales del mundo. (O. C., pág. 85, 7 dic. 33.)

España es una unidad de destino en lo universal. Toda conspiración contra esa unidad es repulsiva. Todo separatismo es un crimen que no perdonaremos. (O. C., pág. 339, nov. 34.)

Vosotros ya sabéis cómo entendemos nosotros a España. España no es sólo esta tierra; para los más, escenario de un hambre de siglos. España no es nuestra sangre, porque España tuvo el acierto de unir en una misma gloria a muchas sangres distintas. España no es siquiera este tiempo, ni el tiempo de nuestros padres, ni el tiempo de nuestros hijos; España es una unidad de destino en lo universal. Esto es lo importante. Eso que nos une a todos y unió a nuestros abuelos y unirá a nuestros descendientes en el cumplimiento de un mismo gran destino en la Historia. Y España no será nada mientras no recobre la conciencia y el ímpetu de esa unidad perdida. (O. C., página 795, 22 dic. 35.)

... lo que nos enlaza es la unidad de destino, y si todos nos empeñamos en que España no tenga unidad de destino, ¿en qué vamos a asegurar la permanencia de España? ¡Esto sí que tendríamos que hacerlo antes de meternos a dar estatutos! ¡Dar a España una gran empresa, un gran rumbo histórico! (O. C., págs. 388-389, 30 nov. 34.)

Hemos empezado por preguntarnos qué es España. ¿Quién la vio antes que nosotros como unidad de destino?... Este concepto... recoge y explica todo lo inmanente y lo trascendente de España; cómo abraza, por ejemplo, en una superior armonía, la diversidad regional, tan peligrosa en manos de los nacionalistas disolventes como de la gruesa patriotería

de charanga. Así, empezando por preguntarnos qué es España, nos forjamos todos un sistema poético y preciso que tiene la virtud, como todos los sistemas completos, de iluminar cualquiera cuestión circunstancial. (O. C., pág. 914, abr. 36.)

... la España que acaso no existe físicamente, pero que existe en lo eterno, como las verdades matemáticas, y que volverá a proyectarse en la Historia. (T. 1., pág. 208, 6 may. 34.)

Si España fuese un conjunto de cosas melancólicas, faltas de justicia y de aliento histórico, pediría que me extendieran la carta de ciudadano abisinio; yo no tendría nada que ver con esta España. (O. C., página 858, 26 ene. 36.)

UNIDAD Y VARIEDAD DE ESPAÑA

La Falange sabe muy bien que España es varia, y eso no le importa. Justamente por eso ha tenido España, desde sus orígenes, vocación de Imperio. España es varia y es plural, pero sus pueblos varios, con sus lenguas, con sus usos, con sus características, están unidos irrevocablemente en una unidad de destino en lo universal. No importa nada que se aflojen los lazos administrativos; mas con una condición: con la de que aquella tierra a la que se dé más holgura tenga tan afianzada en su alma la conciencia de la unidad de destino que no vaya a usar jamás de esa holgura para conspirar contra aquélla. (O. C., página 564, 19 may. 35.)

España es así, ha sido varia, y su variedad no se opuso nunca a su grandeza; pero lo que tenemos que examinar en cada caso, cuando avancemos hacia esta variedad legislativa, es si está bien sentada la base inconfundible de lo que forma la nacionalidad española; es decir, si está bien asentada la conciencia de la unidad de destino. Esto es lo que importa, y es muy importante repetirlo una y muchas veces, porque en este mismo salón se ha expuesto, desde distintos sitios, una doctrina de las autonomías que yo reputo temerarias. Se ha dicho que la autonomía viene a ser un reconocimiento de la personalidad de una región; que se gana la autonomía precisamente por las regiones más diferenciadas, por las regiones que han alcanzado la mayoría de edad, por las regiones que presentan caracteres más típicos; yo agradecería -y creo que España nos lo agradecería también a todos- que meditásemos sobre esto: si damos las autonomías como premio de una diferenciación, corremos el riesgo gravísimo de que esa misma autonomía sea estímulo para ahondar la diferenciación. Si se gana la autonomía distinguiéndose con caracteres muy hondos del resto de las tierras de España, corremos el riesgo de que al entregar la autonomía invitemos a ahondar esas diferencias con el resto de las tierras de España. Por eso entiendo que cuando una región solicita la autonomía, en vez de inquirir si tiene las características propias más o menos marcadas, lo que tenemos que inquirir es hasta qué punto está arraigada en su espíritu la conciencia de unidad de destino; que si la conciencia de unidad de destino está bien arraigada en el alma colectiva de una región, apenas ofrece ningún peligro que demos libertades a esa región para que, de un modo o de otro, organice su vida interna. (O. C., págs. 384-385, 30 nov. 34.)

... porque España es más que una forma constitucional; porque España es más que una circunstancia histórica: porque España no puede ser nunca nada que se oponga al conjunto de sus tierras y cada una de sus tierras...

... porque nosotros entendemos que una nación no es meramente el atractivo de la tierra donde nacimos, no es esa emoción directa y sentimental que sentimos todos en la proximidad de nuestro terruño, sino que una nación es una unidad en lo universal, es el grado a que se remonta un pueblo cuando cumple un destino universal en la Historia. Por eso, porque España cumplió sus destinos universales cuando estuvieron juntos todos sus pueblos, porque España fue nación hacia fuera, que es como se es de veras nación, cuando los almirantes vascos recorrían los mares del mundo en las naves de Castilla, cuando los catalanes admirables

conquistaban el Mediterráneo unidos en naves de Aragón, porque nosotros entendemos eso así, queremos que todos los pueblos de España sientan, no ya el patriotismo elemental con que nos tira la tierra, sino el patriotismo de la misión, el patriotismo de lo trascendental, el patriotismo de la gran España. (O. C., págs. 109-110, 4 ene. 34.)

El separatismo local es signo de decadencia, que surge cabalmente cuando se olvida que una Patria no es aquello inmediato, físico, que podemos percibir hasta en el estado más primitivo de espontaneidad. Que una Patria no es el sabor del agua de esta fuente, no es el color de la tierra de estos sotos: que una Patria es una misión en la Historia, una misión en lo universal. La vida de todos los pueblos es una lucha trágica entre lo espontáneo y lo histórico. Los pueblos en estado primitivo saben percibir casi vegetalmente las características de la tierra. Los pueblos, cuando superan este lado primitivo, saben ya que lo que los configuran no son las características terrenas, sino la misión que en lo universal los diferencia de los demás pueblos. Cuando se produce la época de decadencia de ese sentido de la misión universal, empiezan a florecer otra vez los separatismos, empieza otra vez la gente a volverse a su suelo, a su tierra, a su música, a su habla, y otra vez se pone en peligro esta gloriosa integridad, que fue la España de los grandes tiempos. (O. C., pág. 190, 4 mar. 34.)

En estas columnas, antes que en ningún sitio, y, fuera de aquí, por los más autorizados de los nuestros, se ha formulado la tesis de España como unidad de destino. Es decir, aquí no concebimos cicateramente a España como entidad física, como conjunto de atributos nativos (tierra, lengua, raza) en pugna vidriosa con cada hecho nativo local. Aquí no nos burlamos de la bella lengua catalana ni ofendemos con sospechas de mira mercantil los movimientos sentimentales -equivocados gravísimamente, pero sentimentales- de Cataluña. Lo que sostenemos aquí es que nada de eso puede justificar un nacionalismo, porque la nación no es una unidad física individualizada por sus accidentes orográficos, étnicos o lingüísticos, sino una entidad histórica, diferenciada de las demás en lo universal por una propia unidad de destino.

España es la portadora de la unidad de destino, y no ninguno de los pueblos que la integran. España es, pues, la nación, y no ninguno de los pueblos que la integran. Cuando esos pueblos se reunieron, hallaron en lo universal la justificación histórica de su propia existencia. Por eso España, el conjunto, fue la nación. (O. C., pág. 285, 19 julio 34.)

Hay que devolver a España la convicción de sí misma. Tenemos que decir a los vascos que todas las proezas de sus marinos las realizaron pensando en España. A los catalanes, que todas sus expediciones al Oriente las hicieron para España como miembros de la Corona de Aragón. (T. 1., pág. 148, 5 nov. 33.)

LOS SEPARATISMOS

El nacionalismo eleva las características nativas (lenguas, costumbres, paisajes) a esencias nacionales. Se empeña en considerar que son las características nativas de lo que constituye una nación. Y no es eso: las naciones son aquellas unidades, de composición más o menos varia, que han cumplido un destino universal en la Historia. Y entendida España así, no puede haber roce entre el amor a la tierra nativa, con todas sus particularidades, y el amor a la Patria común, con lo que tiene la unidad de destino. Ni esta unidad habrá de abolir caracteres locales, como ser, tradiciones, lenguas, derecho consuetudinario, ni para amar estas características locales habrá que volverse de espaldas -como hacen los nacionalistas- a las glorias del destino común. ¿Qué amor al pueblo vasco es el de esos nacionalistas que colocan el apego a la tierra sobre el orgullo de los nombres vascos que hicieron retumbar el mundo con sus empresas bajo el signo de España? (T. 1., pág. 225, 15 agio. 34.)

Un pueblo es total pueblo cuando ha entrado en la labor universal. Y mientras esto no acontezca, aquel pueblo está sumido en la Prehistoria, en lo instructivo. Ahora bien, mirad

cómo el pueblo vasco pasó casi inmediatamente de su vida primitiva a una alta vida universal. ¿Y a qué se debió tan importante suceso? ¿De quién recibió el espaldarazo? Lo recibió en el mismo instante que se integró en la unidad de España. Por esto no quieren al pueblo vasco los que le quieren encerrar en sus bailes y en sus músicas. Toda su grandeza está en su unión a España, y, por tanto, camaradas, convoquemos al pueblo vasco a esta gran empresa española de todos nuestros anhelos y que las clásicas caras aguileñas de los hombres del Norte asomen por la borda de los gloriosos navíos españoles. (T. 1, pág. 257, 5 ene. 35.)

Acaso siglos antes de que Colón tropezara con las costas de América pescaron gentes vascas en los bancos de Terranova. Pero los hombres de aquellos precursores posibles se esfumaron en la niebla del tiempo. Cuando empieza a resonar por los vientos del mundo las eles y las zetas de los nombres vascos es cuando los hombres que las llevan salen a bordo de las naves imperiales de España. En la ruta de España se encuentran los vascos a sí mismos. Aquella raza espléndida, de bellas musculaturas sin empleo y remotos descubrimientos sin gloria, halla su auténtico destino al bautizar con nombres castellanos las tierras que alumbra y transportar barcos en hombros, de mar a mar, sobre espinazos de cordilleras.

Nadie es uno sino cuando pueden existir otros. No es nuestra interna armadura física lo que nos hace ser personas, sino la existencia de otros de los que el ser personas nos diferencia. Esto pasa a los pueblos, a las naciones. La nación no es una realidad geográfica, ni étnica, ni lingüística; es sencillamente una unidad histórica. Un agregado de hombres sobre un trozo de tierra sólo es nación si lo es en función de universalidad, si cumple un destino propio en la Historia; un destino que no es el de los demás. Siempre los demás son quienes nos dicen que somos uno.

En la convivencia de los hombres soy el que no es ninguno de los otros. En la convivencia universal, es cada nación lo que no son las otras. Por eso las naciones se determinan desde fuera, se las conoce desde los contornos en que cumplen un propio, diferente, universal destino.

Así es la nación España. Se dijera que su destino universal, el que iba a darle el toque mágico de nación, aguardaba el instante de verla unida. Las tres últimas décadas del quince asisten atónitas a los dos logros, que bastarían, por su tamaño, para llenar un siglo cada uno: apenas se cierra la desunión de los pueblos de España, se abren para España -allá van los almirantes vascos en naves de Castilla- todos los caminos del mundo.

Hoy parece que quiere desandarse la Historia. Euzkadi ha votado su estatuto. Tal vez lo tenga pronto. Euzkadi va por el camino de su libertad. ¿De su libertad? Piensen los vascos en que la vara de la universal predestinación no les tocó en la frente sino cuando fueron unos con los demás pueblos de España. Ni antes ni después, con llevar siglos y siglos hablando lengua propia y midiendo tantos grados de ángulo facial. Fueron nación (es decir, unidad de historia diferente de las demás) cuando España fue una nación. Ahora quieren escindirla en pedazos. Verán cómo les castiga el Dios de las batallas y de las navegaciones, a quien ofende, como el suicidio, la destrucción de las fuertes y bellas unidades. Los castigará a servidumbre, porque quisieron desordenadamente una falsa libertad. No serán nación (una en lo universal); serán pueblo sin destino en la Historia, condenado a labrar el terruño corto de horizontes, y acaso a atar las redes en otras tierras nuevas, sin darse cuenta de que descubre mundos. (O. C., págs. 99-100, 7 dic. 33.)

La vida del pueblo vasco, como la vida de todos los pueblos, es, simplemente, una pugna trágica entre lo espontáneo y lo histórico; una pugna entre lo nativo, entre aquello que somos capaces de percibir aun instintivamente, y lo artificial y difícil, lo ingentemente difícil, que es saber cumplir en la Historia un destino universal. Lo que a los pueblos los convierte en naciones no son tales o cuales características de raza, de lengua o de clima; lo que a un pueblo le da jerarquía de nación es haber cumplido una empresa universal; porque así como para ser personas y superar la cualidad nativa de individuo tenemos que ser otros, es decir, tenemos que ser distintos de los otros, tenemos que serlo en relación con los otros, para ser

nación tenemos que serlo diferenciados en lo universal. Somos nación en tanto en cuanto acometemos y logramos una empresa que no es la empresa de las demás naciones.

Ahora bien, ¿ha sido unidad en lo universal el pueblo vasco? ¿Ha cumplido destino en lo universal el pueblo vasco? Esto es evidente que sí; el pueblo vasco ha dado al mundo una colección de almirantes que ellos solos son una gala para un pueblo entero; el pueblo vasco ha dado al mundo un genio universal como Ignacio de Loyola. Pero el pueblo vasco dio esos genios al mundo precisamente cuando encontró su signo de nación indestructible unido a Castilla. (O. C., pág. 180, 28 feb. 34.)

Cataluña es muchas cosas mucho más profundamente que un pueblo mercantil; Cataluña es un pueblo profusamente sentimental; el problema de Cataluña no es un problema de importación y exportación; es un problema difícilísimo de sentimientos.

Pero también es torpe la actitud de querer resolver el problema de Cataluña reputándolo de artificial. Yo no conozco manera más candorosa, y aún más estúpida, de ocultar la cabeza bajo el ala, que la de sostener, como hay quienes sostienen, que ni Cataluña tiene lengua propia, ni tiene costumbres propias, ni tiene historia propia, ni tiene nada. Si esto fuera así, naturalmente, no habría problema de Cataluña y no tendríamos que molestarnos ni en estudiarlo ni en resolverlo; pero no es eso lo que ocurre, señores, y todos lo sabemos muy bien. Cataluña existe en toda su individualidad, y si queremos conocer cómo es España, y si queremos dar una estructura a España, tenemos que arrancar de lo que España en realidad nos ofrece; y precisamente el negarlo, además de la torpeza que antes os decía, envuelve la de plantear el problema en el terreno más desfavorable para quienes pretenden defender la unidad de España, porque si nos obstinamos en negar que Cataluña y otras regiones tienen características propias es porque tácitamente reconocemos que en esas características se justifica la nacionalidad, y entonces tenemos el pleito perdido si se demuestra, como es evidentemente demostrable, que muchos pueblos de España tienen esas características. (O. C., págs. 383-384, 30 nov. 34.)

Tenía vivos deseos de presentarme en un acto de propaganda en Barcelona. Cataluña ha sido maltratada, tanto por los que se han esforzado en sustituir su sentido imperial como por la estupidez de los que, viendo sólo un fenómeno localista, han creado un separatismo local. Comprendo lo que ocurre a los catalanes y les aconsejo que se sobrepongan a su fuerza de captación para pedir un puesto en la misión de destino en lo universal, que se llama España. (T. L, pág. 295, 30 mayo 35.)

Vosotros habitáis en una tierra que linda con otra donde brota la hierba del separatismo, la tierra hermana de Cataluña, la que nosotros queremos reintegrar a los destinos nacionales españoles. En presencia del proceso espiritual de Cataluña, que a muchos hizo alejarse del patriotismo por el camino atormentado del odio, la Falange hace saber que confía no en una unidad territorial o racial, sino en una gran unidad de destino. La labor de la Falange está en unir uno a uno todos los destinos de España. Pero a España hay que verla sobriamente, exactamente; mucho cuidado con invocar el nombre de España para defender unos cuantos negocios, como los intereses de los bancos o los dividendos de las grandes empresas. (O. C., pág. 857, 26 ene. 36.)

No olvidemos la Historia: el catalanismo nace políticamente cuando España pierde sus colonias; es decir, cuando los fabricantes barceloneses pierden sus mercados. No se oculta entonces a su pausada agudeza que es urgente conquistar el mercado interior. Tampoco se nos oculta que sus productos no pueden defenderse en una competencia puramente económica. Hay que imponerlos políticamente al resto de España. Y nada mejor para imponerlos que blandir un instrumento de amenaza al mismo tiempo que de negociación. Ese instrumento fue el catalanismo. Eso que antes era viejo poso sentimental, expresado en usos y bailes, fue sometido a un concienzudo cultivo de rencor. El alma popular catalana, fuerte y

sencilla, fue llenándose de rencor. Aridos intelectuales compusieron un idioma de laboratorio sin más norma fija que la de quitar toda semejanza con el castellano. Cataluña llegó a estar crispada de hostilidad para con el resto de la Patria. Y esta crispación era invocada por sus hombres representativos en cuanto llegaba la hora de negociar un nuevo arancel. Los representantes de la burguesía catalana alquilaban sus buenos oficios apaciguadores del furor popular a cambio de obtener tarifas aduaneras más protectoras.

Este ha sido el tortuoso juego del catalanismo político durante treinta años. Lo que en Cataluña fermentaba como expresión de una milenaria melancolía popular, en Madrid se negociaba como un objeto de compraventa. El catalanismo era una especulación de la alta burguesía capitalista con la sentimentalidad de un pueblo.

TIERRA DE ESPAÑA

Circula la leyenda de una Galicia débil y sentimental, y los que cultivan esa nota quieren inculcar en el pueblo el desmayo y la languidez que empieza ya a manifestarse en una tendencia contraria a la España única.

Vosotros, alejados de esa tendencia, sois la Galicia fuerte, la de los vinos también de fuertes soleras, como los caldos andaluces.

Quien la diga débil, olvida que de aquí salían sus hombres para América, donde, después de luchar por medio del trabajo, vuelven con grandes capitales; y vuelven al solar de origen, donde encuentran mujeres fuertes también, que a la fortaleza de su espíritu saben unir el sentimiento delicado que se refleja en los versos incomparables de vuestra Rosalía. (T. 1, pág. 43, 4 sep. 30.)

Tal vez sepas que he estado en Cáceres. He hecho, poco más o menos, tu recorrido: de Avila a Cáceres, aunque mi camino haya dado grandes rodeos. ¡Ávila a Cáceres! Por primera vez me he dado cuenta, al acompañarte imaginariamente en el camino, de que ese trayecto es, tal vez, el eje de España. Por ahí trashumaban los ganados cuando España era todavía ganadera, que es cuando aprendió a ser descubridora y militar. (T. 1, pág. 470, 20 ene. 36.)

Tenemos mucho que aprender de esta tierra y de este cielo de Castilla los que vivimos a menudo apartados de ellos. Esta tierra de Castilla, que es la tierra sin galas ni pormenores; la tierra absoluta, la tierra que no es el color local, ni el río, ni el lindero, ni el altozano. La tierra que no es, ni mucho menos, el agregado de unas cuantas fincas, ni el soporte de unos intereses agrarios para regateados en asambleas, sino que es la tierra; la tierra como depositaria de valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso en la vida, el habla y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes.

Y sobre esta tierra absoluta, el cielo absoluto.

El cielo tan azul, tan sin celajes, tan sin reflejos, verdosos de frondas terrenas, que se dijera que es casi blanco de puro azul. Y así Castilla, con la tierra absoluta y el cielo absoluto mirándose, no ha sabido nunca ser una comarca; ha tenido que aspirar, siempre, a ser Imperio. Castilla no ha podido entender lo local nunca; Castilla sólo ha podido entender lo universal, y por eso Castilla se niega a sí misma, no se fija en dónde concluye, tal vez porque no concluye, ni a lo ancho ni a lo alto. Así Castilla, esa tierra esmaltada de nombres maravillosos - Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres-, esta tierra de chancillería, de ferias y castillos, es decir, de justicia, milicia y comercio, nos hace entender cómo fue aquella España que no tenemos ya, y nos aprieta el corazón con la nostalgia de su ausencia. (O. C., páginas 189-190, 4 mar. 34.)

ENTRAÑA Y ESTILO

Entraña y estilo, he ahí lo que compone a España.

La tragedia de España acaso haya consistido en que sus entrañas y su estilo fueron separados por la capa falsa, chabacana, decadente, de lo «castizo». Lo «castizo» no es lo popular. Es popular, ritual y profunda, como decía Rafael Sánchez Mazas, la tradición de natalicios, lunas de miel, hogares e instituciones que este café de San Isidro y esta calle de Toledo nos recuerdan; pero no es popular aquel Madrid de Fornos y la cuarta de Apolo, ni aquel provincianismo de tute y achicoria y ese cante flamenco que se pronuncia en andaluz y ha sido inventado entre Madrid y San Martín de Valdeiglesias. (O. C., págs. 417-418, 24 feb. 35.)

Estas dos cosas [la firmeza del estilo y el sentido imperial en la conducta] son las que han hecho grande a España en sus tiempos de gloria. Cuando han faltado, como ahora, al país le entró un tedio insoportable, una desgana pesimista, que se metió por las rendijas de su alma, haciendo dudar de su destino a un pueblo tan magnífico como el español. Ahora está ocurriendo eso, y de ahí que hayamos venido nosotros para recobrar al servicio de España su estilo impecable y su ímpetu imperial. (O. C., pág. 413, 10 feb. 35.)

ESPAÑA ES IRREVOCABLE

España es irrevocable. Los españoles podrán decidir acerca de cosas secundarias; pero acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir. España no es nuestra, como objeto patrimonial; nuestra generación no es dueña absoluta de España: la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores y ha de entregarla, como depósito sagrado, a las que la sucedan. Si aprovechara este momento de su paso por la continuidad de los siglos para dividir a España en pedazos, nuestra generación cometería para con las siguientes el más abusivo fraude, la más alevosa traición que es posible imaginar.

Las naciones no son contratos, rescindibles por la voluntad de quienes los otorgan: son fundaciones, con sustantividad propia, no dependientes de la voluntad de pocos ni de muchos. (O. C., pág. 286, 19 julio 34.)

PECULIARIDAD DE ESPAÑA

Estamos precisamente convencidos de que España, aunque no sea ni mejor ni peor que las demás naciones, desde luego es distinta. Tiene características muy acusadas, que es preciso respetar si no se quiere ir al fracaso, pero sería necio el luchar contra la naturaleza. Por otra parte, la tradición española es demasiado fuerte y rica, y nosotros no vamos a cometer el desatino de desaprovechar esas existencias y lecciones de la tradición. Nuestro país ha vivido anteriormente muchas experiencias sociales, políticas y económicas que hoy en el mundo empiezan a reivindicarse. Tenemos en nuestra Historia ejemplos de legislación agraria y ganadera que puede hoy mismo aplicarse con feliz eficacia, así como la organización por gremios y oficios, y los fueros municipales, y los montes y bienes comunales, y la “mesta”, y tantas otras costumbres que nacieron y prosperaron a impulso de la necesidad propia y características de la raza. En fin, pretendemos ser «muy antiguos, y muy modernos»... Creo que es una aspiración muy legítima y fácil de comprender. (T. I., pág. 262, 9 ene. 35.)

ESPAÑA, PERMANENTE QUEHACER

Una nación es siempre un quehacer, y España de singular manera. O la ejecutora de un destino en lo universal o la víctima de un rápido proceso de disgregación. ¿Qué quehacer, qué destino en lo universal asignan a España los que entienden sus horas decisivas con criterio de ave doméstica bajo la amenaza del gavilán? (O. C., págs. 839-840, 16 enero 36.)

España tiene el destino de no poder dormirse para poder ser una nación. Es algo gloriosamente trágico. España necesita resolver el sentido de su destino, unir en una ambición común y en un esfuerzo nacional la variedad disgregatoria de los pueblos que la forman. (U. H., páginas 74-75, 13 ago. 34.)

JUSTIFICACION DE ESPAÑA

Por eso soy de los que creen que la justificación de España está en una cosa distinta; que España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino que España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal; que España es mucho más que una raza y es mucho más que una lengua, porque es algo que se expresa de un modo del que estoy cada vez más satisfecho, porque es una unidad de destino en lo universal. (O. C., pág. 384, 30 nov. 34.)

GLORIA DE ESPAÑA

... el Imperio español jamás fue racista; su inmensa gloria estuvo en incorporar a los hombres de todas las razas a una común empresa de salvación. (T. 1, pág. 141, 23 oct. 33.)

... España tuvo el acierto de unir en una misma gloria a muchas sangres distintas. (O. C., pág. 795, 22 dic. 35.)

Explica cómo nuestro Imperio ha de ser preferentemente espiritual, pues hoy todas las tierras del mundo tienen dueño y toda conquista sería un expolio y un robo a la vez. Pero que el terreno del espíritu no está acotado, y de ahí sí cabe llevar las conquistas al máximo y organizarse, perfeccionarse y elevarse sobre los demás e imperar incluso sobre ellos. (U. H., pág. 93, 17 mar. 35.)

Por su sentido de CATOLICIDAD, de UNIVERSALIDAD, ganó España al mar y a la barbarie continentes desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación. (O. C., página 92, 7 dic. 33.)

REPUDIO DEL NACIONALISMO

Por eso nosotros nos sentimos unidos indestructiblemente a España, porque queremos participar en su destino; y no somos nacionalistas, porque ser nacionalistas es una pura sandez; es implantar los resortes espirituales más hondos sobre un motivo físico, sobre una mera circunstancia física; nosotros no somos nacionalistas, porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos; somos, ya lo dije en Salamanca otra vez somos españoles, que es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo. (O. C., pág. 720, 17 nov. 35.)

Por eso no podemos ser nacionalistas a la manera estrecha y mezquina de esos nacionalismos pequeños que representan un retorno a la prehistoria. (O. C., pág. 416, 10 feb. 35.)

AMBICION HISTORICA

Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su Historia. (O. C., pág. 67, 29 oct. 33.)

La Patria es una misión. Si situamos la idea de Patria en una preocupación territorial o étnica, nos exponemos a sentirnos perdidos en un particularismo o regionalismo infecundo. La Patria tiene que ser una misión. No hay continentes ya por conquistar, es cierto, y no puede haber ilusiones de conquista. Pero va caducando ya en lo internacional la idea democrática que

brindó la Sociedad de las Naciones. El mundo tiende otra vez a ser dirigido por tres o cuatro entidades raciales. España puede ser una de estas tres o cuatro. Está situada en una clave geográfica importantísima, y tiene un contenido espiritual que le puede hacer aspirar a uno de esos puestos de mando. Y eso es lo que puede propugnarse. No ser un país medianía; porque o se es un país inmenso que cumple una misión universal, o se es un pueblo degradado y sin sentido. A España hay que devolverle la ambición de ser un país director del mundo. (O. C., pág. 165, 16 feb. 34.)

Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera. (O. C., pág. 339, nov. 34.)

Respecto de los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales. (O. C., pág. 339, nov. 34.)

América es, para España, no sólo la anchura del mundo mejor abierta a su influencia cultural, sino, como dicen los puntos iniciales de la Falange, uno de los mejores títulos que puede alegar España para reclamar un puesto preeminente en Europa y en el mundo. Todo esfuerzo por mantener tensos los hilos en comunicación con América deberían parecerse escasos, sobre todo cuando la influencia española riñe allá con la competencia de tantos influjos organizados e inteligentes. (O. C., página 527, 18 abr. 35.)

Tenemos que esperar en una España que otra vez impere. Ya no hay tierras que conquistar, pero sí hay que conquistar para España la rectoría en las empresas universales del espíritu. Pensad que esta tierra de Toledo asentó en otros días la capital del mundo; que desde aquí, desde esta Castilla que nunca ha visto el mar, se trazaban las rutas del océano y se promulgaban leyes para continentes lejanos. (O. C., página 177, 25 feb. 34.)

Por el [postulado nacional] se aspira a potenciar el valor nacional de España, no con el criterio de idolatría de las entidades naturales que informan a los partidos nacionalistas, sino con el criterio que aspira a perpetuar en España la representación histórica de un sentido universal de la vida, que es lo que se expresó más tarde con la palabra «Imperio», vocablo doctrinalmente alusivo a toda aspiración política de alcance y validez universal. (F. a F., pág. 168, 17 nov. 36.)

ESPAÑA LIMPIA, ALEGRE Y FALDICORTA

Queremos que se nos devuelva el alegre orgullo de tener una Patria. Una Patria exacta, ligera, emprendedora, limpia de chafarrinones zarzueleros y de muchas roñas consuetudinarias. No una Patria para ensalzada en gruesas efusiones, sino para entendida y sentida como ejecutora de un gran destino. (O. C., pág. 841, 16 ene. 36.)

La Falange quiere una España alegre y faldicorta. (José Antonio. Biografía, F. X. de Sandoval, 2.a ed., pág. 601.)

ESPAÑA: NO INVOCAR SU NOMBRE EN VANO

Pero a España hay que verla sobriamente, exactamente; mucho cuidado con invocar el nombre de España para defender unos cuantos negocios, como lo intereses de los bancos o los dividendos de las grandes empresas. (O. C., pág. 857, 26 ene. 36.)

Cuando hablamos de la Patria, no hay en nuestra boca una bandera contrabandista más; ya sabéis para cuántas cosas se emplea el nombre de la Patria. (O. C., pág. 856, 26 ene. 36.)

España, no como vana invocación de falsas cosas hinchadas, sino como expresión entera de un contenido espiritual y humano: la Patria, el pan y la justicia. (O. C., pág. 841, 16 ene. 36.)

La bandera de lo nacional no se tremola para encubrir la mercancía del hambre. Millones de españoles la padecen y es de primera urgencia remediarla. Para ello habrá que lanzar a toda máquina la gran tarea de la reconstrucción nacional. (O. C., pág. 928, 4 may. 36.)

Frente a la antipatria, hecha mito actuante, no puede alzarse más que la empresa limpia de la Patria. La Patria sin segunda idea, con todo lo que tiene de directamente atractivo, pero, justamente, con todo lo que exige de abnegado. La Patria de todos, no la de los privilegiados. La Patria fuerte y unida y militante y justa. La que soñamos para el esfuerzo y para la muerte los que formamos la Falange. (T. 1., página 197, 22 feb. 34.)

No se puede ensalzar a la Patria y sentirse exento de sus sacrificios y de sus angustias; no se puede invitar a un pueblo a que se enardezca con el amor a la Patria si la Patria no es más que la sujeción a la tierra donde venimos padeciendo desde siglos. No se puede invocar a la Patria y gritarnos ahora, en la ocasión difícil: «¡Que se nos hunde la Patria! ¡Que perdemos los mejores valores espirituales!», cuando quienes lo dicen nos han puesto en esta coyuntura, en este inminente peligro, por no votar un aumento de impuestos sobre los bancos y las grandes fortunas. (O. C., pág. 796, 22 dic. 35.)

ESPAÑA: DE TODOS Y PARA TODOS

La España que propugnamos no será de la clase más fuerte. Será la de todos. Y en ella no se podrá ir a los jornales de hambre ni a la holganza. (T. 1., pág. 148, 5 nov. 33.)

Hay quienes suponen que el movimiento nuestro es un ataque; que luchamos porque la burguesía se encuentra en peligro y tenemos que defenderla, pero no; lo que queremos es que todos los del pueblo participemos de nuestra Patria grande, de nuestra Patria noble, de nuestra Patria única, y que con nuestro esfuerzo podamos sacarla a flote, corriendo todos la misma suerte, a semejanza de los que caminan en un barco, que, si éste naufraga, pierden todos la vida, y si alguno consiguiese llegar a puerto seguro, todos llegarán con él a ese puerto seguro. A eso venimos nosotros. A devolveros la fe para esta empresa común en que todos somos lo mismo. (O. C., pág. 153, 4 feb. 34.)

Pensad que la Patria es un gran barco donde todos debemos remar, porque juntos nos hemos de salvar o juntos pereceremos. (O. C., página 883, 8 feb. 36.)

Entonces, estad seguros, por ejemplo, los obreros, de que no serían sojuzgados por la tiranía de los ricos que ofrecen condiciones duras diciéndoos que os elevan a la redención, porque esa España, nuestra España única, nos dirá a cada cual nuestro deber y nuestro sacrificio, y en nombre de España se gobernará, no para la clase más fuerte ni para el partido mejor organizado, sino para todos los españoles, y hemos de salvarnos juntos o hemos de perecer juntos. (O. C., págs. 76-77, 12 nov. 33.)

La revolución hemos de hacerla todos juntos, y así nos traerá la libertad de todos, no la de la clase o la del partido triunfante: nos hará libres a todos al hacer libre y grande y fuerte a España. Nos hará hermanos al repartir entre todos la prosperidad y las adversidades, porque no estaremos unidos en la misma hermandad mientras unos cuantos tengan el privilegio de poder desentenderse de los padecimientos de los otros. (O. C., pág. 177, 25 feb. 34.)

Nuestro triunfo no será el de un grupo reaccionario, ni representará para el pueblo la pérdida de ninguna ventaja: al contrario: nuestra obra será una obra nacional, que sabrá elevar las condiciones de vida del pueblo -verdaderamente espantosas en algunas regiones- y le hará participar en el orgullo de un gran destino recobrado. (O. C., página 952, 17 jul. 36.)

No hay más que un camino: nada de derechas ni de izquierdas; nada de partidos: un gran movimiento nacional, esperanzado y enérgico, que se proponga como meta la realización de una España grande, libre y unida. De una España para todos los españoles, ni mediatizada por poderes extranjeros, ni dominada por el partido o la clase más fuerte.

Hace falta un movimiento nacional nutrido, además, del viejo temple heroico de España. Un gran movimiento que no tolere las provocaciones de insolencia roja ni asista impasible al asesinato de sus militantes, como asisten, débiles, los partidos llamados de orden y las asociaciones profesionales en que estáis inscritos. Un gran movimiento nacional que aspire a refundir de nuevo ese mismo temple heroico de la Patria entera, llamada otra vez, si lo queremos firmemente, a realizar gloriosos destinos. (O. C., págs. 754-755, 5 dic. 35.)

No cabe convivencia fecunda sino a la sombra de una política que no se deba a ningún partido ni a ninguna clase; que sirva únicamente al destino integrador y supremo de España; que resuelva los problemas entre los españoles sin otra mira que la justicia y la convivencia patria. (O. C., pág. 320, nov. 34.)

Dolor de España

EL NO DIJO: ESPAÑA ESTA HERMOSA -PUES NO SABIA MENTIR-. NI DIJO: HE AQUI UNA HERMOSA RUINA -QUE NO SUPO LLORAR-. MAS DIJO: MIRAD COMO ESTA PATRIA QUE ES HERMOSA, ESTA CORROMPIDA. PUES CON NINGUNA SANGRE SEA LAVADA SI NO ES LA NUESTRA.

Manuel Augusto G. VIÑOLAS.

ESPAÑA EN RUINAS

Así resulta que cuando nosotros, los hombres de nuestra generación, abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral, un mundo escindido en toda suerte de diferencias; y por lo que nos toca de cerca, nos encontramos una España en ruina moral, una España dividida por todos los odios y por todas las pugnas. (O. C., pág. 64, 29 oct. 33.)

España, desde hace mucho tiempo, lleva una vida chata, una vida pobre, una vida triste, oprimida entre dos losas que todavía no ha conseguido romper: por arriba, la falta de toda ambición histórica, la falta de todo interés histórico; por abajo, la falta de una profunda justicia social. (O. C., pág. 247, 6 jun. 34.)

LA TIERRA SEDIENTA

Este suelo nuestro, en que se pasa del verano al invierno sin otoño ni primavera; este suelo nuestro, con los montes sin árboles, con los pueblos sin agua ni jardines; este suelo inmenso, donde hay tanto que hacer y sobre el que se mueren de hambre setecientos mil parados y sus familias, porque no se les da nada en que trabajar; este suelo nuestro, en el que es un conflicto que haya una cosecha buena de trigo, cuando, con ser el pan el único alimento, comen las gentes menos pan que en todo el occidente de Europa; este pueblo nuestro necesita que se hiciera la transformación más de prisa que en ninguna parte. (O. C., páginas 563-564, 19 may. 35.)

Las tierras de España... no pueden vivir decorosamente. Hay tierras españolas donde cada semilla da tres o cuatro, y de éstas hay que entregar una al usurero, y con las otras dos vive el labrador en una miseria que pasa de padres a hijos.

No se puede vivir como se vive en muchos pueblos españoles de tierra estéril, donde las gentes se tienen que refugiar en el interior de ella. (O. C., pág. 858, 26 ene. 36.)

Gran parte de la tierra española, ancha, triste, seca, destartalada, huesuda, como sus pobladores, parece no tener otro destino que el de esperar a que esos huesos de sus habitantes se le entreguen definitivamente en la sepultura. (O. C., pág. 563, 19 may. 35.)

Nosotros hemos tenido ocasión de comprobar este estado de desdicha de nuestro pueblo al recorrer día tras día las tierras de España. Nosotros hemos visto en la provincia de León, donde el clima es duro, no este clima dulce y suave de Málaga, a las gentes cobijadas en agujeros bajo la tierra, en montones de tierra ahuecados para que les sirviera de refugio.

Vosotros habréis visto, como lo hemos visto nosotros, al hombre trabajando de sol a sol por un plato de gazpacho, y habréis descubierto en los confines de los páramos españoles gentes con ojos ilusionados, como en los mejores tiempos, capaces de toda empresa, vivir una vida miserable y dolorosa. La existencia de esas pobres gentes pondría los pelos de punta si la viéramos aplicada a los animales domésticos. (O. C., páginas 623-624, 21 jul. 35.)

EL HAMBRE DEL PUEBLO

El hambre del pueblo: he aquí otra angustia apremiante y a la que España puede poner remedio. La gran tarea de nuestra generación consiste en demostrar el sistema capitalista, cuyas últimas consecuencias fatales son la acumulación del capital en grandes empresas y la proletarización de las masas. (O. C., pág. 848, 19 ene. 36.)

... no queremos que nuestros hijos sientan oprobio al saber que hay hombres que trabajan de sol a sol por un plato de gazpacho y que muchos españoles viven como cerdos. (O. C., págs. 626-627, 21 jul. 35.)

El asiento físico de España, de la comunidad de españoles, es absolutamente indefendible. Tenemos un territorio enorme en el que hay muchísimo que hacer, y, sin embargo, millones de habitantes viven peor que los cerdos en las cochiqueras. No ya los parados del todo, esos setecientos mil españoles cuya existencia es un milagro, sino los pequeños labradores, arrendatarios o propietarios de minifundios, que recogen al año veinte o treinta fanegas de trigo, y los campesinos andaluces, que cobran al año cien jornales, y los habitantes en los suburbios de la misma capital, hacinados en casas infectas, en que los más rudimentarios servicios higiénicos se comparten entre cuarenta familias. Esto, mientras se engordan armeros, intermediarios, administradores, banqueros, propietarios, rentistas, consejeros de grandes empresas y toda esa muchedumbre ociosa que parece ser el remate de un país apopléjico de gran capitalismo, y no la dorada envoltura de nuestra pobre, y ancha, y esquilhada España.

Sobre esa base económica está asentado el pueblo español. ¿Y qué misión colectiva lo mantiene unido? Nadie lo sabe. Por eso, menos cada vez piensa nadie en remediar su mal remediando a España, sino escaparse del mal común lo mejor que pueda. Cada clase por su lado, insolidaria con las demás. Cada región, cada comarca, por su lado. Como en un barco que zozobra, todos parecen haber oído la voz de «sálvese el que pueda». Cuando lo que hay que salvar es el barco. (O. C., págs. 433-434.)

Mientras millones de familias españolas vivan miserablemente, no puede «ni debe» haber paz en España. Lo interesante es incorporar el interés de esos millones de familias al interés total de España, en vez de acorralarlos en la desesperación anárquica y antinacional. (O. C., páginas 346-347, 11 nov. 34.)

No dejaremos de gritarlo en ningún número: hay setecientos mil españoles en paro forzoso; hay setecientos mil españoles que comen de milagro. ¿Cómo puede haber Parlamento, Gobierno ni partidos que vivan en paz mientras esa trágica llaga sigue abierta al costado de nuestro pueblo? (O. C., pág. 459, 28 mar. 35.)

España, que tiene una superficie sobrada para poder sostener cuarenta millones de habitantes, por una distribución absurda de la propiedad territorial y por un retraso inconcebible en las obras de riego, mantiene un régimen en que dos millones de familias, por lo menos, viven en condiciones inferiores a la de los animales domésticos y casi a la de los animales salvajes. Yo soy, por ejemplo, diputado por una provincia andaluza; en el período electoral tuve que ir a un pueblo que se llama Prado del Rey con mi compañero Francisco Moreno; cuando llegamos a aquel pueblo, donde creo que jamás se había aventurado nadie, ni siquiera en trance de propaganda electoral, diluviaba. Las calles eran una especie de torrenteras sobre las cuales se abrían unos cubiles inferiores a los cubiles donde se aloja a las bestias en las granjas. Había gentes allí que no tenían la menor noticia de lo que era la cultura, la convivencia humana, la comodidad, ni la sanidad. Como era un día crudo, nosotros íbamos en automóvil, y, como es natural, llevábamos nuestros abrigos. Cuando intentamos hacer propaganda electoral,

las gentes de Prado del Rey salieron de sus casas y nos empezaron a tirar piedras. Yo os aseguro que en lo profundo de mi corazón deseaba que no me diera en la nuca ninguna; pero os aseguro que en lo profundo de mi corazón reconocía que nosotros, que íbamos en automóviles, que llevábamos abrigos relativamente agradables, suscitábamos todas las disculpas para que aquella gente de Prado del Rey nos tirase en la nuca todas sus piedras. (O. C., págs. 246-247, 6 junio 34.)

El pueblo español no tiene pan. Hay muchedumbre de parados. En los suburbios y en los campos viven muchos- hombres peor que las bestias. Hay multitudes condenadas a arañar tierras estériles, que les dan cuatro semillas por una. De estas cuatro semillas todavía una es para la tierra y otra para el usurero. En esta misma provincia de Avila hay pueblos que pertenecen a una sola propiedad. Los habitantes de esos pueblos, a los que puede desahuciar el propietario en cualquier momento de mal humor, saben que el desahucio equivale a un destierro del mundo. (O. C., págs. 837-838, 11 ene. 36.)

Nuestra modesta economía está recargada con el sostenimiento de una masa parasitaria insoportable: banqueros que se enriquecen prestando a interés caro el dinero de los demás; propietarios de grandes fincas que, sin amor ni esfuerzo, cobran rentas enormes por alquilarlas; consejeros de grandes compañías diez veces mejor retribuidos que quienes con su esfuerzo las sacan adelante; portadores de acciones liberadas a quienes las más de las veces se retribuye a perpetuidad por servicios de intriga; usureros, agiotistas y correveidiles. Para que esta gruesa capa de ociosos se sostenga, sin añadir el más pequeño fruto al esfuerzo de los otros, empresarios, industriales, comerciantes, labradores, pescadores, intelectuales, artesanos y obreros, agotados en un trabajo sin ilusión, tienen que sustraer raspaduras a sus parvos medios de existencia. Así, el nivel de vida de todas las clases productoras españoles, de la clase media y de las clases populares, es desconsoladoramente bajo; para España es un problema el exceso de sus propios productos, porque el pueblo español, esquilmado, apenas consume. (O. C., pág. 842, 16 enero 36.)

España es un país bronco y desértico, tierra partida entre unos millones de proletarios, a menudo rugientes de hambre y de cólera, y unos millares de beatis possidentibus. (T. I., pág. 177, 18 ene. 34.)

Tal es el panorama de España: un Gobierno centro que languidece en su consunción; unas derechas faltas de fe y de empuje; unas izquierdas antinacionales. Y, olvidada, España. Esa España que, en medio de tantos gritos, aguarda la revolución verdadera: la que le devuelva un quehacer histórico, interesante y grande, y la organice de arriba abajo de una manera justa, la que acabe con el escepticismo, con el hambre de tantos y con el lujo parasitario de unos pocos. Esa es la nuestra. Si seguimos animosos y unidos, si reiteramos cada día el voto de sacrificio que sellaron con sangre nuestros mártires, ¡qué gran año, camaradas, puede ser el 1935 para nosotros!, y para España. (O. C., página 295, 27 ago. 34.)

LAS LÁPIDAS DE LOS CACIQUES

El orden liberal capitalista ha traído al mundo discordias presentes y el espectáculo de miseria que dan los obreros del campo, desarraigados, alquilándose a sí mismos en la plaza del Arenal como se alquilan en Abisinia los esclavos o los camellos. En busca de ese orden nuevo, ganado por la fe y los sacrificios, voy, con mis compañeros, peregrinando por España. Y eso es lo que importa: no granjearme el aplauso fácil o una lápida en que den el nombre de uno a una calle del pueblo. Esas lápidas en honor de los caciques van formando la lápida sepulcral de España. (T. 1, pág. 319, 1 ene. 36.)

ESPAÑA, DROGADA

¿Es esto España? ¿Es esto el pueblo de España? Se dijo i que vivimos una pesadilla o que el antiguo pueblo español (sereno, valeroso, generoso) ha sido sustituido por una plebe frenética, degenerada, drogada con folletos de literatura comunista. Sólo en los peores momentos del siglo XIX conoció nuestro pueblo horas parecidas, sin la intensidad de ahora. Los autores de los incendios de iglesias que están produciéndose en estos instantes alegan como justificación la especie de que las monjas han repartido entre los niños de obreros caramelos envenenados. ¿A qué páginas de esperpento, a qué España pintada con chafarrinones de bermellón y de tizne hay que remontarse para hallar otra turba que preste acogida a semejante rumor de zoco? (O. C., pág. 926, 4 may. 36.)

Es preciso buscar una explicación de patología colectiva a esta complacencia, a este regodeo de un público español en la desdicha que representa la desmembración de España. Hay procesos morbosos en los que la degradación exhibida llega a constituir un deleite. ¿Habrán llegado ya a ese punto las masas españolas? (O. C., pág. 903, 5 mar. 36.)

AMARGURA DE ESPAÑA

Señor presidente: cuando empezábamos esta discusión, un orador espontáneo en la tribuna pública trató de decirnos un discurso; eran sus primeras palabras, únicas que tuvimos el gusto de oír, unas que decía: «Señores diputados: Con profunda amargura...». No sé lo que pensaría seguir diciendo ese orador espontáneo; pero si su amargura se refería a este espectáculo de frivolidad que dan las Cortes, yo, a quien espero que no expulsarán los ujieres, me hago portavoz ante España de la indignación del orador espontáneo.

INSOLIDARIDAD HISPANICA

Quizá el rasgo más saliente de nuestro carácter nacional consiste en la inclinación a «esquivar el deber». No por cobardía -a veces es más duro lo que emprendemos que lo que dejamos-, sino por inquietud, por falta de «seriedad en la vocación». Apenas hay español que no se considera llamado precisamente a aquello que no le corresponde hacer. «Si yo fuese ministro de Hacienda...» «Como me dejasen gobernar el Banco de España durante un mes...» Y al mismo tiempo que quien esto dice renuncia en su espíritu a maravillosas innovaciones que implantaría, se atrasa y se adocena en el cumplimiento de su verdadera misión.

Por otra parte, nos falta casi por entero el «sentido social»; ese goce de sentirse parte de un todo armónico; de comportarse como pieza puntual para que el conjunto de la máquina funcione bien. Aquí preferimos no pasar de tosca herramienta, con tal que sea independiente, mejor que entrar como rueda secundaria en una maravillosa mecanización. La aspiración de casi todos nosotros sigue siendo, como cuando Ganivet escribía, la de regirnos por una Constitución individual, donde no haya más que un artículo: «Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana». (T. L, pág. 57, 20 dic. 30.)

Falta a nuestro pueblo educación como colectividad. Todo, hasta el estudio de la Historia, lo hemos hecho al revés. Lo hemos hecho a la salida de un período romántico, que influía en aquella románticamente, exaltando las individualidades anárquicas y oscureciendo las creadoras; cantando al francotirador y olvidando lamentablemente al constructor. (T. 1., pág. 129, 25 ago. 33.)

Patriotismo crítico

Amor, amor cruenta antropofagia,
Amor, que tanto como escupas, bebes.
«¡Te quiero, ruge, porque no me gustas!»

A la aurora, ya el Ángel derribado,
Cedía al vencedor su propio nombre
Y José Antonio se llamaba España.

Eugenio d'ORS.

La gaita y la lira. ¡Cómo tira de nosotros! Ningún aire nos parece tan fino como el de nuestra tierra; ningún césped más tierno que el suyo; ninguna música comparable a la de sus arroyos. Pero..., ¿no hay en esa succión de la tierra una venenosa sensualidad? Tiene algo de fluido físico, orgánico, casi de calidad vegetal, como si nos prendieran a la tierra sutiles raíces. Es la clase de amor que invita a disolverse. A ablandarse. A llorar. El que se diluye en melancolía cuando plañe la gaita. Amor que se abriga y se repliega más cada vez hacia la mayor intimidad; de la comarca al valle nativo; del valle al remanso donde la casa ancestral se refleja; del remanso a la casa; de la casa al rincón de los recuerdos.

Todo eso es muy dulce, como un dulce vino. Pero también, como en el vino, se esconden en esa dulzura embriaguez e indolencia.

A tal manera de amar, ¿puede llamarse patriotismo? Si el patriotismo fuera la ternura efectiva, no sería el mejor de los humanos amores. Los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que les ganan en apego a la tierra. No puede ser llamado patriotismo lo primero que en nuestro espíritu hallamos a mano. Esa elemental impregnación en lo telúrico. Tiene que ser, para que gane la mejor calidad, lo que esté cabalmente al otro extremo, lo más difícil; lo más depurado de gangas terrenas; lo más agudo y limpio de contornos; lo más invariable. Es decir, tiene que clavar sus puntales, no en lo sensible, sino en lo intelectual.

Bien está que bebamos el vino dulce de la gaita, pero sin entregarle nuestros secretos. Todo lo que es sensual dura poco. Miles y miles de primaveras se han marchitado, y aún dos y dos siguen sumando cuatro, como desde el origen de la Creación. No plantemos nuestros amores esenciales en el césped que ha visto marchitar tantas primaveras; tendámoslos, como líneas sin peso y sin volumen, hacia el ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta.

La canción que mide la lira, rica en empresas porque es sabia en números.

Así, pues, no veamos en la Patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita; veamos un destino, una empresa. La Patria es aquello que, en el mundo, configuró una empresa colectiva. Sin empresa no hay Patria; sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales. Calla la lira y suena la gaita. Ya no hay razón - si no es, por ejemplo, de subalterna condición económica- para que cada valle siga unido al vecino. Enmudecen los números de los imperios -geometría y arquitectura- para que silben su llamada los genios de la disgregación, que se esconden bajo los hongos de cada aldea. (O. C., págs. 111-112, 11 ene. 34.)

Los hombres del 14 de abril pareció que llegaban de vuelta al patriotismo y llegaban por el camino mejor: por el amargo camino de la crítica. Esta era su promesa de fecundidad; porque yo os digo que no hay patriotismo fecundo si no llega a través del camino de la crítica. A

nosotros no nos emociona, ni poco ni mucho, esa patriotería zarzuelera que se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y con las interpretaciones gruesas del pasado. Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que amen a su patria porque les gusta la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora.

Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España. (O. C., pág. 559, 19 may. 35.)

Nosotros, estudiantes, no os llamamos con la invocación del nombre de España a una charanga patriótica. No os invitamos a cantar a coro fanfarronadas. Os llamamos a la labor ascética de encontrar bajo los escombros de una España detestable la clave enterrada de una España exacta y difícil.

No venimos sólo a execrar como antipatriotas a tantos y tantos críticos de España como se adelantaron a formular nuestro descontento. Venimos a reprocharles que no añadieran a su crítica mayor efusión. Pero su descontento es nuestro. Nuestra manera de servir a España tendrá que ser también rigurosa. Tendremos que hendir muchas veces la carne física de España -sus gustos, su pereza, sus malos hábitos para libertar a su alma metafísica. España nos tiene que ser incómoda. ¡Dios nos libre de encontrarnos como el pez en el agua en esta España de hoy! Tenemos que sentir cólera y asco contra tanta vegetación confusa. Y sajar sin contemplaciones. No importa que el escalpelo haga sangre. Lo que importa es estar seguro de que obedece a una ley de amor. (O. C., págs. 452-453, 26 mar. 35.)

José Antonio.-Estamos necesitados, don Miguel, de una fe indestructible en España y en el español.

Unamuno—¡España! ¡España!... Muchas veces he pensado que he sido injusto en mis cosas; que combatí sañudamente a quienes estaban enfrente; acaso quizá a su padre. Pero siempre lo hice porque me dolía España, porque la quería más y mejor que muchos que decían servirla sin emplearse en criticar sus defectos.

José Antonio.-También nosotros, don Miguel, hemos llegado al patriotismo por el camino de la crítica. Eso lo he dicho yo antes de ahora. Y hoy, en esta Salamanca unamunesca, voy a decir a quien nos escuche que el ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo. (T. 1, pág. 273, 10 feb. 35.)

Tenemos una fe resuelta en que están vivas todas las fuentes genuinas de España.

España ha venido a menos por una triple división: por la división engendrada por los separatismos locales, por la división engendrada entre los partidos, por la división engendrada por la lucha de clases.

Cuando España encuentre una empresa colectiva que comprenda todas esas diferencias, España volverá a ser grande como en sus mejores tiempos. (T. 1, pág. 263.)

... nosotros... donde vamos con nuestra cruzada, sufriendo molestias, venciendo obstáculos y aun arrojando peligros, sólo hablamos de nuestra fe en España, y su destino, y sólo aspiramos a infiltrar esa fe y esa creencia en quienes nos escuchan. (O. C., pág. 289, 22 jul. 34.)

... hoy renacen las consignas de 1933. Y volverán a surgir en 1940, repitiéndose que se va a hundir la civilización cristiana. Pero para que no se hunda tenemos que poseer algo más que la consigna del miedo: una fe profunda en España. Frente a los gritos de abajo esto y abajo lo otro, hay que gritar: «¡Arriba España, una, grande y libre; por la Patria, el pan y la justicia...!». (O. C., pág. 859, 26 ene. 36.)

Mientras tantas hinchadas apariencias se hundieron al primer golpe de adversidad, la Falange, sin dinero y perseguida, es la única que mantiene su alegre fe en un resurgimiento de España y su duro frente contra asesinatos y tropelías. (O. C., pág. 912, 14 mar. 36.)

Sólo la fe remueve montañas, y la fe en un gran destino español es el patrimonio de ese movimiento que os convoca a sus filas. (O. C., página 755, 5 dic. 35.)

Nuestra Falange, portadora de la nueva fe, volverá a hacer de España una nación e implantará en ella la justicia social. Le dará pan y fe. El sustento digno y la alegría imperial. (O. C., pág. 237, may. 34.)

Lo que ocurre es que España es demasiado seria para jugar a la seriedad cuando no tiene nada que hacer. Por eso es indisciplinada cuando no encuentra digno empleo para su disciplina. Pero si un español o veinticinco mil españoles tienen por delante una tarea en que merezca soportarse y arrostrarse todo, ninguno le aventaja en disciplina. (T. L, página 200, 1 mar. 34.)

Creemos en la suprema realidad de España. Fortalecerla, elevarla y engrandecerla es la apremiante tarea colectiva de todos los españoles. A la realización de esta tarea habrán de plegarse inexorablemente los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases. (O. C., página 339, nov. 34.)

Política española

...nos encontramos una España en ruina moral, una España dividida por todos los odios y por todas las pugnas.

José Antonio

LA ESPAÑA ANTERIOR A LA DICTADURA

Acordaos del antiguo régimen. Aquella vida chata, tonta, perezosa, escéptica... España minada por un desaliento ni siquiera trágico, sino aceptado con una especie de abyecta socarronería. En Marruecos, la llaga, sangrienta y vergonzosa, continuamente abierta, sin esperanza de cura. Aquí, un Estado claudicante, ante cuyos ojos sin brillo iba fermentando la anarquía. Mientras tanto, la riqueza de España, la décima parte de lo que podía ser la riqueza de España, el jugo de los pobres campos de España, casi olvidados por sus señores, consagrada a mantener el lujo sin grandeza de unas cuantas familias privilegiadas. Y, en alianza con esas familias, unos grupos de viejos políticos cuya misión era mantener el tinglado en pie lo que buenamente durase, demorando su previsto derrumbamiento mediante regateos con la anarquía.

Durante algunos años, la correlación de servicios fue perfecta; los viejos políticos aseguraban a las familias privilegiadas una interina tranquilidad, y las familias privilegiadas, a guisa de salarios, deparaban a los viejos políticos la inefable ventura de exhibirse de frac algunas veces, entre duquesas, marquesas y condesas, bajo las arañas de los palacios.

Pero en los últimos tiempos se resquebrajaba aquello de manera inquietante. (O. C., págs. 29-30, 26 nov. 32.)

LA DICTADURA

Porque si os decía que un régimen revolucionario no puede nunca defender su legitimidad con arreglo a la legislación del régimen anterior; si os decía que un régimen revolucionario no se justifica nunca por su partida de nacimiento, os tengo que reconocer que un régimen revolucionario se justifica siempre por su hoja de servicios, considerada bajo especie de historia, no bajo especie de anécdota; esta hoja de servicios, considerada precisamente por un cotejo entre lo que se propuso el régimen revolucionario al romper con el sistema anterior y lo que dejó tras sí al terminar su ciclo. Ese sí que es el verdadero fracaso de la Dictadura. La Dictadura rompió un orden constitucional que regía a su advenimiento, embarcó a la Patria en un proceso revolucionario y, por desgracia, no supo concluirlo. Al caer la Dictadura, poco más o menos, siquiera ya con la anemia de lo que está próximo a morir, renació alegremente el mismo sistema, con los mismos defectos, que se había encontrado la Dictadura al advenir el 13 de septiembre de 1923. Y esto aconteció porque la Dictadura estuvo encarnada -y ya veis que cuando hablo de este período histórico me desprendo bastante de todos los atractivos de la sangre- por un hombre verdaderamente extraordinario, por un hombre tan extraordinario que si no lo hubiera sido no hubiera podido mantenerse seis años en aquel equilibrio tan difícil.

La Dictadura, que estuvo encarnada, decía, en un hombre verdaderamente extraordinario, en un hombre -y estoy seguro de que no me lo negará ninguno- que tenía -lo ha dicho nada menos que Ortega y Gasset, que fue uno de sus adversarios más constantes- el alma cálida y además el espíritu templado y la cabeza clarísima; que tenía una facultad de intuición y de adivinación y de comprensión como muy pocos hombres, se encontró con una falta, con la cual es imposible sacar un régimen adelante: a la Dictadura le faltó elegancia dialéctica.

Esto, en aquel momento, era completamente disculpable.

Ahora, en el mundo, se está poniendo en experiencia una serie de sistemas que han llegado al punto de su madurez conceptual. En el año 1923 no se había construido del todo ninguna doctrina que fuera capaz de reemplazar a la doctrina liberal democrática burguesa de

los Estados que entonces existían. Si consideráis que aquel general de 1923 siguió no más que en once meses a Mussolini, os asombraréis de que tuviera que adivinar todas las bases conceptuales de un sistema, cuando ese mismo sistema ha tardado diez o doce años en llegar a producir la bibliografía con que ahora se justifica a posteriori. El general Primo de Rivera se encontró sin aquello; tenía que ir adivinando la razón íntima de cada uno de sus actos, y la fue adivinando durante seis años, poco menos que milagrosamente; pero, por desgracia, ningún régimen se sostiene si no consigue reclutar a su alrededor a la generación joven en cuyo momento nace, y para reclutar a una generación joven hay que dar con las palabras justas, hay que dar con la fórmula justa de la expresión conceptual. Esto no lo logró el general Primo de Rivera, ni podía lograrse en aquel momento, y por eso los intelectuales, que es muy posible que se hubieran entendido con él cinco años más tarde, no le entendieron, por culpa de los intelectuales y por culpa del general Primo de Rivera. Es posible que el general Primo de Rivera hubiese podido encontrar un poco más a tiempo el tono intelectual, el tono dialéctico de los intelectuales; también es evidente que los intelectuales, precisamente por serlo, estaban obligados a haber adivinado un poco más. Los intelectuales no le entendieron y le volvieron la espalda: con los intelectuales se le volvió la juventud, y entonces el general Primo de Rivera se encontró en esta tragedia terrible, de la que yo también he hablado otra vez, en que se encuentra casi todo el que emprende en España un proceso de profunda influencia social; al general Primo de Rivera -descarto unos cuantos colaboradores leales e inteligentes- no le entendieron los que supieron que le querían y no le quisieron los que podían haberle entendido.

Es decir: que si los intelectuales, que estaban apeteciendo desde hacía mucho tiempo la transformación revolucionaria de España desde abajo o desde arriba, le hubieran entendido, la revolución se hubiera podido hacer. Aquéllos no le entendieron y, en cambio, le quisieron los que, por una razón o por otra, no tenían el menor deseo de hacer ninguna revolución. El general Primo de Rivera estoy seguro que lo percibió tan claro, que ésta fue la tragedia grande y respetable, y tan auténtica, que le costó no menos que la vida al ver el fracaso esencial de su obra. (O. C., págs. 243-246, 6 jun. 34.)

EL 14 DE ABRIL

La revolución del 14 de abril parecía prometer, en cuanto a lo histórico, la devolución a España de un interés y de una empresa comunes. En realidad no se podrá saber muy bien cuál era esa empresa; pero la revolución del 14 de abril tuvo la suerte de tener buena música. El señor Gil Robles cree que la música no es necesaria para los movimientos políticos. Nunca se ha hecho un movimiento político interesante sin buena música, y la revolución del 14 de abril la tuvo; tuvo especialmente buena... (El señor Traba]: «El himno de Riego». Risas.) No el himno de Riego, sino la excelente música que se contenía, sobre todo, en aquel memorable manifiesto de Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala. Aquel manifiesto, que estaba escrito en la mejor prosa de estos maestros de la prosa, hablaba de poner proa a toda máquina hacia nuevos rumbos, de unirnos a todos en una empresa nueva, transparente y envidiable. (O. C., págs. 248-249, 6 junio 34.)

La alegría del 14 de abril no fue la que expresaron los camiones cargados de carne humana y engalanados de rojo. Aquello fue lo de menos y lo de los menos. La callada alegría del 14 de abril fue la que sintieron en las casas millones de españoles al imaginarse el principio de una nueva ruta abierta y soleada. Fue una alegría un poco melancólica; no en balde se iban los viejos símbolos que fueron gloriosos en otro tiempo. Pero, en compensación, el 14 de abril anunciaba las dos cosas de las que está huérfana España: un orden social nuevo hasta el fondo que remediara a sus gentes sufridas de la miseria en que se arrastran y un quehacer colectivo: el de levantar el Estado nuevo, el de acometer la empresa de rehacerse todos unidos en el mismo afán. (O. C., pág. 434, 21 mar. 35.)

El 14 de abril de 1931 sobraron por las calles camiones, trapos rojos y gritos. Pero, bajo el mal gusto exterior, cantaba la esperanza de un pueblo; acaso ese pueblo, entregado desde hace siglos a su pereza al sol, no conserva viva del todo más aptitud que la de esperar. Sin mucha fe, pero espera. O más bien, aguarda con la escéptica expectativa del que ha comprado

un número para la lotería y no desecha del todo la posibilidad de que le toque. El pueblo sabía que con el régimen monárquico le iba mal, y, sin más, se abrió al barrunto alegre de que con la República le iba a ir mejor. Así --quitado el mal gusto-, las jornadas de abril del 31 resultaron ejemplares: la multitud fue dueña de las calles, y, sin embargo, no se registró ni un solo acto cruento. Las masas obreras, educadas en el agrio sindicalismo socialista, renunciaron a su gesto propio para sumarse a una festividad total, en la que obreros y burgueses ahogaban sus discordias. ¿Cuál podía ser la clave secreta de aquellos resultados imprevisibles? La clave de lo nacional y lo social unidos; España creyó encontrar de golpe las dos cosas inseparables: un alma histórica, colectiva, y unas bases justas de convivencia humana: la Patria y el pan, que forman, juntos, la justicia.

El balance de los cuatro años transcurridos es bien poco consolador. El 11 de mayo de 1931 unos grupitos vergonzosamente tolerados -¿o protegidos?- se fingieron turbas indomables y pegaron fuego a los conventos. En las ciudades españolas, vandalizadas aquel día, ardió, más pronto que las paredes religiosas, la concordia nacional. A poco empezaba una política sectaria, la exclusión, que colocó fuera de la comunidad civil a millones de españoles. Se jugó al estaticismo revolucionario sin fecundidad ni finalidad. El momento de casi unanimidad espiritual del 14 de abril pasó a ser un recuerdo.

La otra tarea de la revolución consistía en alterar las bases económicas de la vida popular. Había en España demasiados parias, desprovistos de todo, demasiados zánganos sostenidos por el trabajo de los demás. Aquello necesitaba una transformación enérgica y austera. El bienio no la hizo: se afanó en imitar y vejar a los privilegiados, pero no mejoró en nada el infortunio de los humildes; desquició un sistema de economía sin iniciar fecundamente la construcción de otro. ¿Y después? Las elecciones de noviembre de 1933 impusieron un cambio de rumbo a la política. El cambio ha consistido en un estancamiento. Ya no se cometen tropelías religiosas, pero todo se deja como estaba. Como estaba en 1931, corregido y empeorado por la furia del bienio. Los privilegios antiguos, la miseria antigua. menos disciplina social y muchos más miles de guardias.

Así, el 14 de abril de 1935 ya no se ha parecido en nada al de 1931. Le ha faltado color popular y frescura de esperanza nueva. Unas cuantas ceremonias, uniformes, condecoraciones, y unos millares de curiosos en cuyas caras se leía: «Inutilidad por inutilidad, aquella era más decorativa, por lo menos». (O. C., págs. 525-526, 18 abr. 35.)

Por eso, camaradas, ni estamos en el grupo de reacción monárquica, ni estamos en el grupo de reacción populista. Nosotros, frente a la defraudación del 14 de abril, frente al escamoteo del 14 de abril, no podemos estar en ningún grupo que tenga, más o menos oculto, un propósito reaccionario, un propósito contrarrevolucionario, porque nosotros, precisamente, alegamos contra el 14 de abril, no el que fuese violento, no el que fuese incómodo, sino el que fuese estéril, el que frustrase una vez más la revolución pendiente española. (O. C., pág. 568, 19 may. 35.)

Si el 14 de abril no hubiera habido más que los programas y los hombres conocidos, poco se hubiera podido esperar de él. Lo importante era otra cosa, la alegría del 14 de abril, que, con ser de expresión tan imprecisa, ocultaba más profunda precisión que todos los programas; ésta: la aspiración ferviente hacia el recobro de la unidad espiritual de España sobre nuevas bases de existencia física popular. Patria y justicia para un pueblo sufrido. Nación y trabajo, dijo más tarde Ortega y Gasset. (O. C., pág. 688, 7 nov. 35.)

LA FALANGE Y EL 14 DE ABRIL

Nuestro movimiento -y cuando hablo de nuestro movimiento me refiero lo mismo al inicial de Falange Española que al inicial de las J. O. N. S., puesto que ambos están ya irremisiblemente fundidos- empalma, como ha dicho muy bien Onésimo Redondo, con la revolución del 14 de abril de 1931. Esta fecha -todos lo sabéis- ha sido mirada desde muy distintos puntos de vista; ha sido, como todas las fechas históricas, contemplada con bastante

torpeza y con bastante zafiedad. Nosotros, que estamos tan lejos de los rompedores de escudos en las fachadas como de los que sienten solamente nostalgia de los rigodones palaciegos, tenemos que valorar exactamente, de cara -lo repito- a la Historia, el sentido del 14 de abril en relación con nuestro movimiento. (O. C., págs. 557-558, 19 may. 35.)

DERECHAS O IZQUIERDAS: VALORES ESTERILES

El ser «derechista», como el ser «izquierdista», supone siempre expulsar del alma la mitad de lo que hay que sentir.

En algunos casos es expulsarlo todo y sustituirlo por una caricatura de la mitad. Esto pasa, quizá, preferentemente entre las derechas: un gran aparato patriótico y religioso, demasiado enfático para ser de la mejor calidad, envuelve una falta espeluznante de interés por las miserias de los desheredados. Las derechas que se suponen más «avanzadas» llegan a recomendar ciertas ampliaciones jurídico-sociales, como la que da a los obreros una homeopática participación en los beneficios o la que les asegura, a la vejez, un pingüe retiro de una peseta y media al día. Pero no hay partido de derechas que acepte el acometer con decisión heroica el descuaje del sistema capitalista y su sustitución por otro más justo. Y como en ello estriba la tarea de nuestra época (ya que la sustitución del sistema capitalista implica toda una revolución moral), y como sin esto la conciencia de una nación como comunidad completa de vida no puede afirmarse, es claro que un frente calificado por ser «de derechas» no puede ser, aunque lo ponga en todos los carteles electorales, un frente «nacional». (O. C., pág. 835, 9 ene. 36.)

Como anunció la Falange antes de las elecciones, la lucha ya no está planteada entre derechas e izquierdas turnantes. Derechas e izquierdas son valores incompletos y estériles; las derechas a la fuerza de querer ignorar la apremiante angustia económica planteada por los tiempos, acaban de privar de calor humano a sus invocaciones religiosas y patrióticas; las izquierdas, a fuerza de cerrar las almas populares hacia lo espiritual y nacional, acaban por degradar la lucha económica a un encarnizamiento de fieras. Hoy están frente a frente dos concepciones TOTALES del mundo; cualquiera que venza interrumpirá definitivamente el turno acostumbrado; o vence la concepción espiritual, occidental, cristiana, española de la existencia, con cuanto supone de servicio y sacrificio, pero con todo lo que concede de dignidad individual y de decoro patrio, o vence la concepción materialista rusa de la existencia, que sobre someter a los españoles al yugo feroz de un ejército rojo y de una implacable policía, disgregará a España en repúblicas locales Cataluña, Vasconia, Galicia- mediatizadas por Rusia. (O. C., página 909, 14 mar. 36.)

Derechas, izquierdas... Son palabras de poco sentido. El Estado ruso es el más derechista de todos los de Europa, y el pueblo soviético es el más izquierdista ideológicamente... Pero si nos ceñimos a su vulgar acepción, derechas e izquierdas representan en España algo tan heterogéneo e irreconciliable que se puede esperar poco, por sus mismas tensiones respectivas. Más tienen de exponentes de lucha que de internos ideales por la Patria. (O. C., págs. 887-888, 14 feb. 36.)

No se sabe que es peor, si la bazofia demagógica de las izquierdas, donde no hay manoseada estupidez que no se proclame como hallazgo o la patriotería derechista, que se complace a fuerza de vulgaridad, en hacer repelente lo que ensalza (O.C., pág. 452, 26 mar. 35)

DERECHAS

Las derechas españolas se nos han mostrado siempre interesadas en demostrarnos que el Apóstol Santiago estuvo dando mandobles en la batalla de Clavijo. Con esa preocupación

obsesionante se desentendieron por completo de las angustias del pueblo español, de sus necesidades apremiantes, de su situación dolorosa. (O. C., pág. 623, 21 jul. 35.)

... los partidos de derecha... manejan un vocabulario patriótico, pero están llenos de mediocridad, de pesadez, y les falta la decisión auténtica de remediar las injusticias sociales. (O. C., pág. 550, 12 may. 35.)

¿Y las derechas? Las derechas invocan grandes cosas: la Patria, la tradición, la autoridad...; pero tampoco son auténticamente nacionales. Si lo fueran de veras, si no encubriesen bajo grandes palabras un interés de clase, no se encastillarían en la defensa de posiciones económicas injustas. España es, por ahora, un país más bien pobre. Para que la vida del promedio de los españoles alcance un decoro humano, es preciso que los privilegiados de la fortuna se sacrifiquen. Si las derechas (donde todos esos privilegiados militan) tuvieran un verdadero sentido de la solidaridad nacional, a estas horas ya estarían compartiendo, mediante el Sacrificio de sus ventajas materiales, la dura vida de todo el pueblo. Entonces sí que tendrían autoridad moral para erigirse en defensores de los grandes valores espirituales. Pero mientras defiendan con uñas y dientes el interés de clase, su patriotismo sonará a palabrería; serán tan materialistas como los representantes del marxismo.

Por otra parte, casi todas las derechas, por mucho empaque moderno que quieran comunicar a sus tópicos (Estado fuerte, organización corporativa, etc.), arrastran un caudal de cosas muertas que le priva de popularidad y brío. (O. C., pág. 319, nov. 34.)

Las derechas, sí, invocan a la Patria, invocan a las tradiciones; pero son insolidarias con el hambre del pueblo, insolidarias con la tristeza de esos campesinos que aquí, en Andalucía, y en Extremadura y en León, siguen viviendo -decía Julio Ruiz de Alda- como se vivía hace quinientos años; siguen viviendo -os digo yo- como desde la creación del mundo viven algunas bestias. Y esto no puede ser así. (O. C., página 796, 22 dic. 35.)

... ¿cómo se nos presentan las derechas?; ¿qué nos dicen las derechas en sus manifiestos, en sus carteles electorales? Si el rencor es la consigna del frente revolucionario, simplemente el terror es la consigna del frente contrarrevolucionario. Al rencor se opone el terror, y nada más que esto. Ni un gran quehacer, ni el señalamiento de una gran tarea, ni una palabra animosa y esperanzadora que nos pueda unir a los españoles. Todos son gritos: «Que se hunde esto, que se hunde lo otro; contra esto, contra lo otro». El grito que se da al rebaño en la proximidad del lobo para que el rebaño se apiñe, se apriete, se acobarde. Pero una nación no es un rebaño: es un quehacer en la Historia. No queremos más gritos de miedo: queremos la voz de mando que vuelva a lanzar a España a paso resuelto, por el camino universal de los destinos históricos. (O. C., página 869, 2 feb. 36.)

Las derechas, como tales, no pueden llevar a cabo ninguna obra nacional, porque se obstinan en oponerse a toda reforma económica, y con singular empeño a la reforma agraria. No habrá nación mientras la mayor parte del pueblo viva encharcada en la miseria y en la ignorancia, y las derechas, por propio interés, favorecen la continuación de este estado de cosas. (O. C., págs. 891-892, 21 feb. 36.)

... en el fondo, la derecha es la aspiración a mantener una organización económica, aunque sea injusta... (O. C., pág. 65, 29 oct. 33.)

Los que han contribuido al triunfo electoral derechista pueden dividirse en dos grupos: uno formado por los que votaron en favor del renacimiento de antiguas costumbres: los que

añoraban los buenos tiempos de los jornales míseros, de las grandes tierras destinadas al ocio por sus dueños y de los cacicatos de horca y cuchillo, y otro grupo formado por los que quisieron votar contra la disolución de España, contra la impiedad y la crueldad del bienio azañista, contra nuestra colonización por las logias y la Internacional de Amsterdam.

El primer grupo no sólo no nos interesa nada, sino que deseamos con todo fervor, con tanto fervor como los más irreducibles revolucionarios de izquierda, verlo raído del mundo.

Pero las gentes del segundo grupo, a las buenas gentes nacionales que esperaron detener una revolución antiespañola con papelitos en urnas, tenemos que decirles: para ganar unas elecciones basta poco más que con señoras y ficheros; pero para ganar un pueblo se necesita más que un cómodo ademán de repulsa; hay que tener una fe, una alegría y una fuerza. Sin ellas -que han de ser puras, sin disimulo ni falsificación- las victorias electorales no sirven más que para deparar a unos cuantos señores el privilegio de viajar de balde mientras las Cortes duran. (O. C., pág. 115, 11 ene. 34.)

La escuela populista es como una de esas grandes fábricas alemanas en que se produce el sucedáneo de casi todas las cosas auténticas.

Surge en el mundo, por ejemplo, el fenómeno socialista; surge el ímpetu sanguíneo, violento, auténtico de las masas socialistas; en seguida, la escuela populista, rica en ficheros y en jóvenes cautos, llenos, sí, de prudencia y cortesía, pero que se parecen más que a nada a los formados en la más refinada escuela masónica, produce un sucedáneo del socialismo y organiza una cosa que se llama democracia cristiana frente a las Casas del Pueblo, Casas del Pueblo; frente a los ficheros, ficheros; frente a las leyes sociales, leyes sociales. Se adiestra en escribir memorias sobre la participación en los beneficios, sobre el retiro obrero, sobre otras mil lindezas. Lo único que pasa es que los obreros auténticos no entran en esas jaulas preciosas del populismo, y las jaulas preciosas no llegan a calentarse nunca. Surge en el mundo el fascismo con su valor de lucha, de alzamiento, de protesta de pueblos oprimidos contra circunstancias adversas y con sus cortejo de mártires y con su esperanza de gloria, y en seguida sale el partido populista y se va, supongámoslo, para que nadie se dé por aludido, a El Escorial, y organiza un desfile de jóvenes con banderas, con viajes pagados, con todo lo que se quiera, menos con el valor juvenil revolucionario y fuerte que han tenido las juventudes fascistas. (O. C., pág. 568, 19 mayo 35.)

LA FALANGE Y LAS DERECHAS

Nuestro más turbio enemigo se agazapa entre los bastidores de la prensa capitalista.

De esa prensa que aspira a llamarse nacional y que no ha tenido una palabra de elogio para nuestros hermanos de milicia muertos por España en la revolución de octubre.

Ni para los que llevaron partes de guerra, bajo las balas, de pueblo a pueblo, del grueso a la vanguardia, de la playa al crucero.

Pero, en cambio, lanzan a los cuatro vientos, con rencorosa complacencia, la más leve agresión a uno de los nuestros, la clausura de cualquiera de nuestras casas, todo lo que pueda representar para nosotros humillación o contrariedad.

Nuestra voz no puede seguir condicionada por la benevolencia tacaña de la prensa capitalista. (O. C., pág. 681, 31 oct. 35.)

José Antonio Primo de Rivera quiere hacer constar, sin mengua de todas las consideraciones afectivas que le unen al señor Calvo Sotelo como eminente colaborador de su padre, que Falange Española de las J. O. N. S. no piense fundirse con ningún otro partido de los existentes ni de los que se preparen, por entender que la tarea de infundir el sentido nacional en las masas más numerosas y enérgicas del país exige precisamente el ritmo y el estilo de la Falange Española de las J. O. N. S. Esta, sin embargo, bien lejos como está de ser un partido de derechas, se felicita de que los grupos conservadores tiendan a nutrir sus

programas de contenido nacional en lugar de caracterizarse, como era frecuente hasta ahora, por el propósito de defender intereses de clase. (O. C., pág. 381, 30 nov. 34.)

Yo no soy de derechas, como la gente cree, en absoluto. Tanto es así que, puesto a escoger entre la obra reaccionaria y la obra revolucionaria actuales en España, prefiero, sin ningún asomo de duda, a los sindicalistas. (U. H. pág. 71, 25 abr. 34.)

Otra experiencia que temo es la de la implantación por vía violenta de un falso fascismo conservador, sin valentía revolucionaria ni sangre joven. (T. I. pág. 512, 12 jul. 36.)

Nos hemos salvado a cuerpo limpio del derrumbamiento del barracón derechista. Hemos ido solos a la lucha. Ya se sabe que en régimen electoral mayoritario sólo hay puesto para dos candidaturas; la tercera tiene por inevitable destino el ser laminada. No aspirábamos, pues, y varias veces lo dijimos, a ganar puestos, sino a señalar nuestra posición una vez más. Las derechas casi amenazaron de ex comunión a quien nos votara. Por otra parte, acudieron a los más sucios ardides repitieron hasta última hora que nos retirábamos; nos quitaron votos en los escrutinios, hechos sin interventores nuestros..., todo lo que se quiera. Con ello, el interés de las elecciones no hace para nosotros más que aumentar: no nos ha votado ni una sola persona que no estuviera absolutamente identificada con la Falange; y aún así, hemos tenido en las nueve circunscripciones donde hemos luchado más de cincuenta mil votos oficiales. Dado que dos terceras partes de nuestros adictos no tienen voto aún, esto quiere decir que la Falange, en dos años de vida, contra viento y marea, cuenta en nueve provincias con un núcleo incondicional de ciento cincuenta mil personas. ¿Podrían muchos partidos decir otro tanto? (O. C., págs. 897-898, 23 feb. 36.)

VISTA A LA DERECHA. .AVISO A LOS "MADRUGADORES": LA FALANGE NO ES UNA FUERZA CIPAYA.-Por la izquierda se nos asesina (O a veces se intenta asesinarnos porque no somos mancos a Dios gracias). El Gobierno del Frente Popular nos asfixia lo intenta asfixiarnos, porque ya se ve de lo que sirven sus precauciones). Pero -¡cuidado, camaradas!- no está en la izquierda todo el peligro. Hay -¡aún!- en las derechas gentes a quienes por lo visto no merecen respeto nuestro medio centenar largo de caídos, nuestros miles de presos, nuestros trabajos en la adversidad, nuestros esfuerzos por tallar una conciencia española cristiana y exacta.

Esas gentes, de las que no podemos escribir sin cólera y asco, todavía suponen que la misión de la Falange es poner a sus órdenes ingenuos combatientes. Un día sí y otro no los jefes provinciales reciben visitas misteriosas de los conspiradores de esas derechas, con una pregunta así entre los labios. "¿Podrían ustedes darnos tantos hombres?"

Todo Jefe provincial o de las J. O. N. S., de centuria o de escuadra a quien se le haga semejante pregunta debe contestarla, por lo menos volviendo la espalda a quien la formula. Si antes de volverle la espalda le escupe el rostro no hará ninguna cosa de más.

¿Pero qué supone esa gentuza? ¿Que la Falange es una carnicería donde se adquieren al peso tantos o cuantos hombres? ¿Suponen que cada grupo local de la Falange es una tropa de alquiler a disposición de las empresas?

La Falange es una e indivisible milicia y partido. Su trío combatiente es inseparable de su fe política. Cada militante en la Falange está dispuesto a dar su vida por ella, por la España que ella entiende y quiere, pero no por ninguna otra cosa.

No ya vida; ni una gota de sangre debe dar ningún camarada en auxilio de complots oscuros y maquinaciones más o menos derechistas cuyo conocimiento no les llegue por el conducto normal de nuestros mandos.

No seremos ni vanguardia ni fuerza de choque, ni inestimable auxiliar de ningún movimiento confusamente reaccionario. Mejor queremos la clara pugna de ahora que la

modorra de un conservatismo grueso y alicorto, renacido en provecho de unos ambiciosos "madrugadores". (T. 1., págs. 369-371. 20 jun. 36.)

IZQUIERDAS

... la izquierda es, en el fondo, el deseo de subvertir una organización económica, aunque al subvertirla se arrastren muchas cosas buenas. (O. C., pág. 65, 29 oct. 33.)

Los partidos de izquierdas ven al hombre, pero le ven desarraigado. Lo constante de las izquierdas es interesarse por la suerte del individuo contra toda la arquitectura política, como si fueran términos contrapuestos. El izquierdismo es, por eso, disolvente; es, por eso, corrosivo; es irónico, y, estando dotado de una brillante colección de capacidades, es, sin embargo, muy apto para la destrucción y casi nunca apto para construir. (O. C., pág. 508, 9 abr. 35.)

Los partidos de la izquierda alegan la preocupación de lo social, pero además de que, aun en eso, son totalmente ineficaces, porque su política desquicia un sistema económico, y no mejora en nada la suerte de los humildes, los partidos de izquierda ejercen una política persecutoria, materialista y antinacional. (O. C., pág. 550, 12 may. 35.)

Las izquierdas son más numerosas (no se olvide que en la izquierda está comprendida la casi totalidad de la inmensa masa proletaria española); más impetuosas, con más capacidad política...; pero son antinacionales. Desdeñando artificiales denominaciones de partido, las izquierdas están formadas por dos grandes grupos:

a) Una burguesía predominantemente intelectual. De formación extranjera, penetrada en gran parte por la influencia de instituciones internacionales, esta parte de las izquierdas es incapaz de sentir a España entrañablemente. Así, todas las tendencias disgregadoras de la unidad nacional han sido aceptadas sin repugnancia en los medios izquierdistas.

b) Una masa proletaria completamente ganada por el marxismo. La política socialista, extremadamente pertinaz y hábil, casi ha llegado a raer de esa masa la emoción española. Las multitudes marxistas no alojan en su espíritu sino una torva concepción de la vida como lucha de clases. Lo que no es proletario no les interesa; no pueden, por consiguiente, sentirse solidarias de ningún valor nacional que exceda lo estrictamente proletario. El marxismo, si triunfa, aniquilará incluso a la burguesía izquierdista que le sirve de aliada. En esto la experiencia rusa es bien expresiva. (O. C., págs. 318-319, nov. 34.)

Las izquierdas han venido proclamando a los cuatro vientos la necesidad de llegar a una verdadera justicia social, fuera como fuera, mas al mismo tiempo se esforzaba en arrancar del alma del obrero todo impulso espiritual, todo estímulo religioso. Llenaban de odios las masas obreras, no para mejorar a la Patria, ni para restablecer una más perfecta justicia social, sino para medrar, encaramándose sobre las espaldas de las masas hambrientas, como señor de horca y cuchillo. (O. C., página 624, 21 julio 35.)

Mostró cómo en el fondo de nuestras almas vibra una simpatía hacia muchas gentes de la izquierda, las cuales -dijo- han llegado al odio por el mismo camino que a nosotros nos ha conducido el amor, mediante la crítica de una España mediocre, entristecida, miserable y melancólica. Pero los que constituyen el bloque electoral de izquierdas son los marxistas; mejor dicho, los que preconizan el pensamiento marxista con un sentido asiático, antiespañol, antihumano, y así, en el manifiesto que publicaron, después de una serie de vaguedades en las soluciones, muestran adjetivos muy diferentes que, completados con declaraciones más o menos claras, nos anuncian un nuevo período de guerra civil. (O. C., pág. 885, 26 ene. 36.)

... las izquierdas no saben hablar de esas ansias de justicia social si no es arrancándole a las masas las esencias espirituales: a cambio de pan quieren privarles del sentido de la Patria y de la familia y convertirlos en unos desesperados. Porque los más desesperados son los que mejor sirven a los que los explotan. (T. 1, pág. 287, 17 mar. 35.)

EL SOCIALISMO ESPAÑOL

En el socialismo, fuera de dos o tres ideólogos cada vez menos influyentes, sólo hay dos clases de elementos a cual menos estimables: un equipo de viejos zorros duchos en picardías políticas y habituados a los mismos burgueses, y una masa rencorosa cada vez más cerrada a toda sensibilidad espiritual, bolchevizada, encendida de rabia por una prensa inmunda y a la que se prepara para la revolución por medio de las drogas más adecuadas: el materialismo, el desnudismo y el amor libre. Para los marxistas, el obrero no es interesante sino como carne de revolución; por eso su campo de cultivo es el proletariado urbano, siempre más rencoroso y más impuro. El marxismo es una organización para el envenenamiento de las masas, que hay que extirpar implacablemente. (O. C., págs. 294-295, 27 ago. 34.)

EL COMUNISMO Y ESPAÑA

Nadie será tan cándido como para suponer que el Partido Comunista y sus auxiliares van a considerarse satisfechos para siempre con la representación confiada a unos cuantos miembros de la burguesía, tan despreciada por aquellos. Además, no hace falta rebuscar intenciones ocultas; los órganos extremistas del socialismo, como el semanario "Renovación", han anunciado sin rodeos que durante el período republicano burgués el Partido Socialista irá montando la duplicidad del Estado, para despegar con poco esfuerzo la cáscara del Estado oficial cuando el momento llegue y transformarlo en Estado soviético.

El asalto al poder por los comunistas y socialistas es un hecho que tiene que contarse como matemáticamente previsible. Y el honor del Estado republicano se cifra ahora, precisamente, en impedir ese asalto. (O. C., pág. 905, 5 mar. 36.)

... en la manifestación del domingo se gritó repetidamente "¡Viva España rusa!" Unos prefieren que España desaparezca por la desintegración; otros prefieren asignarle un destino colonial. Los que vitoreaban a España rusa expresaban exactamente el sentido antiespañol del comunismo, que es, mucho más que una doctrina social y económica, una religión ferviente y satánica en la que se adoran los valores contrarios a los que España representa en la Historia. Rusia (o Asia), contra Europa; así está entablada la partida. Y al decir "España rusa" se toma a España como expresión de Europa, de lo que Europa significa como tipo de civilización. "¡Viva Rusia!", es decir, viva el que nos desprecia y nos amenaza; viva lo contrario de lo que somos entrañablemente. Viva nuestra degradación, también por este lado. Y aún se hace burla de los que gritaban hace un siglo: "¡Vivan las caenas!" (O. C., págs. 903-904, 5 mar. 36.)

El triunfo del comunismo no sería el triunfo de la revolución social de España: sería el triunfo de Rusia. Y no hay sino mirar la política turbia que hace Rusia con los grandes Estados capitalistas para deducir los fines que persigue al intentar provocar el estallido revolucionario dirigido y financiado por ella. Seríamos ni más ni menos que una colonia rusa, y es buena prueba de lo que haría con los obreros de España ver como trata hoy a los dirigentes comunistas. Por sus servicios les da unos rublos; pero, en cambio, los maneja como autómatas y los convierte en instrumentos ciegos, serviles, de su política. (O. C., pág. 737, 21 nov. 35.)

Encuentro Con el pueblo

...qué buen vasallo si oviera buen señor!

Se os ha engañado tanto con palabras más o menos bellas, que ya casi da vergüenza acercarse a vosotros con nuevas palabras. Hay tantos agrarios por ahí vueltos de espaldas a vuestra angustia que tenéis razón para desconfiar de todo el que viene a recordároslo. Estáis hartos de política. Pero todo el asco que se os ha metido en el alma no impide que sigáis en vuestro puesto, callados y sufridos, bajo la helada y bajo el sol, siendo el soporte económico de España y la guarda duradera y profunda de sus esencias espirituales.

Mientras vosotros os extenuáis, acaso, para sacar tres o cuatro semillas por una, el prestamista descansa en la seguridad de que vuestro sudor le asegura los réditos; el especulador sabe que tendréis que venderle la cosecha a cualquier precio para que no se pudra en los trojes; el cacique cuenta con vuestra esclavitud para especular en política, y el político os adormece con promesas para encaramarse sobre vuestras espaldas. Pero ninguno de éstos quiere vuestra salvación, porque su medro depende de que sigáis siglos y siglos como ahora. Ninguno de ellos quiere la revolución agraria que España necesita. (O. C., pág. 683, 7 nov. 35.)

No faltan consejeros oficiales que nos digan, Dios sabe con qué intención: «Hay que hablar al pueblo de una manera tosca para que lo entienda». Eso es una injuria para el pueblo y para nosotros, que no aceptamos ningún lenguaje para hablar, porque, como también decía Rafael, nos sentimos carne y habla del pueblo mismo.

¿Quién ha dicho que nuestro pueblo sólo entiende lo zafio? En el teatro de Calderón está toda la Teología y toda la Metafísica contenidas en la forma más disciplinada, y, sin embargo, fue bien popular. Bien popular somos nosotros -mira, Eugenio, las caras que nos rodean-, y bien nos entendemos contigo. Precisamente porque lo somos, no somos «castizos», no estamos como el pez en el agua en esta España que nos tocó vivir. Al contrario, andamos por los caminos sin reposo, ¡porque España no nos gusta nada, porque la que nos gusta es la otra, la exacta, la difícil! (O. C., pág. 418, 24 feb. 35.)

Estamos, en efecto, al final de un proceso de decadencia. España perdió primero su misión imperial; perdió después, al caer la Monarquía, el instrumento con que había realizado esta misión imperial. Hoy no tiene ninguna que cumplir, ni un estado fuerte que la realice. ¿Y va a ser precisamente ahora cuando aspiremos a cristalizarnos, a detenernos históricamente? No será esto, de seguro, lo que apetezcáis vosotros, cordobeses; vuestros más gloriosos paisanos. Séneca, Trajano, el Gran Capitán, supieron muy bien que ni siquiera las cosas pequeñas se conseguían sino a través de las cosas grandes, y por eso no aspiraron a un orden pequeño para Córdoba o para España, sino que fueron a Roma, a Europa, a empuñar las riendas del mundo. Aquellos cordobeses sabían que, ordenando al mundo, ordenaban a España; sabían ya que, en la Historia y en la política, el camino más corto entre dos puntos es el que pasa por las estrellas. (O. C., pág. 549, 12 may. 35.)

Hablamos encima de una mesa, bajo un techo de cañas con las vigas al aire, ennegrecidas por el humo. Nos rodean unos hombres y unas mujeres con el rostro curtido; unos hombres que, como sus padres, como sus abuelos y como sus tatarabuelos, venían cuidando sus ganados, venían labrando su terruño. Así eran, seguramente, como esos hombres, los porquerizos que al principio del siglo XVI se fueron a conquistar M continente. Junto a esos hombres estaban las mujeres; las mujeres suyas, con unos ojos tan negros, tan profundos, tan encendidos, que parecían prometer otros mil años, otros mil siglos de vitalidad. Pues bien: cerca de aquellas gentes que no sabían de política, que difícilmente entienden lo que son las

candidaturas, que viven de una manera genuina, como se vivía desde mucho antes que existieran las ciudades, entre esas gentes noté que estaba viva España, que toda esa obra de la Constitución que padecemos y de los Gobiernos que nos han gobernado es una cosa provisional. Tenemos todavía nuestra España, y no hay más que escarbar un poco para que la encontremos. España está ahí, y un día encontraremos a España, y entonces tal vez no nos oigan hablar de estas cosas. (O. C., pág. 76, 12 nov. 33.)

Y así, nosotros hemos tenido que llorar en el fondo de nuestra alma cuando recorríamos los pueblos de esta España maravillosa, esos pueblos donde todavía, bajo la capa más humilde, se descubren gentes dotadas de una elegancia rústica que no tiene un gesto excesivo ni una palabra ociosa, gentes que viven sobre una tierra seca en apariencia, con sequedad exterior, pero que nos asombra con la fecundidad que estalla en los triunfos de los pámpanos y de los trigos. Cuando recorríamos esas tieñas y veíamos esas gentes, y las sabíamos torturadas por pequeños caciques, olvidadas por todos los grupos, divididas, envenenadas por predicaciones tortuosas, teníamos que pensar de todo ese pueblo lo que él mismo cantaba del Cid al verle errar por los campos de Castilla, desterrado de Burgos

¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor! (O. C., págs. 64-65, 29 oct. 33.)

Vosotros sois la verdadera España; la España vieja y entrañable, sufrida y segura, que conserva durante siglos la labranza, los usos familiares y comunales, la continuidad entre antepasados y descendientes. De vosotros salieron también duros, callados y sufridos, los que hicieron el Imperio de España. Pero sobre vosotros, oprimiéndooos, deformando la España verdadera que contituís, hay otra, artificial, infecunda, ruidosa, formada por los partidos políticos, por el Parlamento, por la vida parasitaria de las ciudades.

Hemos vivido tiempos gloriosos cuando la verdadera España, profunda, ha sido más fuerte que su costra; vivimos -como ahora- tiempos miserables cuando la costra ahoga a las entrañas eternas. (O. C., página 583, 30 may. 35.)

Eran como vosotros, tenían vuestras mismas caras los que hicieron que este sol de la Mancha calentara la redondez del mundo sin dejar de mirarse en tierras españolas. (O. C., pág. 317, 29 dic. 35.)

Iréis a pie, camaradas. La intemperie y el asfalto de las carreteras convienen a nuestro estilo militar y ascético. Llegar a Villalba o a Navalcarnero, a Aranjuez o a Illescas, no es nada extraordinario. Comeréis en las posadas aldeanas el pan moreno y los fuertes guisotes campesinos. Hablaréis con arrieros y labradores de nuestro modo de ser falangistas; y les explicaréis cómo dejáis la ciudad para ir a ellos, no a pedirles nada, sino a ofrecerles lo más generoso que se puede ofrecer a un hombre: la alegría del amor a la Patria. Explicadles bien nuestro afán de unidad de las tierras y de los hombres de todas clases. Explicadles bien que ser español es una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo. Explicadles nuestra Historia y reanimadles el ansia de Imperio. Estaréis diez días de peregrinación por esos campos de Dios. Cada uno llevaréis diez duros para vivir. Es poco. Pero pensad que hay muchos españoles que ni esas cinco pesetas diarias ganan para mantener un hogar con mujer e hijos. Casi no importa que quienes vivís cómodamente en vuestras casas aprendáis la angustia del hambre. Si todos los españoles supieran lo que es quedarse sin comer un día, quizá pudiera lograrse que comiesen todos a diario. Un duro no es mucho en sí, pero pensad que quienes lo lleváis sois falangistas. Si es necesario compartirlo con alguien más pobre que vosotros, no dudéis en hacerlo. Y si es posible -lo es, porque vosotros sois jóvenes y alegres, y la juventud y la alegría siempre son acogidas con cariño y calor en todas partes-, ese duro os debe sobrar y debéis devolverlo al regreso. Os deben oír y convidar. En estos días navideños hay buenas comidas familiares en las casas. Seguro estoy de que muchos sabréis ser invitados de honor de esos hogares. Tenéis diez duros cada uno para diez días, camaradas. El que al final de la jornada los devuelva a la Falange, será el mejor camarada..., a no ser que alguno

caiga en el acto de servicio que se os encomienda, pues siempre son los mejores los que entre nosotros elige Dios para su Guardia. (T. I, págs. 252-253, ¿23 dic. 34?)

... los jefecillos revolucionarios no quieren que lleguemos hasta los obreros, y nos separan de los obreros con una serie de recriminaciones y de calumnias. Pero nosotros nos entenderemos con los obreros, nos entenderán los obreros, nos acercaremos a ellos; ya empezamos a acercarnos; ya, por de pronto, mirad cómo en las mejores capas españolas, en las capas españolas que guardan esa vena inextinguible del heroísmo individual que conquistó América, se ha entrado en contacto con nosotros; se ha entrado a tiros, sí, y esto no importa; el entrar a tiros es una manera de entenderse. Nosotros acabaremos por entendernos con estos que hoy dialogan con nosotros a tiros; lo que sentiríamos es que se interpusieran en nuestras luchas esas caducas costumbres de la vieja política o la injerencia, que rechazamos, de este Estado llamado a desaparecer. (O. C., pág. 798, 22 dic. 35.)

Tarea de España

JUSTICIA SOCIAL Y DESTINO COLECTIVO

Urge rehacer España sobre bases nuevas, fuertes y justas. Daos cuenta de que esto es completamente posible en cuanto los españoles nos unamos resueltamente para hacerlo: España no ha padecido con el rigor de otras naciones la crisis económica de hace unos años. No entró tampoco en la guerra europea. Tiene innumerables cosas por hacer, en las que pueden hallar trabajo, durante un siglo, cuantos quieran trabajar de veras. ¡Qué magnífico porvenir se nos presenta como realizable! (O. C., pág. 754, 5 dic. 35.)

Buscaremos las raíces de la escueta autenticidad española. Necesitamos una nación y una justicia social. Hay que entregar a España -con amor y con dolor- para que la fecunde, la temple y la alegre.

Uniremos la conciencia de eternidad y de modernidad para ser seriamente españoles. (T. 1., pág. 202, 8 abr. 34.)

El medio contra los males de la disgregación está en buscar de nuevo un pensamiento de unidad; concebir de nuevo a España como unidad, como síntesis armoniosa colocada por encima de las pugnas entre las tierras, entre las clases, entre los partidos. Ni a la derecha, que por lograr una arquitectura política se olvida del hambre de las masas; ni con la izquierda, que por redimir las masas las desvía de su destino nacional. (O. C., pág. 398, 21 ene. 35.)

Lo esencial de un Movimiento es esto: encontrar una norma constante que sirva de medida para regular los derechos y deberes de los hombres y de los grupos. Quiero decir: sustituir las luchas de partidos y de clases por una estructura orgánica que encamine el esfuerzo de todos en el servicio común de la Patria. Para esto es preciso: Primero, devolver a España un sentido histórico fuerte, una convicción enérgica de su destino universal; segundo, restaurar las primicias de las virtudes heroicas, y tercero, implantar una justicia social profunda que considere a todo el pueblo como una comunidad orgánica de existencia y establezca un reparto mejor de los placeres y sacrificios. (T. I., página 165, dic. 33.)

Si nos duele la España chata de estos días... no se nos curará el dolor mientras no curemos a España. Si nos plegásemos al gusto zafio y triste de lo que nos rodea, seríamos iguales a los demás. Lo que queremos es justamente lo contrario: hacer, por las buenas o por las malas, una España distinta de la de ahora, una España sin la roña y la confusión y la pereza de un pasado próximo; rítmica y clara, tersa y tendida hacia el afán de lo peligroso y lo difícil. (O. C., pág. 217, 19 de abril 34.)

Por eso la Falange no quiere ni la Patria con hambre, ni la hartura sin Patria; quiere inseparable la Patria, el pan y la justicia. Y para deparárselas al pueblo no sólo no pide nada, sino que ofrece el sacrificio y el ímpetu de los suyos. (O. C., pág. 629, 22 jul. 35.)

¡Basta de falsificaciones! La tarea española está intacta: la tarea de devolver a España un ímpetu nacional auténtico y asentarla sobre un orden social distinto. Basta de palabrería mal copiada, y vamos a la busca de la palabra decisiva, de la mágica palabra del resurgimiento. Otra vez hay que salir contra los que quieren arrancarnos del alma la emoción española y contra los que amparan bajo la bandera del patriotismo la averiada mercancía de un orden burgués agonizante. (O. C., página 438, 21 mar. 35.)

Lo que pasa es que todos los que nos hemos asomado al mundo después de catástrofes como la de la gran guerra, y como la crisis, y después de acontecimientos como el de la Dictadura y el de la República española, sentimos que hay latente en España y reclama cada día más insistentemente que se la saque a la luz -y eso sostuve aquí la otra noche- una revolución que tiene dos venas: la vena de una justicia social profunda, que no hay más remedio que implantar, y la vena de un sentido tradicional profundo, de un tuétano tradicional español que tal vez no reside donde piensan muchos y que es necesario a toda costa rejuvenecer. (O. C., pág. 267, 3 jul. 34.)

España tiene su revolución pendiente y hay que llevarla a cabo. Pero hay que llevarla a cabo -aquí está el punto decisivo- con el alma ofrecida por entero al destino total de España, no al rencor de ninguna bandera. (O. C., pág. 897, 23 feb. 36.)

Pero no basta la exclusión. Hay que proponerse, positivamente, una tarea. La de dar a España estas dos cosas perdidas: primera, una base material de existencia que eleve a los españoles al nivel de seres humanos; segunda, la fe en un destino nacional colectivo y la voluntad resuelta de resurgimiento. Estas dos cosas tienen que ser las que se impongan como tarea el grupo, el frente en línea c e combate de nuestra generación. Y hace falta, para que nadie se llame a engaño, decir lo que contiene estas dos proposiciones terminantes. (O. C., pág. 715, 17 nov. 35.)

Y hacer esto sería aquí más fácil, porque el capitalismo es en España menos fuerte. Nuestra economía es casi una economía interna; tenemos innumerables cosas que hacer. Con una inteligente reforma agraria, como la que Onésimo Redondo os ha expuesto, y con una reforma crediticia que redimiese a los labradores, a los pequeños industriales, a los pequeños comerciantes, de las garras doradas de la usura bancaria, con esas dos cosas, habría tarea para lograr, durante cincuenta años, la felicidad del pueblo español. (O. C., pág. 564, 19 may. 35.)

He aquí una grande y bella tarea para quienes de veras considerasen a la Patria como un quehacer: aligerar su vida económica de la ventosa capitalista, llamada irremediamente a estallar en comunismo; verter el acervo de beneficios que el capitalismo parasitario absorbe en la viva red de los productores auténticos, ello nutriría la pequeña propiedad privada, libertaría de veras al individuo, que no es libre cuando está hambriento, y llenaría de sustancia económica las unidades orgánicas verdaderas: la familia, el municipio, con su patrimonio comunal rehecho, y el sindicato, no simple representante de quienes tienen que arrendar su trabajo como una mercancía, sino beneficiario del producto conseguido por el esfuerzo de quienes lo integran.

Para esto hacen falta dos cosas: una reforma crediticia, tránsito hacia la nacionalización del servicio de crédito, y una reforma agraria que delimite las áreas cultivables y las unidades económicas de cultivo, instale sobre ellas al pueblo labrador revolucionariamente y devuelva al bosque y a la ganadería las tierras ineptas para la siembra que hoy arañan multitudes de infelices condenados a perpetua hambre. (O. C., págs. 842-843, 16 ene. 36.)

Pero el caso de España es distinto. España no ha pasado por la guerra, se encuentra infrapoblada, sin navegación ni agricultura. Hay en ella por hacer una faena de cien años. Pongámonos a trabajar. España ha sido una nación que ha tenido magníficas ocasiones para encontrar un rumbo nuevo. Pero parece que casi siempre también los ha perdido. Pero nosotros no perderemos la nuestra. Sabemos lo que tenemos que hacer. Devolveremos a España la fe en sí misma, la ambición de reclamar sagrados y altos puestos. España es de valor universal y tiene que volver a hacer oír su voz en el mundo. Debemos infundir esta

confianza en el pueblo y devolver, sobre todo, a España una justicia social. (T. I, pág. 256, 5 ene. 35.)

Todo lo que habéis oído de España eran conclusiones pesimistas: estábamos atrasados y casi muertos. Pues bien: eso es mentira. Sabed que ahora, cuando el mundo se encuentra sin salida, asfixiado por esos adelantos con que se nos humilla, España es la que vuelve a tener razón contra todos.

Mientras otros pueblos padecen la angustia de no tener ya nada que hacer, España tiene por delante tarea para cuarenta millones de españoles, que han de llegar a existir, durante ochenta años. (O. C., página 233, 20 may. 34.)

Pronto, por mucho que nos retraiga de la decisión última el supremo pavor de equivocarnos, tendremos que avanzar sobre España. Los rumbos abiertos a otros países superpoblados, superindustrializados, convalecientes de una gran guerra, se abrirían mucho más llanos para nuestra España semipoblada y enorme, en la que hay tanto por hacer. Sólo falta el toque mágico -ímpetu y fe- que la desencante. Como en los cuentos, España está cautiva de los más torpes y feos maleficios; una política confusa, mediocre, cobarde, estéril la tiene condenada a parálisis. (O. C., págs. 324-325, nov. 34.)

Para salvar la continuidad de esta España melancólica, alicorta, triste, que cada dos años necesita un remedio de urgencia, que no cuenten con nosotros. Por eso estamos solos, porque vemos que hay que hacer otra España, una España que se escape de la tenaza entre el rencor y el miedo por la única escapada alta y decente, por arriba, y de ahí por donde nuestro grito de «¡Arriba España!» resulta ahora más profético que nunca. Por arriba queremos que se escape una España que dé enteras, otra vez, a su pueblo las tres cosas que pregonamos en nuestro grito: la Patria, el pan y la justicia. (O. C., páginas 874-875, 2 feb. 36.)

LA REFORMA AGRARIA

Ahora, ¿hay alguno entre vosotros, en ningún banco, que se haya asomado a las tierras de España y crea que no hace falta una reforma agraria? Porque no es preciso invocar ninguna generalidad demagógica para esto; la vida rural española es absolutamente intolerable. Prefiero no hacer ningún párrafo; os voy a contar dos hechos escuetos. Ayer he estado en la provincia de Sevilla; en la provincia de Sevilla hay un pueblo que se llama Vadolatosá; en ese sitio salen a las tres de la madrugada las mujeres para recoger los garbanzos; terminan la tarea al mediodía, después de una jornada de nueve horas, que no puede prolongarse por razones técnicas, y a estas mujeres se les paga una peseta.

Otro caso de otro estilo. En la provincia de Ávila -esto lo debe saber el señor ministro de Agricultura- hay un pueblo que se llama Narros del Puerto. Este pueblo pertenece a una señora que lo compró en algo así como ochenta mil pesetas. Debió de tratarse de algún coto redondo de antigua propiedad señorial. Aquella señora es propietaria de cada centímetro cuadrado del suelo; de manera que la iglesia, el cementerio, la escuela, las casas de todos los que viven en el pueblo están, parece, edificados sobre terrenos de la señora. Por consiguiente, ni un solo vecino tiene derecho a colocar los pies sobre la parte de tierra necesaria para sustentarle, si no es por una concesión de esta señora propietaria. Esta señora tiene arrendadas todas las casas a los vecinos que las pueblan, y en el contrato de arrendamiento, que tiene un número infinito de cláusulas, y del que tengo copia, que puedo entregar a las Cortes, se establecen no ya todas las causas de desahucio que incluye el Código Civil, no ya todas las causas de desahucio que haya podido imaginarse, sino incluso motivos de desahucio por razones como ésta: «La dueña podrá desahuciar a los colonos que fuesen mal hablados»_ Es decir, que ya no sólo entran en vigor todas aquellas razones de tipo económico que funcionan en el régimen de arrendamientos. sino que la propiedad de este término, donde nadie puede vivir y de donde ser desahuciado equivale a tener que lanzarse a emigrar por los campos, porque no hay

decímetro cuadrado de tierra que no pertenezca a la señora, se instituye en tutora de todos los vecinos, con esas facultades extraordinarias, facultades extraordinarias que yo dudo mucho de que existieran cuando regía un sistema señorial de la propiedad. (O. C., págs. 631-632, 23 jul. 35.)

La reforma agraria española ha de tener dos partes, y si no, no será más que un remedio parcial, y probablemente un empeoramiento de las cosas. En primer lugar, exige una reorganización económica del suelo español. El suelo español no es todo habitable, ni muchísimo menos; el suelo español no es todo cultivable. Hay territorios inmensos del suelo español donde lo mismo el ser colono que el ser propietario pequeño equivale a perpetuar una miseria de la que ni los padres, ni los hijos, ni los nietos se verán redimidos nunca. Hay tierras absolutamente pobres, en las que el esfuerzo ininterrumpido de generación tras generación no puede sacar más que cuatro o cinco semillas por una. El tener clavados en esas tierras a los habitantes de España es condenarlos para siempre a una miseria que se extenderá a sus descendientes hasta la décima generación.

Hay que empezar en España por designar cuáles son las áreas habitables del territorio nacional. Estas áreas habitables constituyen una parte que tal vez no exceda de la cuarta de ese territorio; y dentro de estas áreas habitables hay que volver a perfilar las unidades de cultivo. No es cuestión de latifundios ni de minifundios; es cuestión de unidades económicas de cultivo. Hay sitios donde el latifundio es indispensable -el latifundio, no el latifundista, que éste es otra cosa-, porque sólo el gran cultivo puede compensar los grandes gastos que se requieren para que el cultivo sea bueno. Hay sitios donde el minifundio es una unidad estimable de cultivo; hay sitios donde el minifundio es una unidad desastrosa. De manera que la segunda operación, después de determinar el área habitable y cultivable de España, consiste, dentro de esa área, en establecer cuáles son las unidades económicas del cultivo. Y establecidas el área habitable y cultivable y la unidad económica de cultivo, hay que instalar resueltamente a la población de España sobre esa área habitable y cultivable; hay que instalarla resueltamente, y hay que instalarla -ya está aquí la palabra, que digo sin el menor dejo demagógico, sino por la razón técnica que vais a escuchar en seguida- revolucionariamente. (O. C., págs. 633-634, 23 jul. 35.)

Pero no basta con estas medidas. Hay que llevar a cabo, a fondo, la verdadera revolución nacional agraria. Todavía, pese a las reformas agrarias que se hicieron pasar ante vuestros ojos, hay muchísima gente en España que vive del campo sin trabajar, que vive de las rentas del campo sin contribuir en nada a que el campo produzca: cobrando la renta como quien cobra un impuesto. Hay, por otro lado, muchísima gente que se ve obligada a labrar durante años y años, a falta de otra cosa, un terruño seco que apenas le da para sostener su hambre. Y muchísimas tierras que por mala distribución, por mal cultivo o por avaricia de sus dueños, sostienen a mucha menos gente de la que podrían sostener.

Hay que acabar con esto. Pese a quien pese, sobre la tierra de España tiene que vivir el pueblo español. Y no sobre toda la tierra de España, porque una grandísima parte de ella es inhabitable e incultivable. Es una burla para el campesino elevarle a propietario de un trozo de tierra pedregosa y estéril. No; donde hay que instalar al pueblo labrador de España es sobre las regiones buenas, sobre las que hoy existen y sobre las que se pueden fertilizar con los riegos. España tiene tierras suficientes para mantener a todos los españoles y a quince millones más. Sólo faltan hombres enérgicos que lleven a cabo la bella y magnífica revolución agraria: el traslado de masas enteras, hambrientas de siglos, agotadas en arañar tierras míseras, a los anchos campos feraces.

Para esto habrá que sacrificar a unas cuantas familias. No de grandes labradores, sino de capitalistas del campo, de rentistas del campo; es decir, de gente que, sin riesgo ni esfuerzo, saca cantidades enormes por alquilar sus tierras al labrador. No importa. Se las sacrificará. El pueblo español tiene que vivir. Y no tiene dinero para comprar todas las tierras que necesita. El Estado no puede ni debe sacar de ningún sitio, si no es arruinándose, el dinero preciso para comprar las tierras en que instalar al pueblo. Hay que hacer la reforma agraria

revolucionariamente; es decir, imponiendo a los que tienen grandes tierras el sacrificio de entregar a los campesinos la parte que les haga falta. Las reformas agrarias, como la que rige ahora, a base de pagar a los dueños el precio entero de sus tierras, son una bafa para los labradores. Habrán pasado doscientos años y la reforma agraria estará por hacer. (O. C., págs. 685-686, 7 nov. 35.)

La reforma agraria no es sólo para nosotros un problema técnico, económico, para ser estudiado en frío por las escuelas; la reforma agraria es la reforma total de la vida española. España es casi toda campo. El campo es España; el que en el campo español se impongan unas condiciones de vida intolerables a la humanidad labradora en su contorno español no es sólo un problema económico; es un problema entero, religioso y moral. Por eso es monstruoso acercarse a la reforma agraria con sólo un criterio económico; por eso es monstruoso poner en pugna interés material con interés material, como si sólo de eso se tratara; por eso es monstruoso que quienes se defienden contra la reforma agraria aleguen sólo títulos de derecho patrimonial, como si los de enfrente, los que reclaman desde su hambre de siglos, sólo aspirasen a una posesión patrimonial y no a la íntegra posibilidad de vivir como seres religiosos y humanos.

Esta reforma agraria tendrá también dos caminos: primero, la reforma económica; segundo, la reforma social.

Una gran parte de España es inhabitable, es incultivable. Sujetar a las gentes que ahora vienen adheridas a estos suelos es condenarlas a la miseria para siempre. Hay eriales que nunca debieron dejar de ser eriales; hay pedregales que no se debían haber labrado nunca. Así, pues, lo primero que tiene que hacer una reforma agraria inteligente es delimitar las superficies cultivables de España, delimitar las actuales superficies cultivables y las superficies que puedan ponerse en cultivo con las obras de riego que inmediatamente hay que intensificar. Y después de eso, tener el valor de dejar que las tierras incultivables vuelvan al bosque, a la nostalgia de bosques de nuestras tierras calvas, devolverlas a los pastos, para que renazca nuestra riqueza ganadera, que nos hizo fuertes y robustos; devolver todo eso a lo que no es cultivo; no volver a meter un arado en su pobreza. Una vez delimitadas las tierras cultivables de España, proceder, dentro aún de la operación económica, a reconstruir las unidades de cultivo. Sobre esto ha trabajado admirablemente nuestro Consejo Nacional. En líneas generales, pueden señalarse tres tipos de cultivo, puesto que, desde este punto de vista, los de las regiones del Norte y de Levante, en cierto modo, se pueden emparejar; hay tres clases de cultivos: los grandes cultivos de secano, que necesitan una industrialización y un empleo de todos los medios técnicos que sean necesarios para que produzcan económicamente, y que han de someterse a un régimen sindical; los cultivos pequeños, en general los cultivos de regadío o los cultivos de tierras en zona húmeda; éstos han de parcelarse para constituir la unidad familiar; pero como ocurre que en muchas de esas tierras se ha exagerado la parcelación y se ha llegado al minifundio antieconómico, lo que en muchos casos será parcelación, en otros será agrupación para que se formen las unidades familiares de cultivo, los cotos familiares de cultivo, o se regirán por un régimen familiar corporativo, para el suministro de aperos y para la colocación de los productos; y hay otras grandes áreas, como son, por ejemplo, las olivareras, de un interés excepcional para España, donde el cultivo deja períodos de largos meses de total desocupación de los hombres. Las tierras de esta clase necesitan complemento, bien por los pequeños regadíos, donde se trasladan los trabajadores durante la época de paro involuntario, bien por el montaje de pequeñas industrias, accesorias de la agricultura, para que puedan vivir los campesinos durante estas largas temporadas.

Una vez hecha esta clasificación de las tierras; una vez constituidas estas unidades económicas de cultivo, entonces llega el instante de llevar a cabo la reforma social de la agricultura, y fijaos en esto: ¿en qué consiste, desde un punto de vista social, la reforma de la agricultura? Consiste en esto: hay que tomar al pueblo español, hambriento de siglos, y redimirle de las tierras estériles donde perpetúa la miseria; hay que trasladarle a las nuevas tierras cultivables; hay que instalarle, sin demora, sin espera de siglos, como quiere la ley de contrarreforma agraria, sobre las tierras buenas. Me diréis: pero, ¿pagando a los propietarios o no? Y yo os contesto: esto no lo sabemos; dependerá de las condiciones financieras de cada

instante. Pero lo que yo os digo es esto: mientras se esclarezca si estamos o no en condiciones financieras de pagar la tierra, lo que no se puede exigir es que los hambrientos de siglos soporten la incertidumbre de si habrá o no habrá reforma agraria; a los hambrientos de siglos hay que instalarlos como primera medida; luego se verá si se pagan las tierras; pero es más justo y más humano, y salva a más número de seres, el que se haga la reforma agraria a riesgo de los capitalistas que no a riesgo de los campesinos. (O. C., págs. 717-719, 17 nov. 35.)

Levantar la vida del campo es levantar la vida de España. Nuestra Patria espera el instante de un gran resurgimiento campesino, que será la señal de su nueva grandeza. El campo libre y rico nos deparará una España unida y libre. ¡Arriba España! (O. C., pág. 686, 7 nov. 35.)

Es necesario hacer más propietarios con las tierras aptas para que así se distribuya equitativamente el fruto del campo. Porque la tierra no la dio nadie, no la hizo nadie, sino Dios. Y no es justo ni admisible que haya señores que se llevan el mejor bocado de un campo que apenas saben dónde está; sólo que en el Registro de la Propiedad está asentado a su nombre, mientras el que dobla la cerviz ante la tierra para cuidarla está sufriendo privaciones y miseria. Por esto dicen que yo no soy de derecha. Bueno; quizá tengan razón. (U. H., página 110, 5 feb. 36.)

Hay que fertilizar grandes extensiones de tierras españolas. Un cartel de las derechas dice que van a invertir mil millones de pesetas en un plan quinquenal de obras públicas para que no haya un solo pueblo sin agua y sin carreteras. Yo, que veo y recorro los pueblos españoles y veo la miseria en que viven, porque aquella tierra no les da más que acaso dos semillas por cada una que siembran, pienso con horror en lo que sería echarles carretera y agua para condenarlos eternamente a aquellas tierras infernales. Nosotros no haremos eso. Nosotros pondremos en riego las tierras buenas y las distribuiremos otra vez para sobre ellas fundar pueblos nuevos, sanos y alegres. (U. H., página 107, 26 ene. 36.)

El Estado nuevo tendrá que reorganizar, con criterio de unidad, el campo español. No toda España es habitable; hay que devolver al desierto, y sobre todo al bosque, muchas tierras que sólo sirven para perpetuar la miseria de quienes las labran. Masas enteras habrán de ser trasladadas a las tierras cultivadas, que habrá de ser objeto de una profunda reforma económica y una profunda reforma social de la agricultura: enriquecimiento y racionalización de los cultivos, riego, enseñanza agropecuaria, precios remuneradores, protección arancelaria a la agricultura, crédito barato; y, de otra parte, patrimonios familiares y cultivos sindicales. Esta será la verdadera vuelta a la Naturaleza, no en el sentido de la égloga, que es el de Rousseau, sino en el de la geórgica, que es la manera profunda, severa y ritual de entender la tierra. (O. C., pág. 426, 3 mar. 35.)

Ya sabéis que la reforma agraria que presentaron los hombres del 14 de abril, en vez de ir, como la que nosotros apetecemos, a rellenar de sustancia al hombre, a volver a dotar al hombre de su integridad humana, social, occidental, cristiana, española; en vez de hacer eso, tendió a la colectivización del campo, es decir, a proletarizar también el campo, a convertir a los campesinos en masa gregaria, como los obreros de la ciudad. A eso tendían, y ni siquiera eso han hecho. Esta es la hora en que no han dado apenas un trozo de tierra a los campesinos. De la Ley de Reforma Agraria lo único que empezaron a cumplir fue un precepto añadido a última hora por un puro propósito de represalia. (O. C., pág. 566, 19 may. 35.)

Dos cosas positivas habrán, pues, de declarar quienes vengan a alistarse en los campamentos de nuestra generación: primera, la decisión de ir progresiva, pero activamente, a la nacionalización del servicio de banca; segunda, el propósito resuelto de llevar a cabo, a fondo, una verdadera Ley de Reforma Agraria. (O. C., pág. 717, 17 nov. 35.)

Hay que elevar a todo trance el nivel de vida del campo, vivero permanente de España. Para ello adquirimos el compromiso de llevar a cabo sin contemplaciones la reforma económica y la reforma social de la agricultura.

Enriqueceremos la producción agrícola (reforma económica) por los medios siguientes:

Asegurando a todos los productos de la tierra un precio mínimo remunerador.

Exigiendo que se devuelvan al campo, para dotarlos suficientemente, gran parte de lo que hoy absorbe la ciudad en pago de sus servicios intelectuales y comerciales.

Organizando un verdadero Crédito Agrícola Nacional, que al prestar dinero al labrador a bajo interés con la garantía de sus bienes y de sus cosechas le redima de la usura y del caciquismo.

Difundiendo la enseñanza agrícola y pecuaria.

Ordenando la dedicación de las tierras por razón de sus condiciones y de la posible colocación de los productos.

Orientando la política arancelaria en sentido protector de la agricultura y de la ganadería.

Acelerando las obras hidráulicas.

Racionalizando las unidades de cultivo para suprimir tanto los latifundios desperdiciados como los minifundios antieconómicos por su exiguo rendimiento.

Organizaremos socialmente la agricultura por los medios siguientes:

Distribuyendo de nuevo la tierra cultivable para instituir la propiedad familiar y estimular enérgicamente la sindicación de labradores.

Rendimiendo de la miseria en que viven a las masas humanas que hoy se extenuan en arañar suelos estériles, y que serán trasladadas a las nuevas tierras cultivables.

Emprenderemos una campaña infatigable de repoblación ganadera y forestal, sancionando con severas medidas a quienes la entorpezcan e incluso acudiendo a la forzosa movilización temporal de toda la juventud española para esta histórica tarea de reconstruir la riqueza patria.

El Estado podrá expropiar sin indemnización las tierras cuya propiedad haya sido adquirida o disfrutada ilegítimamente.

Será designio preferente del Estado nacionalsindicalista la reconstrucción de los patrimonios comunales de los pueblos. (O. C., págs. 342343, nov. 34.)

Crisis del orden liberal

Juicio sobre el liberalismo

Así resulta que cuando nosotros, los hombres de nuestra generación, abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral, un mundo escindido en toda suerte de diferencias.

JOSÉ ANTONIO

CRÍTICA DEL LIBERALISMO POLÍTICO

Hacia la tercera década del siglo XVIII empiezan las congojas, las inquietudes; la sociedad ya no cree en sí misma; ya no cree tampoco, con el vigor de antes, en ningún principio superior. Esta falta de fe, en contraste con la pesadumbre de una sociedad otra vez perfecta, impulsa a los espíritus débiles a la fuga, a la vuelta a la Naturaleza.

Juan Jacobo Rousseau representa esta negación, y porque pierde la fe de que haya verdades absolutas crea su Contrato Social, donde teoriza que las cosas deben moverse, no por normas de razón, sino de voluntad. Surgen los economistas y empiezan a interpretar la historia por referencia a las nociones de mercancía, valor y cambio. Surge la gran industria, y con ella la transformación del artesanado en proletariado. Surge el demagogo, que encuentra dispuesta una masa proletaria reducida a la desesperación, y lo que se creyó progreso indefinido estalla en la guerra de 1914, que es la tentativa de suicidio de Europa. (O. C., pág. 423, 3 mayo 35.)

El Contrato Social quiere negar la justificación de aquellas autoridades recibidas tradicionalmente, o por una designación que se suponía divina, o por una designación que en la tradición se apoyaba. El quiere negar la justificación de esos poderes y quiere empezar la construcción de nuevo sobre su nostalgia de la libertad. Dice: El hombre es libre; el hombre, por naturaleza, es libre y no puede renunciar de ninguna manera a ser libre; no puede haber otro sistema que el que él acepte por su libre voluntad; a la libertad no puede renunciarse nunca, porque equivale a renunciar a la cualidad humana; además si se renunciara a la libertad, se concluiría un pacto nulo por falta de contraprestación; no se puede ser más que libre o irrenunciablemente libre; por consecuencia, contra las libres voluntades de los que integran una sociedad no puede levantarse ninguna forma de Estado; tiene que haber sido el contrato el origen de las sociedades políticas; este contrato, el concurso de estas voluntades, engendra una voluntad superior, una voluntad que no es la suma de las otras, sino que es consistente por sí misma; es un yo diferente. superior e independiente de las personalidades que lo forman con su asistencia. Pues bien, esta voluntad soberana, esta voluntad desprendida ya de las otras voluntades, es la única que puede legislar; ésta es la que tiene siempre razón; ésta es la única que puede imponerse a los hombres, sin que los hombres tengan nunca razón contra ella, porque si se volvieron contra ella se volverían contra ellos mismos; esta voluntad soberana ni puede equivocarse ni puede querer el mal de sus súbditos. (O. C., págs. 489-490, 9 abr. 35.)

Sin embargo, hay algo en las Constituciones revolucionarias que no estaba en El Contrato Social,, y es la declaración de los derechos del hombre. Ya os dije que Rousseau no admitía que el individuo se reservase nada frente a esta voluntad nacional, Rousseau no lo admitía; las Constituciones revolucionarias, sí. Pero era Rousseau el que tenía razón. Había de llegar, con el tiempo, el poder de las Asambleas a ser tal que, en realidad, la personalidad del hombre desapareciera, que fuera ilusorio querer alegar contra aquel poder ninguna suerte de derechos que el individuo se hubiese reservado. (O. C., pág. 61, 29 oct. 33.)

Juan Jacobo Rousseau vino a decirnos que la justicia y la verdad no eran categorías permanentes de razón, sino que eran, en cada instante, decisiones de voluntad. (O. C., pág. 492, 9 abr. 35.)

Según Rousseau la mayoría electoral es siempre poseedora de la justicia. No como mayoría electoral, ya lo sabéis, sino como expresión de la persona colectiva, indivisible, de la voluntad soberana que Rousseau imagina dotada de sustantividad propia y diferente de las voluntades de los asociados. Este yo superior, el soberano. está investido de una virtud que le impide querer el mal de sus súbditos; Rousseau, metafísicamente, rechaza una posibilidad semejante y, por consecuencia, cuanto quiere el soberano, la voluntad soberana, única y superior, es necesariamente justo. Pero la voluntad soberana tiene que expresarse de algún modo. ¿Cómo? ¿Por el sufragio? En principio el sufragio contradice el dogma de la indivisibilidad: el triunfo de los más sobre los menos implica división y desmiente la predicada existencia de una voluntad única. Pero Rousseau, sin detenerse ante el sofisma, salva la dificultad de esta manera: el elector cuando vota, no expresa una voluntad suya, sino que adelanta una conjetura acerca de cuál será la voluntad del soberano. La mayoría de sufragios, no es sino la coincidencia de los más en una determinada conjetura; por eso al hacer lo que quiere la mayoría, no es que se reconozca a los más derecho alguno sobre los menos, sino que se estima que los más han acertado al aventurar su opinión sobre cuál sería la voluntad soberana, mientras que los menos se han equivocado en el mismo intento de adivinación. Por donde, prácticamente, la voz de la mayoría es siempre la expresión de la justicia y de la verdad.

Esto, como veréis, es una construcción ingeniosa; tiene interés, por otra parte, para la historia de las ideas; pero en nuestros días la pura doctrina rousseaumana no es aceptada por nadie. No sólo la repudian aquellos movimientos que podríais tachar de retardatarios, sino todos los que prevalecen en el mundo, hasta los de tendencia más revolucionaria; así, el comunismo y el sindicalismo desdeñan el dogma de la soberanía nacional. Y si de los movimientos político-sociales se pasa a las tendencias del pensamiento jurídico, nadie hallará un tratadista contemporáneo que comparta la construcción del Contrato Social. Los juristas de nuestro tiempo vuelven a situar la justicia en el ámbito de la razón, no en el de la voluntad de muchos ni de pocos. Y así, frente a Jurieu, precursor de Rousseau, que afirmaba: "El pueblo no necesita tener razón para validar sus actos" los nuevos kantianos, por boca de Stammler, oponen: "La mayoría dice relación a la categoría de cantidad; la justicia, en cambio, implica cualidad. El hecho de que muchos proclamen algo o aspiren a algo no quiere decir que ello sea necesariamente justo. Si la mayoría se halla asistida por la justicia en las causas que representa, es cosa que habrá que ver en cada caso." (O. C., págs. 22-23, 26 nov. 32.)

Como es natural lo que Rousseau denominaba la voluntad soberana viene a quedar reducida a ser la voluntad de la mayoría. Según Rousseau, era la mayoría -teóricamente, por expresar una conjetura de la voluntad soberana; pero en la práctica, por el triunfo sobre la minoría disidente- la que había de imponerse frente a todos; el logro de esa mayoría implicaba que los partidos tuvieran que ponerse en lucha para lograr más votos que los demás; que tuvieran que hacer propaganda unos contra otros, después de fragmentarse. Es decir, que bajo la tesis de la soberanía nacional, que se supone indivisible, es justamente cuando las opiniones se dividen más, porque como cada grupo aspira a que su voluntad se identifique con la presunta voluntad soberana, los grupos tienen cada vez más que calificarse, que perfilarse, que combatirse, que destruirse y tratar de ganar en las contiendas electorales. Así resulta que en la descomposición del sistema liberal (y naturalmente que este tránsito, este desfile resumido en unos minutos, es un proceso de muchos años), en esta descomposición del sistema liberal, los partidos llegan a fragmentarse de tal manera, que ya en las últimas boqueadas del régimen, en algún sitio de Europa, como la Alemania de unos días antes de Hitler, había no menos de treinta y dos partidos. (O. C., pág. 423, 9 abr. 35.)

El Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en sí mismo. El Estado liberal permite que todo se ponga en duda, incluso la conveniencia de que él mismo exista.

Para el gobernante liberal, tan lícita es la doctrina de que el Estado debe ser sustituido. Es decir, que puesto a la cabeza de un Estado hecho, no cree ni siquiera en la bondad, en la justicia, en la conveniencia del Estado ese. Tal un capitán de navío que no estuviera seguro de si es mejor la arribada o el naufragio. La actitud liberal es una manera de tomar a broma el propio destino; con ello es lícito encaramarse a los puestos de mando sin creer siquiera en que debe haber puestos de mando, ni sentir que obliguen a nada, ni aún a defenderlos.

Sólo hay una limitación: la ley. Eso sí, puede intentarse la destrucción de todo lo existente, pero sin salirse de las formas legales. Ahora que, ¿qué es la ley? Tampoco ningún concepto referido a principios constantes. La ley es la expresión de la voluntad soberana del pueblo; prácticamente, de la mayoría electoral.

De ahí dos notas:

Primera. La Ley -el Derecho- no se justifica para el liberalismo por su fin, sino por su origen. Las escuelas que persiguen como meta permanente el bien público consideran buena la ley que se pone al servicio de tal fin, y mala la ley, la promulgue quien la promulgue, la que se aparta de tal fin. La escuela democrática -ya la democracia es la forma en que se siente mejor expresado el pensamiento liberal- estima que una ley es buena y legítima si ha logrado la aquiescencia de la mayoría de los sufragios, así contenga en sus preceptos las atrocidades mayores.

Segunda. Lo justo para el liberalismo no es una categoría de razón, sino un producto de voluntad. No hay nada justo por sí mismo. Falta una norma de valoración a que referir, para aquilatar su justicia, cada precepto que se promulgue. Basta con encontrar los votos que lo abonen.

Todo ello se expresa en una sola frase: "El pueblo es soberano". Soberano, es decir, investido de la virtud de autojustificar sus decisiones. Las decisiones del pueblo son buenas por el hecho de ser suyas. Los teóricos del absolutismo real habían dicho: *Quod principi placuit, legem habet vigorem*. Había de llegar un momento en que los teóricos de la Democracia dijeran:

"Hace falta que haya en las sociedades cierta autoridad que no necesite tener razón para validar sus actos; esta autoridad no está más que en el pueblo." Son palabras de Jurieu, uno de los precursores de Rousseau.

El Estado liberal -el Estado sin fe, encogido de hombros- escribió en el frontispicio de su templo tres bellas palabras: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Pero bajo su signo no florece ninguna de las tres.

La libertad no puede vivir sin el amparo de un principio fuerte, permanente. Cuando los principios cambian con los vaivenes de la opinión, sólo hay libertad para los acordes con la mayoría. Las minorías están llamadas a sufrir y a callar. Todavía bajo los tiranos medievales quedaba a las víctimas el consuelo de saberse tiranizados. El tirano podría oprimir, pero los materialmente oprimidos, no dejaban por eso de tener razón contra el tirano. Sobre las cabezas de tiranos y súbditos estaban escritas palabras eternas, que daban a cada cual su razón. Bajo el Estado democrático, no: la Ley -no el Estado, sino la Ley, voluntad presunta de los más- tiene siempre razón. Así, el oprimido, sobre serlo, puede ser tachado de díscolo peligroso si moteja de injusta la Ley. Ni esa libertad le queda.

Por eso ha tachado Duguit de error nefasto la creencia de que un pueblo ha conquistado su libertad el día mismo en que proclama el dogma de la soberanía nacional y acepta la universalidad del sufragio. ¡Cuidado -dice- con sustituir el absolutismo democrático! Hay que tomar contra el despotismo de las asambleas populares precauciones más enérgicas, quizá, de las establecidas contra el despotismo de los reyes. "Una cosa injusta sigue siéndolo aunque sea ordenada por el pueblo y sus representantes igual que si hubiera sido ordenada por un príncipe. Con el dogma de la soberanía popular hay demasiada inclinación a olvidarlo."

Así concluye la libertad bajo el imperio de las mayorías y la igualdad. Por de pronto, no hay igualdad entre el partido dominante, que legisla a su gusto, y el resto de los ciudadanos que lo soportan. Más todavía: produce el Estado liberal una desigualdad más profunda: la económica. Puestos, teóricamente, el obrero y el capitalista en la misma situación de libertad para contratar el trabajo, el obrero acaba por ser esclavizado al capitalista. Claro que éste no obliga a aquél a aceptar por la fuerza unas condiciones de trabajo, pero le sitia por hambre, le brinda unas ofertas que en teoría el obrero es libre de rechazar, pero si las rechaza no come, y al cabo tiene que aceptarlas. Así trajo el liberalismo la acumulación de capitales y la proletarización de masas enormes. Para defensa de los oprimidos por la tiranía económica de los poderosos hubo de ponerse en movimiento algo tan antiliberal como es el socialismo.

Y, por último, se rompe en pedazos la Fraternidad. Como el sistema democrático funciona sobre el régimen de las mayorías, es preciso, si se quiere triunfar dentro de él, ganar la mayoría a toda costa. Cualesquiera armas son lícitas para el propósito; si con ello se logra arrancar unos votos al adversario, bien está difamar de mala fe sus palabras. Para que haya minoría y mayoría tiene que haber por necesidad división.

Para disgregar el partido contrario tiene que haber por necesidad odio.

División y odio son incompatibles con la Fraternidad. Y así los miembros de un mismo pueblo dejan de sentirse de un modo superior, de una alta unidad histórica que a todos los abraza. El patrio solar se convierte en mero campo de lucha, donde procuran desplazarse dos - o muchos- bandos contendientes, cada uno de los cuales recibe la consigna de una voz sectaria, mientras la voz entrañable de la tierra común, que debiera, hermanarlos a todos, parece haber enmudecido. (O. C., págs. 37-40, 16 mar. 33.)

El Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en sí propio. Asiste con los brazos cruzados a todo género de experimentos, incluso a los encaminados a la destrucción del Estado mismo. Le basta con que todo se desarrolle según ciertos trámites reglamentarios. Por ejemplo: para un criterio liberal puede predicarse la inmoralidad, el antipatriotismo, la rebelión... En esto el Estado no se mete porque ha de admitir que a lo mejor pueden estar en lo cierto los predicadores. Ahora, eso sí: lo que el Estado liberal no consiente es que se celebre un mitin sin anunciarle con tantas horas de anticipación, o que se deje de enviar tres ejemplares de un, reglamento a sellar, en tal oficina. ¿Puede imaginarse nada tan tonto? Un Estado para el que nada es verdad sólo erige en absoluta, indiscutible verdad, esa posición de duda. Hace dogma del antidogma. De ahí que los liberales estén dispuestos a dejarse matar por sostener que ninguna idea vale la pena de que los hombres se maten.

Han pasado las horas de esa actitud estéril. Hay que creer en algo. ¿Cuándo se ha llegado a nada en actitud liberal? Yo, francamente, sólo conozco ejemplos fecundos de política creyente, en un sentido o en otro.

Cuando un Estado se deja ganar por la convicción de que nada es bueno ni malo, y de que sólo le incumbe una misión de policía, ese Estado parece al primer sople encendido de fe en unas elecciones municipales. (O. C., págs. 44-45, 22 mar. 33.)

El mundo ha llegado a la cruda pugna de nuestros días entre las posiciones extremas. La democracia, hija del liberalismo, ha matado a su padre. Esto no sería malo; lo malo es que lleva camino de matar también a la libertad. Para rescatarla hay que volver a las luchas originarias: a la fuerza. Pero para esos menesteres los partidos liberales no sirven. Y así van desapareciendo del mundo. (O. C., pág. 812, 26 dic. 35.)

Ya es hora de acabar con la idolatría electoral. Las muchedumbres son falibles como los individuos y, generalmente, yerran más. La verdad es la verdad (aunque tenga cien votos), y la mentira es mentira (aunque tenga cien millones). Lo que hace falta es buscar con ahínco la verdad, creer en ella e imponerla, contra los menos o contra los más. Esa es la gran tarea del conductor de masas: operar sobre ellas para transformarlas, para elevarlas, para templarlas; no

ponerlas a temperatura de paroxismo para después pedirles (como en el circo de Roma la plebe embriagada) decisiones de vida o muerte. Y este deber (gloriosamente duro) es tanto más apremiante en nuestra España, donde cien años de desaliento y de pereza han sumido a nuestra masa en la más desoladora mediocridad. Todo lo que se haga por sacudirla será poco. Pero mientras sólo se la halague y se la sirva, no se hará otra cosa que estabilizar la mediocridad. (O. C., pág. 610, 4 jul. 35.)

El sistema sufragista no sólo se resiente de todos los vicios de la demagogia, sino que los estimula. Para ganar votos hay que excitar a los lectores. Entre candidato y candidato se entablan pugilatos a muerte; cada uno tiene que aumentar la dosis de excitante suministrada por rival. Cuando se agotan las reservas conocidas, urge echar mano de nuevos venenos no probados antes. Hay drogas políticas, como el nacionalismo, que acaso no hubiera llegado a nacer si no hubieran sido requeridas por algún candidato, en trance electoral para flagelar la sensibilidad de las masas votantes, ya acaso embotadas por el abuso de otras drogas envejecidas.

No puede haber un solo hombre normal que defienda de buena fe este sistema diabólico. Sólo odiando al pueblo se le puede desear un sistema que le convierte, cada dos o tres años, en campo de experimentación de todos los imbéciles, ambiciosos, frenéticos, logreros y farsantes. Sobre una masa popular ingenua, tierna, fácil a la credulidad y a la cólera, se permite la avenida de todo el hampa electoral, diestra en el juego de las torturas y las mentiras. Unos candidatos saldrán triunfantes, y otros vencidos; de unos y de otros se sabrá poco hasta las próximas elecciones; pero en pos de ellos habrán quedado, envenenando almas, embalses enormes de rencor sin alivio posible, porque los demagogos, para alimentar el rencor, encienden apetitos irrealizables. (O. C., pág. 806. 26 die. 35.)

Primero, un día, contaron a vuestros abuelos que unos señores se habían reunido en un salón y habían escrito unas cosas por virtud de las cuales ya erais todos hombres libres. Libres y soberanos. Pero vuestra libertad consistía en que aquellas cosas escritas en un papel os autorizaban a hacerlo todo: os autorizaban, por ejemplo, a escribir cuanto os viniera en gana; sólo que el Estado no se preocupaba de enseñaros a escribir para que pudierais ejercitar ese derecho. Os autorizaban también a elegir libremente trabajo; pero como vosotros erais pobres y otros eran ricos, los ricos fijaban las condiciones del trabajo a su voluntad, y vosotros no teníais más remedio que aceptarlas o morir de hambre. Y así, mientras vosotros pasabais los rigores del frío y del calor doblados sobre una tierra que no iba a ser vuestra nunca, soportando la enfermedad, la miseria y la ignorancia, las leyes escritas por gentes de la ciudad os escarnecían con la burla de deciros que erais libres y soberanos; todo porque cada dos o tres años os proporcionaban el juego de echar unos papelitos en unas cajas de cristal, de las que habían de salir los nombres de los que luego se olvidarían de vosotros, de vuestra hambre y de vuestros trabajos, hasta las elecciones siguientes. (O. C., págs. 175-176, 1 mar. 34.)

El liberalismo precisamente lo que no puede hacer es calificar las doctrinas por su contenido, porque es dogma del liberalismo tributar a todas el mismo respeto. De manera que, en cuanto subordine ese respeto al contenido de las doctrinas y recuse las únicas que le resulten antipáticas -que son las antiliberales, como es natural-, el liberalismo pasa a ser tan inquisitorial como cualquier doctrina de las más inquisitoriales. (O. C., pág. 141, 1 feb. 34.)

Declarar ilícito todo régimen con órgano legislativo no parlamentario, es proclamar como "dogma" que sólo los regímenes parlamentarios ostentan el atributo de licitud.

(U. H., pág. 33, 15 abr. 30.)

CRÍTICA DEL LIBERALISMO ECONÓMICO

Porque el liberalismo económico dijo que todos los hombres estaban en condiciones de trabajar como quisieran: se había terminado la esclavitud; ya a los obreros no se les manejaba a palos; pero como los obreros no tenían para comer sino lo que se les diera, como los obreros estaban desasistidos, inermes frente al poder del capitalismo, era el capitalismo el que señalaba las condiciones, y los obreros tenían que aceptar estas condiciones o resignarse a morir de hambre. Así se vio cómo el liberalismo, mientras escribía maravillosas declaraciones de derechos en un papel que apenas leía nadie, entre otras causas porque al pueblo ni siquiera se le enseñaba a leer; mientras el liberalismo escribía esas declaraciones, nos hizo asistir al espectáculo más inhumano que se haya presenciado nunca: en las mejores ciudades de Europa, en las capitales de Estados con instituciones liberales más finas, se hacinaban seres humanos, hermanos nuestros, en casas informes, negras, rojas, horripilantes, aprisionados entre la miseria y la tuberculosis y la anemia de los niños hambrientos, y recibiendo de cuando en cuando el sarcasmo de que se les dijera cómo eran libres y, además, soberanos. (O. C., pág. 192, 4 mar. 34.)

Y, por último, el Estado liberal vino a depararnos la esclavitud económica, porque a los obreros, con trágico sarcasmo, se les decía: "Sois libres de trabajar lo que queráis, nadie puede compeleros a que aceptéis unas y otras condiciones; ahora bien; como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen; vosotros, ciudadanos libres, si no queréis, no estáis obligados a aceptarlas; pero vosotros, ciudadanos pobres, si no aceptáis las condiciones que nosotros os imponemos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal". Y así veréis cómo en los países donde se ha llegado a tener Parlamentos más brillantes e instituciones democráticas más finas, no tenéis más que separar unos cientos de metros de los barrios lujosos para encontrar con tugurios infectos donde vivían hacinados los obreros y sus familias, en un límite de decoro casi infrahumano. Y os encontraréis trabajadores de los campos que, de sol a sol, se doblaban sobre la tierra abrasadas las costillas, y que ganaban en todo el año, gracias al libre juego de la economía liberal, setenta u ochenta jornales de tres pesetas. (O. C., pág. 63, 29 oct. 33.)

El liberalismo fue así desde su principio. Nació y lo pusieron en moda con sus doctrinas el señoritismo brillante del siglo XVIII, los petimetres que habla. han de liberalismo y de nivelación social para entretener sus ocios con las duquesas en los elegantes salones en sus medios artificiales. Proclamaban la libertad del trabajo como un sarcasmo más; pero el capitalismo, mientras, acumulaba formidables fortunas y numerosas fábricas, lanzaba a lá desesperación a millones y millones de seres cuyo fin ineludible era: o la muerte por hambre o el trabajo por jornal mísero.

(O. C., págs. 151-152, 4 feb. 34.)

... Para Adam Smith el mundo económico era una comunidad- natural creada por la división del trabajo. Esta división del trabajo no era un fenir memo consciente, querido por aquellos que se habían repartido la tarea; era un fenómeno inconsciente, un fenómeno espontáneo. Los hombres se habían ido repartiendo el trabajo sin ponerse de acuerdo; a ninguno al proceder a esa división había guiado el interés de los demás, sino la utilidad propia; lo que es que cada uno, al buscar esa utilidad propia, había venido a armonizar con la utilidad de los demás, y así, en esta sociedad espontánea, libre, se presentan: primero, el trabajo, que es la única fuente de toda riqueza; después, la permuta, es decir, el cambio de las cosas que nosotros producimos por las cosas que producen los otros; luego, la moneda, que es una mercancía que todos estaban seguros habían de aceptar los demás; por último, el capital, que es el ahorro de lo que no hemos tenido que gastar, el ahorro de productos para poder con él dar vitalidad a empresas nuevas. Adam Smith, cree que el capital es la condición indispensable para la industria; el capital condiciona la industria -son sus palabras-. Pero todo esto pasa espontáneamente, como os digo; nadie se ha puesto de acuerdo para que esto ande así, y, sin embargo, anda así, tiene que andar así; además, Adam Smith, considera que debe andar así, y está tan seguro, tan contento de esta demostración que va enhebrando, que, encarándose con el Estado, con el

soberano -él también le llama el soberano-, le dice: "Lo mejor que puedes hacer es no meterte en nada, dejar las cosas como están. Estas cosas de la economía son delicadísimas; no las toques, que no tocándolas se harán solas ellas e irán bien." (O. C., págs. 490-491, 9 abr. 35.)

Y vienen todos los resultados que hemos conocido: la crisis, la paralización, el cierre de las fábricas, el desfile inmenso de proletarios sin tarea, la guerra europea, los días de la trasguerra... Y el hombre que aspiró a vivir dentro de una economía y una política liberales, dentro de un principio liberal que llenaba de sustancia y de optimismo a una política y a una economía, vino a encontrarse reducido a esta cualidad terrible: antes era artesano, pequeño productor, miembro de una corporación acaso dotada de privilegios, vecino de un Municipio fuerte; ya no es nada de eso. Al hombre se le ha ido librando de todos sus atributos, se le ha ido dejando químicamente puro en su condición de individuo; ya no tiene nada; tiene el día y la noche; no tiene ni un pedazo de tierra donde poner los pies, ni una casa donde cobijarse; la antigua ciudadanía completa, humana, íntegra, llena, se ha quedado reducida a estas dos cosas desoladoras: un número en las listas electorales y un número en las colas a las puertas de las fábricas. (O. C., págs. 501-502, 9 abr. 35.)

Este Carlos Marx ya vaticinó el fracaso social del capitalismo, sobre el cual estoy departiendo ahora con vosotros. Vio que iban a pasar, por lo menos, estas cosas: primeramente, la aglomeración de capital.

Esta ley de la aglomeración del capital la predijo Marx y aunque algunos afirmen que no se ha cumplido, estamos viendo que sí, porque Europa y el mundo están llenos de trusts, de Sindicatos de producción enorme y de otras cosas que vosotros conocéis mejor que yo, como son esos magníficos almacenes de precio único, que pueden darse el lujo de vender a tipos de dumping, sabiendo que vosotros no podéis resistir la competencia de unos meses, y que ellos, en cambio, compensando unos establecimientos con otros, unas sucursales con otras, pueden esperar cruzados de brazos vuestro total aniquilamiento.

Segundo fenómeno social que sobreviene: la proletarización. Los artesanos desplazados de sus oficios, los artesanos que eran dueños de su instrumento de producción y que, naturalmente, tienen que vender su instrumento de producción porque ya no les sirve para nada; los pequeños productores, los pequeños comerciantes, van siendo aniquilados económicamente por este avance ingente, inmenso, incontenible, del gran capital, y acaban incorporándose al proletariado, se proletarizan. Marx lo describe con un extraordinario acento dramático cuando dice que estos hombres, después de haber vendido sus productos, después de haber vendido su instrumento con el que elaboran sus productos, después de haber vendido sus casas, ya no tienen nada que vender, y entonces se dan cuenta de que ellos mismos pueden ser una mercancía, de que su propio trabajo puede ser una mercancía, y se lanzan, al mercado a alquilarse por una temporal esclavitud. Pues bien: este fenómeno de la proletarización de masas enormes y de su aglomeración en las urbes alrededor de las fábricas es otro de los síntomas de quiebra social del capitalismo.

Y todavía se produce otro, que es la desocupación.

El desplazamiento del hombre por la máquina no tiene ni la compensación poética que se atribuyó a la máquina en los primeros tiempos, aquella compensación que constituía en aliviar a los hombres de una tarea formidable. Se decía: "No, las máquinas harán nuestro trabajo, las máquinas nos liberan de nuestra labor". No tiene esa compensación poética, porque lo que ha hecho la máquina. no ha sido reducir la jornada de los hombres, sino manteniendo la jornada igual, poco más o menos -pues la reducción de la jornada se debe a causas distintas- desplazar a todos los hombres sobrantes. Ni ha tenido la compensación de implicar un aumento de los salarios; porque, evidentemente, los salarios de los obreros han aumentado; pero aquí también lo tenemos que decir todo tal como lo encontramos en las estadísticas y en la verdad. ¿Sabéis en la época de prosperidad de los Estados Unidos, en la mejor época, desde 1922 hasta 1929, en cuanto aumentó el volumen total de los salarios pagados a los obreros? Pues aumentó en el 5 por ciento. ¿Y sabéis en la primera época, en cuanto

aumentaron los dividendos percibidos por el capital? Pues aumentaron en el 86 por ciento. ¡Decid si es una manera equitativa de repartir las ventajas del maquinismo!

Pero era de prever que el capitalismo tuviera esta quiebra social. Lo que era menos de prever era que tuviera también una quiebra técnica, que es, acaso, la que está llevando su situación a términos desesperados.

Por ejemplo: las crisis periódicas han sido un fenómeno producido por la gran industria, y producido, precisamente, por esa razón que os decía antes, cuando explicaba la aglomeración del capital. Los gastos irreducibles del primer establecimiento son gastos muertos que en ningún caso se pueden achicar cuando el mercado disminuye. La superproducción, aquella producción a ritmo violentísimo de que hablaba antes, acaba por saturar los mercados. Se produce entonces el subconsumo, y el mercado absorbe menos de los que las fábricas le entregan. Si se conservase la estructura de la pequeña economía anterior se achicaría la producción proporcionalmente a la demanda mediante la disminución en la adquisición de primeras materias y de mano de obra; pero como esto no se puede hacer en la gran industria, porque tiene ese ingente capital constante, ese ingente capital muerto, la gran industria se arruina; es decir, que técnicamente la gran industria hace frente a las épocas de crisis peor que la pequeña industria. Primera quiebra para su antigua altanería.

Pero después, una de las notas más simpáticas y atractivas del período heroico del capitalismo liberal falla también: era aquella arrogancia de sus primeros tiempos, en que decía: "Yo no necesito para nada el auxilio público; es más, pido a los Poderes públicos que me dejen en paz, que no se metan en mis cosas". El capitalismo, muy en breve, bajó también la calveza en este terreno; muy en breve, en cuanto vinieron las épocas de crisis, acudió a los auxilios públicos, y así hemos visto cómo las instituciones más fuertes se han acogido a la benevolencia del Estado, o para impetrar protecciones arancelarias, o para obtener auxilios en metálico. Es decir, que como dice un escritor enemigo del sistema capitalista, el capitalismo, tan desdeñoso, tan refractario a una posible socialización de sus ganancias, en cuanto vienen las cosas mal, es el primero en solicitar una socialización de las pérdidas.

Por último, otra de las ventajas del libre cambio, de la economía liberal, consistía en estimular la concurrencia. Se decía: compitiendo en el mercado libre todos los productores, cada vez se irán perfeccionando los productos y cada vez será mejor la situación de aquellos que los compran. Pues bien: el gran capitalismo ha eliminado automáticamente la concurrencia al poner la producción en manos de unas cuantas entidades poderosas. (O. C., págs. 498-501, 9 abr. 35.)

Los Bancos son meros depositarios del dinero de los demás. No producen. A los dueños del dinero les abonan el uno y medio por ciento, y por ese mismo dinero, que no es suyo, cobran a los demás el siete y ocho por ciento. Con sólo una sencilla manipulación de dos asientos en sus libros obtienen esa pingüe diferencia.

Es decir, que el esfuerzo del trabajo lo absorbe la organización capitalista.

Hay que hacer desaparecer este inmenso papel secante del ocioso privilegiado que se nutre del pequeño productor.

Hay que transformar esta absurda economía capitalista, donde el que no produce nada se lo lleva todo, y al obrero que trabaja y crea riqueza no alcanza la más pequeña participación. (O. C., pág. 883, 8 feb. 36.)

Yo os invito, para que nunca más pueda jugarse con la ambigüedad de estas palabras, a que me sigáis en el siguiente ejemplo: Imaginad un sitio donde habitualmente se juegue a algún juego difícil. En esta partida se afanan todos, ponen su destreza, su ingenio, su inquietud, hasta que un día llega uno más cauto que ve la partida y dice: "Perfectamente; aquí unos ganan y otros pierden; pero los que ganan y los que pierden necesitan para ganar o perder esta mesa y estas fichas. Bien; pues yo, por cuatro cuartos, compro la mesa y las fichas, se las alquilo a los que juegan y así gano todas las tardes." Pues éste, que sin riesgo, sin esfuerzo,

sin afán ni destreza, gana con el alquiler de las fichas, éste es el capital financiero. El dinero nace en el instante en que la economía se complica hasta el punto de que no pueden realizarse las operaciones económicas elementales con el trueque directo de productos y servicios. Hace falta un signo común con que todos nos podamos entender, y este signo es el dinero; pero el dinero, en principio, no es más que eso: un denominador común para facilitar las transacciones. Hasta que llegan quienes convierten a ese signo en mercancía para su provecho, quienes, disponiendo de grandes reservas de este signo de crédito, lo alquilan a los que compran y a los que venden. Pero hay otra cosa: como la cantidad de productos que pueden obtenerse, dadas ciertas medidas de primera materia y trabajo, no es susceptible de ampliación; como no es posible para alcanzar aquella cantidad de productos disminuir la primera materia, ¿qué es lo que hace el capitalismo para cobrarse el alquiler de los signos de crédito? Esto: disminuir la retribución del trabajo en el valor del que le corresponde a la retribución del trabajo en el valor del producto. Y como en cada vuelta de la corriente económica el capitalismo quita un bocado, la corriente económica va estando cada vez más anémica y los retribuidos por bajo de lo justo van descendiendo de la burguesía acomodada a la burguesía baja, y de la burguesía baja al proletariado, y, por otra parte, se acumula el capital en manos de los capitalistas; y tenemos el fenómeno previsto por Carlos Marx, que desemboca en la Revolución rusa.

Así, el sistema capitalista ha hecho que cada hombre vea en los demás hombrea un posible rival en las disputas furiosas por el trozo de pan que el capitalismo deja a los obreros, a los empresarios, a los agricultores, a los comerciantes, a todos los que, aunque no lo creáis a primera vista, estáis unidos en el mismo bando de esa terrible lucha económica; a todos los que estáis unidos en el mismo bando, aunque a veces andéis a tiros entre vosotros. El capitalismo hace que cada hombre sea un rival por el trozo de pan. Y el liberalismo, que es el sistema capitalista en su forma política, conduce a este otro resultado: que la colectividad, perdida la fe, en un 'principio superior, en un destino común, se divide entonadamente en explicaciones particulares. Cada uno quiere que la suya valga como explicación absoluta, y los unos se enzarzan con los otros y andan a tiros por lo que llaman ideas políticas. Y así como llegamos a ver en lo económico, en cada mortal, a quien nos disputa el mendrugo, llegamos a ver en lo político, en cada mortal, a quien nos disputa el trozo mínimo de poder, la 'partícula de poder que nos asignan las constituciones liberales. (O. C., págs. 709-711, 17 nov. 35.)

Repudiamos el sistema capitalista que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes, propicias a la miseria y desesperación. (O. C., pág. 341, nov. 34.)

Cuando hablamos de capitalismo -ya lo sabéis todos- no hablamos de la propiedad. La propiedad privada es lo contrario del capitalismo: la propiedad es la proyección directa del hombre sobre sus cosas: es un atributo elemental humano. El capitalismo ha ido sustituyendo esta propiedad del hombre por la propiedad del capital, del instrumento técnico de dominación económica. El capitalismo, mediante la competencia terrible y desigual del capital grande contra la propiedad pequeña, ha ido anulando el artesano, la pequeña industria, la pequeña agricultura: ha ido colocándolo todo -y va colocándolo cada vez más- en poder de los grandes trusts, de los grandes grupos bancarios. El capitalismo reduce al final a la misma situación de angustia, a la misma situación inhumana del hombre desprendido de todos sus atributos, de todo el contenido de su existencia, a los patronos y a los obreros, a los trabajadores y a los empresarios. Y esto sí que quisiera que quedase bien grabado en la mente de todos; es hora ya de que no nos prestemos al equívoco de que se presente a los partidos obreros como partidos antipatronales o se presente a los partidos patronales como contrarios, como adversarios, en la lucha con los obreros. Los obreros, los empresarios, los técnicos, los organizadores, forman la trama total de la producción y hay un sistema capitalista que, con el crédito caro, que con los privilegios abusivos de accionistas y obligacionistas, se lleva, sin trabajar, la mejor parte de la producción, y hunde y empobrece por igual a los patronos, a los empresarios, a los organizadores y a los obreros.

Pensad a lo que ha venido a quedar reducido el hombre europeo por obra del capitalismo. Ya no tiene casa, ya no tiene patrimonio, ya no tiene individualidad, ya no tiene habilidad

artesana, ya es un simple número de aglomeraciones. Hay por ahí demagogos de izquierdas que hablan contra la propiedad feudal y dicen que los obreros viven como esclavos. Pues bien: nosotros, que no cultivamos ninguna demagogia, podemos decir que la propiedad feudal era mucho mejor que la propiedad capitalista y que los obreros están peor que los esclavos. La propiedad feudal imponía al señor, al tiempo que le daba derechos, una serie de cargas: tenía que atender a la defensa y aún a la manutención de sus súbditos. La propiedad capitalista es fría e implacable: en el mejor de los casos no cobra la renta; pero se desentiende del destino de los sometidos. Y en cuanto a los esclavos, éstos eran un elemento patrimonial en la fortuna del señor; el señor tenía que cuidar de que el esclavo no se le muriese, porque el esclavo le costaba dinero, como una máquina, como un caballo, mientras que ahora se muere un obrero y saben los grandes señores de la industria capitalista que tienen cientos de miles de famélicos esperando a la puerta para sustituirle. (O. C., págs. 560-561, 19 mayo 35.)

Yo quisiera, de ahora para siempre, que nos entendiéramos acerca de las palabras. Cuando se habla del capitalismo, no se hace alusión a la propiedad privada; estas dos cosas no sólo son distintas, sino que casi se podría decir que con contrapuestas. Precisamente uno de los efectos del capitalismo fue el aniquilar casi por entero la propiedad privada en sus formas tradicionales. Esto está suficientemente claro en el ánimo de todos, pero no estará de más que se le dediquen unas palabras de mayor esclarecimiento. El capitalismo es la transformación, más o menos rápida, de lo que es el vínculo directo del hombre con sus cosas en un instrumento técnico de ejercer el dominio. La propiedad antigua, la propiedad artesana, la propiedad del pequeño productor, del pequeño comerciante, es como una proyección del individuo sobre sus cosas. En tanto es propietario en cuanto puede tener esas cosas, usarlas, gozarlas, cambiarlas, si queréis, casi en estas mismas palabras ha estado viviendo en las leyes romanas, durante siglos, el concepto de la propiedad; pero a medida que el capitalismo se perfecciona y se complica, fijaos en que va alejándose de relación del hombre con sus cosas y se va interponiendo una serie de instrumentos técnicos de dominar; y lo que era esta proyección directa, humana, elemental de relación entre un hombre y sus cosas, se complica; empiezan a introducirse signos que envuelven la representación de una relación de propiedad, pero signos que cada vez van sustituyendo mejor a la presencia viva del hombre: y cuando llega el capitalismo a sus últimos perfeccionamientos, el verdadero titular de la propiedad antigua ya no es un conjunto de hombres, sino que es una abstracción representada por trozos de papel: así ocurre en lo que se llama la sociedad anónima. La sociedad anónima es la verdadera titular de un acervo de derechos, y hasta tal punto se ha deshumanizado, hasta tal punto le es indiferente ya al titular humano de esos derechos, que el que se intercambien los titulares de las acciones no varía en nada la organización jurídica, el funcionamiento de la sociedad entera.

Pues bien: este gran capital, este capital técnico, este capital que llega a alcanzar dimensiones enormes, no sólo no tiene nada que ver, como os decía, con la propiedad en el sentido elemental y humano, sino que es su enemigo. Por eso, muchas veces, cuando yo veo cómo, por ejemplo, los patronos y los obreros llegan, en luchas encarnizadas, incluso a matarse por las calles, incluso a caer víctimas de atentados donde se expresa una crueldad sin arreglo posible, pienso que no saben los unos y los otros que son ciertamente protagonistas de una lucha económica, pero una lucha económica en la cual, aproximadamente, están los dos en el mismo bando; que quien ocupa el bando de enfrente, contra los patronos y contra los obreros, es el poder del capitalismo, la técnica del capitalismo financiero. (O. C., págs. 495-496, 9 abr. 35.)

CONQUISTAS DEL LIBERALISMO

Pero si la democracia como forma ha fracasado, es más que nada porque no nos ha sabido proporcionar una vida verdaderamente democrática en su contenido. No caigamos en las exageraciones extremas, que traducen su odio por la superstición sufragista, en desprecio hacia todo lo democrático. La aspiración a una vida democrática libre y apacible será siempre el punto de mira de la ciencia política por encima de toda moda.

No prevalecerán los intentos de negar derechos individuales, ganados con siglos de sacrificios. Lo que ocurre es que la ciencia tendrá que buscar, mediante construcciones de "contenido", el resultado democrático que una "forma" no ha sabido repararle. Ya sabemos que no hay que ir por el camino equivocado; busquemos, pues, otro camino; pero no mediante improvisaciones... sino mediante el estudio perseverante, con diligencia y humildad, porque la verdad, como el pan, hemos de ganarla con el sudor de nuestra frente. (T. 1, pág. 63, 17 ene. 31.)

El liberalismo (se puede llamar así porque no a otra cosa que a levantar una barrera contra la tiranía aspiraban las Constituciones revolucionarias) el liberalismo tiene su gran época, aquella en que instala todos los hombres en igualdad ante la ley, conquista de la cual ya no se podrá volver atrás nunca. Pero lograda esta conquista y pasada su gran época, el liberalismo empieza a encontrarse sin nada que hacer y se entretiene en destruirse a sí mismo. (O. C., pág. 492, 9 abr. 25.)

Y, en efecto, también el liberalismo económico vivió su época heroica, una magnífica época heroica. Nosotros no nos tenemos que ensañar nunca con los caídos, ni con los caídos físicos, con los hombres, que por ser hombres, aunque fueran enemigos nuestros, nos merecen todo el respeto que implica la dignidad y la cualidad humanas, ni con los caídos ideológicos. El liberalismo económico tuvo una gran época, una magnífica época de esplendor; a su ímpetu, a su iniciativa, se debieron el ensanche de riquezas enormes hasta entonces no explotadas; la llegada, aún a las capas inferiores, de grandes comodidades y hallazgos; la competencia, la abundancia, elevaron innegablemente las posibilidades de vida de muchos.

(O. C., págs. 494-495,,9 abr. 35.)

EL LIBERALISMO Y ESPAÑA

Se dijera que el liberalismo fuera de España no había pasado de ser un lujo intelectual: una especie de broma para los tiempos fáciles. Francia, por ejemplo, la que puso en más eficaz circulación el liberalismo, tiene buen cuidado de arrumbarlo en cuanto las cosas se ponen serias. En Francia no se juega con la política -de planta napoleónica-, ni con la Ley -con guillotinas y Guayanas a su servicio- ni con la Patria -guarnecida de implacables consejos de guerra-. El liberalismo sirve para charlas y para tolerar licencias superficiales. Pero en España, no: aquí lo habíamos tomado en serio. Las cosas esenciales estaban indefensas, porque temíamos que el defenderlas demasiado resultara antiliberal. Nuestros políticos vivían en la constante zozobra de pasar por bárbaros si se desviaban de los figurines liberales. Así, como palurdos invitados a una fiesta, se ponían en ridículo a fuerza de exagerar la finura de los modales. Nuestra sociedad se había contagiado del mismo espíritu. Por miedo a aparecer inquisitoriales, todos nos habíamos pasado de europeos. Nadie se atrevía a invocar las cosas profundas y elementales, como la Religión o la Patria, por temor de parecer vulgar. Ni a manifestarse severo contra' las fuerzas enemigas. La tolerancia llegó a ser nuestra virtud. De la Santa Inquisición y los maridos calderonianos vinimos a dar en la más ejemplar mansedumbre.

(O. C., págs. 313-314, 22 oct. 34.)

Lo que padecemos en España es la crisis del capitalismo, pero no lo que vulgarmente se entiende por tal, sino el capitalismo de las grandes Empresas, de las grandes Compañías, de la alta Banca, que absorbe la economía nacional, arruinando al pequeño labrador, al pequeño industrial, al modesto negociante, con beneficio y lucro de los consejeros, de los accionistas, cuentacorrentistas y demás participantes; es decir, de los que no trabajan, pero que se benefician del trabajo de los demás.

(O. C., pág. 882, 8 feb. 36.)

El capitalismo, allende las fronteras, tuvo una época heroica, de esplendor; había impulsado con brío gran cantidad de riquezas y de iniciativas; pero el capitalismo español fue raquítico desde sus comienzos; desde sus principios empezó a claudicar con los auxilios estatales, con los auxilios arancelarios. Nuestra economía estaba más depauperada que casi ninguna; nuestro pueblo vivía más miserablemente que casi ninguno.

(O. C., pág. 563, 19 mayo 35.)

El liberalismo económico tampoco; en realidad, tuvo que fallar en España, porque la mejor época del liberalismo económico, la época heroica del capitalismo en sus orígenes, el capital español en general, no la ha vivido nunca. Aquí las grandes empresas, desde el principio, acudieron al auxilio del Estado no sólo no la rechazaron sino que acudieron a él; y muchas veces -lo sabéis perfectamente, está en el ánimo de todos- no sólo impetraron el auxilio del Estado, no sólo gestionaron aumentos del arancel protectores, sino que hicieron de esa discusión arma de amenaza para conseguir del Estado español todas las claudicaciones. Y no hablemos más de esto.

(O. C., pág. 506, 9 abr. 35.)

En realidad, nuestro liberalismo político y nuestro liberalismo económico casi se han podido ahorrar el trabajo de descomponerse, porque apenas han existido nunca. El liberalismo político ya sabéis lo que era. Las elecciones, hasta tiempo muy reciente, se organizaban en el Ministerio de la Gobernación, y aún muchos españoles, se felicitaban de que anduvieran así las cosas. Uno de los españoles más brillantes, Angel Ganivet, allá por el año 1887, decía, poco más o menos: "Por fortuna, en España tenemos una institución admirable, que es el encasillado; él evita que las elecciones se hagan, porque el día que las elecciones se hagan la cosa será gravísima. Evidentemente, para adueñarse de la voluntad de las masas hay que poner en circulación ideas muy toscas y asequibles; porque las ideas difíciles no llegan a una muchedumbre; y como entonces va a ocurrir que los hombres mejor dotados no van a tener ganas de irse por esas calles estrechando la mano al honrado elector y diciéndole majaderías, acabarán por triunfar aquellos a quienes las majaderías les salen como cosa natural y peculiar."

(O. C., pág. 503, 9 abr. 35.)

Juicio sobre el socialismo

RAZÓN DE SER DEL SOCIALISMO

Por eso tuvo que nacer, y fue justo su nacimiento (nosotros no recatamos ninguna verdad), el socialismo. Los obreros tuvieron que defenderse contra aquel sistema que sólo les daba promesas de derechos, pero no se cuidaba de proporcionarles una vida justa.

Ahora que el socialismo, que fue una reacción legítima contra aquella esclavitud liberal, vino a descarriarse, porque dio, primero, en la interpretación materialista de la vida y de la Historia; segundo, en un sentido de represalia; tercero, en una proclamación del dogma de la lucha de clases. (O. C., págs. 63-64, 29 oct. 33.)

El socialismo vio esa injusticia y se alzó, con razón, contra ella. Pero al deshumanizarse el socialismo en la mente inhospitalaria de Marx, fue convertido en una feroz, helada doctrina de lucha. Desde entonces no aspira a la justicia social: aspira a sustanciar una vieja deuda de rencor, imponiendo a la tiranía de ayer -la burguesía- una dictadura del proletariado. (O. C., pág. 236, mayo 34.)

La lucha de clases tuvo un móvil justo, y el socialismo tuvo, al principio, una razón justa, y nosotros no tenemos para que negar esto. Lo que pasa es que el socialismo, en vez de seguir su primera ruta de aspiración a la justicia social entre los hombres, se ha convertido en una pura doctrina de escalofriante frialdad y no piensa, ni poco ni mucho, en la liberación de los obreros. Por ahí andan los obreros orgullosos de sí mismos, diciendo que son marxistas. A Carlos Marx le han dedicado ya muchas calles en muchos pueblos de España, pero Carlos Marx era un judío alemán que desde su gabinete observaba con impasibilidad terrible los más dramáticos acontecimientos de su época. Era un judío alemán que, frente a las factorías inglesas de Manchester, y mientras formulaba leyes implacables sobre la acumulación de capital; mientras formulaba leyes implacables sobre la producción y los intereses de los patronos y de los obreros, escribía cartas a su amigo Federico Engels diciéndole que los obreros era una plebe y una canalla, de la que no había que ocuparse sino en cuanto sirviera para la comprobación de sus doctrinas.

El socialismo dejó de ser un movimiento de redención de los hombres y pasó a ser, como os digo, una doctrina implacable, y el socialismo, en vez de querer restablecer una justicia, quiso llegar en la injusticia, como represalia, adonde había llegado la injusticia burguesa en su organización. Pero, además, estableció que la lucha de clases no cesaría nunca y, además, afirmó que la Historia ha de interpretarse materialistamente; es decir, que para explicar la Historia no cuentan sino los fenómenos económicos. (O. C., págs. 192-193, 4 mar. 34.)

Lo cierto es que a los obreros, hasta que formaron sus sindicatos, no se les quitó sus jornales de hambre y hasta que no fueron un peligro no les llamaron las derechas. (O. C., pág. 861, 26 ene. 36.)

Desde el punto de vista social, va a resultar que, sin querer, voy a estar de acuerdo en más de un punto con la crítica que hizo Carlos Marx. Como ahora, en realidad, desde que todos nos hemos lanzado a la política, tenemos que hablar de él constantemente; como hemos tenido todos que declararnos marxistas o antimarxistas, se presenta a Carlos Marx, por algunos - desde luego por ninguno de vosotros-, como una especie de urdidor de sociedades utópicas. Incluso en letras de molde hemos visto aquello de "los sueños utópicos de Carlos Marx". Sabéis de sobra que si alguien ha habido en el mundo poco soñador, éste ha sido Carlos Marx: implacable, lo único que hizo fue colocarse ante la realidad viva de una organización

económica, de la organización económica inglesa de las manufacturas de Mánchester, y deducir que dentro de aquella estructura económica estaban operando unas constantes que acabarían por destruirla. Esto dijo Carlos Marx en un libro formidablemente grueso; tanto que no lo pudo acabar en vida; pero tan grueso como interesante, ésta es la verdad; libro de una dialéctica apretadísima y de un ingenio extraordinario; un libro, como os digo, de pura crítica, en el que, después de profetizar que la sociedad montada sobre este sistema acabaría destruyéndose, no se molestó ni siquiera en decir cuándo iba a destruirse ni en que forma iba a sobrevenir la destrucción. (O. C., pág. 497, 9 abr. 35.)

Una figura, en parte torva y en parte atrayente, la figura de Carlos Marx, vaticinó todo este espectáculo, a que estamos asistiendo, de la crisis del capitalismo. Ahora todos nos hablan por ahí de si son marxistas o si son antimarxistas. Yo os pregunto; con ese rigor de examen de conciencia que estoy comunicando a mis palabras: ¿Qué quiere decir el ser antimarxista? ¿Quiere decir que no apetece el cumplimiento de las previsiones de Marx? Entonces estamos todos de acuerdo. ¿Quiere decir que se equivocó Marx en sus previsiones? Entonces los que se equivocan son los que le achacan ese error.

Las previsiones de Marx se vienen cumpliendo más o menos de prisa, pero implacablemente. Se va a la concentración de capitales; se va a la proletarización de las masas, y se va, como final de todo, a la revolución social, que tendrá un durísimo período de dictadura comunista. Y esta dictadura comunista tiene que horrorizarnos a nosotros, europeos, occidentales, cristianos, porque esta sí que es la terrible negación del hombre; esto sí que 'es la asunción del hombre en una inmensa masa amorfa, donde se pierde la individualidad, donde se diluye la vestidura corpórea de cada alma individual y eterna. Notad bien que por eso somos antimarxistas; que somos antimarxistas porque nos horroriza, como horroriza a todo occidental, a todo cristiano, a todo europeo, patrono o proletario, esto de ser como un animal inferior, en un hormiguero. Y nos horroriza porque sabemos algo de ello por el capitalismo; también el capitalismo es internacional y materialista. Por eso no queremos ni lo uno ni lo otro; por eso queremos evitar -porque creemos en su asertoel cumplimiento de las profecías de Carlos Marx. Pero lo queremos resueltamente; no lo queremos como esos partidos antimarxistas que andan por ahí y creen que el cumplimiento inexorable de unas leyes económicas e históricas se atenúa diciendo a los obreros unas buenas palabras y mandándoles unos abriguitos de punto para sus niños. (O. C., págs. 561-562, 19 mayo 35.)

Lenin anunciaba, como última etapa del régimen que se proponía implantar -lo anunció en un libro que se publicó muy poco antes de triunfar la Revolución rusa-, que al final vendría una sociedad sin Estado y sin clases. Esta última etapa tenía todas las características del anarquismo de Bakunin y de Kropotkin; pero para llegar a esta última etapa había que pasar por otra durísima, marxista, de dictadura del proletariado. Y Lenin, con extraordinario cinismo irónico, decía: "Esta etapa no será libre ni justa. El Estado tiene la misión de oprimir; todos los Estados oprimen; el Estado de la clase trabajadora también sabrá ser opresor; lo que pasa es que oprimirá a la clase recién expropiada, oprimirá a la clase que hasta ahora la oprimía a ella. El Estado no será libre ni justo. Y, además, el paso a la última etapa, a esa etapa venturosa del anarquismo comunista, no sabemos cuando llegará." Esta es la hora en que no ha llegado todavía; probablemente no llegará nunca. Para una sensibilidad europea, para una sensibilidad de burgués o de proletariado europeo, esto es terrible, desesperante. Allí sí que se llega a la disolución en el número, a la opresión bajo un Estado de hierro. Pero el proletariado europeo, desesperado, que no se explica su existencia en Europa, ve aquello de Rusia como un mito, como una posible remota liberación. Observad adonde nos ha conducido la descomposición postrera del liberalismo político y del liberalismo económico: a colocar a masas europeas enormes en esta espantosa disyuntiva: o una nueva guerra, que será el suicidio de Europa, o el comunismo, que será la entrega de Europa a Asia. (O. C., págs. 502-503, 9 abr. 35.)

Si la revolución socialista no fuera otra cosa que la implantación de un nuevo orden en lo económico, no nos asustaríamos. Lo que pasa es que la revolución socialista es algo mucho

más profundo. Es el triunfo de un sentido materialista de la vida y de la historia; es la sustitución violenta de la Religión por la irreligiosidad; la sustitución de la Patria por la clase cerrada y rencorosa; la agrupación de los hombres por clases, y no la agrupación de los hombres de todas las clases dentro de la Patria común a todos ellos; es la sustitución de la libertad individual por la sujeción férrea de un Estado que no sólo regula nuestro trabajo, como un hormiguero, sino que regula también, implacablemente, nuestro descanso. Es todo esto. Es la venida impetuosa de un orden destructor de la civilización occidental y cristiana; es la señal de clausura de una civilización que nosotros, educados en sus valores esenciales nos resistimos a dar por caducada. (O. C., pág. 869, 2 feb. 36.)

Nosotros somos también anticomunistas, pero no porque nos arredre la transformación de un orden económico en que hay tantos desheredados, sino porque el comunismo es la negación del sentido occidental y español de la existencia. (O. C., pág. 837, 11 ene. 36.)

EL SOCIALISMO RUSO

El movimiento ruso no tiene nada que ver con aquella primavera sentimental de los movimientos obreros; el comunismo ruso viene a implantar la dictadura del proletariado, la dictadura que no ejercerá el proletariado, sino los dirigentes comunistas servidos por un fuerte Ejército rojo... (O. C., pág. 708, 17 nov. 35.)

Tal es nuestra nueva tarea ante el comunismo ruso, que es nuestra amenazadora invasión bárbara. En el comunismo hay algo que puede ser recogido: su abnegación, su sentido de solidaridad. Ahora bien: el comunismo ruso, como invasión bárbara que es, es excesivo y prescinde de todo lo que pueda significar un valor histórico y espiritual; es la antipatria, carece de fe en Dios; de aquí nuestro esfuerzo por salvar las verdades absolutas, los valores históricos, para que no perezcan. (O. C., pág. 424, 3 mar. 35)

Pues bien en la revolución rusa, en la invasión de los bárbaros a que estamos asistiendo, van ya ocultos y hasta ahora negados, los gérmenes de un orden futuro y mejor. Tenemos que salvar esos gérmenes, y queremos salvarlos. (O. C., pág. 711, 17 nov. 35.)

Y entonces mirad qué dos perspectivas para Europa: de una parte, la vecindad de una guerra posible; Europa, desesperada, desencajada, nerviosa, acaso se precipite a otra guerra; de otro lado, el atractivo de Rusia, el atractivo de Asia, porque no se os olvide el ingrediente asiático de esto que se llama el comunismo ruso, en el que hay tanto o más influencia marxista germánica, influencia típicamente anarquista, asiática. (O. C., pág. 502, 9 abr. 35)

El socialismo, contrafigura del capitalismo, supo hacer su crítica, pero no ofreció el remedio, porque prescindió artificialmente de toda estimación del hombre como valor espiritual; así, en Rusia, inhumanamente, no se ha pasado aún del capitalismo del Estado, y es cada día menos probable que se llegue al comunismo. (O. C., pág. 398, 21 ene. 35.)

El régimen ruso en España sería un infierno. Pero ya sabéis por Teología que ni siquiera el infierno es el mal absoluto. Del mismo modo, el régimen ruso no es mal absoluto tampoco: es, si me lo permitís, la versión infernal del afán hacia un mundo mejor. (O. C., pág. 709, 17 nov. 35.)

Las pretendidas soluciones

LA SOCIALDEMOCRACIA; EL TOTALITARISMO Y EL CORPORATIVISMO

Una de las pretendidas soluciones es la socialdemocracia. La socialdemocracia conserva, esencialmente, el capitalismo; pero se dedica a echarle arena a los cojinetes. Esto es un puro desatino.

Otra pretendida solución son los Estados totalitarios. Pero los Estados totalitarios no existen. Hay naciones que han encontrado dictadores geniales, que han servido para sustituir al Estado; pero esto es inimitable, y en España, hoy por hoy, tendremos que esperar a que surja ese genio. Ejemplo de lo que se llama Estado totalitario son Alemania e Italia; notad que no sólo son similares, sino que son opuestos radicalmente entre sí; arrancan de puntos opuestos. El de Alemania arranca de la capacidad de fe de un pueblo en su instinto racial. El pueblo alemán está en el paroxismo de sí mismo; Alemania vive una superdemocracia. Roma, en cambio, pasa por la experiencia de poseer un genio de mente clásica, que quiere configurar un pueblo desde arriba. El movimiento alemán es de tipo romántico; su rumbo, el de siempre; de allí partió la Reforma e incluso la Revolución francesa, pues la declaración de los derechos del hombre es copia calcada de las Constituciones norteamericanas, hijas del pensamiento protestante alemán.

Ni la socialdemocracia, ni el intento de montar, sin un genio, un estado totalitario, bastaría para evitar la catástrofe. Hay otros géneros de ungüentos, de los que en España somos pródigos: me refiero a las confederaciones, bloques y alianzas. Todos ellos parten del supuesto de que la unión de varios enanos es capaz de formar un gigante. Frente a este género de remedios hay que tomar precauciones. Y no debemos dejarnos sorprender por su palabrería. Así, hay movimientos de esos, que, como primer puntal de sus programas ostentan la Religión, pero que sólo toman posiciones en lo que significa ventaja material; que a cambio de una moderación en la Reforma Agraria o un pellizco en los haberes del clero, renuncian al crucifijo en las escuelas o la abolición del divorcio.

Otros bloques de esos se declaran, por ejemplo, corporativistas. Ello no es más que una frase; preguntemos, si no, al primero que nos hable sobre esto: ¿Qué entiende usted por corporativismo? ¿Cómo funciona? ¿Qué solución da, por ejemplo, a los problemas internacionales? Hasta ahora, el mejor ensayo se ha hecho en Italia, y allí no es más que una pieza adjunta a una perfecta maquinaria política. Existe, para procurar la armonía entre patronos y obreros, algo así como nuestros Jurados Mixtos, agigantados: una confederación de patronos y otra de obreros, y encima una pieza de enlace. Hoy día, el Estado corporativo ni existe ni se sabe si es bueno. La Ley de Corporaciones en Italia, según ha dicho el propio Mussolini, es un punto de partida, y no de llegada, como pretenden nuestros políticos que sea el corporativismo. (O. C., págs. 424-425, 3 mar. 35.)

¿Y el Estado corporativo? Esta es otra de las cosas. Ahora son todos partidarios del Estado corporativo; les parece que si no son partidarios del Estado corporativo les van a echar en cara que no se han afeitado aquella mañana, por ejemplo.

Esto del Estado corporativo es otro buñuelo de viento. (O. C., pág. 509, 9 abr. 35.)

EL FASCISMO Y LA FALANGE

... lo que hay de universal en el fascismo es esta revitalización de los pueblos todos; esta actitud de excavación enérgica en sus propias entrañas. Con espíritu fascista los italianos han encontrado a Italia. Los españoles, con el mismo espíritu, encontraremos a España. El fascismo es como una inyección que tuviera la virtud de resucitar: la inyección podría ser la misma para todos, pero cada cual resucitaría como fue. (T. I., págs. 141-142. 23 oct. 33.)

... (Italia) ... está realizando uno de los experimentos culminantes, un experimento culminante que nadie puede zafarse de estudiar en serio y al que, de seguro, nadie está libre de alguna objeción que formular. (O. C., pág. 652, 2 oct. 35.)

Nadie puede con razón confundir el movimiento alemán "racista" (y, por tanto, "antiuniversal") con el movimiento mussoliniano que es, como Roma -como la Roma imperial y como la Roma pontificia- universal por esencia; es decir, "católico". (T. 1, pág. 141, 23 oct. 33.)

El pueblo alemán está en el paroxismo de sí mismo; Alemania vive una superdemocracia. Roma, en cambio, pasa por la experiencia de poseer un genio de mente clásica, que quiere configurar un pueblo desde arriba. El movimiento alemán es de tipo romántico; su rumbo, el de siempre; de allí partió la Reforma e incluso la Revolución francesa, pues la declaración de los derechos del hombre es copia calcada de las Constituciones norteamericanas, hijas del pensamiento protestante alemán. (O. C., pág. 424, 3 mar. 35.)

Es preciso examinar con mucho detenimiento los dos ensayos verificados hasta el presente: el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, y señalar las diferencias que existen entre ambos movimientos ideológicos. El movimiento italiano es, ante todo, clásico, tiende a lo clásico. Opera al servicio de un pensamiento, de una estructura mental. Trabaja un cerebro y su resultado se proyecta sobre un pueblo.

El germánico es todo lo contrario. Arranca de una fe romántica, de la capacidad de adivinación de una raza. Por eso es lícito aseverar que el hitlerismo es un movimiento místico, muy consustancial con la psicología alemana. Alemania, además, no es como cree la gente partidaria de las interpretaciones gruesas, el país de la disciplina, aunque así parezca juzgado por los signos exteriores. Alemania es un pueblo muy especial. Cantan a coro muy bien, andan al mismo paso militar, pero todos los movimientos de indisciplina, de rebeldía del mundo, a lo Espartaco, han salido de Alemania. (T. I., pág. 281, 17 feb. 35.)

Con relación a la situación de Alemania, dice que el hitlerismo no es fascismo. Es antifascismo, la contrafigura del fascismo. El hitlerismo es la última consecuencia de la democracia, una expresión turbulenta del romanticismo alemán. En cambio, Mussolini, es el clasicismo, con sus jerarquías, sus escuelas y, por encima de todo, la razón. (U. H., pág. 75, 13 ago. 34.)

El fascismo es una actitud universal de vuelta hacia uno mismo. Nos dicen que imitamos a Italia. Sí, lo hacemos en lo de buscar nuestra íntima razón de ser en las entrañas propias. Pero esa actitud, copiada, si se quiere, aunque sea eterna, da los resultados más auténticos. Italia se ha encontrado a Italia. Nosotros, volviéndonos hacia nosotros, encontraremos a España. (O. C. pág. 165, 16 feb. 34.)

Nos dicen que somos imitadores. Onésimo Redondo ya ha contestado a eso. Nos dicen que somos imitadores porque este movimiento nuestro, este movimiento de vuelta hacia las entrañas genuinas de España, es un movimiento que se ha producido antes en otros sitios. Italia, Alemania, se han vuelto hacia sí mismas en una actitud de desesperación para los mitos con que trataron de esterilizarlas; pero porque Italia y Alemania se hayan vuelto hacia sí mismas ¿diremos que las imita España al buscarse a sí propia? Estos países dieron la vuelta sobre su propia autenticidad, y al hacerlo nosotros también, la autenticidad que encontraremos será la nuestra, no será la de Alemania ni la de Italia, y, por tanto, al reproducir lo dicho por los italianos o los alemanes seremos más españoles que lo hemos sido nunca. (O. C., pág. 194, 4 mar. 34.)

Todos saben que mienten cuando dicen de nosotros que somos una copia del fascismo italiano, que no somos católicos y que no somos españoles; pero los mismos que lo dicen se apresuran a ir organizando con la mano izquierda una especie de simulacro de nuestro movimiento. (O. C., pág. 196, 4 mar. 34)

La noticia de que José Antonio Primo de Rivera, Jefe de Falange Española y de las J. O. N. S., se disponía a acudir a cierto Congreso Internacional Fascista que está celebrándose en Montreux es totalmente falsa. El Jefe de la Falange fue requerido para asistir pero rehusó terminantemente la invitación, por entender que el genuino carácter nacional del Movimiento que acaudilla repugna incluso la apariencia de una dirección internacional.

Por otra parte, la Falange Española de las J. O. N. S. no es un movimiento fascista; tiene con el fascismo algunas coincidencias en puntos esenciales de valor universal; pero va perfilándose cada día con caracteres peculiares y está segura de encontrar precisamente por ese camino sus posibilidades más fecundas. (U. H., págs. 70-71, 13 abr. 34.)

Pero porque resulta que nosotros hemos venido a salir al mundo en ocasión en que en el mundo prevalece el fascismo-y esto le aseguro al señor Prieto que más nos perjudica que nos favorece-; porque resulta que el fascismo tiene una serie de accidentes externos intercambiables, que no queremos para nada asumir; la gente, poco propicia a hacer distinciones delicadas, nos echa encima todos los atributos del fascismo, sin ver que nosotros sólo hemos asumido del fascismo aquellas esencias de valor permanente que también habéis asumido vosotros, los que llaman los hombres del bienio; porque lo que caracteriza al período de vuestro Gobierno es que, en vez de tomar la actitud liberal bobalicona de que al Estado le da todo lo mismo, de que el Estado puede estar con los brazos cruzados en todos los momentos a ver cuál es el que trepa mejor a la cucaña y se lleva el premio contra el Estado mismo; vosotros tenéis un sentido del Estado que imponéis enérgicamente. Ese sentido del Estado, ese sentido de creer que el Estado tiene algo que hacer y algo en qué creer, es lo que tiene de contenido permanente el fascismo, y eso puede muy bien desligarse de todos los alifafes, de todos los accidentes y de todas las galanuras del fascismo, en el cual hay unos que me gustan y otros que no me gustan nada. (O. C., pág. 268, 3 jul. 34.)

También se nos critica y se nos acusa de emplear procedimientos y doctrinas de otros países, tachándonos de imitadores, y se nos tilda de fascistas. A los que tal dicen hemos de contestar que si por fascistas se entienden aquellos hombres que tienen una fe y una creencia en sí mismos y una fe, una creencia en su Patria, como algo superior a la suma de individuos, como una entidad con una propia vida, independiente, y con una empresa universal que cumplir, efectivamente, lo somos. Pero rechazamos tal calificativo si se cree que para ser fascista basta la parte externa, los desfiles, los uniformes, los actos espectaculares más o menos decorativos. (O. C., págs. 290-291, 22 jul. 34.)

¿Qué número de diputados fascistas cree usted que irá a la futura Cámara? Supongo que querrá usted decir nacionalsindicalistas. No puedo contestarle. No existiendo en España la representación proporcional, no es posible predecir nada... (O. C., pág. 802, 25 dic. 35.)

...nuestro Movimiento... jamás se ha llamado fascismo en el más olvidado párrafo del menos importante documento oficial ni en la más humilde hoja de propaganda. (O. C. págs. 913-914, abr. 36.)

Europa en crisis

La idea del destino, justificador de la existencia de una construcción (Estado o sistema), llenó la época más alta que ha gozado Europa: el siglo XI, el siglo de Santo Tomás. Y nació en mentes de frailes. Los frailes se encararon con el poder de los reyes y les negaron ese poder en tanto no estuviera justificado por el cumplimiento de un gran fin: el bien de los súbditos. (O. C., pág. 476, 29 mar. 35.)

Y llega el siglo XIV el siglo de Santo Tomás. En esta época, la idea de de todos es la "unidad,, metafísica, la unidad en Dios; cuando se tienen estas verdades absolutas todo se explica, y el mundo entero, que en este caso es Europa, funciona según la más perfecta economía de los siglos. Las Universidades de París y de Salamanca razonan sobre los mismos temas en el mismo latín. El mundo se ha encontrado a sí mismo. Pronto se realizará el Imperio español, que es la unidad histórica, física, espiritual y teológica. (O. C., págs. 422-423, 3 mar. 35.)

La Europa de Santo Tomás era una Europa explicada por un mismo pensamiento. La Europa de 1914 trae la afirmación de que no quiere ser una. Producto de la guerra europea es la creación de legiones de hombres sin ocupación; después de aquella catástrofe se desmovilizan las fábricas y se convierten en enormes masas de hombres parados; la industria se encuentra desquiciada, aparece la competencia de las fábricas y se levantan las barreras aduaneras. En esta situación, perdida, además, toda fe en los principios eternos, ¿qué se avecina para Europa? Se avecina, sin duda, una nueva invasión de los bárbaros.

Pero hay dos tesis: la catastrófica, que ve la invasión como inevitable y da por perdido y caduco lo bueno, la que sólo confía en que tras la catástrofe empiece a germinar una nueva Edad Media, y la tesis nuestra, que aspira a tender un puente sobre la invasión de los bárbaros: a asumir, sin catástrofe intermedia, cuanto la nueva edad hubiera de tener de fecundo, y a salvar, de la edad en que vivimos, todos los valores espirituales de la civilización. (O. C., págs. 423-424, 3 mar. 35.)

Hacia un nuevo orden político

Tarea de España en el mando

Hace falta una conciencia profunda y resuelta de que empieza un mundo nuevo que hay que edificar a costa de cualquier sacrificio.

José Antonio

LA TAREA DE UN ORDEN NUEVO

Hace falta una conciencia profunda y resuelta de que empieza un mundo nuevo, que hay que edificar a costa de cualquier sacrificio. (T. I., pág. 319, 1 ene. 36.)

Es preciso configurar un orden nuevo, y éste es el destino de España en nuestros días. Tenemos que afanarnos por salvar a la propia existencia del hombre, del reconocimiento de su libertad y dignidad. "La libertad del hombre y la dignidad humana son valores eternos e intangibles." El orden nuevo ha de arrancar de la existencia del hombre como portador de valores eternos. No participamos, pues, del panteísmo estatal. (T. I., pág. 282, 17 feb. 35.)

Los hombres inteligentes de nuestra generación se han dado cuenta, en España como en toda Europa, de que el sistema liberal capitalista del siglo xix está en sus últimos estertores, y se prestan -con la dura vocación para el sacrificio que exigen estas épocas de paro- a alumbrar un orden nuevo. Los marxistas creen que ese orden es necesariamente el suyo; nosotros, conforme en gran parte con la crítica marxista, creemos en la posibilidad de un orden nuevo sobre la primacía de lo espiritual.

Estas dos maneras -profundas, completas, responsables- de entender el mundo se reparten el alma de la juventud. Lo demás es cuquería, cuando no simple estupidez. Es querer hacerse los distraídos ante un mundo que cruje. Tal es el intento de todos los grupos conservadores, se llamen como se llamen y de sus pretendidas juventudes. (O. C., págs. 605-606, 27 jun. 35.)

Nuestra generación convaleciente de una de esas épocas, tiene que rehacer la unidad del mundo; para los que estamos aquí, como una tarea próxima, la unidad de España. (O. C., pág. 397, 21 ene. 35.)

Perdida la armonía del hombre y la Patria, del hombre y su contorno, ya está herido de muerte el sistema. Concluye una edad que fue de plenitud y se anuncia una futura Edad Media, una nueva edad sensacional. Pero entre las edades clásicas y las edades medias ha sabido interponerse, y éste es el signo de Moscú, una catástrofe, una invasión de los bárbaros.

Pero en las invasiones de los bárbaros se han salvado siempre las larvas de aquellos valores permanentes que ya se contenían en la edad clásica anterior. Los bárbaros hundieron el mundo romano, pero he aquí que con su sangre nueva fecundaron otra vez las ideas del mundo clásico. Así, más tarde, la estructura de la Edad Media y del Renacimiento se asentó sobre líneas espirituales que ya fueron iniciadas en el mundo antiguo.

Pues bien: en la revolución rusa, en la invasión de los bárbaros a que estamos asistiendo, van ya, ocultos y hasta ahora negados, los gérmenes de un orden futuro y mejor. Tenemos que salvar esos gérmenes, y queremos salvarlos. Esta es la labor verdadera que corresponde a España y a nuestra generación: pasar de esta última orilla de un orden económico social que se derrumba a la orilla fresca y prometedora del orden que se adivina; pero saltar de una orilla a la otra por un esfuerzo de nuestra voluntad, de nuestro empuje y de nuestra clarividencia; saltar de una orilla a otra sin que nos arrastre la corriente de la invasión de los bárbaros. (O. C., pág. 711, 17 nov. 35.)

Y ved que en todos los tiempos las palabras ordenadoras se pronuncian por una boca nacional. La nación que da la primera con las palabras de los nuevos tiempos es la que se coloca a la cabeza del mundo. He aquí por donde, si queremos, podemos hacer que a la cabeza del mundo se coloque otra vez nuestra España. ¡Y decidme si eso no vale más que ganar unas elecciones, que salvarnos momentáneamente del miedo! (O. C., pág. 876, 2 feb. 36.)

Hubo quienes, pensando en nosotros, creyeron ver en la calle la fuerza de choque de algo que después correría a cargo de las personas sensatas; ahora ya no lo piensan, y por nuestra parte de una manera expresa, nos sentimos, no la vanguardia, sino el ejército entero de un orden nuevo que hay que implantar en España; que hay que implantar en España, digo, y ambiciosamente, porque España es así, añado: de un orden nuevo que España ha de comunicar a Europa y al mundo. (O. C., pág. 421, 3 mar. 35.)

Esto es precisamente lo que debiera ponerse a hacer España en estas horas: asumir este papel de armonizadora del destino del hombre y del destino de la Patria; darse cuenta de que el hombre no puede ser libre, no es libre, al no se le ordena la economía sobre otras bases que aumenten la posibilidad de disfrute de millones y millones de hombres, y no puede ordenarse la economía sin un Estado fuerte y organizador, y no puede haber un Estado fuerte y organizador sino al servicio de una gran unidad de destino, que es la Patria; y entonces ved cómo todo funciona mejor. Ved cómo se acaba esa lucha titánica, trágica, entre el hombre y Estado que se siente opresor del hombre. Cuando se logre eso (y se puede lograr, y esa es la clave de la existencia de Europa, que así fue Europa cuando fue y así tendrá que volver a ser Europa y España) sabremos que en cada uno de nuestros actos, en el más familiar de nuestros actos, en la más humilde de nuestras tareas diarias, estamos sirviendo, al par que nuestro modesto destino individual, el destino de España, y de Europa, y del mundo, el destino total y armonioso de la Creación. (O. C., pág. 511, 9 abr. 35.)

Si se tiene la seria voluntad de impedir que lleguen los resultados previstos en el vaticinio marxista no hay más remedio que demostrar el armatoste cuyo funcionamiento lleva implacablemente a esas consecuencias; desmontar el armatoste capitalista, que conduce a la revolución social, a la dictadura rusa. Desmontarlo, pero ¿para sustituirlo con qué?

Mañana, pasado, dentro de cien años, nos seguirán diciendo los idiotas: queréis desmontarlo para sustituirlo por otro Estado absorbente, anulador de la individualidad. Para sacar esta consecuencia, ¿íbamos nosotros a tomar el trabajo de perseguir los últimos efectos del capitalismo y del marxismo hasta la anulación del hombre? Si hemos llegado hasta ahí y si queremos evitar eso, la construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar por el hombre, por el individuo, como occidentales, como españoles y como cristianos; tenemos que empezar por el hombre y pasar por sus unidades orgánicas y así subiremos del hombre a la familia, y de la familia al Municipio y, por otra parte, al Sindicato, y culminaremos en el Estado, que será la armonía de todo. De tal manera, en esta concepción político-histórico-moral con que nosotros contemplamos el mundo, tenemos implícita la solución económica; desmontaremos el aparato económico de la propiedad capitalista que absorbe todos los beneficios, para sustituirlo por la propiedad individual, por la propiedad familiar, por la propiedad comunal y por la propiedad sindical. (O. C., págs. 562-563, 19 may. 35.)

Nosotros preferimos el derribo al incendio, y estamos seguros de que ese derribo -que al alumbrar las nuevas formas de vida colocará a la cabeza del mundo a la primera nación que lo logre- es en España más fácil que en parte alguna, porque apenas tropieza con un gran capitalismo industrial, que es el más difícil de desarticular rápidamente. (O. C., pág. 848, 19 ene. 36.)

He aquí la tarea de nuestro tiempo: devolver a los hombres los sabores antiguos de la norma y del pan. Hacerles ver que la norma es mejor que el desenfreno; que hasta para desenfrenarse alguna vez hay que estar seguro de que es posible la vuelta a un asidero fijo. Y, por otra parte, en lo económico, volver a poner al hombre los pies en la tierra, ligarle de una manera más profunda a sus cosas: al hogar en que vive y a la obra diaria de sus manos. ¿Se concibe forma más feroz de existencia que la del proletariado, que acaso vive durante cuatro lustros fabricando el mismo tornillo en la misma nave inmensa, sin ver jamás completo el artificio de que aquel tornillo va a formar parte y sin estar ligado a la fábrica más que por la inhumana frialdad de la nómina? (O. C., pág. 646, ago. 35.)

La gran tarea de nuestra generación consiste en desmontar el sistema capitalista, cuyas últimas consecuencias fatales son la acumulación del capital en grandes empresas y la proletarización de las masas. (O. C., pág. 848, 19 ene. 36.)

Esto no es sólo una tarea económica: esto es una alta tarea moral. Hay que devolver a los hombres su contenido económico para que vuelvan a llenarse de sustancia sus unidades morales, su familia, su gremio, su municipio; hay que hacer que la vida humana se haga otra vez apretada y segura, como fue en otros tiempos; y para esta gran tarea económica y moral, para esta gran tarea, en España estamos en las mejores condiciones. España es la que menos ha padecido del rigor capitalista; España -¡bendito sea tu atraso! es la más atrasada en la gran capitalización; España puede salvarse -¡á primera de este caos que amenaza al mundo. (O. C., pág. 876, 2 feb. 36.)

MISIÓN DE LAS JUVENTUDES

Por eso, cuando algunos muchachos que me acompañan, y cuando yo mismo, modestamente, creemos encontrar una posible fuente profunda y constante de españolidad -digo españolidad porque la palabra "españolismo" hasta me molesta-, no nos dejamos arrebatar por una tendencia sensible, por una especie de sueño romántico; lo que hacemos es creer que si una generación se debe entregar a la política, no se puede entregar con el repertorio de media docena de frases con que han caminado por la política otras muchas generaciones, y hasta muchos representantes de ésta. Yo le aseguro al señor Prieto que si, por ejemplo, fuera lo que suponen muchos correligionarios suyos de fuera del Parlamento, si fuera un defensor acérrimo, hasta por la violencia, de un orden social existente, me habría ahorrado la molestia de salir a la calle, porque me ha correspondido la suerte de estar inserto en uno de los mejores puestos de ese orden social; con que yo hubiese confiado en la defensa de ese orden social por numerosos partidos conservadores, los unos republicanos in partibus infidelium (Risas), y por otros partidos conservadores que hay en todas partes; estos partidos conservadores, por mal que les fuese, me asegurarían los veinticinco o treinta años de tranquilidad que necesito para trasladarme al otro mundo disfrutando todas las ventajas de la organización social presente.

Yo le aseguro al señor Prieto que no es eso. Lo que pasa es que todos los que nos hemos asomado al mundo después de catástrofes como la de la Gran Guerra, y como la crisis, y después de acontecimientos como el de la Dictadura y el de la República española, sentimos que hay latente en España y reclama cada día más insistentemente que se la saque a la luz -y eso sostuve aquí la otra noche- una revolución que tiene dos venas: la vena de una justicia social profunda, que no hay más remedio que implantar, y la vena de un sentido tradicional profundo, de un tuétano tradicional español que tal vez no reside donde piensan muchos y que es necesario a toda costa rejuvenecer. (O. C., págs. 266-267, 3 jul. 34.)

Tenía que decir todo esto, para rogaros que entendáis cómo una juventud, que en este momento está desencuadrada de los partidos gobernantes y de los partidos de la oposición, no

lo está porque tenga, como vosotros nos decís algunas veces, el prurito de jugar a los señoritos fascistas. No hay nada más lejos de nuestro propósito. Cuando se llega, como veis, a una posición política, a través de este camino bastante dramático que yo he tenido que seguir, de este camino donde he tenido que ir sufriendo muchas cosas en lo más vivo de mi intimidad, no se sale al mundo exterior, no deja uno su tranquilidad, su vocación, sus medios normales de vida, la posibilidad de cultivar el espíritu, la posibilidad de vivir fuera del ruido, en ese silencio, de donde se sacan las únicas obras fecundas; no se sale de todo eso, digo, para darse el gusto de levantar el brazo por ahí y para fomentar el humor del señor ministro de la Gobernación, que, de cuando en cuando, le pone a uno una multa. No se hace para eso. Se hace porque nuestra generación, que tiene tal vez por delante treinta o cuarenta años de vida, no se resigna a seguir otra vez viviendo en aquella capa chata incluida entre una falta de interés histórico y una falta de justicia social. (O. C., págs. 251-252, 6 jun. 34.)

Si algunas veces me acometió la duda de si los veteranos de la Falange llegarían a dirigir a España, en cambio no dudé nunca de que la regirán los muchachos que han descubierto en la Falange su verdadera actitud ante España. No hay más que vieja política y nueva política. Más fuerte que las actitudes de derecha e izquierda es hoy, en la juventud española, la conciencia de generación. Entre unos y otros pueden los muchachos de hoy enzarzarse a tiros; pero, aunque combatan, todos se sienten unidos en una misma responsabilidad, en un mismo estilo. Los estudiantes de hoy se adiestran en el deporte, estudian -que es lo que parecía más irrealizable- y no se entristecen, no se marchitan en los sórdidos antros de esparcimiento que rodean a la calle de San Bernardo. Pronto se habrán entendido por encima de sus luchas, y harán juntos a nuestra España verdadera. Y entonces nosotros, los que ya podremos considerarnos viejos a la hora del relevo, ya que no del descanso, podremos decirnos con tranquilo orgullo: "Si no vencí reyes moros, engendré quien los venciera." (O. C., pág. 803, 26 die. 35.)

Desbordando sus rótulos, los muchachos de izquierda y derecha, que yo conozco han vibrado juntos siempre que se ha puesto en juego algún ansia profunda y nacional. Yo he visto a los diputados jóvenes de derechas que se sientan cerca de mí, físicamente, en el Parlamento, felicitarme cuando me opuse al monstruoso retroceso de la contrarreforma agraria, y he visto a los jóvenes de izquierdas felicitarme cuando he denunciado en público la inmoralidad y el estrago de cierto partido del régimen. En cuanto llega así un trance de prueba nacional o de prueba moral, nos entendemos todos los jóvenes españoles, a quienes nos resultan estrechos los moldes de la izquierda y de la derecha. En la derecha y en la izquierda tuvieron que alistarse los mejores de quienes componen nuestra juventud, unos por reacción contra la insolencia y otros por asco contra la mediocridad; pero al revolverse contra lo uno y contra lo otro, al alistarse por reacción del espíritu bajo las banderas contrarias, tuvieron que someter el alma a una mutilación, resignarse a ver a España sesgada, de costado, con un ojo, como si fueran tuertos de espíritu. En derechas e izquierdas juveniles arde, oculto, el afán por encontrar en los espacios eternos los trozos ausentes de sus almas partidas, por hallar la visión armoniosa y entera de una España que no se ve del todo si se mira de un lado, que sólo se entiende mirando cara a cara, con el alma y los ojos abiertos. (O. C., págs. 713-714, 17 nov. 35.)

¡Juventudes de España! ¡Juventudes nuestras y juventudes revolucionarias marxistas, de cuyas filas vendrán muchos a nuestra revolución social y nacional! Nosotros nos combatiremos de una manera trágica a veces, pero que en su misma tragedia gana dimensiones de historia. Este Estadito liberal, anémico, decadente, nos combate a unos y otros con las medidas angustiosas, chinchorreras e inútiles que le sugiere su inspiración agonizante. ¡No importa! Esto pasará, y vosotros o nosotros triunfaremos sobre las ruinas de lo que por minutos desaparece. Para bien vuestro y NUESTRO -aunque ahora no lo creáis y aunque a veces hayamos dialogado a tiros-, será nuestra revolución nacional la que prevalezca. ¡Arriba España! (O. C., pág. 606, 27 jun. 35.)

Todas las juventudes conscientes de su responsabilidad se afanan en reajustar el mundo. Se afanan por el camino de la acción y, lo que importa más, por el camino del pensamiento, sin cuya constante vigilancia la acción es pura barbarie. Mal podríamos sustraernos a esa universal preocupación nosotros, los hombres españoles, cuya juventud vino a abrirse en las perplejidades de la trasguerra. (O. C., pág. 646, ago. 35.)

¿A qué aguardan ahora las juventudes a la intemperie? ¿Renunciarán a toda esperanza? ¿Se retraerán a torres de marfil? ¿Aguardarán a confiar de nuevo en voces partidistas que otra vez las seduzcan para desencantarlas? Si esto hiciera nuestra generación, se recordaría como una de las más cobardes y estériles. Su misión es otra, y bien clara: LLEVAR A CABO POR SI MISMA LA EDIFICACION DE LA ESPAÑA ENTERA, ARMONIOSA; POR SI MISMA, POR LA JUVENTUD MISMA QUE LA SIENTE Y ENTIENDE, SIN INTERMEDIARIOS NI ADMINISTRADORES. Esta generación, depurada por el peligro y el desengaño, puede buscar en sus propias reservas espirituales acervos de abnegada austeridad. Cuando se ha aprendido a sufrir, se sabe servir. En el ánimo de servicio está el secreto de nuestro triunfo. Queremos ganar a España para servirla. Arrojos a la intemperie por las tribus acampadas bajo los sombreros de los partidos, queremos levantar el nuevo refugio fuerte, claro y alegre en cuyas estancias se identifiquen servicio y honor. (O. C., pág. 692, 7 nov. 35.)

Bases y fines del nuevo orden

LO ESPIRITUAL

Falange Española no puede considerar la vida como un mero juego de factores económicos. No acepta la interpretación materialista de la Historia. Lo espiritual ha sido y es el resorte decisivo en la vida de los hombres y de los pueblos. (O. C., pág. 92, 7 dic. 33.)

EL HOMBRE, PUNTO DE PARTIDA

Cuando el mundo se desquicia no se puede remediar con parches técnicos; necesita todo un orden nuevo. Y este orden ha de arrancar otra vez del individuo. Oíganlo los que nos acusan de profesar el panteísmo estatal: nosotros consideramos al individuo como unidad fundamental, porque éste es el sentido de España, que siempre ha considerado al hombre como portador de valores eternos. El hombre tiene que ser libre, pero no existe la libertad sino dentro de un orden.

El liberalismo, dijo al hombre que podía hacer lo que quisiera, pero no le aseguró un orden económico que fuese garantía de esa libertad. Es, pues, necesaria una garantía económica organizada; pero, dado el caos económico actual, no puede haber economía organizada sin un Estado fuerte, y sólo puede ser fuerte, sin ser tiránico, el Estado que sirva a una unidad de destino. (O. C., págs. 425-426, 3 mar. 35.)

La única manera de resolver la cuestión social es alterando de arriba abajo la organización de la economía. Esta revolución en la economía no va a consistir -como dicen por ahí que queremos nosotros los que todo lo dicen por que se les pega al oído, sin dedicar cinco minutos a examinarlo- en la absorción del individuo por el Estado, en el panteísmo estatal.

Precisamente la revolución total, la reorganización total de Europa, tiene que empezar por el individuo, porque el que más ha padecido con este desquiciamiento, el que ha llegado a ser una molécula pura, sin personalidad, sin sustancia, sin contenido, sin existencia, es el pobre individuo, que se ha quedado el último para percibir las ventajas de la vida. (O. C., pág. 510, 9 abr. 35.)

LIBERTAD, DIGNIDAD E INTEGRIDAD

Falange Española considera al hombre como conjunto de un cuerpo y un alma; es decir, como capaz de un destino eterno, como portador de valores eternos.

Así, pues, el máximo respeto se tributa a la dignidad del hombre y a su libertad.

Pero esta libertad profunda no autoriza a tirotear los fundamentos de la convivencia pública.

No puede permitirse que todo un pueblo sirva de campo de experimentación a la osadía o a la extravagancia de cualquier sujeto.

Para todos, la libertad verdadera, que sólo se logra por quien forma parte de una nación fuerte y libre.

Para nadie, la libertad de perturbar, de envenenar, de azucar las pasiones, de socavar los cimientos de toda duradera organización política. Estos fundamentos son: LA AUTORIDAD, LA JERARQUIA Y EL ORDEN.

Si la integridad física del individuo es siempre sagrada, no es suficiente para darle una participación en la vida pública nacional.

La condición política del individuo sólo se justifica en cuanto cumple una función dentro de la vida nacional.

Sólo estarán exentos de tal deber los impedidos.

Pero los parásitos, los zánganos, los que aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás, no merecen la menor consideración del Estado nuevo. (O. C., pág. 91-92, 7 dic. 33.)

La dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad son valores eternos e intangibles.

Pero sólo es de veras libre quien forma parte de una nación fuerte y libre. A nadie le será lícito usar su libertad contra la unión, la fortaleza y la libertad de la Patria. Una disciplina rigurosa impedirá todo intento dirigido a envenenar, a desunir a los españoles o a moverlos contra el destino de la Patria. (O. C., pág. 340, nov. 34.)

Frente al desdeñoso "Libertad, ¿para qué?", de Lenin, nosotros comenzamos por afirmar la libertad del individuo, por reconocer al individuo. Nosotros, tachados de defender un panteísmo estatal, empezamos por aceptar la realidad del individuo libre, portador de valores eternos.

Pero sólo se afirma una cosa, cabalmente, cuando corre peligro de perecer. Afirmamos la libertad, porque es susceptible cualquier día de ser suprimida. (O. C., pág. 473, 28 mar. 35.)

Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre. Porque sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le estimamos, portador de valores eternos; cuando se le estima envoltura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de salvarse. Sólo cuando al hombre se le considera así, se puede decir que se respeta de veras su libertad, y más todavía si esa libertad se conjuga, como nosotros pretendemos, 'en un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden. (O. C., págs. 66-67, 29 oct. 33.)

Ya veréis cómo rehacemos la dignidad del hombre para sobre ella rehacer la dignidad de todas las instituciones que, juntas, componen la Patria. (O. C., pág. 569, 19 mayo 35.)

TRABAJO

El trabajo es el mejor título de dignidad civil. Nada puede merecer más la atención del Estado que la dignidad y el bienestar de los trabajadores. (O. C., pág. 90, 7 dic. 33.)

Todos los españoles no impedidos tienen el deber del trabajo. El Estado nacionalsindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplen función alguna y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás. (O. C., pág. 342, nov. 34.)

Queremos que no se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos, sino que se dé a todo hombre, a todo miembro de la comunidad política, por el hecho de serlo, la manera de ganarse con su trabajo una vida humana, justa y digna. (O. C., pág. 67, 29 oct. 33.)

Queremos que todos se sientan miembros de una comunidad seria y completa; es decir, que las funciones a realizar son muchas: unos, con el trabajo manual; otros, con el trabajo del espíritu; algunos, con un magisterio de costumbres y refinamientos. Pero que en una

comunidad tal como la que nosotros apetece, sepase desde ahora, no debe haber convidados ni debe haber zánganos. (O. C. pág. 67, 29 oct. 33.)

¿En España hay cosas para hacer y reconstruir suficientes para dar trabajo y vida a todos los españoles? Sabemos todos que sí, que están casi todas las cosas por hacer; que el 80 por 100 de los españoles viven en casas de malas condiciones; que la única manera de remediarlo es por medio del trabajo. Pero todos los partidos españoles, desde el socialista hasta los monárquicos, adoran al mito oro y sacrifican a este dios judío la suerte de los españoles y de España. Para terminar con el paro es preciso derribar ese ídolo; tened la seguridad, camaradas, que el Estado nacionalsindicalista se apoyará en el trabajo, y a base del mismo crearemos la verdadera riqueza, el utillaje nacional, y que sólo entonces será España un pueblo de trabajadores alegres y entusiastas. (O. C., pág. 601, 24 jun. 35.)

UNA NUEVA CONCEPCIÓN DEL TRABAJO

La organización corporativa, hasta este instante, no es otra cosa, aproximadamente, en líneas generales, que esto: los obreros forman una gran Federación; los patronos forman otra gran Federación (los dadores del trabajo, como se los llama en Italia), y entre estas dos grandes Federaciones monta el Estado como una especie de pieza de enlace. A modo de solución provisional está bien; pero notad igualmente que éste es, agigantado, un recurso muy semejante al de nuestros Jurados Mixtos. Este recurso mantiene hasta ahora intacta la relación del trabajo en los términos en que la configura la economía capitalista; subsiste la posición del que da el trabajo y la posición del que arrienda su trabajo para vivir. En un desenvolvimiento futuro que parece revolucionario y que es muy antiguo, que fue la hechura que tuvieron las viejas corporaciones europeas, se llegará a no enajenar el trabajo como una mercancía, a no conservar esta relación bilateral del trabajo, sino que todos los que intervienen a la tarea, todos los que forman y completan la economía nacional, estarán constituidos en Sindicatos Verticales, que no necesitarán ni de comités paritarios ni de piezas de enlace, porque funcionarán orgánicamente. (O. C., págs. 509-510, 9 abr. 35.)

FAMILIA

La familia es, para nosotros, la célula social indestructible: la primera de las unidades naturales que el sistema liberal capitalista ha desnutrido. Y no admitimos que haya más forma de conservar indisolublemente la familia que el matrimonio. (O. C., pág. 790, 12 die. 35.)

SINDICALISMO NACIONAL

El Movimiento Nacionalsindicalista está seguro de haber encontrado una salida justa: ni capitalista ni comunista. Frente a la economía burguesa individualista se alzó la socialista, que atribuía los beneficios de la producción al Estado, esclavizando al individuo. Ni una ni otra han resuelto la tragedia del productor. Contra ella levantamos la sindicalista, que ni absorbe en el Estado la personalidad individual, ni convierte al trabajador en una pieza deshumanizada del mecanismo de la producción burguesa. Esta solución nacionalsindicalista ha de producir las consecuencias más profundas. Acabará de una vez con los intermediarios políticos y los parásitos. Aliviará a la producción de las cargas con que le abruma el capital financiero. Superará su anarquía, ordenándola. Impedirá la especulación con los productos, asegurando un precio remunerador. Y, sobre todo, asignará la plusvalía, no al capitalista, no al Estado, sino al productor encuadrado en sus sindicatos. Y esta organización económica hará imposible el espectáculo irritante del paro, de las casas infectas y de la miseria. (O. C., págs. 737-738, 21 nov. 35.)

La Falange, contra el criterio capitalista que asigna la plusvalía al capital, propugna el criterio sindicalista: la plusvalía para la comunidad orgánica de productores.

Relación entre capital y trabajo.-Para nosotros el capital no es sino un instrumento de servicio de la producción; no concebimos la estructura de la producción como relación bilateral entre capital y trabajo. El capital, en cuanto instrumento para el logro nacional de la producción, debe pertenecer a los productores mismos -en sus formas individuales o sindicales- o a la integridad económica nacional. (O. C., pág. 789, 12 die. 35.)

En el orden sindical, nosotros aspiramos a que la plusvalía, como dijo Marx, sea para los productores, para los directores y para los obreros. (T. I., pág. 331, 26 ene. 36.)

En lo económico, Falange tiende al sindicalismo total; esto es, a que la plusvalía de la producción quede enteramente en poder del Sindicato orgánico, vertical, de productores, al que su propia fuerza económica procuraría el crédito necesario para producir, sin necesidad de alquilarlo -caro- a la Banca. (U. H., pág. 129, 16 jun. 36.)

Expone que Falange quiere desarticular. el régimen capitalista para que sus beneficios queden en favor de los productores, con objeto de que éstos, además, no tengan que acudir al banquero, sino que ellos mismos, en virtud de la organización nacionalsindicalista, puedan suministrarse gratuitamente los signos de crédito. (O. C., pág. 861, 26 ene. 36.)

Las personas que suponen que el régimen capitalista está en quiebra, en sus últimas manifestaciones, entienden que este régimen capitalista tiene que dar paso a una de estas soluciones: o bien a la solución socialista, o bien a la solución sindicalista. Poco más o menos, los socialistas entregan la plusvalía, es decir, el incremento de valor del trabajo humano a la colectividad organizada en Estado. En cambio, el sistema sindicalista adjudica esta plusvalía a la unidad orgánica del mismo trabajador. Se diferencian los dos del sistema capitalista actual, en que éste la adjudica al empresario, al que contrata el trabajo. Pues bien, como la Falange Española ha creído desde un principio, en que el sistema capitalista está en sus últimas manifestaciones (...) y que, precisamente esta es la crisis de nuestra época, al decidirse por uno de esos dos sistemas optó por el sindicalista, porque cree que conserva en cierto modo el estímulo y da una cierta alegría de trabajo a la unidad orgánica del trabajador. (F. a F., pág. 60, 16 nov. 36.)

Creemos que las plusvalía de la producción debe atribuirse, no al capital, sino al Sindicato nacional productor, y en este sentido pensamos como millares de europeos. (O. C.,, págs. 923-924, 30 abr. 36.)

Los Sindicatos son cofradías profesionales, hermandades de trabajadores pero, a la vez, órganos verticales en la integridad del Estado. Y al cumplir el humilde quehacer cotidiano particular se tiene la seguridad de que se es órgano vivo e imprescindible en el cuerpo de la Patria. Se descarga así el Estado de mil menesteres que ahora innecesariamente desempeña. Sólo se reserva los de su misión ante el mundo, ante la Historia. (O. C., pág. 477, 28 mar., 35.)

La vida de España ha de basarse en los Municipios y en los Sindicatos, pues el Corporativismo es una solución tímida y nada revolucionaria. (T. I., pág. 282, 17 feb. 35.)

Los Sindicatos no son órganos de representación, sino de actuación, de participación, de ejercicio. En ellos se logra armonizar al hombre con la Patria a través de la función, que es lo más auténtico y profundo. (O. C., pág., 521, 11 abr. 35.)

Y el Estado español puede ceñirse al cumplimiento de las funciones esenciales del Poder, descargando, no ya el arbitraje, sino la regulación completa, en muchos aspectos económicos a entidades de gran abolengo tradicional: a los Sindicatos, que no serán ya arquitecturas parasitarias, según el actual planteamiento de la relación de trabajo, sino integridades verticales de cuantos cooperan a realizar cada rama de producción.

(O. C., pág. 426, 3 mar. 35.)

...una comunidad bien regida no puede considerar a los obreros como una clase con la cual se regatea desde el Poder, sino como una de las unidades integrantes del común destino de la Patria. Antes que nada, de una vez, hay que proporcionar a todos cuantos conviven en un pueblo un mínimo humano y digno de existencia. Y esto no por limar las uña! al peligro revolucionario, sino porque es profundamente justo. (T. I., pág. 197, 22 feb. 34.)

Orientaremos el ímpetu de las clases laboriosas, hoy descarriadas por el marxismo, en el sentido de exigir su participación directa en la gran tarea del Estado nacional. (O. C., pág. 341, nov. 34.)

Concebimos a España en lo económico, como un gigantesco Sindicato de productores. Organizaremos corporativamente a la sociedad española mediante un sistema de Sindicatos verticales por ramas de la producción, al servicio de la integridad económica nacional. (O. C., pág. 341, nov. 34.)

El que con la economía capitalista, tal como está montada, nos dediquemos a disminuir las horas de trabajo, a aumentar los salarios, a recargar los seguros sociales, vale tanto como querer conservar una máquina y distraerse echándole arena en los cojinetes. Así se arruinarán las industrias y así quedarán sin pan los obreros.

En cambio, con lo que queremos nosotros, que es mucho más profundo, en que el obrero va a participar mucho más, en que el Sindicato obrero va a tener una participación directa en las funciones del Estado, no vamos a hacer avances sociales uno a uno, como quien entrega concesiones en un regateo, sino que estructuraremos la economía de arriba abajo de otra manera distinta, sobre otras bases, y entonces sucederá, señor Gil Robles, que se logrará un orden social mucho más justo. (O. C., pág. 335, 6 nov. 34.)

CAPITAL; TRABAJO, PROPIEDAD

¿Qué es esto de armonizar el capital y el trabajo? El trabajo es una función humana, como es un atributo humano la propiedad. Pero la propiedad no es el capital: el capital es un instrumento económico, y como instrumento, debe ponerse al servicio de la totalidad económica, no del bienestar personal de nadie. Los embalses de capital han de ser como los embalses de agua; no se hicieron para que unos cuantos organicen regatas en la superficie, sino para regularizar el curso de los ríos y mover las turbinas en los saltos de agua. (O. C., pág. 427, 3 mar. 35.)

Otra de las frases: hay que armonizar el capital con el trabajo. Cuando dicen esto, creen que han adoptado una actitud inteligentísima, humanísima, ante el problema social. Armonizar el capital con el trabajo..., que es como si yo dijera: "Me voy a armonizar con esta silla". El capital -y antes he empleado bastante tiempo en distinguir el capital de la propiedad privada- es un instrumento económico que tiene que servir a la economía total y que no puede ser, por tanto, el instrumento de ventajas y de privilegio de unos pocos que tuvieran la suerte de llegar antes. De manera que cuando decimos que hay que armonizar el capital con el trabajo no decimos -no dicen, porque yo nunca digo esas cosas- que hay que armonizar a vosotros con

vuestros obreros (¿es que vosotros no trabajáis también?; ¿es que vosotros no sois empresarios?; ¿es que no corréis los riesgos?; todo esto forma parte del bando del trabajo). No; cuando se habla de armonizar el capital con el trabajo lo que se intenta es seguir nutriendo una insignificante minoría de privilegiados con el esfuerzo de todos, con el esfuerzo de obreros y patronos... ¡Vaya una manera de arreglar la cuestión social y de entender la justicia económica! (O. C., pág. 509, 9 abr. 35.)

El capitalismo -ya lo sabéis- no es la propiedad; antes bien, es el destructor de la propiedad humana viva, directa; los grandes instrumentos de dominación económica han ido sorbiendo su contenido a la propiedad familiar, a la pequeña industria, a la pequeña agricultura... El proceso de hipertrofia capitalista no acaba más que de dos maneras: o interrumpiéndolo por la decisión heroica incluso de algunos que participan en sus ventajas, o aguardando la catástrofe revolucionaria que, al incendiar el edificio capitalista, pegue fuego, de paso, a inmensos acervos de cultura y de espiritualidad. (O. C., pág. 848, 19 ene. 36.)

El Estado reconocerá la propiedad privada como medio lícito para el cumplimiento de los fines individuales, familiares y sociales, y la protegerá contra los abusos del gran capital financiero, de los especuladores y de los prestamistas. (O. C. pág. 341, nov. 34.)

CRISIS DE UN CONCEPTO DE LA PROPIEDAD

Para implantar todas estas cosas hay que vencer, desde luego, incontables resistencias. Se opondrán todos los egoísmos; pero nuestra consigna tiene siempre que ser ésta: no se trata de salvar lo material; la propiedad, tal como la concebimos hasta ahora, toca a su fin; van a acabar con ella, por las buenas o por las malas, unas masas que, en gran parte, tienen razón y que además tienen fuerza. No hay quien salve lo material; lo importante es que la catástrofe de lo material no arruine también valores esenciales de espíritu. Y esto es lo que queremos salvar nosotros, cueste lo que cueste, aun a trueque del sacrificio de todas las ventajas económicas. Bien valen éstas la gloria de que España, la nuestra, detenga la definitiva invasión de los bárbaros. (O. C., pág. 427, 3 mar. 35.)

FUNCIÓN DE LA RIQUEZA.

La riqueza tiene como primer destino mejorar las condiciones de vida de los más; no sacrificar a los más para lujo y regalo de los menos. (O. C., pág. 90, 7 dic. 33.)

La riqueza tiene como primer destino -y así lo afirmará nuestro Estado- mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo. No es tolerable que masas enormes vivan miserablemente mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos. (O. C., pág. 341, nov. 34.)

Teoría de la revolución

LA REVOLUCIÓN, TAREA DE UNA MINORÍA

La masa de un pueblo que necesita una revolución no puede hacer la revolución.

La revolución es necesaria, no precisamente cuando el pueblo está corrompido, sino cuando sus instituciones, sus ideas, sus gustos, han llegado a la esterilidad o están próximos a alcanzarla. En esos momentos se produce la degeneración histórica. No la muerte por catástrofe, sino el encharcamiento en una existencia sin gracia ni esperanza. Todas las actitudes colectivas nacen enclenques, como productos de parejas reproductivas casi agotadas. La vida de la comunidad se achata, se entorpece, se hunde en mal gusto y mediocridad. Aquello no tiene remedio sino mediante un corte y un nuevo principio. Los surcos necesitan simiente nueva, simiente histórica, porque la antigua ya ha apurado su fecundidad.

Pero ¿quién ha de ser el sembrador? ¿Quién ha de elegir la nueva semilla y el instante para largarla a la tierra? Esto es lo difícil. Y aquí nos encontramos cara a cara con todas las predicaciones demagógicas de izquierda o de derecha, con todas las posturas de repugnante adulación a la masa que adoptan cuantos quieren pedir votos o aplausos. Estos se encaran con la muchedumbre y le dicen: "Pueblo, tú eres magnífico; atesoras las mejores virtudes, tus mujeres son las más bellas y puras del mundo; tus hombres los más inteligentes y valerosos; tus costumbres, las más venerables; tu arte, el más rico; sólo has tenido una desgracia: la de ser mal gobernado. Sacude a tus gobernantes, líbrate de sus ataduras y serás venturoso." Es decir, poco más o menos: "Pueblo, hazte feliz a ti mismo por medio de la rebelión."

Y el decir esto revela o una repugnante insinceridad, que usa las palabras como cebo para cazar a las masas en provecho propio, o una completa estupidez, acaso más dañosa que el fraude. A nadie que medite unos minutos puede ocultársele esta verdad: al final de un período histórico estéril, cuando un pueblo, por culpa suya o por culpa ajena, ha dejado enmohecer todos los grandes resortes, ¿cómo va a llevar a cabo por sí mismo la inmensa tarea de regenerarse? Una revolución -si ha de ser fecunda y no ha de dispersarse en alborotos efímeros- exige la conciencia clara de una norma nueva y una voluntad resuelta para aplicarla. Pero esta capacidad para percibir y aplicar la norma es, cabalmente, la perfección. Un pueblo hundido es incapaz de percibir y aplicar la norma; en eso mismo consiste su desastre. Tener a punto los resortes precisos para llevar a cabo una revolución fecunda es señal inequívoca de que la revolución no es necesaria. Y, al contrario, necesitar la revolución es carecer de la claridad y del ímpetu necesarios para armarla y realizarla. En una palabra: los pueblos no pueden salvarse en masa a sí mismos, porque el hecho de ser apto para realizar la salvación es prueba de que está a salvo. Pascal imaginaba que Cristo le decía: "No me buscarías si no me hubieras encontrado ya." Lo mismo podría decir a los pueblos el genio de las revoluciones.

Entre los jefes revolucionarios que han desfilado por la historia del mundo se han dado con bastante reiteración estos dos tipos: el cabecilla que reclutó una masa para encaramarse sobre ella en busca de notoriedad, de mando o de riqueza, y el supersticioso del pueblo, creyente en la virtualidad innata del pueblo --considerado inorgánicamente como masa- para hallar su propio camino. El cabecilla suele ser menos recomendable desde el punto de vista de la moral privada; suele ser un sujeto de pocos escrúpulos que expolia y tiraniza a la comunidad que lo soporta; pero tiene la ventaja de que se le puede suprimir de un tiro; con su muerte acaba la vejación. En cambio, el otro deja rastro y es, desde el punto de vista de su misión histórica, más traidor que el cabecilla.

Sí, más traidor, usando la palabra "traidor" sin ninguna intención melodramática, sino como denominación simple de aquel que deserta de su puesto en un momento decisivo. Esto es lo que acostumbra hacer el supersticioso del pueblo cuando le coloca el azar en el puente de mando de una revolución triunfante. Al estar allí, al trepar allí por un esfuerzo voluntario y después de haber encendido la fe de quienes le siguieron, ha asumido tácitamente el deber de mandarlos, de guiarlos, de enseñarles el rumbo. Si no sentía rebullirle en el alma como la llamada de un puerto lejano, no debió aspirar a la Jefatura. Ser jefe, triunfar y decir al día

siguiente a la masa: "Sé tú la que mandes; aquí estoy para obedecerte", es evadir de un modo cobarde la gloriosa pesadumbre del mando. El jefe no debe obedecer al pueblo; debe servirle, que es cosa distinta; servirle es ordenar el ejercicio del mando hacia el bien del pueblo, procurando el bien del pueblo regido, aunque el pueblo mismo desconozca cuál es su bien, es decir, sentirse acorde con el destino histórico popular, aunque se disienta de lo que la masa apetece.

Con tanta más razón en las ocasiones revolucionarias, cuanto que, como ya se ha dicho, el pueblo necesita la revolución cuando ha perdido su actitud para apetecer el bien; cuando tiene, como si dijéramos, el apetito estragado. de esto es precisamente de lo que hay que curarle. Ahí está lo magnífico. Y lo difícil. Pero eso, los jefes flacos rehuyen la tarea y pretenden, para encubrir su debilidad, sustituir el servicio del pueblo, la busca de una difícil armonía entre la realidad del pueblo y su verdadero destino, por la obediencia del pueblo, que es una forma, como otra cualquiera, de lisonja; es decir, de corrupción.

España ha reconocido algo de esto bien recientemente: en 1931. Pocas veces, como entonces, se ha colocado la masa en actitud más fácil y humilde. Alegrementemente alzó a los que estimaba como sus mejores y se aprestó a seguirlos.

Así, sin esfuerzo, se hallaron en ocasión de mandar los que llevaban muchos años ejerciendo la tarea medicinal de la crítica. Ya se entiende que no me refiero a los demagogos, sino a aquel grupo pequeño y escogido que, a través de un riguroso proceso interior -al principio, revulsión desesperada; al final, clarividencia ardiente-, había llegado a expresar el anhelo de una España más clara, más limpia, más ágil, libre de no poca cochambre tradicional y de mucha mediocridad tediosa. Los que integraban este grupo tenían el deber de estrenar los nuevos resortes históricos, de plantar los pies frescos llamados a reemplazar a los viejos troncos agotados. Y éstos estaban llamados a hacerlo contra toda las resistencias; contra las de sus ocasionales compañeros de revolución y contra los de la masa misma. Los guías de un movimiento revolucionario tienen la obligación de soportar incluso la acusación de traición. La masa cree siempre que se la traiciona. Nada más útil que tratar de halagarla para eludir la acusación. Quizá los directores espirituales del 31 no la halagaran; pero tampoco tuvieron ánimo para resistirla y disciplinarla. Con gesto desdeñoso se replegaron otra vez en sí mismos y dejaron el campo libre a la zafiedad de los demagogos y a la audacia de los cabecillas. Así se malogró --como tantas veces- una ocasión de España.

La próxima no se malogrará. Ya hemos aprendido que la masa no puede salvarse a sí propia. Y que los conductores no tienen disculpa si desertan. La revolución es la tarea de una resuelta minoría, inasequible al desaliento. De una minoría cuyos primeros pasos no entenderá la masa porque la luz interior fue lo más caro que perdió la víctima de un período de decadencia. Pero que, al cabo, sustituirá la árida confusión de nuestra vida colectiva por la alegría y la claridad del orden nuevo. (O. C., págs. 661-664, 11 oct. 35.)

LA REVOLUCIÓN AL SERVICIO DE LO NACIONAL Y LO SOCIAL

Hemos preferido salirnos de ese camino cómodo e irnos, como nos ha dicho nuestro camarada Ledesma, por el camino de la revolución, por el camino de otra revolución, y por el camino de la verdadera revolución. Porque todas las revoluciones han sido incompletas hasta ahora, en cuanto ninguna sirvió, juntas, a la idea nacional de la Patria y a la idea de la justicia social, y resueltamente, categóricamente, sobre esos dos principios incommovibles queremos hacer nuestra revolución. (O. C., pág. 194, 4 mar. 34.)

Queremos recobrar, inseparables, una unidad nacional de destino y una justicia social profunda. Y como para lograrlo tropezamos con resistencias, somos resueltamente revolucionarios para destruirlas. (O. C., pág. 398, 21 ene. 35.)

REVOLUCIÓN Y TRADICIÓN

Nuestra España se hallaba, por una parte, como a salvo de la crisis universal; por otra parte, como acongojada por una crisis propia, como ausente de sí misma por razones típicas de desarraigo que no eran las comunes al mundo. En la coyuntura, unos esperaban hallar el remedio echándolo todo a rodar. (Esto de querer echarlo todo a rodar, salga lo que salga, es una actitud característica de las épocas fatigadas, degeneradas; echarlo todo a rodar es más fácil que recoger los cabos sueltos, anudarlos, separar lo aprovechable de lo caduco... ¿No será la pereza la musa de muchas revoluciones?) Otros, con un candor risible, aconsejaban a guisa de remedio, la vuelta pura y simple a las antiguas tradiciones, como si la tradición fuera un estado y no un proceso, y como si a los pueblos les fuera más fácil que a los hombres el milagro de andar hacia atrás y volver a la infancia.

Entre una y otra de esas actitudes, se nos ocurrió a algunos pensar si no sería posible lograr una síntesis de las dos cosas: de la revolución -no como pretexto para echarlo todo a rodar, sino como ocasión quirúrgica para volver a trazar todo con un pulso firme al servicio de una norma- y de la tradición -no como remedio, sino como sustancia; no con ánimo de copia de lo que hicieron los grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias-. Fruto de esta inquietud de unos cuantos nació la Falange. Dudo que ningún movimiento político haya venido al mundo con un proceso interno de más austeridad, con una elaboración más severa y con más auténtico sacrificio por parte de sus fundadores, para los cuales -¿quién va a saberlo como yo?- pocas cosas resultan más amargas que tener que gritar en público y sufrir el rubor de las exhibiciones. (O. C., pág. 647, ago. 35.)

LA REVOLUCIÓN Y LA ARQUITECTURA POLÍTICA NUEVA

Sé que algunos amigos están bastante asustados con esto de que cada vez use más la palabra "revolución" en mis manifestaciones políticas. No será inútil aprovechar las vacaciones que a toda propaganda escrita y oral impone el encantador estado de alarma para explicar lo que quiero decir cuando digo "revolución".

Yo calculo que a nadie se le pasará por la cabeza el supuesto de que la "revolución" apetecida por mí es la "revuelta", el motín desordenado y callejero, la satisfacción de ese impulso a echar los pies por alto que sienten, a veces, tanto los pueblos como los individuos. Nada más lejos de mis inclinaciones estéticas. Pero más aún de mi sentido de la política. La política es una gran tarea de edificación, y no es la mejor manera de edificar la que consiste en revolver los materiales y lanzarlos al aire después, para que caigan como el azar disponga. El que echa de menos una revolución suele tener prefigurada en su espíritu una arquitectura política nueva, y precisamente para implantarla necesita ser dueño en cada instante, sin la menor concesión a la histeria o a la embriaguez, de todos los instrumentos de edificar. Es decir: que la revolución bien hecha, la que de veras subvierte duramente las cosas, tiene como característica formal "el orden".

Ahora que el orden por sí mismo no es bastante para entusiasmar a una generación. Nuestra generación quiere un orden nuevo. No está conforme con el orden establecido. Por eso es revolucionaria.

España lleva varios años buscando su revolución, porque, instintivamente, se siente emparedada entre dos losas agobiantes: por arriba, el pesimismo histórico; por abajo, la injusticia social. Por arriba la vida de España se ha limitado de manera cruel: hace diez España parecía miserablemente resignada a la dimisión como potencia histórica; ya no había empresa que tentara la ambición de los españoles, ni casi orgullo que se revolviere cuando unos cuantos moros nos apaleaban. Por abajo, la vida de España sangra con la injusticia de que millones de nuestros hermanos viven en condiciones más miserables que los animales domésticos.

Nuestra generación no puede darse por contenta si no ve rotas esas dos losas; es decir, si no recobra España una empresa histórica, una posibilidad por lo menos, de realizar empresas históricas; y, por otra parte, si no consigue establecer la economía social sobre bases nuevas, que hagan tolerable la convivencia humana entre todos nosotros.

España creyó que había llegado su revolución el 13 de septiembre de 1923, y por eso estuvo al lado del General Primo de Rivera. Por inasistencias y equívocos se malogró la

revolución entonces, aunque ya fue mucho el interrumpir el pesimismo histórico con una victoria militar y el quebrantar la injusticia social con no pocos avances. Otra vez pareció que llegaba la revolución en 1931, el 14 de abril. Y otra vez está a pique de verse defraudada: primero, por dos años de política de secta; ahora, por una política que no da muestras de querer una auténtica transformación social.

Y esa revolución, largamente querida y aún no lograda, ¿podrá "escamotearse", podrá eludirse, como al parecer, se propone Acción Popular y los radicales conversos? Eso es absurdo; la revolución existe ya, y no hay más remedio que contar con ella. Vivimos en estado revolucionario. Y este ímpetu revolucionario no tiene más que dos salidas: o rompe, envenenado, rencoroso, por donde menos se espere, y se lo lleva todo por delante, o se encauza en el sentido de un interés total, nacional, peligroso, como todo lo grande, pero lleno de promesas fecundas.

Así han hecho otros pueblos sus "revoluciones", no sus reacciones, sino sus "revoluciones", que han transformado muchas cosas, y se han llevado por delante lo que debían llevar. Esa es también la revolución que yo quiero para España. Mis amigos, que ahora se asustan de un vocablo, prefieren, sin duda, confiar en la política boba de "hacerse los distraídos" ante la revolución pendiente, como si no pasara nada, o la de querer ahogarla con unos miles de guardias más. Pero ya me darán la razón cuando unos y otros nos encontremos en el otro mundo, adonde entraremos, después de ejecutados en masa, al resplandor de los incendios, si nos empeñamos en sostener un orden injusto forrado de carteles electorales. (O. C., págs. 229-231, 28 abr. 34.)

EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO

La España de los trágicos destinos, la que por vocación de águila imperial, no sirve para cotorra amaestrada de Parlamento. Esa que ruge imprecaciones en las paredes de los pueblos andaluces y se revuelve hace más de un siglo en una desesperada frustración de empresa. La España de las hambres y de las sequías. La que, de cuando en cuando, aligera en un relámpago de local ferocidad embalses seculares de cólera.

Esa España mal entendida desencadenó una revolución. Una revolución es siempre, en principio, una cosa anticlásica. Toda revolución rompe al paso, por justa que sea, muchas unidades armónicas. Pero una revolución puesta en marcha tiene sólo dos salidas: o lo anega todo o se la encauza. Lo que no se puede hacer es eludirla; hacer como si se la ignorase.

Esto es lo grave del momento presente: los partidos triunfantes, engolletados de actas de escrutinio, creen que ya no hay que pensar en la revolución. La dan por acabada. Y se disponen a arreglar la vida chiquita del Parlamento y de sus frutos, muy cuidadosos de no manejar sino cosas pequeñas. Ahora empiezan los toma y daca de auxilios y participaciones. Se formarán Gobiernos y se escribirán leyes en papel. Pero España está fuera.

Nosotros lo sabemos y vamos a buscarla. Bien haya la tregua impuesta a los descuartizadores. Pero desgraciados los que no se lleguen al torrente bronco de la revolución - hoy más o menos escondido- y encaucen, para bien, todo el ímpetu suyo. Nosotros iremos a esos campos y a esos pueblos de España para convertir en impulso su desesperación. Para incorporarlos a una empresa de todos. Para trocar en ímpetu lo que es hoy justa ferocidad de alimañas recluidas en aduares sin una sola de-las gracias ni de las delicias de una vida de hombres. Nuestra España se encuentra por los riscos y los vericuetos. Allí la encontraremos nosotros, mientras en el Palacio de las Cortes enjaulan unos cuantos grupos su victoria sin alas. (O. C., págs. 96-97, 7 die. 33.)

Y por eso nosotros, contra todas las injurias, contra todas las deformaciones, lo que hacemos es recoger de en medio de la calle, de entre aquellos que lo tuvieron y abandonaron, y aquellos que no lo quieren recoger, el sentido, el espíritu revolucionario español, que más tarde o más pronto, por las buenas o por las malas, nos devolverá la comunidad de nuestro destino histórico y la justicia social profunda, que nos está haciendo falta. Por eso nuestro régimen, que tendrá de común con todos los regímenes revolucionarios el venir así del

descontento, de la protesta, del amor amargo por la Patria será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin faramallas de decadencia, sino empalmado con la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera tradición española; y será social en lo profundo, sin demagogias, porque no harán falta, pero implacablemente anticapitalista, implacablemente anticomunista. (O. C., pág. 569, 19 mayo 35.)

EL CONSERVADURISMO CONTRARREVOLUCIONARIO

Todas las fracciones políticas de derecha ponen un especial empeño en destacar su carácter contrarrevolucionario. Se ha establecido un pugilato rabioso para probar cuál es más contrarrevolucionario. Las diferencias que los mantienen desunidos no llevan camino de desaparecer, a pesar de esta fundamental coincidencia. Y es lógico que así ocurra, porque de realizarse la unión, alianza o bloque en torno de este concepto, no podrían limitarse a enlazar las fuerzas ordinariamente consideradas como de derechas, porque, si el propósito era constituir un frente único con todas las fuerzas contrarrevolucionarias, habría que unir a todos los sectores contrarrevolucionarios.

¿Y es que sólo son contrarrevolucionarios los de derechas? Los partidos de "orden, Acción Popular, Agrarios, Renovación Española, Bloque, Tradición"ta, son contrarrevolucionarios, porque son de "orden". Es decir, porque su fundamental aspiración es conservar el orden. Y no un orden abstracto, sino el orden actual. Y las izquierdas, hasta Azaña, ¿quieren subvertir el orden actual? ¿Quieren establecer un orden nuevo, por ejemplo en lo económico. sobre las astillas del régimen burgués? De ninguna manera. Ellos son esencialmente burgueses, partidarios de mantener el orden capitalista. Si las derechas son contrarrevolucionarias porque quieren este orden, y las izquierdas también defienden a capa y espada este orden de cosas, ¿por qué no se hacen las cosas en serio y se va a constituir un bloque contrarrevolucionario que comprendiese desde la Acción Popular pasando por Renovación Española, hasta Azaña? Esto sería lo lógico, sería la unión de todas las fuerzas de la contrarrevolución.

Claro que por debajo de esta fraseología aparatosa hay unas razones más modestas: hay la necesidad de seguir la pugna de partidos; hay necesidad de cultivar la clientela electoral; hay la intención de tranquilizar en sus importantes digestiones a los beneficiarios de la actual situación, caciques de la ciudad y del campo; usureros, banqueros, capitanes de industria. Hay que velar porque no se altere su vida. Se clasifica todo lo divino y lo humano y se pinta la situación como paisaje de novelas blancas. Se dice que la época de las revoluciones ha pasado; que la fuerza antinacional del marxismo ha sido vencida, etc. Se coge por los pelos cualquier incidencia internacional, se la retuerce y se sacan conclusiones disparatadas.

Los políticos contrarrevolucionarios son tan ingenuos que creen así escamotear las realidades. Es una pretensión estúpida. Porque, nos guste o no, la época es revolucionaria. La situación de España, agudamente revolucionaria. No es cuestión de voluntad. Como tampoco es cuestión de voluntad el que haga buen o mal tiempo.

Hace falta estar ciego para no ver cómo está crujiendo toda la estructura política y económica del mundo capitalista y cómo cada día se perfilan mejor las dos únicas soluciones, y soluciones revolucionarias: la dictadura del proletariado o el Estado Nacional, que ejecute la justicia social y dé una tarea colectiva al pueblo. No hay otra salida, guste o no. Los parches, los remiendos, las monsergas contrarrevolucionarias, no conducen sino a confesar la revolución antinacional. (O. C., págs. 467-468, 28 mar. 35.)

LA REVOLUCIÓN Y SU CÉSAR

Se necesita la revolución cuando al final de un proceso de decadencia el pueblo ha perdido ya, o está a punto de perder, toda forma histórica. Pero una de las cosas en que esto se descubre es la incapacidad a que la masa ha llegado -más que por culpa suya por culpa de sus clases directoras- para percibir cuál es la forma verdadera y apetecible. Los momentos prerrevolucionarios suelen ser desesperados y turbios; la masa incluso siente la atracción del suicidio, alternada con tentaciones de complacencia satánica en el propio hundimiento. ¿No es característica de los períodos prerrevolucionarios la exhibición morbosa de todas las llagas

colectivas por el mismo pueblo que las padece? En tal estado moral no puede la masa adivinar su forma futura, ni amarla por adelantado. La desesperación de la multitud puede, todo lo más, derribar lo existente y abrir el paso del estado prerrevolucionario al revolucionario. Es decir, deparar una ocasión. Si en tal ocasión no surge el hombre, la revolución está perdida. Tratará de seguir su curso la propia masa, u hombres indiferenciados de ella, y todo acabará en desastre, propicio a las fuerzas reaccionarias. He aquí por donde la única manera de que la revolución se salve consiste en que encuentre lo que las masas no tardarán en llamar un traidor. Las masas, en su ingenua insolvencia, siempre consideran tibio lo que hacen sus jefes: siempre se consideran traicionadas. Es vano querer evitar esta reprobación de las masas cediendo más y más a sus gritos. Sólo los hombres de una especie se salvaron del castigo impuesto por las masas a los que creyeron traidores: aquellos que, sin preocuparse de ser fieles al perifollo de la revolución, supieron adivinar su sentido profundo y desenlazarla por caminos no sospechados por la masa. Paradójicamente estos traidores a las masas son los únicos leales y eficaces servidores del destino del pueblo. Los charlatanes sanguinarios de la Convención estaban llamados a ser barridos por las fuerzas reaccionarias; Napoleón, cesáreo, consolidó por las armas y el poder personal la estructura de la Francia moderna.

Ninguna revolución produce resultados estables si no alumbró su César. Sólo él es capaz de adivinar el curso histórico soterrado bajo el clamor efímero de las masas. La masa tal vez no lo entienda ni lo agradezca; pero sólo él la sirve. (O. C., págs. 669-670, 31 oct. 45.)

Más diré: no sabe lo que es misión ilustre y dura de gobernar quien no aspire a otra cosa que a seguir los estímulos de los gobernados. Cabalmente, cuando la misión del gobernador se acrisola hasta alcanzar calidades supremas, es cuando se ve en el trance de contrariar a su pueblo, porque a menudo el pueblo desconoce su propia meta, y entonces es cuando más necesita ojos clarividentes y manos firmes que lo conduzcan.

Aún el deber de contrariar a veces al pueblo es más apremiante para quienes han asumido por vía revolucionaria la tarea de gobernar. El revolucionario (y un golpe de Estado es un hecho revolucionario siempre) ha acudido a la fuerza precisamente en contradicción con el sistema que a su llegada regía; cuando ha tenido que romperlo por fuerza y no ha podido ganarlo por sus propios caminos normales, es porque el sistema se hallaba bien arraigado y asistido. Y entonces el gobernante, que se encuentra a un pueblo muy penetrado por los defectos de aquel sistema que hubo de extirpar, malogrará su misión si no afana en arrancar del pueblo, aun contra el pueblo mismo, todas las corruptoras supervivencias; si no se esfuerza en conducir al pueblo hacia la nueva vida que acaso el pueblo mismo, enfermo de la pasada postración, no puede adivinar ni querer. Poco valdrá para la historia quien, a trueque de una efímera popularidad o de las vanidades del empleo, renuncie a sacrificarse en obra tan alta. (O. C., págs. 2425, 26 nov. 32.)

LA REVOLUCIÓN Y LA DEMOCRACIA

En esto de las dictaduras como oposición de todo régimen democrático, tengo que hacer constar una cosa, señor Fiscal. Cuando se produce un movimiento, lo mismo de derechas que de extremas izquierdas, que conviene para implantar un régimen revolucionario, por avanzado que sea, hay que pasar por un período dictatorial, por la sencilla razón de que a un pueblo como el español, al que se ha tenido sumido en la miseria, no se le puede hacer la burla de soltarle y decirle: "Arréglate con tus propias disponibilidades." Eso es burlarse. Muchos de los partidos representados, dignamente, en este Tribunal, creen que hay que pasar por un período dictatorial. La diferencia está en que los partidos reaccionarios creen y quieren que este período dictatorial sea un régimen estable, redundando en provecho de unas clases que vienen detentando el Poder; en tanto que los que tienen un sentido revolucionario (y uso esta palabra con énfasis -Falange Española tiene sentido revolucionario- y esto también consta en ese sumario), los que creemos esto, sabemos que en vez de hacerlo hay que trabajar algunos años para darle, sentido. Desde este punto de vista yo soy demócrata. En el sentido democrático de decirles: "Arréglate como puedas y ven un domingo cada cuatro años a votar", yo no soy democrático. En cambio, autoritario, militarista... Yo le agradecería al señor Fiscal

que señale un solo pasaje mío en que me pueda acusar de tal, que yo señalaré luego los numerosos en que se demuestra lo contrario. (F. a F., pág. 58, 16 nov. 36.)

LA RESOLUCIÓN Y LOS MÓVILES ESPIRITUALES

Se decía aquí por varios oradores: pero ¿cómo los mineros de Asturias, que ganan dieciocho pesetas y trabajan siete horas, han podido hacer una revolución socialista? Yo quisiera contestar, pero ¿es que también vamos a profesar nosotros la interpretación materialista de la Historia? Os diría que lo que ocurre es todo lo contrario. Nadie se juega nunca la vida por un bien material. Los bienes materiales, comparados unos con otros, se posponen siempre al bien superior de la vida. Cuando se arriesga una vida cómoda, cuando se arriesgan unas ventajas económicas es cuando se siente uno lleno de un fervor místico por una religión, por una patria, por una honra o por un sentido nuevo de la sociedad en que se vive. Por eso los mineros de Asturias han sido fuertes y peligrosos. En primer lugar, porque tenían una mística revolucionaria; en segundo término, porque estaban endurecidos en una vida difícil y peligrosa, en una vida habituada a la inminencia del riesgo y al manejo diario de la dinamita. Por eso, con esa educación de tipo duro y peligroso, y con ese impulso místico, satánico si queréis, han llegado a las ferocidades que lamentamos todos. (O. C., págs. 330-331, 6 nov. 34.)

La revolución nacional la haremos nosotros, sólo nosotros, camaradas de las camisas azules, y la haremos por un móvil espiritual, que es por lo único que se muere. Los mineros de Asturias, equivocados, pero valerosos, no hicieron la revolución por ellos, que ganan los mejores jornales de España, sino por los trabajadores hambrientos de Andalucía. Nosotros tampoco haremos nuestra revolución para nosotros, sino para España. Ya veréis cómo acaban por entendernos los mismos mineros de octubre, a los que podremos decir: "No empleéis vuestro magnífico coraje para luchas estériles. Haced que os depare, además de la justicia y el pan, una Patria digna de vuestros padres y de vuestros hijos." (O. C., pág. 582, 26 mayo 35.)

Idea del Estado

EL ESTADO COMO INSTRUMENTO EFICAZ AL SERVICIO DE LA PATRIA

... y nosotros lo que queremos es que el movimiento de este día, y el Estado que cree, sea el instrumento eficaz, autoritario, al servicio de una unidad indiscutible, de esa unidad permanente, de una unidad irrevocable que se llama Patria. (O. C., pág. 66, 29 oct. 33.)

Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria. (O. C., pág. 340, nov. 34.)

He ahí cómo el Estado fuerte, servidor de la conciencia de la unidad, es la verdadera garantía de la libertad del individuo. En cambio, el Estado que no se siente servidor de una unidad suprema teme constantemente pasar por tiránico. Este es el caso de nuestro Estado español: lo que detiene su brazo para hacer justicia tras una revolución cuenta en la conciencia de su falta de justificación interior, de la falta de una misión que cumplir.

España puede tener un Estado fuerte, porque, es, en sí misma una unidad de destino en lo universal. (O. C., pág. 426, 3 mar. 35.)

Más, ante todo, hay que nacionalizar el Estado, dotarlo de prestigio y fuerza. Ahora se habla de los Estados fuertes, pero yo os digo que aquel que sólo se apoya en las dignas instituciones armadas y que no suscita una adhesión espiritual, está condenado a ser vencido por sus enemigos. (O. C., pág. 416, 10 feb. 35.)

Por eso, no hasta hablar de Estados fuertes. Para que un Estado lo sea precisa de manera indispensable tener un alto destino que servir y que justifique la dureza y el rigor; de lo contrario, o el Estado es tiránico, o el Estado es vacilante; y el ejemplo lo tenemos en España durante la revolución pasada, en que el Estado sin un destino histórico y total que realizar, no se atrevió a adoptar la actitud de justa severidad que las circunstancias reclamaban, y no por falta de energía, sino por la duda de que al hacerlo estuviera cometiendo una injusticia. Nosotros sí queremos un Estado fuerte, pero después de darla a España la conciencia de una unidad firme y alegre y hacer ver a los españoles de que es algo superior a las minúsculas competencias de clases, grupos o partidos. Para conseguirlo no bastan ni bloques ni confederaciones. Jamás se ha dado el caso de que varios enanos hayan formado un gigante.

Lo que es preciso es tener una gran verdad a quien servir, una verdad que sea el eje, el polo de atracción, de un pueblo entero. (O. C., pág. 486, 7 abr. 35.)

Un Estado es más que el conjunto de unas cuantas técnicas; es más que una buena gerencia; es el instrumento histórico de ejecución del destino de un pueblo. No puede conducirse a un pueblo sin la clara conciencia de ese destino. Pero cabalmente la interpretación de ese destino y de los caminos para su cumplimiento es lo que constituye las posiciones políticas. El equipo de ilustres señores no coincidentes en una fe política se reduciría a una mejor o peor gerencia, llamada a languidecer sin calor popular en torno suyo. (O. C.. pág. 322. nov. 34.)

Poco importaría que los depositarios del Poder fueran pocos y no muy avezados en las artes de la administración. Las técnicas administrativas son profesadas por expertos individuales fáciles de reclutar. Lo esencial es el sentido histórico y político del Movimiento: la

captación de su valor hacia el futuro. Eso sí que tiene que estar claro en la cabeza y en el alma de los que manden. (O. C.;. pág. 324, nov. 34.)

Nosotros no propugnamos una Dictadura que logre el calafateo del barco que se hunde, que remedie el mal de una temporada y que suponga sólo una solución de continuidad en los sistemas y en las prácticas del ruinoso liberalismo. Vamos, por el contrario, a una organización nacional permanente: a un Estado fuerte, reciamente español, con un Poder ejecutivo que gobierne y una Cámara corporativa que encarne las verdaderas realidades nacionales. (O. C., págs. 41-42, 16 mar. 33.)

No olvidéis que quien rompe con la normalidad de un Estado contrae la obligación de edificar un Estado nuevo, no meramente la de restablecer una apariencia de orden. Y que la edificación de un Estado nuevo exige un sentido resuelto y maduro de la Historia y de la política, no de una temeraria confianza en la propia capacidad de improvisación. (O. C., pág. 323, nov. 34.)

LAS DOS METAS DEL ESTADO

... el Estado tendrá dos metas bien claras...: una hacia afuera, afirmar a la Patria; otra, hacia adentro, hacer más felices, más humanos, más participantes en la vida humana a un mayor número de hombres. (O. C., pág. 511, 9 abr. 35.)

ESTADO DE TODOS

Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria. Todos los españoles participarán en él a través de su función familiar, municipal y sindical. Nadie participará a través de los partidos políticos. Se abolirá implacablemente el sistema de los partidos políticos con todas sus consecuencias: sufragio inorgánico, representación por bandos en lucha y Parlamento del tipo conocido. (O. C., pág. 340, nov. 34.)

El nuevo Estado, por ser de todos, considerará como fines propios los fines de cada uno de los grupos que lo integran y velará como por sí mismo por los intereses de todos. (O. C., pág. 90, 7 die. 33.)

Algunos conciben al Estado como un simple mantenedor del orden, como un espectador de la vida nacional, que sólo toma parte en ella cuando el orden se perturba, pero que no cree resueltamente en ninguna idea determinada.

Otros aspiran a adueñarse del Estado para usarlo, incluso tiránicamente, como instrumento de los intereses de su grupo o de su clase.

Falange Española no quiere ninguna de las dos cosas: ni el Estado indiferente, mero policía, ni el Estado de clase o grupo.

Quiere un Estado creyente en la realidad y en la misión superior de España.

Un Estado que, al servicio de ésta idea, asigne a cada hombre, a cada clase y cada grupo sus tareas, sus derechos y sus sacrificios.

Un Estado de Tonos, es decir: que no se mueva sino por la consideración de esa idea permanente de España; nunca por la sumisión al interés de una clase ni de un partido. (O. C., pág. 88, 7 die. 33.)

Lo que hay que hacer es interesar al pueblo en una misma empresa común de mejoramiento, pero no que una clase se dedique a echarle pedazos de carne a otra, irritada y

hambrienta, a ver si la aplaca. Hay que tratar la cuestión profundamente y con una sinceridad, para que la obra total del Estado sea también obra de la clase proletaria. Lo que no se puede hacer es tener a la clase proletaria fuera del poder. Esto es un hecho decisivo. La clase proletaria, en sus luchas, ha ganado su puesto en el Poder, y quererla dejar de nuevo a la puerta de la gobernación es totalmente imposible. La única solución es que estas fuerzas proletarias pierdan su orientación internacional o extranacional y se conviertan en una fuerza nacional que se sienta solidaria de los destinos nacionales. (O. C., págs. 161-162, 16 feb. 34.1

¿Para qué necesitan los pueblos de esos intermediarios políticos? ¿Por qué cada hombre, para intervenir en la vida de su nación, ha de afiliarse a un partido político o votar las candidaturas de un partido político?

Todos nacemos en UNA FAMILIA. Todos vivimos en UN MUNICIPIO. Todos trabajamos en un OFICIO O PROFESION.

Pero nadie nace ni vive naturalmente en un partido político.

El partido político es una Cosa ARTIFICIAL que nos une a gentes de otros municipios y de otros oficios con los que no tenemos nada en común, y nos separa de nuestros convecinos y de nuestros compañeros de trabajo, que es con quienes de veras convivimos.

Un Estado verdadero, como el que quiere Falange Española, no estará asentado sobre la falsedad de los partidos políticos, ni sobre el Parlamento que ellos engendran.

Estará asentado sobre las auténticas realidades vitales:

La familia.

El Municipio.

El Gremio o Sindicato.

Así, el nuevo Estado habrá de reconocer la integridad de la familia como unidad social; la autonomía del Municipio, como unidad territorial, y el sindicato, el gremio, la corporación, como bases auténticas de la organización total del Estado. (O. C., págs. 89-90, 7 die. 33.)

RECHAZO DEL PANTEÍSMO ESTATAL

... La divinización del Estado es cabalmente lo contrario de lo que nosotros apetecemos.

Nosotros consideramos que el Estado no justifica en cada momento su conducta, como no la justifica un individuo, ni la justifica una clase, sino en tanto se amolda en cada instante a una norma permanente. Mientras que diviniza al Estado la idea rousseauiana de que el Estado, o los portadores de voluntad que es obligatoria para el Estado, tiene siempre razón; lo que diviniza al Estado es la creencia de que la voluntad del Estado, que una vez manifestaron los reyes absolutos, y que ahora manifiestan los sufragios populares, tiene siempre razón. Los reyes absolutos podían equivocarse; el sufragio popular puede equivocarse; porque nunca es la verdad ni es el bien una cosa que se manifieste ni se profese por la voluntad. El bien y la verdad son categorías permanentes de razón, y para saber si se tiene razón no basta preguntar al rey -cuya voluntad para los partidarios de la soberanía absoluta era siempre justa- ni basta preguntar al pueblo, cuya voluntad, para los rousseauianos, es siempre acertada, sino que hay que ver en cada instante si nuestros actos y nuestros pensamientos están de acuerdo con una aspiración permanente.

Por eso es divinizar al Estado lo contrario de lo que nosotros queremos. Nosotros queremos que el Estado sea siempre instrumento al servicio de un destino histórico, al servicio de una misión histórica de unidad: encontraremos que el Estado se porta bien .si cree en ese total destino histórico, si considera al pueblo como una integridad de aspiraciones, y por eso nosotros no somos partidarios ni de la dictadura de izquierda ni de la derecha, ni siquiera de las derechas y las izquierdas, porque entendemos que un pueblo es eso; una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de lucha, que ha de mirarse, entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse. (O. C., págs. 104-105, 19 dic. 33.)

A nosotros se nos dice que somos panteístas de Estado. Pero no lo somos. Y si lo fuéramos, no seríamos nacionalsindicalistas. Entendemos que el Estado debe tener las riendas de la Patria. Pero para nosotros el Estado es el servidor del destino de la Patria y de su unidad. (T. I., pág. 255, 5 ene. 35.)

INTERINIDAD DEL ESTADO TOTALITARIO

Esta pérdida de armonía del hombre con su contorno origina dos actitudes: una, la que dice: "Esto ya no tiene remedio; ha sonado la hora decisiva para el mundo que nos tocó nacer, y no hay sino resignarse, llevar a sus últimas consecuencias la dispersión, la descomposición." Es la actitud del anarquismo: se resuelve la desarmonía entre el hombre y la colectividad disolviendo a la colectividad en los individuos; todo se disgrega como un trozo de tela-, que se desteje. Otra actitud es la heroica: la que, rota la armonía entre el hombre y la colectividad, decide que ésta haga un esfuerzo desesperado, para absorber a los individuos que tienden a dispersarse. Estos son los Estados totales, son los Estados absolutos.

Yo digo que si la primera de las dos soluciones es disolvente y funesta, la segunda no es definitiva. Su violento esfuerzo puede sostenerse por la tensión genial de unos cuantos hombres, pero en el alma de esos hombres late, de seguro, una vocación de interinidad; esos hombres saben que su actitud se resiste en las horas de tránsito pero que, a la larga, se llegará a formas más maduras en que tampoco se resuelva la disconformidad anulando al individuo, sino en que vuelva a hermanarse el individuo en su contorno por la reconstrucción de esos valores orgánicos, libres y eternos, que se llaman el individuo, portador de un alma; la familia, el Sindicato, el Municipio, unidades naturales de convivencia. (O.C., págs. 711-712, 17 nov. 35.)

Las formas de gobierno

LA MONARQUÍA Y EL PROBLEMA DE LAS FORMAS DE GOBIERNO

El 14 de abril de 1931 -hay que reconocerlo en verdad- no fue derribada la Monarquía española. La Monarquía española había sido el instrumento histórico de ejecución de uno de los más grandes destinos universales. Había fundado y sostenido un Imperio, y lo había fundado y sostenido, cabalmente, por lo que constituía su fundamental virtud; por representar la unidad de mando. Sin la unidad de mando no se va a parte alguna. Pero la Monarquía dejó de ser unidad de mando hacía bastante tiempo: en Felipe III, el rey ya no mandaba; el rey seguía siendo el signo aparente, mas el ejercicio del Poder decayó en mano de validos, en manos de ministros: de Lerma, de Olivares, de Aranda, de Godoy. Cuando llega Carlos IV la Monarquía ya no es más que un simulacro sin sustancia. La Monarquía, que empezó en los campamentos, se ha recludo en las Cortes; el pueblo español es implacablemente realista; el pueblo español que exige a sus santos patronos que le traigan lluvias cuando hace falta, y si no se la traen los vuelven de espaldas al altar; el pueblo español, repito, no entendía este simulacro de la Monarquía sin Poder; por eso el 14 de abril de 1931 aquel simulacro cayó de su sitio sin que entrase en lucha siquiera un piquete de alabarderos. (O. C., pág. 558. 19 mayo 35.)

Fijaos en que ante el problema de la Monarquía, nosotros no podemos dejarnos arrastrar un instante ni por la nostalgia ni por el rencor. Nosotros tenemos que colocarnos ante ese problema de la Monarquía con el rigor implacable de quienes asisten a un espectáculo decisivo en el curso de los días que componen la Historia. Nosotros únicamente tenemos que considerar esto: ¿Cayó la Monarquía española, la antigua, la gloriosa Monarquía española, porque había concluido su ciclo, porque había terminado su misión, o ha sido arrojada la Monarquía española cuando aún conservaba su fecundidad para el futuro? Esto es lo que nosotros tenemos que pensar, y sólo así entendemos que puede resolverse el problema de la Monarquía de una manera inteligente.

Pues bien: nosotros -ya me habéis oído desde el principio- nosotros entendemos, sin sombra de irreverencia, sin sombra de rencor, sin sombra de antipatía, muchos incluso con mil motivos sentimentales de afecto; nosotros entendemos que la Monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin sustancia y se desprendió, como cáscara muerta, el 14 de abril de 1931. Nosotros hacemos constar su caída con toda la emoción que merece y tenemos sumo respeto para los partidos monárquicos que, creyéndola aún con capacidad de futuro, lanzan a las gentes a su reconquista; pero nosotros, aunque nos pese, aunque se alcen dentro de algunas reservas sentimentales o nostalgias respetables, no podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida. (O. C., págs. 566-567, 19 mayo 35.)

"En cuanto al problema de las formas de gobierno para nosotros está rebasado y resuelto. No nos interesa. La Monarquía cayó en España por ella sola, por su falta de vitalidad. Personalmente, creo que puede defenderse la teoría de que España, el país de los fueros y las libertades ciudadanas, de las Cortes tan tradicionales y antiguas, dispensadoras de asistencia a los reyes, ha sido siempre un país republicano, democrático. Lo contrario que Francia, el país de vocación monárquica más firme de Europa, no obstante sus tres repúblicas, que en definitiva no han hecho sino continuar la tarea de la Monarquía y en la que sus mejores generales e intelectuales son ahora mismo monárquicos también." (T. 1, pág. 299.)

A la pregunta de si eran monárquicos o republicanos, Primo de Rivera contestó sonriendo: "¿Qué pregunta más rara me hace usted? Monárquico o republicano; acaso ni lo uno ni lo otro. ¿No cree usted que existe, si no específicamente otro régimen, por lo menos otras formas de

esos regímenes más adecuados a nuestra existencia actual y a sus exigencias?" (T.-I., pág. 285, feb. 35.)

La desarticulación del capitalismo

LA DESARTICULACIÓN DEL CAPITALISMO

Resurgimiento económico en España. Os decía que el fenómeno del mundo es la agonía del capitalismo. Pues bien, de la agonía del capitalismo no se sale sino por la invasión de los bárbaros o por una urgente desarticulación del propio capitalismo. ¿Qué vamos a elegir sino esta salida? Y en ella hay tres capítulos que exigen tres labores de desarticulación: el capitalismo rural, el capitalismo bancario y el capitalismo industrial. Son los tres muy desigualmente propicios a la desarticulación. El capitalismo rural es bien fácil de desarticular. Fijaos en que me refiero estrictamente a aquello que consiste en usar la tierra como instrumento de rentas, o, según decían algunos economistas, como valor de obligación. No llamo de momento capitalismo rural a aquel que consiste en facilitar créditos a los labradores, porque éste entra en el capitalismo financiero, a que aludiré en seguida, y tampoco a la explotación del campo en forma de gran empresa. El capitalismo rural consiste en que, por virtud de unos ciertos títulos inscritos en el Registro de la Propiedad, ciertas personas que no saben tal vez dónde están sus fincas, que no entienden nada de su labranza, tienen derecho a cobrar una cierta renta a los que están en esas fincas y las cultivan. Esto es sencillísimo de desarticular, y conste que al' anunciar el procedimiento de desarticulación no formulo todavía un párrafo programático de la Falange; el procedimiento de desarticulación del capitalismo rural es simplemente éste: declarar cancelada la obligación de pagar la renta. Esto podría ser tremendamente revolucionario, pero, desde luego, no originaría el menor trastorno económico; los labradores seguirían cultivando sus tierras, los productos seguirán recogándose y todo funcionaría igual.

Le sigue, en orden de la dificultad ascendente, la desarticulación del capitalismo financiero. Esto es distinto. Tal como está montada la complejidad de la máquina económica es necesario el crédito; primero, que alguien suministre los signos de créditos admitidos para las transacciones; segundo, que cubra los espacios de tiempo que corren desde que empieza el proceso de la producción hasta que termina. Pero cabe transformación en el sentido de que este manejo de los signos económicos de crédito, en vez de ser negocio particular de unos cuantos privilegiados, se convierta en misión de la comunidad económica entera, ejercida por un instrumento idóneo, que es el Estado. De modo que al capitalismo financiero se le puede desmontar sustituyéndolo por la nacionalización del servicio de crédito.

Queda, por último, el capitalismo industrial. Este es, de momento, el de desmontaje más difícil, porque la industria no cuenta sólo con el capital para fines de crédito, sino que el sistema capitalista se ha infiltrado en la estructura misma de la industria. La industria, de momento, por su inmensa complejidad, por el gran cúmulo de instrumentos que necesita, requiere la existencia de diferentes patrimonios: la construcción de grandes acervos, de disponibilidades económicas sobre la planta jurídica de la sociedad anónima. El capital anónimo viene a ser el titular del negocio que sustituye a los titulares humanos de las antiguas empresas. Si en este instante se desmontase de golpe el capitalismo industrial, no se encontraría, por ahora, expediente eficaz para la constitución de industrias, y esto determinaría, de momento, un grave colapso.

Así, pues, en la desarticulación del orden capitalista, lo más fácil es desmontar el capitalismo rural; lo inmediatamente fácil, desmontar o sustituir el capitalismo financiero; lo más difícil, desmontar el capitalismo industrial. Pero como Dios está de nuestra parte, resulta que en España apenas hay que desmontar capitalismo industrial, porque existe muy poco, y en lo poco que hay, aligerando algunas cargas constituidas por Consejos de Administración lujosos, por la pluralidad de empresas para servicios parecidos y por la abusiva concesión de acciones liberadas, nuestra modesta industria recobraría toda su agilidad y podría aguantar relativamente bien durante esta época de paso. Quedarían, para una realización inmediata, la nacionalización del crédito y la reforma del campo. He aquí por qué España, que es casi toda agraria, rural, se encuentra con que, en este período de liquidación del orden capitalista, está en las mejores condiciones para descapitalizarse sin catástrofe. He aquí por qué, no por vana

palabrería, contaba con esta razón al decir que la misión de saltar por encima de la invasión de los bárbaros y establecer un orden nuevo era una misión reservada a España. (O. C., págs. 715-717, 17 nov. 35.)

El capitalismo liberal desemboca, necesariamente, en el comunismo. No y más que una manera, profunda y sincera, de evitar que el comunismo llegue: tener el valor de desmontar el capitalismo, desmontado por aquellos mismos a quienes favorece, si es que de veras quieren evitar que la revolución comunista se lleve por delante los valores religiosos, espirituales y nacionales de la tradición. Si lo quieren, que nos ayuden a desmontar el capitalismo, a implantar el orden nuevo. (O. C., pág. 876, 2 feb. 36.)

Breviario de estilo

Vale quien sirve

No hay otro remedio que aplicarse cada cual en lo suyo, a la dulce esclavitud del trabajo. Sea nuestra oración de todas las mañanas: "Te ofrezco, España, la labor que voy a hacer durante el día; para que te pongas en camino de ser perfecta; yo no te regatearé fatiga en mi tarea hasta acabarla con perfección." Si no hacemos eso, no lograremos nada: Todo lo que llegue nacerá traspasado de muerte con ese frío del telar en que duermen las lanzaderas. (T. 1, pág. 56, 15 dic. 30.)

No es verdadera abnegación, de ordinario, la que elige la prueba, sino la que aguarda en todo instante, con ánimo igual, las que Dios envía. Suele ser más difícil soportar sin queja las incomodidades cotidianas que romper aisladamente, enardecido por la ocasión, en un acto heroico. Al acto heroico no le falta nunca, mirado de lejos, una aureola atractiva; mientras que la diaria realidad es casi siempre, además de incómoda, prosaica. Así, la cima de, la virtud está en el cumplimiento seguido y oscuro de eso que se llama sencillamente "el deber". (T. 1, pág. 57, 20 dic. 30.)

La vida, en líneas generales, trae cada día una preocupación y un interés nuevos. Esto es maravilloso vivirlo íntima e intensamente, yendo siempre adelante con bríos y con fe. En algunos momentos siento el deseo de poder servir a España de modo grande e intenso. Ciertamente es que puede servírsele desde cualquier punto; pero, de tener vocación, querría un puesto de mando, en el que pudiera poner toda mi fe y energías en servir a mi Patria. Pero estos deseos son vagos, ya que sobre todo está mi carrera, dentro de la cual, puedo servir lo mismo a España. (U. H., pág. 47, 3 jul. 32.)

Quienes entienden la vida como de sí propia, quieren ante todo, vivir, afirmar la propia individualidad entre todas las individualidades, existir por encima de todo. Quienes entienden la existencia como servicio, como camino hacia una meta superior, tienen hecha siempre ofrenda de su vida, en tanto el sacrificio de la vida sirva al cumplimiento de un fin más alto. (O. C., pág. 571, 20 mayo 35.)

Han pasado los días en que se podía ser sólo universitario o poeta o artista. Nuestra época nos arrastra y no nos deja encerrarnos en torres de marfil. Eso era atributo de las épocas rancias en que, roto el sentido de la unidad del mundo, cada uno pensaba hacer un mundo aislado de su propia vida. (O. C., pág. 397, 21 ene. 35.)

Pero hoy no podemos aislarnos de la celda. Primero porque sube de la calle demasiado ruido. Después, porque el desentendernos de lo que pasa fuera no sería servir a nuestro destino en el destino universal, sino convertir monstruosamente a nuestro destino en universo. Nuestra época no es ya para la soberbia de los esteticistas solitarios ni para la mugrienta pereza, disfrazada de idealismos, de aquellos perniciosos gandules que se ufanan en llamarse rebeldes. Hoy hay que servir. La función de servicio, de artesanía, ha cobrado su dignidad gloriosa y robusta. Ninguno está exento -filósofo, militar o estudiante- de tomar parte en los afanes civiles. Conocemos este deber y no tratamos de burlarlo. (O. C., pág. 452, 26 mar. 35.)

Entendamos la vida como servicio; todo cargo es una tarea y todas las tareas son igualmente dignas, desde la más gozosa, que es la de obedecer, hasta la más áspera, que es la de mandar.

La Jefatura es la suprema carga; la que obliga a todos los sacrificios, incluso a la pérdida de la intimidad; la que exige a diario adivinar cosas no sujetas a pauta, con la acongojante responsabilidad de obrar. Por eso hay que entender la Jefatura humildemente, como puesto de servicio; pero por eso, pase lo que pase, no se puede desertar ni por impaciencia, ni por desaliento, ni por cobardía. (O. C., págs. 398-399, 21 ene, 35.)

Sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve. Sólo es grande quien se sujeta a llenar un sitio en el cumplimiento de una empresa grande. (O. C., pág. 47, 23 mar. 33.)

Hay dos maneras de entender la política; como carrera y como servicio. La carrera, consiste en ir granjeándose como sea la popularidad para escalar puestos brillantes. El servicio, en acudir a los cargos públicos para contribuir desde ellos abnegadamente al superior destino de la Patria, aunque sea arriesgando la popularidad.

Yo entiendo la política como servicio, y con este criterio, ante cada problema me he planteado la cuestión de que sea lo justo y lo conveniente para España y para mi provincia antes que la de los aplausos que una actitud pudiera proporcionarme. Creo que el tratar de halagar siempre las inclinaciones de opinión, acertadas o erróneas, es una manera de ejercer la compra de votos. (T. 1, pág. 317, 1 ene. 36.)

AGUIJÓN CONTRA LA SOMNOLENCIA

Nosotros no nos conformamos con nada de esto. No nos conformamos con que no haya tiros en las calles, porque se diga que las cosas andan bien; si es preciso, nosotros nos lanzaremos a las calles a dar tiros para que las cosas no se queden como están.

Ya sabéis la consigna para este verano; para combatir la modorra existente, mezcla de calor y de complacencia. Es necesario que seáis los agua. fiestas de España; que cada uno os convirtáis en un agujón para hacer ver a todos que no nos resignamos con semejante estado de cosas. Esta es nuestra tarea. y para ella es preciso reclamar un primer puesto.

Nosotros no hacemos concentraciones en campos de fútbol, ni contamos con dinero para viajes y comidas. Os dirán las cosas más sandias de nuestra organización. Os harán creer que la Falange es un batallón infantil que propugna la violencia. ¡No importa! Esas mismas frases os dirán dentro de diez años. Igual se nos combatirá. ¡No importa! Seguiremos adelante. Y nos reuniremos en Málaga con este calor de julio o en las montañas frías del Norte. En todas partes seguiremos cambiando impresiones sin preocuparnos de lo que digan. ¡No importa! Cada uno en su tumba, habrá un día que sienta retemblar los huesos bajo el paso triunfal de las legiones nuevas. ¡Arriba España! (O. C., pág. 627, 21 jul. 35.)

Hoy mismo, bajo este sopor caliginoso en que todos los egoístas de España sólo aspiran a la siesta, hay pueblos y pueblos españoles abrasados, sin una hoja de árbol que temple la ferocidad del clima, en los que no es posible beber un vaso de agua que no sepa a sal o podredumbre. Y nada de eso puede remediarse a paso conservador --es decir, dentro del orden, del respeto a los derechos adquiridos y demás zarandajas-, sino metiendo el arado más profundo en la superficie nacional y sacando al aire todas las reservas, todas las energías, en un empuje colectivo que un entusiasmo formidable encienda y que una decisión de tipo militar ejecute y sirva. Hay que movilizar a España de arriba abajo, ponerla en pie de guerra. España necesita organizarse de un salto, no permanecer en cama como enfermo sin ganas de curar, entre los ungüentos y las cataplasmas de una buena administración.

He aquí, camaradas, cómo ahora más que nunca son necesarias las consignas de nuestra fe. Antes, todavía, la incomodidad ahuyentaba el sueño de España; ahora nada cierra el paso al sopor. Todos los gusanos se regodean por adelantado, con la esperanza de encontrar otra vez a España dormida, para recorrerla, para recubrirla de baba, para devorarla al sol. Sea cada uno de vosotros un agujón contra la soñolencia de los que os circundan. Esta común tarea de

aguafiestas iluminados nos mantendrá unidos hasta que el otoño otra vez nos congrege junto a las hogueras conocidas. El otoño, que acaso traiga entre sus dulzuras la dulzura magnífica de combatir y morir por España. (O. C., págs. 618-619, 19 jul. 35.)

EL SEÑORITO Y EL BOLCHEVIQUE

A Falange Española no le interesa nada, como tipo social, el señorito. El "señorito" es la degeneración del "señor" del "hidalgo", que escribió y, hasta hace bien poco, las mejores páginas de nuestra historia. El señor era tal señor porque era capaz de "renunciar", eso es, dimitir privilegios, comodidades y placeres en homenaje a una alta idea de "servicio". Nobleza obliga, pensaban los hidalgos, los señores; es decir, nobleza "exige".

Cuanto más se es, más hay que ser capaz de dejar de ser. Y así de los patrones de hidalguía salieron los más de los hombres que se engalanaron en el sacrificio.

Pero el señorito, al revés que el señor, cree que la posición social en vez de obligar releva. Releva del trabajo, de la abnegación y de la solidaridad con los demás mortales. Claro que entre los señoritos, todavía, hay muchos capaces de ser señores. ¿Cómo lo vamos a desconocer nosotros? Estos reproches por definición no van con ellos. Sí van, en cambio, contra los señoritos típicos: contra los que creen que con un saludo en un "bar" pagan por adelantado los esfuerzos con que imaginan que nosotros vamos a asegurarles la plácida ingurgitación de su whisky.

Como aquí no se engaña a nadie, quede bien claro que nosotros, como todos los humanos que se consagran a un esfuerzo, podremos triunfar o fracasar. Pero que si triunfamos no triunfarán con nosotros los "señoritos". El ocioso convidado a la vida sin contribuir en nada a las comunes tareas, es un tipo llamado a desaparecer en toda comunidad bien regida. La humanidad tiene sobre sus hombros demasiadas cargas para que unos cuantos se consideren exentos de toda obligación. Claro está que no todos tienen que hacer las mismas faenas; desde el trabajo manual más humilde, hasta la magistratura social de ejemplo y de refinamiento, son muchas las tareas que realizar. Pero hay que realizar alguna. El papel de invitado que no paga lleva camino de extinguirse en el mundo.

Y eso es lo que queremos nosotros: que se extinga. Para bien de los humildes, que en número de millones llevan una vida infrahumana, a cuyo mejoramiento tenemos que consagrarnos todos. Y para bien de los mismos "señoritos" que, al volver a encontrar digno empleo para sus dotes, recobrarán, rehabilitados, la verdadera jerarquía que malgastaron en demasiadas horas de holganza. (O. C., págs. 135-136, 25 ene.. 34.)

Bolchevique es todo el que aspira a lograr ventajas materiales para sí y para los suyos, caiga lo que caiga; antibolchevique, el que está dispuesto a privarse de goces materiales para sostener valores de calidad espiritual. Los viejos nobles, que por la Religión, por la Patria y por el rey comprometían vidas y haciendas, eran la negación del bolcheviquismo. Los que hoy, ante un sistema capitalista que cruje, sacrificamos comodidades y ventajas para lograr un reajuste del mundo, sin que naufrague lo espiritual, somos la negación del bolcheviquismo. Quizá por nuestro esfuerzo, no tan vituperado, logremos consolidar unos siglos de vida, menos lujosa, para los elegidos; pero que no transcurra bajo el signo de la ferocidad y de la blasfemia. En cambio, los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, los que reputan más y más urgente la satisfacción de sus, últimas superfluidades que el socorro del hambre de un pueblo, esos . intérpretes materialistas del mundo, son los verdaderos bolchevíques. Y con un bolcheviquismo de espantoso refinamiento: el bolcheviquismo de los privilegiados. (O. C., pág. 644, 31 jul. 35.)

DUREZA Y SACRIFICIO

Ahora nos toca pasar tiempos un poco duros, pero en ellos no haremos más que curtimos para seguir la ruta hacia el triunfo, cada vez más seguro. (T. I., pág. 479, 11 abr. 36.)

Por ahí andan diciendo los otros -continúa el orador- que traerán éstas y otras ventajas. Pero digan ellos lo que quieran. Nosotros, por el momento, no prometemos nada. Nosotros reclutamos gente para el sacrificio, para la dura pelea e incluso para la muerte. En todo tiempo los hombres han hecho más por el deber que por el beneficio y a nosotros, camaradas, nos ha tocado vivir, en una época dura, austera, atiborrada de deberes, y ahora bien, ¡alegrémonos profundamente de ello! (T. 1, pág. 254, 5 ene. 35.)

Los que lleguen a esta cruzada habrán de apretar el espíritu para el servicio y para el sacrificio.

Habrán de considerar la vida como milicia; disciplina y peligro, abnegación y renuncia a toda vanidad, a la envidia, a la pereza y a la maledicencia. Y al mismo tiempo, servirán ese espíritu de una manera alegre y deportiva. (O C., pág. 93, 7 dic. 33.)

La Falange también es así. Los que militamos en ella tenemos que renunciar a las comodidades, al descanso, incluso a amistades antiguas y a afectos muy hondos. Tenemos que tener nuestra carne dispuesta a la desgarradura de las heridas. Tenemos que contar con la muerte -bien nos lo enseñaron bastantes de nuestros mejores-, como un acto de servicio. Y, lo que es peor de todo, tenemos que ir de sitio en sitio desgañitándonos, en medio de la deformación, de la interpretación torcida, del egoísmo indiferente, de la hostilidad de quienes no nos entienden, y porque no nos entienden nos odian, y del agravio de quienes nos suponen servidores de miras ocultas o simuladores de inquietudes auténticas. Así es la Falange. Y como si se hubiera operado un milagro, cuanto menos puede esperar en ella el egoísmo, más crece y se multiplica. Por cada uno que cae, heroico; por cada uno que deserta, acobardado, surgen diez, ciento, quinientos, para ocupar el sitio.

Ved, mujeres, cómo hemos hecho virtud capital de una virtud, la abnegación, que es, sobre todo, vuestra. Ojalá lleguemos en ella a tanta altura, ojalá lleguemos a ser en esto tan femeninos, que algún día podáis de veré considerarnos ¡hombres! (O. C., págs. 539-540, 28 abr. 35.)

Contra los unos y contra los otros, en la línea constante y verdadera de España, atacados por todos los flancos, sin dinero, sin periódicos (ved la propaganda que se ha hecho de este acto, que congrega a diez mil camaradas nuestros), asediados, deformados por todas partes, nuestra misión es difícil hasta el milagro; pero nosotros creemos en el milagro; nosotros estamos asistiendo a este milagro de España. ¿Cuántos éramos en 1933? Un puñado, y hoy somos muchedumbres en todas partes. Nosotros nos aventuramos a congregarnos en cuatro días en este local, que es el más grande de Madrid, a todos los que vienen, incluso a pie, de las provincias más lejanas, para ver el espectáculo de nuestras banderas y los nombres de nuestros muertos. Nosotros hemos elegido, a sabiendas, la vía más dura, y con todas las dificultades; con todos sus sacrificios, hemos sabido alumbrar -¿que se yo si la única? una de las venas heroicas que aún quedaban bajo la tierra de España. Unas pocas palabras, unos pocos medios exteriores, han bastado para que reclamen el primer puesto, en las filas donde se muere, dieciocho camaradas jóvenes, a quienes la vida todo lo prometía. Nosotros, sin medios, con esta pobreza, con estas dificultades, vamos recogiendo cuanto hay de fecundo y de aprovechable en la España nuestra. Y queremos que la dificultad siga hasta el final y después del final; que la vida nos sea difícil antes del triunfo y después del triunfo. Hace unos días recordaba yo ante una concurrencia pequeña un verso romántico: "No quiero el Paraíso, sino el descanso" -decía-. Era un verso romántico, de vuelta a la sensualidad; era una blasfemia, pero una blasfemia montada sobre una antítesis certera; es cierto, el Paraíso no es el descanso. El Paraíso está contra el descanso. En el Paraíso no se puede estar tendido; se está verticalmente, como los ángeles. Pues bien, nosotros, que ya hemos llevado al camino del Paraíso las vidas de nuestros mejores, queremos un Paraíso difícil, erecto, implacable; un

Paraíso donde no se descansa nunca y que tenga, junto a las jambas de las puertas, ángeles con espadas. (O. C., pág. 570, 19 mayo 35.)

Pero nuestro Movimiento no estaría del todo entendido si se creyera que es una manera de pensar tan solo; no es una manera de pensar: es una manera de ser. No debemos proponernos sólo la construcción, la arquitectura política. Tenemos que adoptar, ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y compelta. Esta actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida. Así, pues, no imagine nadie que aquí se recluta para ofrecer prebendas; no imagine nadie que aquí nos reunimos para defender privilegios. (O. C., pág. 68. 29 oct. 33.)

Cuando triunfemos, los que más tienen serán los que más se sacrifiquen; pero no se les impondrá el sacrificio por rencor, sino por solidaridad humana y entrañable con los que han nacido en nuestra misma Patria. ¡Y os dirán que somos señoritos! Si fuéramos señoritos en el mal sentido que se quiere dar a la palabra, nos interesaría conservar nuestros privilegios, no defender un régimen que nos los limiten. Pero queremos que todos trabajen y que los sacrificios se sobrelleven entre todos, porque todos los sacrificios están bien pagados con la alegría y con la gloria de servir a España. (O. C., págs. 233-234, 20 mayo 34.)

MILICIA Y VIOLENCIA

La milicia no es una expresión caprichosa y mimética. Ni un pueril "jugar a los soldados". Ni una manifestación deportiva de alcance puramente gimnástico.

La milicia es una exigencia, una necesidad ineludible de los hombres y de los pueblos que quieren salvarse, un dictado irresistible para quienes sienten que su Patria y la continuidad de su destino histórico piden en chorros desangrados de gritos, en oleadas de voces imperiales e imperiosas, su encuadramiento en una fuerza jerárquica y disciplinada, bajo el mando de un jefe, con la obediencia de una doctrina, en la acción de una sola táctica generosa y heroica. (O. C., pág. 615, 15 jul. 35.)

La vida es milicia. La Falange es milicia. Y una de las primeras renunciaciones que lo militar exige es la renuncia a la murmuración. Los soldados no murmuran. Los falangistas no murmuran. La murmuración es el desagüe, casi siempre cobarde, de una energía insuficiente para cumplir en silencio con el deber.

Aquellos de los nuestros que no se sientan con fuerzas de espíritu para sobreponerse a la comezón de murmurar, deben constituirse en jueces de honor de sí mismos y expulsarse de la Falange por indignos de pertenecer a ella.

Aprendamos cada página y cada línea de la lección de los caídos; esa lección que, para tener todo decoro, se reviste con el supremo derecho del silencio. (T. 1, págs. 179-180, 18 ene. 34.)

Falange Española de las J. O. N. S. quiere un orden nuevo, enunciado en los anteriores principios. Para implantarlo, en pugna con las resistencias del orden vigente, aspira a la Revolución Nacional.

Su estilo preferirá lo directo, ardiente y combativo. La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y de sacrificio. (O. C., pág. 344, nov. 34.)

Y queremos, por último, que si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. Porque, ¿quién ha dicho -al hablar de "todo menos la violencia"- que la suprema jerarquía de valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que

cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria. (O. C., pág. 67-68, 29 oct. 33.)

La violencia no es censurable sistemáticamente. Lo es cuando se emplea contra la justicia. Pero hasta Santo Tomás, en casos extremos, admitía la rebelión contra el tirano. (O. C., pág. 49, 2 abr. 33.)

Al salir a los pasillos el joven e ilustre diputado don José Antonio Primo de Rivera, numerosísimos diputados de todas las minorías se le acercaron para expresarle su sincera adhesión después de su noble conducta.

Ante un grupo de ellos decía el Marqués de Estella:

-Oí la ofensa, y reaccioné en el acto. Estoy dispuesto a no tolerar calumnias ni ataques injustos. Entiendo que quien se deja injuriar en el Parlamento se autovacuna de una predisposición que permite también recibir injurias en la calle. Por tanto, con la misma serenidad que me lancé a castigar a quien había proferido la injuria, obré después, al hacer uso de la palabra en una breve intervención. Que nadie crea en mí un sentimiento de matonismo, sino la reacción que sentiré en todo momento contra aquél que intente lanzar una injuria. (T. I., pág. 166, 21 dic. 33.)

EL DIVORCIO COMO COBARDÍA

Con el divorcio ya es el matrimonio la más provisional de las aventuras, cuando la bella grandeza del matrimonio estaba en ser irrevocable, estaba en ser definitivo, estaba en no tener más salida que la felicidad o la salida de la tragedia, porque no saben muy bien de cosas profundas los que ignoran que lo mismo en los entrañables empeños de lo íntimo que en los más altos empeños históricos, no es capaz de edificar imperios quien no es capaz de dar fuego a sus naves cuando desembarca. (O. C., pág. 75, 12 nov. 33.)

Los autores de la Ley del Divorcio, cautos, sabían muy bien que a las instituciones profundas y fuertes, como la familia, no se las puede combatir de frente, sino que hay que ablandarlas por el halago de la sensualidad y minarlas por procedimientos insidiosos. Así, no se les hubiera ocurrido predicar de modo directo la inmoralidad familiar, pero sí se cuidaron de fomentarla solapadamente con leyes como la del divorcio.

Desde el punto de vista religioso, el divorcio, para los españoles, no existe. Ningún español, casado, con sujeción a rito católico, que es el de casi todos los nacidos en nuestras tierras, se considerará desligado de vínculos porque una Audiencia dicte un fallo de divorcio. Para quienes, además, entendemos la vida como milicia y servicio, nada puede haber más repelente que una institución llamada a dar salida cobarde a lo que, como todas las cosas profundas y grandes, sólo debe desenlazarse en maravilla de gloria o en fracaso sufrido en severo silencio. (O. C., págs. 611-612, 4 jul. 35.)

ESTILO Y VIDA

Ahora se nos habla mucho contra el estilo; se nos dice que nadie que hizo nada grande se dio cuenta de que tenía un estilo. ¿Y qué importa que no se diera cuenta? Lo importante era tenerlo; en eso, el estilo es como lo que Goethe llamaba la idea de su existencia: es la forma interna de una vida que, consciente o inconscientemente, se realiza en cada hecho y cada palabra. (O. C., pág. 417, 24 feb. 35.)

Por último, nos dicen que no tenemos programa. ¿Vosotros conocéis alguna cosa seria y profunda que se haya hecho alguna vez con un programa? ¿Cuándo habéis visto vosotros que esas cosas decisivas, que esas cosas eternas, como son el amor, y la vida, y la muerte, se hayan hecho con arreglo a un programa? Lo que hay que tener es un sentido total de lo que se quiere; un sentido total de la Patria, de la vida, de la Historia, y ese sentido total, claro en el alma, nos va diciendo en cada coyuntura qué es lo que debemos hacer y lo qué debemos preferir. (O. C., pág. 196, 4 mar. 34.)

Hay, que tener un entendimiento de amor, que sin necesidad de un programa escrito, con artículos y párrafos numerados, nos diga, en cada instante, cuándo debemos abrazarnos y cuándo debemos reñir. (O. C., pág. 870. 2 feb. 36.)

En cambio, cuando se tiene un sentido permanente ante la Historia y ante la vida, ese propio sentido nos da las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué casos nos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo programa de abrazos y de riñas. (O. C., pág. 66, 29 oct. 33.)

El sentido entero de la historia y de la política, como dije en el mitin de la Comedia, es como una ley de amor; hay que tener entendimiento de amor, que sin necesidad de un programa escrito, con artículos y párrafos numerados, nos diga, en cada instante, cuándo debemos abrazarnos y cuando debemos reñir. Sin ese entendimiento de amor, la convivencia entre hombre y mujer, como entre partido y partido, no es más que una árida manera de soportarse. (O. C., pág. 870, 2 feb. 36.)

GENERACIÓN

La generación es un valor histórico y moral; pertenecemos a la misma generación los que percibimos el sentido trágico de la época en que vivimos, y no sólo aceptamos, sino que recabamos para nosotros la responsabilidad del desenlace. Los octogenarios que se incorporen a esta tarea de responsabilidad y de esfuerzo pertenecen a nuestra generación; aquellos, en cambio, por jóvenes que sean, que se desentiendan del afán colectivo, serán excluidos de nuestra generación como se excluye a los microbios malignos de un organismo sano. (O. C., pág. 712, 17 nov. 35.)

Dos cosas positivas habrán, pues, de declarar quienes vengán a alistarse en los campamentos de nuestra generación: primera, la decisión de ir, progresiva, pero activamente, a la nacionalización del servicio de Banca; segunda, el propósito resuelto de llevar a cabo, a fondo, una verdadera ley de Reforma Agraria. (O. C., pág. 717, 17 nov. 35.)

JUVENTUD Y POLÍTICA

...ningún régimen se sostiene si no consigue reclutar a su alrededor a la generación joven en cuyo momento nace, y para reclutar a una generación joven hay que dar con las palabras justas, hay que dar con la fórmula justa de la expresión conceptual. (O. C., pág. 245, 6 jun. 34.)

Por eso, cuando algunos muchachos que me acompañan, y cuando yo mismo, modestamente, creemos encontrar una posible fuente profunda y constante de españolidad - digo españolidad porque la palabra "españolismo" hasta me molesta-, no nos dejamos arrebatar por una tendencia sensible, por una especie de sueño romántico; lo que hacemos es creer que si una generación se debe entregar a la política, no se puede entregar con el repertorio de media docena de frases con que han caminado por la política otras muchas generaciones., y hasta muchos representantes de ésta. (O. C., pág. 266, 3 jul. 34)

POLÍTICA EN LA UNIVERSIDAD

España necesita cor, urgencia una elevación en la medida intelectual: estudiar es va servir a España. Pero entonces, nos dirá alguno, ¿por qué introducís la política en la Universidad? Por dos razones: la primera, porque nadie por mucho que se especialice en una tarea, puede sustraerse al afán común de la política; segunda, porque el hablar sinceramente de política es evitar el pecado de los que, encubriéndose en un apoliticismo hipócrita, introducen la política de contrabando en el método científico. (O. C., pág. 697, 11 nov. 35.)

IRA CONTRA LA INJUSTICIA

No es tolerable que nadie viva en paz mientras para millones de semejantes nuestros la vida elemental. mínima, puramente el pan y el mísero albergue, es poco menos que un azar, puesto en peligro casi cada jornada. Debemos ir pensando en que una comunidad bien regida no puede considerar a los obreros como una clase con la cual se regatea desde el Poder, sino como una de las unidades integrantes del común destino de la Patria. Antes que nada, de una vez, hay que proporcionar a todos cuantos conviven en un pueblo un mínimun humano y digno de existencia. Y esto no por limar las uñas al peligro revolucionario, sino porque es profundamente justo. (T. 1, pág. 196-197, 22 feb. 34.)

ALAS Y NAVÍOS

¡Volar otra vez! Desatarnos resueltamente de una política en zapatillas que ambicionó por todo programa el de escuela y despensa. Nosotros también queremos que haya escuela para los niños de España y despensa en los hogares españoles. Pero queremos despensa para vivir después que hayamos aprendido a navegar, y escuela para aprender de navegaciones y echar otra vez de menos bajo los pies puentes de navíos y en los. hombres ligero peso de alas. (T. 1., pág. 198, 22 feb. 34.)

La proa del barco tiene razón contra las bandas, porque apunta hacia alguna parte, porque se enfila, porque busca. La razón de la proa es la razón de los astros. Lo que traza la quilla sobre el mar ha sido antes trazado -sin materia, sin peso-, por la Matemática, sobre datos exactos de ángulos estelares. Para acabar en la estela hay que empezar en la estrella, en la stella. (O. C., pág. 541, 2 mayo 35.)

No creáis que voy a parecerme a los demás pronunciando un discurso a la hora de los brindis. Quiero deciros únicamente dos cosas: primero, que hemos comido bastante bien. Pensad en este instante que hay muchos españoles que no comen; segundo, tenemos sobre nuestras cabezas una lona y, frente a nuestra mirada, un mar azul y transparente. Hagamos de esta lona una vela navegante y lancémonos de nuevo por el mar a la conquista de las empresas imperiales. ¡Arriba España! (O. C., pág. 627, 21 jul. 35.)

LA OBRA BIEN HECHA

¡Claro que se compuso! Ninguno de nosotros podrá olvidar la emoción de este número primero. A las cuatro de la tarde del martes 5 de diciembre nos encerramos en el taller. Para nosotros, los más de los redactores, era una emoción nueva la de componer una página. Hay un goce casi divino en esto de reducir a norma, a dibujo, a medida, todo un confuso caos de planchas; renglones aún calientes de la linotipias y caracteres sueltos. (T. 1., pág. 168, 11 ene. 34.)

EL SACRAMENTO HEROICO DE LA MUERTE

¡Firmes! ¡Otro! Y éste es un hombre humilde. Los que nos creen incapaces de entender el dolor de los humildes, sepan que desde hoy la Falange, además de por su resuelta voluntad, está indisolublemente unida a la causa de los humildes por este sacramento heroico de la muerte.

¡La muerte! Unos creerán que la necesitamos para estímulo. Otros creerán que nos va a deprimir; ni lo uno ni lo otro. La muerte es un acto de servicio. Cuando muera cualquiera de nosotros dadle, como a éste, piadosa tierra y decide: "Hermano: para tu alma, la paz; para nosotros, por España, adelante." (O. C., pág. 203, 10 mar. 34.)

Aquí tenemos, ya en tierra, a uno de nuestros mejores camaradas. Nos da la lección magnífica de su silencio. Otros, cómodamente, nos aconsejarán desde sus casas ser más animosos, más combativos, más duros en las represalias. Es muy fácil aconsejar. Pero Matías Montero no aconsejó ni habló; se limitó a salir a la calle a cumplir con su deber, aún sabiendo que; probablemente en la calle le aguardaba la muerte. Lo sabía porque se lo tenían anunciado. Poco antes de morir dijo: "Sé que estoy amenazado de muerte, pero no me importa si es para bien de España y de la causa." No pasó mucho tiempo sino que una bala le diera cabalmente en el corazón, donde se acrisolaban su amor a España y su amor a la Falange.

¡Hermano y camarada Matías Montero Rodríguez de Trujillo! Gracias por tu ejemplo.

Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos niegue el descanso hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembra tu muerte. (O. C., pág. 157, 10 feb. 34.)

Dije a los camaradas de Salamanca y os digo ahora: El martirio de Matías Montero no es sólo para nosotros una lección sobre el sentido de la muerte, sino sobre el sentido de la vida. ¿Recordáis -vosotros, los de la primera hora- una de las cosas con que se intentaba deprimirnos? Se nos decía: "No triunfaréis; para llevar adelante un movimiento como el vuestro hace falta contar con gente endurecida en grande; los españoles arriesgaron y dieron la vida." Y por España y por la Falange dio Matías Montero la suya.

Buena piedra de toque es ésta para conocer la calidad de nuestro intento. Cuando dudemos, cuando desfallezcamos, cuando nos acometa el terror de si andaremos persiguiendo fantasmas, digamos: ¡No!, esto es grande, esto es verdadero, esto es fecundo; si no, no le hubiera ofrendado la vida -que él, como español, estimaba en su tremendo valor de eternidad- Matías Montero. (O. C., pág. 431, 20 mar. 35.)

RESPECTO A LOS MUERTOS POR UNA IDEA

La Falange Española de las J. O. N. S., ante las primeras noticias de haber sido profanadas las tumbas de los capitanes Galán y García y Hernández, no quiere demorar por veinticuatro horas su repulsión hacia los cobardes autores de semejante acto. Quien demostrara su aquiescencia para tan macabra villanía, no tendría asegurada ni por un instante su permanencia en la Falange Española y de las J. O. N. S., porque en sus filas se conoce muy bien el decoro de morir por una idea. (O. C., pág. 523, 11 abr. 35.)

Me consta que como acuerdo del partido, como cosa organizada por el partido, no se ha cometido un sólo delito de sangre. Que en épocas de lucha encarnizada como ésta, y entre grupos políticos de ideología contrapuesta, caigan muertos de un lado y de otro. ¡Qué duda cabe! Esto es infinitamente triste. Tengo la misma consideración por la sangre vertida de un lado y de otro. Me ha dolido que hayan caído obreros anarquistas, socialistas, en luchas con afiliados nuestros, que no sé quienes son. Algunos muertos nos atribuyen. También tengo yo sesenta y cinco muertos en una lista que está en autos, y no se me ocurre imputarle su muerte a ninguno de los partidos de donde pudieron salir los agresores. (F. a F., pág. 63, 16 nov. 36.)

El martirio de los nuestros es, en unos casos, escuela de sufrimiento y de sacrificio. Cuando hemos de contemplarlo en silencio. En otros casos, razón de cólera y de justicia. Lo que no pueden ser nunca nuestros mártires es tema de "Protesta" al uso liberal. Nosotros no nos quejamos. Ese es nuestro estilo. Nosotros no profanamos los despojos de nuestros muertos, arrastrándolos por editoriales jeremíacos o sacudiéndolos para lograr efectos políticos entre el ajado terciopelo de los escaños de las Cortes. (T. 1, pág. 186, 1 feb. 34.)

Si no fuera por ese juramento sagrado que conscientemente hicimos de no dejar que fuese estéril la sangre de nuestros primeros caídos, ciertamente no estaríamos aquí presenciando este espectáculo que, como españoles, nos abochorna y avergüenza. El espectáculo de gentes, que no solamente llevan los bolsillos cargados de municiones y el alma llena de rencor, sino que se despojaron de esa mínima decencia y elegancia española que impone el respeto a los muertos. No, ciertamente sin nuestro juramento, no habríamos caminado largos kilómetros para enfrentar gentes capaces de permanecer con la boina o el sombrero en la cabeza delante de los nombres de quienes supieron dar su vida por España. (T. I., pág. 320. 5 ene. 36.)

ESPÍRITU ABIERTO Y COMPRENSIVO

Entre otras cosas, porque, de seguro, entre los que nos sentamos aquí, no hay uno solo de los que tengan espíritu abierto que no haya recibido la influencia de muchas simpatías; todos nos hemos asomado, unos más, otros menos, entre estos últimos yo, a la cultura europea; todos hemos sentido la influencia de las letras francesas, de la educación inglesa, de la filosofía alemana y de la tradición política de Italia, que está realizando uno de los experimentos culminantes, un experimento culminante que nadie puede zafarse de estudiar en serio y al que, de seguro, nadie está libre de alguna objeción que formular. (O. C., pág. 652, 2 oct. 35.)

Yo soy católico convencido (...) Pero la tolerancia es ya una norma inevitable impuesta por los tiempos. A nadie puede ocurrírsele perseguir a los herejes como hace siglos, cuando era posiblemente necesario. Nosotros haremos un Concordato con Roma en el que se reconozca toda la importancia del espíritu católico de la mayoría de nuestro pueblo, delimitando facultades. La infancia será educada por el Estado; mas los padres que quieran dar a sus hijos una instrucción religiosa podrán utilizar los servicios del clero con plena libertad. El culto será respetado y protegido. (T. I., pág. 534, 24 jun. 34.)

Manifiesta que donde empieza la verdadera tradición de España, cuando España fue grande. fue antes de que las princesas y las damas de la aristocracia se dejaran pintar por Goya, y antes de la época bulliciosa, ociosa y pintoresca, en que las duquesas comenzaron a sonreír a los chisperos y se fundaron academias de toreadores. Esto es, que la grandeza de España culmina precisamente en el momento de su menor casticismo: cuando se traían los tapices de Flandes y las pinturas italianas de la escuela de Venecia. Entonces España sabía que lo bueno tiene y sirve un destino universal. (T. I., pág. 278, 19 feb. 35.)

Los antialgo, sea lo que sea este algo, se me presentan imbuidos de reminiscencias del señoritismo español, que se opone irreflexiva, pero activamente, a lo que él no comparte. No soy ni antimarxista siquiera, ni anticomunista, ni... antinada. Los anti están desterrados de mi léxico, como si fueran tapones para las ideas. (O. C., págs. 885-886, 14 feb. 36.)

BRAVO.-(...) Pero son los liberales, los hombres retrasados del XIX, los que ponen en peligro la Patria.

UNAMUNO.-Usted repite mucho esa tontería de Daudet sobre el "estúpido siglo XIX". Pero eso no es verdad. Yo lo defiendo. Vivimos ahora mismo de su herencia. Incluso lo de ustedes tuvo en él sus primeros maestros. Después de Hegel, Nietzsche, el conde José De Maistre,

aquél gran desdeñoso que gritaba a. sus adversarios: "No tenéis a vuestro lado más que la razón..."

JOSE ANTONIO.-Nosotros no queremos saber nada con De Maistre, don Miguel. No somos reaccionarios.

UNAMUNO-Mejor para ustedes.

BRAVO.-Se hace tarde. La hora del mitin está cerca.

UNAMUNO.-VOY con ustedes. (T. I., pág. 273, 10 feb. 35.)

Perfil irónico

HOMENAJE AL CACIQUE DESCONOCIDO.-Estamos muy contentos. Advertimos cómo se multiplican los homenajes y las glorificaciones. Aquí no ha pasado nada; aquí nadie ha roto un plato. La Dictadura fue un capricho, porque España estaba mejor de lo que quería antes del 13 de septiembre, admirablemente gobernada, con un paraíso en Marruecos, sin saber en qué invertir sus cuantiosos superávits ni dónde enterrar los muertos de los crímenes sociales.

Aquella política de la feliz Arcadia vino a ser interrumpida por la Dictadura, y, claro, los pobrecitos que nos habían hecho tan felices, se quedaron al margen de toda actuación.

Fueron unas víctimas ingratamente inmoladas, que ahora se levantan de sus sepulcros para demandar los homenajes que le son debidos y para que se les entregue nuevamente el manejo de la nación.

-Todo eso nos parece admirable; pero hay que convenir que los más sacrificados fueron los pobres caciques, tan bondadosos, tan paternales, que perdieron sus Ayuntamientos y se vieron privados de sus humanitarias y patrióticas expoliaciones.

Como son tantos no será posible glorificarlos y homenajearlos a todos. Nosotros proponemos que, sin perjuicio de los homenajes parciales que a cada uno se le vayan tributando a medida que se reintegran a sus funciones, se organice un solemne homenaje nacional al cacique desconocido.

Se tomará un cacique cualquiera, se le inmolará, con todos los honores correspondientes a su elevada significación, y se le depositará en un mausoleo costado con los superávits que dejan en las arcas municipales los Ayuntamientos de la oprobiosa Dictadura, para que así queden otra vez limpias y con déficit.

Sobre ese mausoleo penderá una gigantesca lámpara, a la que se servirá de alimento el sudor del contribuyente.

Y todos los años desfilará el país para que olvide que el cacique es inmortal y que, por mucho que se le machaque, revive apenas encuentra ocasión para sacar cabeza.

Es necesario fomentar las glorificaciones, y no hay motivo para excluir de ella al más simbólico de los personajes políticos. (U. H., págs. 25-26, 10 feb. 30.)

EL SEÑOR ASUA NO QUIERE CONTAMINARSE.-El Ateneo de Albacete, con benevolencia inolvidable para mí, me soportó hace unas noches como conferenciante. Para después de mi conferencia estaban anunciadas otras varias: la primera, del conocido profesor don Luis Jiménez de Asúa. Cuando he aquí que la Junta Directiva del Ateneo ha recibido este apocalíptico telegrama: "Enterado conferencia ese Centro hijo Primo de Rivera, niégome terminantemente a ir yo. Asúa".

Nada menos. El señor Asúa se niega a hablar donde yo he hablado. Y no así como así, sino "terminantemente". Lo dice-aun a costa de pagar más caro el telegrama- en previsión, sin duda, de que la Junta del Ateneo viniera a Madrid para llevárselo *manu militari*. Ya lo sabe la Junta: todos sus esfuerzos serán inútiles ante la sentencia del profesor.

¿Y por qué se niega a hablar el señor Asúa? ¿Por incompatibilidad de ideas políticas conmigo? Sería extraño, porque en los Ateneos suelen hablar personas de todas las tendencias, sin que la comunidad de tribuna establezca entre los oradores vínculo alguno de solidaridad. Pero, además, el señor Asúa desconoce mis ideas políticas. Ya tuve buen cuidado de no mezclarlas con la conferencia, que fue tan sólo --dentro de lo que mis estudios lo permiten- una tranquila excursión por los campos del pensamiento en pos de los filósofos y de los juristas.

No son, pues, mis ideas políticas lo que repugna al conocido catedrático: es mi apellido. Ya lo descubre en el telegrama cuando me designa por la condición (para mí incomparablemente honrosa) de "hijo de Primo de Rivera". El señor Asúa no puede poner los pies en donde los haya puesto un Primo de Rivera, ni hacer oír, su voz donde se haya escuchado la voz abominable de un Primo de Rivera. Se contaminaría.

Así, pues, lo que pretende el señor Asúa es que los individuos de la monstruosa familia a que pertenezco renunciemos a toda esperanza de vida civil. Ya no podremos consagrarnos al derecho, ni a las matemáticas, ni a la música. Nuestro deber es morir en el silencio, arrinconados, como los leprosos en los tiempos antiguos.

Claro que esto no es muy fácil de entender. El señor Jiménez de Asúa, como jurista que es (y muy notable en su especialidad, la verdad ante todo), debiera celebrar que quienes procedemos de sanguinarias estirpes dictatoriales nos apartásemos de la tradición familiar para entregarnos al cultivo del Derecho. ¿Qué sacerdote de una fe no desea la conversión de los infieles?

Pero, además, el señor Asúa, que como enemigo acérrimo de la aristocracia detesta los privilegios hereditarios, no parece que pueda ser tampoco defensor de las persecuciones hereditarias, ¿cómo va a ser justo que el llevar otro apellido atraiga proscripciones? Maravillosa manera de crear, por fuera de la sangre, una aristocracia al revés.

En fin: la cosa no es para preocuparse mucho. Estas contradicciones entre el liberalismo de ideas y la intransigencia inquisitorial de conducta son frecuentes en las personas nerviosillas. Sólo una duda me espanta: ¿cuánto tiempo pesará sobre mí la maldición del señor Asúa? ¿Diez años? ¿Veinte años? ¿Se transmitirá a mis hijos? ¿Tal vez a mis nietos?

¡Pobres de nosotros! (T. I., págs. 16-17, 26 feb. 30.)

CONSEJOS.-UN GRITO EN LA NOCHE.-PARA LOS VENDEDORES DE "REBELION".
Anoche íbamos tranquilamente a echar una carta en el Correo Central. Al pasar entre las mesas de un café instalado al aire libre, resonó cavernosamente tras nosotros -y nos hizo volvernos- un grito ronco:

-¡"Rebelión"! ¡Compre usted "Rebelión"!

Quien lo profería no era un vendedor profesional de periódicos. Era un hombre cetrino, greñudo, de hosco semblante. La voz salía de no se sabe qué misteriosa profundidad, y era baja, ululante, sombría.

-¡Compre usted "Rebelión"!

Si dijera que en el humor con que aquel individuo pregonaba iba amasado con el odio de las instituciones un inextricable complejo de contrariedades privadas: la de ser feos (como nos ocurre a muchos), la de ser célibe, la de estar atropellado de dinero y la de verse obligado a soportar en Madrid, sin pasatiempo ni alivio, toda la calentura canicular.

Si hubiéramos tenido confianza con él, nos hubiéramos permitido aconsejarle:

-Hombre, no pregone usted así. Le da usted a su grito como una resonancia agorera de calamidades. Y si la gente se acostumbra a ver como calamidad la rebelión que usted anuncia, ¿quién va a mirarla con simpatía? No imprima a su voz cavernosidades de responso; dele un sonido vibrante de clarín de triunfo. Y en vez de gritar imperativamente: "Compre usted "Rebelión" (a lo que todo español instintivamente responde: "¡No me da la gana!"), insinúe con atractiva malicia: "¿Quién me compra "Rebelión"? ¡Hoy viene "güena"!

No nos decidimos a dar estos consejos al vendedor, cuyos misteriosos ronquidos aún resonaban en el paseo. Dos o tres niños, despavoridos, rompieron a llorar en brazos de sus niñeras. Después de todo, si los niños pequeños no se asustan, ¿quién se va a asustar de "Rebelión"? (U. H., págs. 38-39, 28 jul. 30.)

I

MI PRIMER DRAMA POLICIACO.-Oigo unos golpes entre sueños, y empiezo a despertar poco a poco. ¿Son los golpes soñados? Medio dormido y medio despierto empiezo a percibir que no; los dan en la puerta de mi cuarto, efectivamente.

-Adelante -digo.

Un servidor de casa murmura entre las sombras, con voz emocionada: -Vienen varios policías a registrar el hotel y a llevárselo.

-¿A llevarme el hotel? -No; a llevarse al señor. ¿Sigo soñando? Entiendo las cosas confusamente.

Busco el reloj a tientas, y a la luz que empieza a penetrar por la entreabierta ventana, distingo la posición de sus manecillas; las siete.

-Bien, Manuel comunico al servidor;- diga a esos señores policías que estoy en la cama, como es natural; pero que si me esperan unos minutos me presentaré a ellos en seguida.

Empiezo a vestirme, contrariado por la hora de sueño que me roban. Según me visto se va disipando mi somnolencia, y al mismo tiempo voy recobrando a mis propios ojos, la grandeza dramática de que la situación me inviste. Soy un perseguido: Una "víctima de la República". Esto abre ante mí el panorama de las más risueñas perspectivas. Después de lo que han medrado muchas pobrecitas víctimas de la Dictadura, ¿quién no apetece ser perseguido por algún régimen?

Acabo de vestirme y salgo.

Cinco policías me esperan. Se les nota en las caras el insomnio. Con la más amable corrección me notifican el enojoso encargo que les trae. Desde la puerta nos contempla el criado de antes y dos sirvientas casi acongojadas. Yo conservo mi admirable serenidad. ¡Qué hermoso espectáculo!

-Estoy a sus órdenes, señores -sentencio-. Pueden registrar toda la casa. El registro no puede ser más cortés, pero tampoco más minucioso. Sin embargo, tengo la suerte de que no descubran cinco ametralladoras que guardo en la cocina, y buen golpe de granadas de mano ocultas en los nidos del palomar. Respiro.

-Ahora, perdone usted -me dice el agente de más categoría-, no tenemos más remedio que llevarle con nosotros a la Dirección.

-Vamos.

Me pongo el abrigo. Salimos al jardín. Dos automóviles aparecen detenidos ante la verja. También están en el camino varios policías más. ¿Por qué han venido tantos? ¿Preveían tal vez una resistencia armada?

Delicadamente se me invita a subir a uno de los coches. Subo. Y en seguida, con voz estoica, me vuelvo a los criados, que se imaginan espectadores de una tragedia.

-Nadie se apure -exclamo-. Oculten esto a mis hermanas. Díganles que salí temprano con unos señores. Espero volver pronto; antes, sin duda, de tres años. Pero, venga lo que venga, tengo el ánimo para todas las adversidades.

Lástima que tan hermosas palabras se pierdan para mi auditorio. Porque cuando las digo ya el auto corre hacia la Dirección General de Seguridad.

II

Debe ser urgente el interrogarme, puesto que, de lo contrario, ¿para qué se ha hecho madrugar de esta manera a los policías, a los criados de casa y a mí?

Pero nada de eso. Pasan las horas, tres horas, cuatro horas, y nadie me pregunta nada. No lo entiendo. Si hasta mediodía no se me iba a tomar declaración, ¿no era más cómodo haberme citado por las buenas para que compareciese en la Dirección General de Seguridad?

No es probable que optase por la fuga. Madrid se halla a 500 kilómetros de la frontera, y en tan larga distancia no es difícil prender a un fugitivo. O pudo detenerse en casa, a eso de las diez, cuando ya está uno, después del aseo, un poco más presentable. Pero, sin duda, todo esto que pienso es necesidad. Las autoridades saben lo que hacen. Además me llevan una gran ventaja; ellas conocen el delito de que soy autor, mientras que yo no tengo todavía la menor idea de cuál pueda ser. Así, pues, ellas están en muchas mejores condiciones que yo para medir mis tentaciones de fugarme. Me rindo ante lo formidable del argumento.

Aún vislumbro otro. Yo soy un profano en las funciones policiacas. No así el Director de Seguridad. Yo puedo pensar irreverentemente, que una detención está bien hecha con sólo que uno llegue a la Dirección en la discreta compañía de un agente. Pero el Director tiene que atenerse a las normas clásicas. Hay que dar a las detenciones cierto matiz folletinesco. El amanecer sobre un hotel en Chamartín; ocho policías; dos automóviles; un registro domiciliario... Todo eso es emocionante y magnífico. Hubiera sido imperdonable la supresión de tales accidentes. No cabe duda, tiene razón el Director de Seguridad.

III

Las cinco de la tarde. Llevo aquí nueve horas incomunicado -así me han dicho-, y aún espero el primer interrogatorio. No llega.

Estas horas de soledad son propicias al remordimiento. Quisiera aprovecharlas para arrepentirme de la culpa que debo haber cometido. Pero, ¿cuál será? No tengo más remedio que ponerla en claro para borrarla con mi contrición. Sin embargo, el examen de conciencia a que me someto sólo alumbra resultados exiguos. Acaso hace unos días, en cierto bar, hice pasar un duro sospechoso. Pero se lo advertí al barman, que no puso objeción en admitirlo. ¿Me habrá denunciado después, el muy traidor?

No debe ser eso. Indudablemente estoy complicado en un grave crimen. Nueve horas de incomunicación prometen sensacionales descubrimientos. Debo ser un criminal extraordinario, de esos que inspiran con sus hazañas todo un romancero. Yo no recuerdo haber cometido ninguna enormidad medio interesante. Cuando me armé caballero de Santiago se me hizo jurar que nunca di muerte a clérigo alguno. Lo juré sin falsedad ni titubeo. Tampoco recuerdo haber suprimido seglares.

¡Ah! Estamos ante uno de esos casos espeluznantes de doble vida. Mi vida normal es la de un profesional pacífico. Pero vivo otra vida criminal terrible.

O tal vez no. ¡Es verdad, eso tiene que ser! ¡Qué perspicacia la del Director de Seguridad! Soy un peligroso conspirador. He sido descubierto. Estoy perdido.

Madrugada. Entre escribir las anteriores cosas, y leer algún libro, no he tenido tiempo para aburrirme. Pero sigo sin declarar, e incomunicado.

A las tres me llama a su despacho el Director de Seguridad y me dice amablemente.

-Va usted a ser puesto en libertad. No hay nada contra usted. -Ah, bueno. Gracias.

Y en un taxi vuelvo a mi domicilio.

¡Cuántos misterios! ¿Cuáles habrán sido las sospechas que recayeron sobre mí? ¿Qué comprobaciones han tenido el mágico poder de disipar esas sospechas? No lo sabré nunca.

Pero no importa. Ya soy una "víctima de la República", y eso es lo interesante. Poco más le bastó al señor Alcalá Zamora para alcanzar la Jefatura del Gobierno. Yo no aspiro a tanto; pero no quiero negarme la ilusión de entrar algún día, por mérito de mis persecuciones, en alguna Comisión de responsabilidad. O la de ser nombrado Director General de Seguridad. (T. I., págs. 90-93, 12 nov. 31.)

Fiscal: ¿Heff no preparó una entrevista de usted con Hitler? José Antonio: ¡Jamás!, no he visto jamás a Hess.

Fiscal: Lo de Hess o Heff, lo mismo da. Ahora, si le conoce mejor el procesado, eso varía. Yo sigo con Heff, mientras no se demuestre lo contrario con un diccionario. Claro que, cuando el procesado lo dice, él sabrá por su superior cultura.

José Antonio: Bien; el señor Fiscal sabe que mi cultura es bien modesta, pero que la uso. (F. a F., pág. 67, 16 nov. 36.)

Un extravagante diputado se quejó hace varios días de que los cañones encargados para el "Méndez Núñez" no sirvieron para entrar en combate.

Airado frente al que hablaba, como un verdadero barco de guerra frente al "Méndez Núñez", se levantó otro señor. Todos preguntaron:

-¿Quién es? ¿Quién es?

Alguien de esos que están en todos los secretos explicó:

-Es el ministro de Marina.

Y dijo, poco más o menos, el señor ministro de Marina:

-Yo, por mi temperamento pacifista, no he pensado ni por un momento en que el "Méndez Núñez" pueda entrar en combate. Lo que quiero es dar trabajo a los obreros del arsenal.

Las personas sin experiencia parlamentaria pensarán que también trabajarían los obreros en instalar cañones presentables. Otros tal vez crean que los barcos de guerra, por antipática que sea la guerra, deber servir para la guerra. Pero semejante lógica es totalmente recusable. Si en España dedicásemos los cruceros a cruceros y los cañones a cañonea, ¿cómo iba a ser ministro de Marina el ministro de Marina? (O. C., pág. 149, 1 feb. 34.)

EL LUSTRO MENOS PENSADO.-Todos ruegan, preguntan e interpelan al ministro de la Gobernación: Pero lo hacen con esa ternura que se guarda para los enfermos graves. El pobre señor ministro está a punto de dejar de ser ministro: así lo viene anunciando desde noviembre; ¿para qué amargarle, pues, los últimos días?

Por otra parte, el señor ministro es muy simpático y muy discreto. Todos le tienen ley. Pero, sobre todo, esa inminencia de su dimisión...

Y así, el señor Rico Avello va prolongando sus días, mimado por todos. También hay enfermos graves que se las arreglan para mantener viva, años y años, la inminencia de su muerte, y prolongan así una grata vida de solicitudes. Cuando murió uno de esos enfermos fue cuando se dijo: "Por fin ha muerto don Fulano de Tal." Para el señor Rico Avello habremos de inventar otra. "Parece confirmarse que el lustro menos pensado dimitirá el ministro de la Gobernación." (O. C., págs. 132-133, 18 ene. 34.)

En la sesión del viernes último se apagaron las luces del Congreso.

Las Cortes llevan poco más de un mes de vida y ya se arrastran en la decrepitud. Así, en las sesiones de los martes faltan los diputados de provincias que han demorado su regreso; en las de los miércoles hay alguna gente más; en las de los jueves empieza la desbandada; las de los viernes sin un himno al desmayo. Así, de puro desmayo en el ambiente, las mismas luces se desmayaron una y otra vez. Primero se apagaron todas. Luego se encendieron. Después se volvieron apagar. Por último, alumbraron cinco o seis candelabros eléctricos y unas cuantas velas de estearina. En aquella penumbra como de velatrio siguió aleteando la sesión. Dos o tres diputados socialistas, fieles cumplidores de su deber, se esforzaron en contar cosas truculentas para animar a los reunidos. Desfilaban entre las sombras fantasmas de cadáveres y reminiscencias crueles. Pero nada. Aquello languidecía y languidecía. Todos estaban en el secreto: el señor Alba había rogado a los socialistas que amenizasen la tarde, y los socialistas le complacían narrando tragedias. Pero nada: nadie lo creía.

Las luces continuaban escasas y amarillas. El salón de sesiones era un recinto lleno de tedio. Se adivinaba el día en que el pueblo, no contento del todo con aquellas luces medio apagadas, habría de entrar en el salón de sesiones para decir definitivamente:

-Apaga y vámonos. (O. C., pág. 138, 25 ene. 34.)

En la tribuna de ex-diputados varios viejos aristócratas cuchichean con el mismo brillo en sus puños, con la misma pulcritud en las calvas y con los mismos ademanes de hombres de mundo con que comentarán por la noche las pantorrillas de las segundas tiples en la platea de la Antigua Sociedad de Palcos. (O. C., pág. 228, 26 abr. 34.)

CABARET.-Cuando quiere agitarse contra nosotros el repertorio de los insultos se nos llama señoritos de cabaret. A todos en general y a cada uno en particular, sobre todo si ocupa puesto visible en nuestra jerarquía.

Quisiéramos contribuir a la eficacia ofensiva de nuestros adversarios poniendo un poco en orden sus ideas acerca de los cabarets y disipando la reverente atracción que, sin querer, denuncian hacia tan discutidas instituciones.

A nuestra edad, queridos adversarios, a nuestra edad, y en las circunstancias enérgicas en que los más de la Falange vivimos, el cabaret, no es ningún arcano de tentaciones. Es por el contrario, lugar adonde iríamos si el servicio lo exigiera con el ánimo propicio a la dura prueba del tedio.

Sólo conocemos tres ejemplares humanos atraídos por el cabaret, el viejo verde, el jovencito que quiere jugar al hombre de aventuras y el candidato a diputado socialista. Salvo el primero, que suele ser incurable, los otros dos son clientes de cabaret por poco tiempo: el jovencito se aparta de él cuando cumple unos años más, y el candidato socialista, en cuanto, elegido, logra costearse con un pellizco a la primera mensualidad de dietas la iniciación en el ámbito misterioso.

Por eso a nadie que no sea viejo verde, jovencito lánguido o candidato socialista, se le ocurre vituperar a nadie llamándole señorito de cabaret. Para que esta palabra diabólica conserve su prestigio a los ojos del que insulta es menester que éste se halle dotado de una envidiable ingenuidad. Ya se le quitarán a nuestros ofensores las ganas de llamarnos señoritos de cabaret cuando algún día, por azar, entren en alguno y descubran que el mayor de sus atractivos consiste en la sorpresa de averiguar que la señorita de ojos con rimmel, a cuya mesa fue a sentarse el aspirante a libertino, había devorado, antes de su llegada, dos jugosos bistecs y acaba de pedir la cuenta al camarero. (O. C., págs. 483-484, 14 abr. 35.)

ARTE DE IDENTIFICAR "REVOLUCIONARIOS".-Quienquiera se tropiece con un feroz revolucionario -o gevolucionario, según dicen algunos guturalizando la r-, con uno de esos revolucionarios tan feroces, tan feroces, que juzgan falsos revolucionarios a todos los demás, debe plantearse así mismo, como tema de investigación instructiva, la pregunta siguiente: ¿De qué vive este sujeto?

Porque hay tremebundos revolucionarios que ganan, por ejemplo, en una oficina pública 450 pesetas al mes y que gastan 2 ó 3.000 entre viajes, alojamiento independiente, invitaciones a cenar y salario de tres pistoleros en automóvil para protección de sus preciosas vidas.

Si alguien se obstina en averiguar de qué manera los tales revolucionarios repiten con sus parvos ingresos el milagro de los panés y los peces, no tardará en descubrir como fuente secreta de tales dispendios la mayordomía de algunos millonarios archiconservadores o ciertos fondos estables dedicados a la retribución de confidentes. O las dos cosas, que de todo hay en la viña del Señor. Esta abyección inicial aceptada por el pobre revolucionario matiza todos sus gestos y actividades. Unos y otros acaban por adaptar el color de la estafa: desde la afirmación de poseer secretos comprometedores hasta las alocuciones ingenuas, en letras de molde,

dirigidas e imaginarias masas cuya simpática escasez permitiría de sobra la celebración de juntas generales en las plataformas de un tranvía.

Esto de que un individuo tenga que vender su cualidad de persona decente a cambio de unos cochinos duros (duros, ¡ay!, que sólo recibirán mientras su abyección convenga a los amos) es, aunque triste, un corriente episodio individual. Pero ya es peor que el tal individuo, para devengar su salario, tenga que jugar con la crédula desesperación de unos pobres obreros a los que promete redimir. O que se dedique a injuriar a quienes con sacrificio serio de posiciones, ventajas, tranquilidad y afectos, llevan adelante la durísima tarea de alistar y curtir en la abnegación a una magnífica juventud patria.

Que este movimiento pujante ponga en zozobra a los fabricantes de falsos patriotismos y estados corporativos fiambres, no tiene nada de particular; pero que al servicio de esos fabricantes haya tipos de revolucionarios afeadamente mal vestidos y sucios, con la boca llena de demagogias corajudas, es una inmundicia. Las agrupaciones sanas eliminan esa inmundicia normalmente, sin aspavientos ni sorpresas. (O. C., págs. 441-442, 21 mar. 35.)

Entre los muchos atractivos del régimen parlamentario no es el menor éste: nunca se sabe de seguro cuando van a pasar las cosas. Una corrida de toros nunca se retrasa cinco minutos; una función de teatro no se demora más de quince; una española no se hace esperar a una cita más allá de hora y media. Pero en el Parlamento, lo mismo pueden pasar las cosas hoy que la semana que viene, que dentro de un mes.

Se discute, por ejemplo, acerca de una interpelación sobre el cultivo del calabacín. El jefe de una minoría decide que, en nombre de ella, intervenga el novel diputado señor Equis. Y el señor Equis, se apresta a esgrimir sus primeras armas parlamentarias.

El señor Equis, agazapado en su escaño, tiene ya preparado el discurso. Aguarda el momento de pedir la palabra. Tiembla y vacila. Un escalofrío le recorre a veces desde la nuca hasta el almohadón de terciopelo de su escaño. La discusión prosigue. El orador de turno emite un concepto que da pie al señor Equis para pedir la palabra. El señor Equis, tiene que decir:

-¡Pido la palabra!

Pero la voz se le resiste. Una timidez insuperable le contiene. El señor Equis lucha consigo mismo. Por fin se decide. Cuando se decide, el orador de turno está hablando ya de otra cosa que no tiene nada que ver con el señor Equis. Pero el señor Equis va decidido, levanta un dedo, mira al Presidente y, con humildad, dice:

-Pido la palabra.

El orador suspende un instante su discurso, se vuelve hacia el señor Equis y le contempla cómo diciendo:

-¿Por qué se le habrá ocurrido pedir la palabra a este señor?

De varios sectores miran hacia el señor Equis. Se oye un murmullo: -¿Quién es? ¿Quién es?

Algunos sordos le consideran interruptor y preguntan a los vecinos: -¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho.

El señor Equis, turbado por esa expectación, se dedica a morderse las uñas. El orador de turno termina. El señor Equis cree que le van a conceder la palabra y pasa una congoja. Pero resulta que el señor Presidente tiene. en lista a otros varios señores que han pedido la palabra. Hablan uno detrás del otro. Cuando el señor Equis considera inminente su llamada, el señor Presidente dice:

-Se suspende esta discusión. Orden del día.

El señor Equis sale a la calle con su discurso inédito. Tal vez en la sesión siguiente tampoco le corresponda hablar. El discurso ya es una pesadilla. Se lo ha ,repetido a sí mismo mentalmente una y otra vez. Las frases culminantes le obsesionan. El señor Equis anda ensimismado. Contesta maquinalmente cuando le hablan. En las Cortes, rumiando su discurso, no se entera de lo que dicen los demás. Cuando su vecino de escaño, aludiendo a lo que se

dice allí, exclama "¿Qué tontería!", el señor Equis sonrío para fingir que se está enterando. Así, al cabo de varios días, cuando ya casi ha perdido la esperanza de hablar, cuando ya no puede soportar el tormento de su discurso retrasado, suena la voz del Presidente:

-El señor Equis tiene la palabra. El señor Equis se pone en pie, lívido.

Pero todavía el Presidente demora su intervención un poco más:

-Perdone su señoría, el señor Ministro de Marina va a leer un proyecto de ley.

El Ministro de Marina sube a la tribuna y lee unas cosas entre dientes. Por fin otra vez:

-El señor Equis, tiene la palabra.

Así, previa esa dramática gestación, viene al mundo la humilde y honrada mediocridad de esos discursos que empiezan:

-Señores diputados: me levanto a hacer uso de la palabra, muy brevemente, porque es necesario fijar la posición de esta minoría ante el interesante problema que se debate. (O. C., págs. 185-187, 1 mar. 34.)

¿Y sabe el Gobierno y sabe la Cámara cómo se resuelve la primera vez? Pues tratando de asesinar por la espalda al estudiante Baselga, de Zaragoza, a quien reputan fascista los de la F. U. E. (un señor diputado: "¿Y, Matteoti?") ¡Hombre, Matteoti! ¿Pero qué me dice S. S. de Matteoti? Acuérdense de Caín y Abel. ¡Aquello si que fue tremendo! (O. C., pág. 142, 1 feb. 34.)

El señor Pérez Madrigal: ¿Y vuestro Azaña? ¡Yo creo que está más vacío que nadie! ¿Por qué no viene?; ¿Por qué sigue ausente o huido? (risas y rumores).

El señor Primo de Rivera: ¡Cálmese su señoría, que ya llegará también a Ministro! (T. I., pág. 201, 7 mar. 34.)

El mejor número cómico de la semana pasada ha sido otro manifiesto de la J. A. P. publicado con puntos y comas en ABC, y sabiamente pasado en silencio por "El Debate". Firmaban este manifiesto el diputado a Cortes señor Calzada y otro señor, cuyo nombre sentimos mucho no recordar.

Todo lo que se pueda decir en cuanto a plagios ya, a fuerza de descaros, divertidos, se había dado cita en el documento; cuantos conocen desde hace dos años a los que nos observan -invocaciones al Imperio, unidad o comunidad de destino, hasta "yugo y flechas", así, sin embozo- ha sido embutido llanamente por el señor Calzada y su colaborador en un bloque de prosa que era un verdadero regalo del espíritu; ver nuestras frases al pie de la letra, incrustadas sin asimilación posible entre la maraña de un estilo totalmente diverso, nos ha deparado de veras una de las más sanas alegrías experimentadas en los últimos tiempos.

Hemos conocido colaboradores espontáneos de periódicos que enviaban, firmadas por ellos, no trozos literarios apenas conocidos, sino composiciones aureoladas por la más campechana popularidad. A un diario de provincias mandó cierto espontáneo aquello de

Oigo, patria, tu aflicción,

y escucho el triste concierto...

La redacción se sintió tan refrescada por el buen humor que hasta organizó un homenaje público al plagiario. Este lo aceptó con toda seriedad, convencido de que nadie había reparado en el hurto. "¿Por qué no organizamos un homenaje al señor Calzada, "autor" del manifiesto de la J. R. P.?" (O. C., pág. 594, 6 jun. 35.)

ELOGIO

Hoy ha comido el Nuncio en la Embajada.

¡Bien debió de cenar su señoría!
Pero yo por su cena no daría
la cena sin igual de esta posada.
¡Oh insigne sopa de ajo! ¡Oh ensalada!
¡Oh rubios bartolillos! ¡Oh judías
con trozos de chorizo decoradas!
¡Oh glorioso yantar de hechuras viles!
¡Oh viña castellana y andaluza
de vinos bulliciosos y viriles!
¡Oh aceite venerable de la alcuza
que lo mismo alimenta los candiles
que alimenta al que come la merluza!
(U. H., pág. 170, 9 dic. 26.)

Sobre la inteligencia

HOMENAJE Y REPROCHE A DON JOSE ORTEGA Y GASSET.-¿Es la política función de intelectuales? A esa pregunta, lanzada en público, se aprestarían a contestar dos grupos de personas.

Primer grupo: Los que se suponen aludidos de modo directo; es decir, los que se califican a sí mismos como intelectuales. De muchos de ellos sabemos que hablan acerca de cualquier tema con la voz engolada, las cejas fruncidas y una irresistible inclinación a encorsetar todas las conversaciones entre difíciles términos técnicos, pertenezcan o no a la técnica del asunto que se discute. De otros subalternos que son extrafinos: tan finos, tan finos, que no pueden salir a la calle por temor de que los mate un soplo. Estos se agrupan en capillitas semimisteriosas, donde, a punta de dedos, se extraen a los juegos de palabras algunas gotas de belleza sólo asequible a los iniciados. Si alguien pregunta por la aportación de aquéllos -los de la voz engolada- o de éstos -los superfinos- a la tarea del pensamiento humano, llegará a saber con estupor que lo más que unos y otros han dado a luz es una sola línea; que varios han producido cien páginas de pálida hibridez, sobre las que nadie entiende cómo pueden montar los interesados lit convicción confortadora de su superioridad sobre el resto de los mortales; y que algunos han escrito, sí, varios volúmenes ininteligibles, con los cuales, de momento, acongojan al vulgo lector, humildemente convencido de su incapacidad para penetrar el maravilloso secreto de la esfinge colocada a su vista; hasta que alguna persona dotada de salud normal, y libre de respetos humanos, revela al vulgo lector cómo aquél pobre simulacro de esfinge carece de todo secreto.

Segundo grupo: Los aristófobos (¿dónde colocar esta palabra mejor que en unas líneas dedicadas a don José?): aquellos a quienes "les carga" la gente que se empeña en buscar a las cosas explicaciones difíciles. "Déjeme usted de intelectuales; los intelectuales no dan una; lo que hace falta es gente con honradez y sentido común. Si hubiera una docena de políticos decentes, España estaba arreglada en un par de años..." Así suelen formular estas personas en un minuto diagnóstico y tratamiento para el mal de España.

Como entre nosotros sólo se conciben en los dialécticos posiciones extremas (en lo dialéctico, entiéndase, porque luego, en el trato social directo, todos acaban por entenderse y tomarse unas copas juntos), los que no militan en el primero de los dos grupos imaginados se alistan animosamente en el segundo. O "intelectuales" bajo su palabra o gentes que "se saben de memoria" lo que son los intelectuales y para lo que sirven.

Claro está que ni con un grupo ni con otro tiene que contar para nada el que se proponga dedicar unos minutos a meditar esta cuestión: ¿es la política función de intelectuales?

Específicamente, la política no es función de intelectuales. Pero no, ni mucho menos, por las razones que aducen los aristófobos. Si una política no es exigente en sus planteamientos - es decir, rigurosa en lo intelectual-, probablemente se reduce a un aleteo pesado sobre la superficie de lo mediocre. Tiene que buscarse una explicación más profunda al reiterado fracaso de los intelectuales en la política. Acaso valga ésta

Los valores en cuya busca se afanan los intelectuales son de naturaleza intemporal: la verdad y la belleza, en absoluto, no dependen de las circunstancias. El hallazgo de una verdad no admite apremios por consideraciones exteriores. Uno de los más bellos rasgos de la vocación científica está en esa abnegación con que los operarios de la inteligencia se afanan, a veces, en seguir un rastro a cuyo término no le permitirá llegar la limitación de la vida. Legiones de sabios oscuros caminan por desiertos hacia tierras de promisión que sus ojos no verán nunca. En cambio, la política es, ante todo, temporal. La política es una partida con el tiempo en la que no es lícito demorar ninguna jugada. En política hay obligación de llegar a la hora justa. El binomio de Newton representaría para la Matemática lo mismo si fuera formulado diez siglos antes o un siglo después. En cambio, las aguas del Rubicón tuvieron que mojar los cascos del caballo de César en un minuto exacto de la Historia.

Un hombre educado en la busca de valores intemporales es decir, un intelectual- puede ser cualquier día llamado por la política. En ocasiones no es siquiera moral resistirse al llamamiento. Hay coyunturas de conmoción del mundo o de la Patria en que puede resultar monstruoso permanecer bajo la lámpara de la propia celda. Pero si se acude al llamamiento de la política no se puede acudir a medias. Así como con la ciencia no se puede flirtear -don José lo ha dicho-, con la política tampoco. Y no basta con llevar decisión más profunda que la de un simple flirt; hay que percatarse de que el paso de la ciencia a la política implica una tragedia; es decir, la asunción) de un nuevo destino y la ruptura con el anterior. Al echar sobre sí una misión política, el intelectual renuncia a la más cara de sus libertades: la de revisar constantemente sus propias conclusiones; la de conferir a sus conclusiones la condición de provisionales. El método filosófico arranca de la duda: mientras se opera en el campo de la especulación hay, no ya el derecho, sino el deber de dudar y de enseñar a los otros a que duden metódicamente. Pero en política, no; toda gran política se apoya en el alumbramiento de una gran fe. De cara hacia afuera -pueblo-historia- la función del político es religiosa y poética. Los hilos de comunicación del conductor con su pueblo no son ya escuetamente mentales, sino poéticos y religiosos. Precisamente, para que un pueblo no se diluya en el amorfo -para que no se desvertebre-, la masa tienen que seguir a sus jefes como a profetas. Esta compenetración de la masa con sus jefes se logra por proceso semejante al del amor.

De ahí la imponente gravedad del instante en que se acepta una misión de capitania. Con sólo asumirla se contrae el ingente compromiso ineludible de revelar a un pueblo -incapaz de encontrarlo por sí en cuanto masa- su auténtico destino. El que acierta con la primera nota en la música misteriosa de cada tiempo, ya no puede eximirse de terminar la melodía. Ya lleva sobre sí la ilusión de un pueblo y abierta la cuenta tremenda de cómo la administre. ¡Cuál no ha de ser su responsabilidad si, como el poema de Browning, arrastra a una turba infantil detrás del caramillo para sepultarla bajo la montaña de la que no se vuelve!

Don José Ortega y Gasset -que cumple en estos días veintiocho años de profesor- oyó la vocación de la política. En esta hora de valoración, ¿quién podrá negarle, si es justo, la clarividencia crítica y la limpieza moral de sus actitudes? No tuvo que expresar a gritos el dolor de España -"acostumbro a gritar pocas veces", ha dicho-; pero nosotros, los hombres nacidos del 98 acá, entendemos muy bien el escozor entrañable que esconde la sobriedad castellana de sus gestos. Acaso porque hayamos aprendido a identificarla en libros suyos. ¡Cómo se nos sube hasta la garganta la mediocridad de una España sin alma común, que al descalzarse. el coturno del Imperio no halló modo de andar si no era poniéndose en babuchas! No; don José no quiso hacer de la política un flirt, pero se dio por vencido. Cuando descubrió que "aquello", lo que era, no era "aquello" que él quiso que fuese, volvió la espalda con desencanto. Y los conductores no tienen derecho al desencanto. No pueden entregar en capitulaciones la ilusión maltrecha de tantas como les fueron a la zaga. Don José fue severo con sí mismo y se impuso una larga pena de silencio; pero no era su silencio, sino su voz lo que necesitaba la generación que dejó a la intemperie. Su voz profética y su voz de mando.

Otro acaso intentara dar por nulos estos años de expedición a la política. Reintegrarse a las viejas tareas con un "aquí no ha pasado nada". Don José sabe que nada de lo que ha pasado de veras se puede dar por nulo. Las actitudes trágicas -como ésta de saltar a la política-, no tienen vuelta: o se desenlazan a la otra orilla o se estabilizan en la diaria tragedia, maravillosamente depuradora, de comprobar frustrada la que fue más ardiente esperanza de la propia vida.

Pero nada auténtico se pierde. Cuando un "egregio espíritu" se entrega por entero, hasta agotarse en frustración generosa, nunca se dilapida el sacrificio. Los que vienen detrás tienen ya ganado incluso el aprendizaje de los errores. La crítica precursora ha desbrozado mucho. Otros brazos, con golpes más simples y más fuertes, seguirán la tarea. Al final -acaso en un final no previsto, en los instantes de la crítica precursora-, los que lleguen tendrán un recuerdo de gratitud para los que si no vieron del todo la verdad o no tuvieron fuerzas para entronizarla, al menos deshicieron a cuchilladas muchos espantapájaros armados con mentiras.

Una generación que casi despertó a la inquietud española bajo el signo de Ortega y Gasset se ha impuesto a sí misma, también trágicamente, la misión de vertebrar a España. Muchos de

los que se alistaron hubiesen preferido seguir, sin prisas ni arrebatos, la vocación intelectual... Nuestro tiempo no da cuartel. Nos ha correspondido un destino de guerra en el que hay que dejarse sin regateo la piel y las entrañas. Por fidelidad a nuestro destino andamos de lugar en lugar soportando el rubor de las exhibiciones; teniendo que proferir a gritos lo que laboramos en la más silenciosa austeridad; padeciendo la doformidad de los que no nos entienden y de los que no nos quieren entender; derrengándonos en ese absurdo simulacro consuetudinario de conquistar la "opinión pública", como si el pueblo, que es capaz de amor y de cólera, pudiera ser colectivamente sujeto de opinión... Todo eso es amargo y difícil, pero no será inútil. Y en esta fecha de plata para don José Ortega y Gasset se le puede ofrecer el regalo de un vaticinio: antes de que se extinga su vida, que todos deseamos larga, y que por ser suya y larga tiene que ser fecunda, llegará un día en que al paso triunfal de esta generación, de la que fue lejano maestro, tenga que exclamar complacido: "Esto sí es!". (O. C., págs. 745-749, 5 dic 35.)

INTELIGENCIA Y HUMILDAD

ACERCA DE LOS INTELECTUALES.-Los solitarios sin amor y sin humildad. Hace veintitrés siglos, bajo los árboles de Academo, habló plácidamente de Filosofía cierto intelectual. Le llamaban Platón. No hubo menester para sus estudios de laboratorios complicados, ni recargó sus libros con intrincadas subdivisiones y prolijas notas; antes le bastó el cobijo de unas copas sombrías y la fluidez de un lenguaje fresco como el agua para dejar encendida con claridad perenne la luz de las verdades esenciales.

Había para Platón una virtud de virtudes, que llamaba la justicia. Pero no era la justicia cualidad simple, sino armonioso resumen de otras tres cualidades: sabiduría, fortaleza y templanza. De ahí que ni la sola sabiduría, ni la sola fortaleza, ni la templanza sola, por excelentes que fueran, bastasen para alcanzar la cumbre perfecta, compleja, de la justicia.

De Platón aquí la historia del mundo guarda los nombres de muchos intelectuales. Por fortuna para nosotros los españoles del siglo XX, nunca hubo tantos ni tan ilustres como aquí ahora. Detrás de cada esquina, en cada redacción de periódico, en cada ajado y maloliente saloncillo del Ateneo, damos con docenas de Platones. Tampoco ha habido tiempos en que se alcance la omnisciencia tan fácilmente como en nuestros días. Antes era preciso quemarse las pestañas, sangrar por los codos sobre los duros ejercicios, encanecer en las Universidades y no desmayar en la frecuencia de los textos. Hoy, todo estudiante que sepa rudimentos de alemán puede aspirar a catedrático, y sin más que un misterioso gesto taciturno, unas gafas de concha, cierto lenguaje anguloso, con mucho ademán y mucho transido, y tal cual somera lectura de los ensayistas de moda, le es lícito a cualquier' jovenzuelo alistarse en esa muchedumbre que se conoce con el vago apelativo de la Intelectualidad.

Pero nuestros intelectuales de ahora, enmendando la plana mercedamente a aquel pobre griego de Platón, ya no consideran que la virtud suprema se halle en un compuesto de sabiduría, fortaleza y templanza, sino que, prescindiendo de las otras dos, deifican sólo a la sabiduría, a la inteligencia. Olvidan que es muy poco ser inteligente cuando no se es, además, bueno y valeroso.

De ahí que el intelectual se convierta en monstruo; en hombre tan incompleto como pueda serlo un boxeador falto de las primeras letras. Este habrá sacrificado al desarrollo del músculo incluso el cultivo de la inteligencia; se habrá convertido en una máquina de golpear. Pero aquél no sólo habrá desdeñado la atención del cuerpo, sino que habrá llegado a extirpar todos los brotes del espíritu no escuetamente intelectuales; se habrá trocado en un artificio para discurrir. Tan lejos están el uno como el otro del armonioso equilibrio de virtudes.

Por ese camino han llegado los intelectuales, tras del encanijamiento físico y el desaseo, a la más desoladora aridez espiritual; se han vuelto fríos, inhospitalarios. Insociables también, porque los cenáculos en que de cuando en cuando se congregan no les sirven, como los suyos a los hombres normales, para el sereno comercio de la amistad, si no para verter los humos hostiles almacenados contra todo lo existente durante las horas de reclusión.

Los pobres intelectuales son solitarios sin cordialidad. Impenetrables a todos los efectos; no vibran como nosotros ante las mujeres, ante los niños, ante las alegrías y los dolores humanos. No participan en los movimientos elementales de los demás hombres. Se deshumanizan. Para un intelectual nada es respetable fuera de sus pensamientos. Si, por ejemplo, un niño -Compendio de lo bella y de lo bueno- llora pared por medio de un intelectual, estorbándole en su trabajo, el intelectual, irritado, deseará la muerte del niño. ¡Cómo si un niño no importara mucho más que todos los ejercicios del entendimiento!

Y como estamos hechos para vivir socialmente, para aprender unos de otros e irnos puliendo con el roce, los intelectuales solitarios acaban por llenar de soledad la de ellos mismos; se endiosan, se enamoran de sí propios y menosprecian a todo lo que esté fuera. Lo menosprecian con ira. En vez de disfrutar de ese tranquilo goce de la verdad ganada, viven con continuo recelo, en continuo rencor, como si adivinasen que sus flamantes doctrinas se van a marchitar tan pronto como las recién desechadas.

La pacífica posesión de la verdad es premio reservado a los humildes. Casi todos los grandes hallazgos vinieron por sorpresa, cuando menos estaba la mente envanecida por el soberbio barrunto de la cima próxima. Y estos intelectuales no saben ser humildes. Por eso han de pasar la tortura de ver deshojarse una tras otra todas sus conquistas, y la humillación de sentirse desdeñados por sus propios discípulos. Y por eso parece que toman anticipada venganza despreciando enconadamente a quienes les precedieron.

No hay nada más efímero que las modas intelectuales. Ni tan contagioso como la pedantería con que se adoptan. Todos hemos sentido el influjo de ese mal, poco más o menos a la edad del pato. Pero así como hay quien no sale nunca de la edad del pato, hay quien se queda contaminado de pedantería hasta la muerte. Me acuerdo de mi sarampión: lo pasamos juntos casi todos los que estudiábamos Derecho en la Universidad de Madrid allá por el año 1920. Acabábamos de descubrir a Duguit, el desenfadado profesor de Burdeos, cuya sola cita, transcurridos apenas diez años, ya suena a vieja. Duguit, en unos libritos y unas conferencias que se leen en tres horas, hacía tabla rasa de todo lo edificado hasta entonces en las ciencias jurídicas. ¡Para qué queríamos nosotros más! Tres horas de lectura bastaban para estar al cabo de la calle y desdeñar con definitiva suficiencia incluso a los maestros. Sin más esfuerzo: como si las meditaciones y los estudios que convencieron a Duguit hubieran sido minuciosamente contrastados por nosotros mismos. Así, cuando algún veterano profesional, con afectuoso interés por nuestros estudios, nos preguntaba si conocíamos tal o cual libro, nunca faltaba entre mis compañeros quien contestara dignamente: "No lo conozco". Pero no con rubor de su ignorancia, no, sino con altiva conmiseración hacia aquel pobre anticuado que aún tomaba en serio las obras anteriores a Duguit. La divina misericordia, infinita para los que no saben lo que hacen, nos habrá perdonado ya la necesidad de entonces.

Pidámosle también que perdone a los que no se han curado de ella, a los solitarios sin amor y sin humildad. A las pobres almas sobre cuya aridez no ha pasado nunca, fecundante, la brisa de los jardines de Atenas. (T. 1., págs. 32-34, 29 jul. 30.)

INTELIGENCIA Y PUEBLO

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL HOMENAJE TRIBUTADO EN MADRID A ANTONIO MACHADO, EN LA NOCHE DEL 27 DE NOVIEMBRE DE 1929.-Dijo el orador que se trataba de un homenaje a dos intelectuales henchidos de emoción humana, receptores y emisores de la gracia, la alegría y la tristeza populares. Sentido y estilo de intelectuales que contrastó con el intelectual inhospitalario y frío, encerrado en su torre de marfil, ajeno, insensible a las vibraciones del verdadero pueblo. (T. 1, pág. 7, 27 nov. 29.)

Seamos buenos universitarios, pero seamos también partícipes en la tragedia de nuestro pueblo. (O. C., pág. 398, 21 ene. 35.)

INTELIGENCIA Y ESTILO

No faltan consejeros oficiales que nos digan, Dios sabe con qué intención: "Hay que hablar al pueblo de una manera tosca para que lo entienda". Eso es una injuria para el pueblo y para nosotros, que no aceptamos ningún lenguaje para hablar, porque, como también decía Rafael, nos sentimos carne y habla del pueblo mismo.

¿Quién ha dicho que nuestro pueblo sólo entiende lo zafio? En el teatro de Calderón está toda la Teología y toda la Metafísica contenidas en la forma más disciplinada, y, sin embargo, fue bien popular. Bien popular somos nosotros -mira, Eugenio, las caras que nos rodean- y bien nos entendemos contigo. Precisamente porque lo somos, no somos "castizos, no estamos como el pez en el agua en esta España que nos tocó vivir. Al contrario, andamos por los caminos sin reposo ¡porque España no nos gusta nada, porque la que nos gusta es la otra, la exacta, la difícil! (O. C., pág. 418, 24 feb. 35.)

No te tuvo Dios de su mano, camarada, cuando escribiste: "Si F. E. sigue en ese tono literario e intelectual no valdrá la pena de arriesgar la vida por venderlo".

Entonces, tú que ahora formas tu espíritu en la Universidad bajo el sueño de una España mejor, ¿por qué arriesgarías con gusto la vida? ¿Por un libelo en que se llamara a Azaña invertido y ladrones a los ex-ministros socialistas? ¿Por un semanario en que quisiéramos tender las líneas del futuro con el lenguaje pobre, demayado, inexpresivo y corto de cualquier prospecto anunciador?

Es posible que si escribiéramos así nos entendiera más gente desde el principio. Acaso, también, nos fuera fácil remover provechosos escándalos. Pero entonces hubiéramos vendido, por un plato de éxito fácil, nada menos que la gloria de nuestro empeño.

Si nos duele la España chata de estos días (tan propicia a esas maledicencias y a ese desgarró que echas de menos en nuestras páginas) no se nos curará el dolor mientras no curemos a España. Si nos plegásemos al gusto zafio y triste de lo que nos rodea, seríamos iguales a los demás. Lo que queremos es justamente lo contrario: hacer, por las buenas o por las malas, una España distinta de la que ahora, una España sin la roña y la confusión y la pereza de un pasado próximo; rítmica y clara, tersa y tendida hacia el afán de lo peligroso y difícil.

Hacer un Heraldo es cosa sencilla; no hay más que recostarse en el mal gusto, encharcarse en tertulias de café y afilar desvergüenzas. Pero envuelta en Heraldos y cosas parecidas ha estado a punto España de recibir afrentosa sepultura.

Camarada estudiante: revuélvete contra nosotros, por el contrario, si ves que un día descuidamos el rigor de nuestro estilo. Vela porque no se oscurezca en nuestras páginas la claridad de los contornos mentales. Pero no cedas al genio de la pereza y de la ordinariez cuando te tiente a sugerirnos que le rindamos culto.

Y en cuanto a si vale la pena de morir por esto, fíjate simplemente en la lección de uno de los mejores: de Matías Montero, al que cada mañana tenemos que llorar. Matías Montero arriesgó su vida por vender F. E. y cuando, muerto, se escudriñaron los papeles que llevaba encima, apareció un artículo suyo, que engalanó estas páginas, en el que no se llamaba a Azaña invertido, ni ladrones a los socialistas, sino en el que se hablaba de una España mejor, exactamente en nuestro mismo estilo. (O. C., págs. 217-218, 19 abr. 34.)

Pero, sobre todo, otra razón nos vedaba el tono agresivo. Aparecer en el mundo profiriendo enormidades, cuando aún no se ha tenido ocasión de ser ofendido, más parece bravata de enano de la venta que digna actitud de quien se sabe sereno y fuerte. Aunque la influencia de no pocos periódicos, totalmente ignorantes de su deber, haya implantado como costumbre el desgarró de lenguaje, nosotros entendemos que la fuerza de un estilo no reside en el desenfado de la expresión, sino en la firmeza doctrinal de lo que se escribe. (O. C., pág. 117, 11 ene. 34.)

Precisamente cuando unos cuantos nos lanzamos a fundar lo que ahora parece a Miguel Maura realidad preocupadora, nos impusimos como el más estricto deber el de conservar sobre todo, aún en las manifestaciones más ásperas de la lucha, dos cosas, que casi son una: el rigor intelectual y el estilo. Nos horrorizaba la recaída en aquellos semibalbucesos de nuestro advenimiento que interpretaba como fascismo o cosa parecida el saludo, consignas secretas y el reparto clandestino de unas docenas de pistolas. (O. C., pág. 914, abr. 36.)

Esta es nuestra Falange; esta mañana predicando en campos de Castilla; ahora, contigo en la mesa, hermano Eugenio Montes. Eso es nuestra Falange; la que integra una intelectualidad que vivió sin entraña, perdida en un esteticismo estéril, con una tierra entrañable a la que se quiso privar de toda exigencia de estilo. (O. C., pág. 417, 24 feb. 35.)

Su serena intimidad

A mí lo que me gustaría verdaderamente sería estudiar Derecho Civil e ir a la caída de la tarde a un café o a Puerta de Hierro a charlar con unos amigos. A todos nos gustaría conquistar el Perú, pero a condición de poderlo contar aquella misma noche a los amigos en rueda de café. Pero hay que elegir entre la Obra y la Felicidad. (T. I., pág. 103, s. f.)

¡Quién viviera en un país habitable, donde hubiera mayor número de buenos poetas y muchísima mayor cantidad de buena educación! (T. I. pág. 408, 8 jun. 31.)

-¿Cuál es la finalidad de su vida, José Antonio?

-Llegar a saber un poco de Derecho. Es mi carrera como una novia por la ilusión que me inspira. El Derecho, bien entendido, es Arquitectura, es Ciencia y Arte. Bajo este aspecto he tenido mucha suerte, superior, sin ningún género de dudas, a mis merecimientos. Siempre estoy descontento de mí mismo; pero a la vez conservo la impresión maravillosa que me proporciona el hablar, al descubrir en mí construcciones sólidas, bajo el punto de vista arquitectónico del Derecho. (U. H., págs. 46-47, 3 jul. 32.)

Se conocen dos clases de notoriedad: la que va de dentro a fuera y la que va de fuera a dentro. La notoriedad de la lámpara, que irradia luz, y la del reluciente boliche, que si brilla es porque refleja, pasiva y estúpidamente, la luz exterior. La notoriedad de la estrella y la del planeta deshabitado.

Hay quien sabe lanzar a tiempo la nota justa y llenar centurias con su sonido. Y hay otros que, por mera contingencia, vienen a ser en un momento histórico como los portadores accidentales del interés externo. Los primeros gozan notoriedad de lámpara: centrífuga; los segundos notoriedad centrípeta de boliche.

Hubo quien fue notorio sin ostentar más alto merecimiento que el de haber fallecido por casualidad en un incendio memorable. Lo sonado del acontecimiento vino a nimbar de pasajera notoriedad el nombre insignificante de la víctima. Y hubo también quien alcanzó notoriedad porque el azar de un sitio o de un momento, atrajo sobre él, como sobre otro cualquiera, algún rigor gubernativo.

Por eso, cuando se pasa por momentánea notoriedad, hay que tener bien firme la cabeza. "¿Será mi notoriedad centrífuga o centrípeta?" conviene preguntarse: "¿Qué sobrevivirá de mí cuando pase la contingencia que me realza?" Porque no hay nada de tan ridiculez como imaginarse estrella cuando no se es más que boliche. (T. 1, pág 15, 24 feb. 30.)

El ser caudillo tiene algo de profeta; necesita una dosis de fe, de salud, de entusiasmo y de cólera que no es compatible con el refinamiento. Yo, por mi parte, serviría para todo menos para caudillo fascista. La actitud de duda y el sentido irónico, que nunca nos dejan a los que hemos tenido, más o menos, una curiosidad intelectual, nos inhabilitan para lanzar las robustas afirmaciones sin titubeos que se exigen a los conductores de masas. (O. C., pág. 50, 2 abr. 33.)

-Para que usted me conteste a una pregunta final. ¿Por qué hubiera usted sentido más morir esta tarde?

-Por no saber si estaba preparado para morir. La eternidad me preocupa hondamente. Soy enemigo de las improvisaciones, igual en un discurso que en una muerte. La improvisación es una actitud de la escuela romántica, y no me gusta...

Salgo. En la calle, como en las buenas interviús de hace años, cae una lluvia fina sobre nuestro Madrid indeciso, bárbaro, bueno y alegre.-César González-Ruano. (O. C., pág. 208, 11 abr. 34.)

Fruto de esta inquietud de unos cuantos nació la Falange. Dudo que ningún movimiento político haya venido al mundo con un proceso interno de más austeridad. con una elaboración más severa y con más auténtico sacrificio por parte de sus fundadores, para los cuales, -¿quién va a saber como yo?- pocas cosas resultan más amargas que tener que gritar en público y sufrir el rubor de las exhibiciones. (O. C., pág. 647, ago. 35.)

Detesto la autobiografía, pero si en alguna ocasión tiene algo de disculpa la autobiografía es en un trance como éste, en que me encuentro más o menos en la posición de acusado. Y en posición de acusado me vais a disculpar la declaración autobiográfica de que yo no soy absolutamente, como el señor Prieto imagina, ni un sentimental ni un romántico, ni un hombre combativo, ni siquiera un hombre valeroso; tengo estrictamente la dosis de valor que hace falta para evitar la indignidad; ni más ni menos. No tengo, ni poco ni mucho, la vocación, combatiente, ni la tendencia al romanticismo; al romanticismo, menos que a nada, señor Prieto. El romanticismo es una actitud endeble que precisamente viene a colocar todos los pilares fundamentales en terreno pantanoso; el romanticismo es una escuela sin líneas constantes, que encomienda en cada minuto, en cada trance, a la sensibilidad la resolución de aquellos problemas que no pueden encomendarse sino a la razón. Lo que pasa es que lo mismo que el señor Prieto llega a la emoción por el camino de la elegancia, se puede llegar al entusiasmo y al amor por el camino de la inteligencia. (O. C., pág. 266, 3 jul. 34.)

Aparte de eso, puedes creer que no me siento nunca "jefe" en el sentido de lo externo y aparatoso. Cumpro en mi puesto porque lo considero mi deber, pero me interesa muchísimo más lo que pueda haber de humano dentro de mí. Ya lo irás notando cuando nuestra amistad sea más larga; y hasta te darás cuenta de que esta amistad, en cuanto tenga de comunicación e inteligencia mutua, me servirá de mucho más alimento espiritual que las aclamaciones. Lo importante, en el fondo, es tener en la vida siete u ocho personas con quienes hablar y entenderse; lo demás -la exhibición, los aplausos-, son cargas que deben llevarse sin caer en la soberbia de creerse superior a las masas (cosa que no suele ser verdad, porque en las masas hay infinitas vidas humildes llenas de valor profundo), pero tampoco en la vanidad de creerse más porque le aplaudan a uno. (T. 1, págs. 470-471, 20 ene. 36.)

POEMA INTIMO

II.-Vivamos en el mundo.

Pero tengamos nuestro mundo aparte

en un rincón del alma.

Un mundo nuestro

donde tus horas y mis horas pasen

íntimamente, luminosamente

sin que nos turbe nadie.

(U. H., pág. 169, 1925.)

Yo fui también de los que aspiraron a vivir en su celda. No sé de privilegio más atractivo que éste de haber encontrado la vocación, de haberse encontrado uno mismo. La mayor parte de los mortales viven como descaminados, acep

tan su destino con resignación, pero no sin la secreta esperanza de eludirlo algún día. He visto a muchos hombres que en medio de las profesiones más apasionantes --como, por ejemplo, la magnífica, total, humana y profunda profesión militar- soñaban con escaparse un día, con hallar un portillo que los condujera a la tranquilidad burocrática o al ajetreo mercantil. Estas son gentes que viven una falsa existencia que no era la que les estaba destinada. A veces siento pirandelliana angustia por la suerte, de tantas auténticas, vidas que sus protagonistas no vivieron, prendidos a una vida falsificada. Por eso miro en lo que vale el haber encontrado la vocación. Y sé que no hay aplausos que valgan, ni de lejos, lo que la pacífica alegría de sentirse acorde con la propia estrella. Sólo son felices los que saben que la luz que entra por su balcón cada mañana viene a iluminar la tarea justa que les está asignada en la armonía del mundo. (O. C., pág. 451, 26 mar. 35.)

A RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS. Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querido Rafael:

Voy a escribir muy pocas cartas, pero una ha de ser a ti. Desde que nos separamos quedó cortada nuestra comunicación, ya que, aunque recibí cartas tuyas, creo que no logré hacer llegar a tus manos ninguna de las dos que te escribí. Sirva ésta para anudar ese cabo suelto y para dejarlo ya anudado hasta la eternidad. Perdóname -como me tenéis que perdonar cuantos me conocisteis- lo insufrible de mi carácter. Ahora lo repaso en mi memoria con tan clara serenidad que, te lo aseguro, creo que si aún Dios me evitara el morir sería en adelante bien distinto. ¡Qué razón la tuya al reprender con inteligente acierto mi dura actitud irónica ante casi todo lo de la vida! Para purgarme quizá se me haya destinado esta muerte en la que no cabe la ironía. La fanfarronada sí; pero en esa no caeré. Te confieso que me horripila morir fulminado por el trallazo de las balas, bajo el sol triste de los fusilamientos, frente a caras desconocidas, y haciendo una macabra pirueta. Quisiera haber muerto despacio, en casa y cama propias, rodeado de caras familiares y respirando un aroma religioso de sacramentos y recomendaciones del alma, es decir, con todo el rito y la ternura de la muerte tradicional. Pero ésta no se elige. Dios, quizá, quiera que acabe de otro modo. El acoja mi alma (que ayer preparé con una buena confesión) y me sostenga para que la decorosa resignación con que muera no desdiga junto al sacrificio de tantas muertes frescas y generosas como tú y yo hemos conmemorado juntos. Abraza a nuestros amigos de las largas tertulias de La Ballena, empezando por el tan querido canciller don Pedro Mourlane. Dos abrazos especiales para José María Alfaro y Eugenio Montes, a quienes no sé si podré escribir, pero a quienes recuerdo de todo corazón. Y que á ti, a Liliana y a tus hijos os dé Dios las mejores cosas.

Un fuerte abrazo, Rafael.

JOSE ANTONIO

(T. I., págs. 517-518. 19 nov. 36.)

A GARCERAN, CUERDA Y SARRION.

Alicante.

19 de noviembre de 1936.

Queridos Garcerán, Cuerda y Sarrión, mis pacientes compañeros de trabajo:

En estos momentos de unos días que, si Dios no lo remedia, son los últimos míos, me consuela del descontento profundo de mi vida y de mi carácter el recordar que he conseguido cosechar algunos afectos de inusitada calidad, y que ello tal vez revela dentro de mí alguna buena condición atractiva que a mí mismo me cuesta trabajo descubrir. Entre los primeros de estos afectos están los de vosotros tres, mis leales, infatigables, generosos e inteligentísimos compañeros de trabajo. Mil gracias por este consuelo que me proporciona el pensar que me queréis un poco, y mil veces más mil perdones por lo muchísimo que os he dado que aguantar y por lo que he complicado vuestras vidas con los azares de la mía propia. Como, por otra

parte, yo también os tengo un afecto que no hay que ponderar ahora, confío en que me recordaréis sin verdadero fastidio, en que me echaréis algo de menos.

A todos los demás remeros de nuestro despacho profesional más o menos asiduos, a Matilla, a Power, García Conde, etc., sin olvidar a la admirable Encarnita, mi despedida de verdadero y agradecido amigo. Y para vosotros tres, fuertes abrazos.

JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

(T. I, pág. 519, 19 nov. 36.)

A JULIO RUIZ DE ALDA.

Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querido Julio:

Por si se ejecuta la sentencia que anteayer dictaron contra mí, haz el favor de aceptar el encargo de decir adiós en mi nombre a todos los camaradas. A aquellos a los que he estado personalmente unido, por haber estado juntos en prisión, por los cargos o por cualquier circunstancia, diles, de manera especial, cómo los recuerdos y cómo los entresaca el hecho de recordarlos tú. Y para ti quédate con un fuerte abrazo.

Espero la muerte sin desesperación, pero ya te figurarás que sin gusto; creo que aún podría ser útil mi vida, y pido a Dios que se me conserve. Si El lo dispone de otra manera, moriré conformado con el ejemplo de tantos que cayeron más jóvenes que yo y más humilde y silenciosamente.

Perdonadme todos, y tú de manera especial, lo que a veces os haya podido herir con las espinas de mi carácter. Mis hermanos te explicarán el laconismo de esta carta y se consolarán recordándome en tu compañía y en la de tantos con quienes nuestras vidas han corrido en los últimos años mezcladas. Dios os ilumine a todos y os mantenga unidos.

Para Amelia y tu chico, mis mejores deseos. Y para ti, de nuevo, un abrazo.

JOSE ANTONIO

(T. I., pág. 520, 19 nov. 36.)

A CARMEN WERNER.

Prisión Provincial de Alicante 19 de noviembre de 1936.

Tengo sobre la mesa, como última compañía, la Biblia que tuviste el acierto de enviarme a la cárcel de Madrid. De ella leo trozos de los Evangelios en éstas, quizá, últimas horas de mi vida. Si te vuelvo a ver (lo que Dios haga), ya te contaré todo, y si no, recibe por la vez última mi más verdadero afecto.

JOSE ANTONIO

(T. 1., pág. 522, 19 nov. 36.)

A RAIMUNDO FERNÁNDEZ-CUESTA Y RAMON SERRANO SUÑER

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Queridos Raimundo y Ramón:

Estoy muy tranquilo, pero no quiero presumir: no es por indiferencia ante la muerte, sino porque, gracias a Dios, aún tengo esperanza de que se me evite. Pero, por si llega el trance (en el que haga Dios que no me falte también una decente entereza), aprovecho estos minutos de tranquilidad para despedirme de vosotros.

No es este el momento de ponderaros mi amistad. Las amistades como la vuestra se han acreditado en toda una vida y no aumentan ni disminuyen con la muerte. Os uno en la misma carta, a pesar de que no seáis uno con otros viejos amigos, porque, juntos, me he permitido nombraros albaceas de un testamento ológrafo que redacté ayer y que espero hagan llegar a tiempo a vuestras manos. Mil gracias por el trabajo que el albaceazgo os dé y por el efecto con que habéis contribuido, como pocos, a dar apoyos sólidos a mi vida.

Dios os dé, como a vuestras mujeres y a vuestros hijos, lo mejor que podáis desear, y que perdonéis los muchos defectos de vuestro amigo que quizá por última vez os abraza.

JOSE ANTONIO

(T. 1., pág. 526, 19; nov., 36.)

A JULIAN PEMARTIN.

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

Querido Julián:

Esta es casi la última carta que voy a escribir, salvo que Dios tenga dispuesto que se me alargue la vida, como de todo corazón le pido. No apetezco la muerte, aunque confío en recibirla con decente conformidad si no hay más remedio. Viva o muera, ya conoces de muchísimos años de mi amistad, para la que no puede faltarme un recuerdo muy hondo en estas horas.

Que a Nena, a ti y a vuestros hijos os dé Dios lo que más podáis desear. Y recibe un fuerte abrazo de

JOSE ANTONIO

(T. I., pág. 528, 19 nov. 36.)

A CARMEN PRIMO DE RIVERA.

Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936

Queridísima tía Carmen:

Dos letras para confirmarte la buena noticia, la agradable noticia, de que estoy preparándome para morir bien, si Dios quiere que muera, y para vivir mejor que hasta ahora, si Dios dispone que viva. Como cualquiera de los dos resultados se ha de deber mucho a tus oraciones, te mando muchísimas gracias, con éste mi último y cariñoso abrazo. No te digo que pidas por mí, porque sé que lo harás sin descanso y moverás a hacerlo a tus hermanas en religión, cuya inagotable caridad tal vez algunas veces abra paso al deseo retrospectivo de no haber tenido en la comunidad una monja perteneciente a familia tan agitada.

Dentro de pocos momentos ya estaré ante el Divino Juez, que me ha de mirar con ojos sonrientes.

Te abraza otra vez y te quiere mucho tu sobrino

JOSE ANTONIO

P.-Como no eres joven, pronto nos veremos en el Cielo.

(T. I., pág. 524, 19 nov. 36.)

A DON ANTON SAENZ DE HEREDIA.

Prisión Provincial de Alicante. 19 de noviembre de 1936.

Querido tío Antón:

Me despido de ti con mucho cariño, de toda la familia de mi madre. Hazme el favor de decírselo a todos, sin olvidar a ninguno: a tío Cesáreo y a tía María; a tía Carmen; a tío Ángel y a tía Nieves; a tío Goyo y a tía María, heroicamente probados también por la dureza de estos tiempos, y en cuya entereza tanto tengo que aprender. No dejes fuera a ninguno de los primos y primas y a sus maridos y mujeres. De mis sobrinos, hijos de ellos, no te digo nada porque son tan chicos que iban a oír la noticia como quien oye llover. No escribo a ninguno porque tendría que hacerlo a todos, y no quiero dedicar a cartas mucho tiempo del limitado que me queda de vida, salvo que Dios haga todavía que se me prorrogue. Créeme que me alegraría que así fuese; pero, por si no es así., trato de disponerme lo mejor posible para el juicio de Dios: ayer confesé con un sacerdote viejecito. y simpático que está preso aquí y hoy estoy lleno de paz, todavía en gran parte porque me ilusiona la esperanza de vivir; si esta esperanza se pierde, porque confío en que la sustituya una conformidad cristiana con lo que venga.

En fin, perdonadme en lo que os haya podido molestar y reciban todos por medio tuyo fuertes abrazos de tu sobrino que mucho te quiere.

JOSE ANTONIO

(T. 1., pág. 525, 19 nov. 36.)

CARTA ULTIMA. DE JOSE ANTONIO A ROSARIO URQUIJO, PILAR Y FERNANDO PRIMO DE RIVERA.

Prisión Provincial. Alicante. 19 de noviembre.

Queridos hermanos Rosario, Pilar y Fernando:

¿Para qué os voy a decir que me acuerdo de vosotros? Elirme sin daros un abrazo es el mayor sacrificio, tal vez, entre todos los que van envueltos en el de la vida. No me lloréis demasiado, aunque temo que esta recomendación sirva de poco, porque sé cómo me queréis y lo bueno que sois. Pero podéis creerme: en medio de la tristeza de morir joven, me consuela y os debe consolar el tener en cuenta que tal vez en otra ocasión me cogiera peor preparado para la eternidad y que, respecto de esta vida, acaso me reservara pruebas próximas de inmensa responsabilidad, en las que nadie sabe si sabría sostener el crédito que me ha abierto hasta ahora la generosa lealtad de tantos camaradas. Con todo, si Dios me concede el seguir viviendo, me alegraré mucho por dos motivos sobre todo; para evitaros la tristeza de perderme y por tener ocasión de mejorar mi vida, tan profundamente necesitada de enmienda. Pero ya os digo: lo dejo resignadamente en manos de Dios, con una completa calma de la que hasta ahora no ha querido privarme y que le tengo que agradecer infinito.

Perdonarme todo lo que habéis tenido que aguantarme en injusticias, egoísmos e irritabilidad. Que vuestros hijos sean buenos y muy felices. Y que vosotros. de vez en cuando, penséis que se fue del mundo queriéndoos con toda el alma vuestro hermano que os abraza.

JOSE ANTONIO

(U. H., pág. 161)

TESTAMENTO DE JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Testamento que redacta y otorga José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia. de treinta y tres años. soltero, abogado. natural y vecino de Madrid. hijo de Miguel y Casilda (que en paz descansen), en la Prisión Provincial de Alicante. a dieciocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis.

Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimiento sino la de su infinita misericordia.

Me acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura cuenta sobre algunos de mis actos. pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida muy superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad). v como incluso he movido a innumerables de ellos a arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecería desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicación.

No es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho y escrito acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aún después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

Ayer, por última vez, expliqué al Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé y aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más, observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: "¡Si hubiésemos sabido que era esto, no estaríamos aquí!" Y, ciertamente no hubiésemos estado allí, ni yo ante el Tribunal popular, ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

A esto atendí, y no a granjearme con gallardía de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice responsable de todo ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no falten comentadores póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allá cada cual. Para mí, aparte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aún pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que la quemara en holocausto a la vanidad como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprochable ni a nadie comprometía con mi defensa, y sí, en cambio, cooperaba a la de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó, no sólo ciertos silencios, sino ciertas acusaciones fundadas en sospechas de haberseme aislado adrede en medio de una región que a tal fin se mantuvo sumisa, declaro que esa sospecha no está, ni mucho menos, comprobada por mí, y que si pudo sinceramente alimentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones exasperadas por la soledad, ahora, ante la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

Otro extremo me queda por rectificar. El aislamiento absoluto de toda comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos sólo fue roto por un periodista norteamericano que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primeros de octubre. Hasta que, hace cinco o seis días, conocí el sumario instruido contra mí, no he tenido noticia de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora, declaro que entre los distintos

párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con "mercenarios traídos de fuera". Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal, aunque el declararlo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en África heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabios o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrinas de siempre. Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia.

Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda, el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico. Cumplido lo cual, paso a ordenar mi voluntad en las siguientes:

CLÁUSULAS

Primera. Deseo ser enterrado conforme al rito de la religión Católica, Apostólica, Romana, que profeso, en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz.

Segunda. Instituyo herederos míos, por partes iguales a mis cuatro hermanos: Miguel, Carmen, Pilar y Fernando Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, con derecho de acrecer entre ellos si alguno me premuriese sin dejar descendencia. Si la hubiere dejado, pase a ella en partes iguales, por estirpes, la parte que hubiera correspondido de mi hermano premuerto. Esta disposición vale aunque la muerte de mi hermano haya ocurrido antes de otorgar yo este testamento.

Tercera. No ordeno legado alguno ni impongo a mis herederos carga jurí dicamente exigible; pero les ruego:

A) Que atiendan en todo con mis bienes a la comodidad y regalo de nuestra tía María Jesús Primo de Rivera y Orbaneja, cuya maternal abnegación y afectuosa entereza en los veintisiete años que lleva a nuestro cargo no podremos pagar con tesoros de agradecimiento.

B) Que, en recuerdo mío, den algunos de mis bienes y objetos usuales a mis compañeros de despacho, especialmente a Rafael Garcerán, a Andrés de la Cuerda y Manuel Sarrión, tan leales durante años y años, tan eficaces y tan pacientes con mi nada cómoda compañía. A ellos y a todos los demás, doy las gracias y les pido que me recuerden sin demasiado enojo.

C) Que repartan también otros objetos personales entre mis mejores amigos, que ellos conocen bien, y muy señaladamente entre aquellos que durante más tiempo y más de cerca han compartido conmigo las alegrías y adversidades de nuestra Falange Española. Ellos y los demás camaradas ocupan en estos momentos en mi corazón un puesto fraternal.

D) Que gratifiquen a los servidores más antiguos de nuestra casa, a los que agradezco su lealtad y pido perdón por las incomodidades que me deben. Cuarta. Nombro albaceas contadores y partidores de herencia, solidariamente, por término de tres años, y con las máximas atribuciones habituales a mis entrañables amigos de toda la vida Raimundo Fernández-Cuesta y Melero y Ramón Serrano Suñer, a quienes .ruego especialmente:

A) Que revisen mis papeles privados y destruyan todos los de carácter personalísimo, los que contengan trabajos meramente literarios y los que sean simples esbozos y proyectos en período atrasado de elaboración, así como cualesquiera obras prohibidas por la Iglesia o de perniciosa lectura que pudieran hallarse entre las mias.

B) Que coleccionen todos mis discursos, artículos, circulares, prólogos de libros, etc., no para publicarlos -salvo que lo juzguen indispensable- sino para que sirvan de pieza de justificación cuando se discuta este período de la política española en que mis camaradas y yo hemos intervenido.

C) Que provean a sustituirme urgentemente en la dirección de los asuntos profesionales que me están encomendados, con ayuda de Garcerán, Sarrión y Matilla, y a cobrar algunas minutas que se me deben.

D) Que con la mayor premura y eficacia posible hagan llegar a las personas y entidades agraviadas a que me refiero en la introducción de este testamento las solemnes rectificaciones que contiene.

Por todo lo cual les doy desde ahora las más cordiales gracias. Y en estos términos dejo ordenado mi testamento en Alicante el citado día dieciocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis, a las cinco de la tarde, en otras tres hojas además de ésta, todas foliadas, fechadas y firmadas al margen. (O. C., págs. 953 a 957, 18 nov. 36.)

"JOSE ANTONIO, TESTIMONIO», EN SU PRIMERA EDICION, SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE GRAFICAS IBARRA EL DIA 17 DE JULIO DE 1969, VISPERA DE LA FESTIVIDAD DEL ALZAM I E N T O NACIONAL.

LAUS DEO.